

de



SERAFINA
y el
BASTÓN MALIGNO

ROBERT BEATTY

Lectulandia

Serafina ha derrotado al hombre de la Capa Negra, pero le esperan nuevos peligros.

Ahora que los habitantes de la casa Biltmore saben de su existencia, deberá apañárselas en el luminoso y vibrante ambiente de la alta sociedad, con sus elegantes y extrañas costumbres. Pero Serafina siente que tampoco pertenece a este mundo.

La llegada de un siniestro visitante presenta una nueva amenaza: un terrible poder se está apoderando de la mansión y del bosque que la rodea. Serafina deberá encontrar el lugar al que pertenece para detener a este poder maligno... antes de que engulla su hogar.

Lectulandia

Robert Beatty

Serafina y el bastón maligno

Serafina - 2

ePub r1.0

NoTanMalo 31.8.17

Título original: *Serafina and the Twisted Staff*

Robert Beatty, 2016

Traducción: Victoria Simó Perales

Diseño de cubierta: Alexander Jansson

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Pegada al suelo y con los ojos fijos en su presa, Serafina acechaba entre la maleza del bosque bañado de luna. Allí delante, a pocos metros, una enorme rata cambalachera roía el escarabajo que acababa de sacar de la tierra. Los potentes y regulares latidos de su corazón marcaban el lento avance de Serafina hacia el roedor. Los músculos le temblaban con la emoción del salto inminente. Pero no se dio prisa. Contoneando los hombros adelante y atrás para corregir el ángulo del ataque, aguardaba el momento preciso. Cuando la rata se agachó para sacar otro escarabajo, saltó.

La rata atisbó a Serafina de refilón un instante antes de que cayera sobre ella. Serafina no se explicaba por qué el terror paralizaba a casi todos los animales del bosque cuando se precipitaba sobre ellos. Si la muerte en forma de uñas y dientes surgiera de la oscuridad para apresarla, Serafina lucharía. O escaparía. Haría algo. Los animalillos silvestres como ratas, conejos, ardillas y demás no se caracterizaban precisamente por su valor, pero ¿de qué les servía quedarse paralizados de puro terror?

Cayendo sobre la rata, la atrapó en menos de lo que canta un gallo y la sujetó con el puño. Y ahora, demasiado tarde, el animal empezó a forcejear, a morder y a arañar según su cuerpecito peludo mudaba en una escurridiza serpiente y su diminuto corazón latía a un ritmo desenfrenado. *Ahora sí*, pensó Serafina mientras percibía el *titim-titim* del corazoncito en la mano. *Ahora opones resistencia*. La sensación le aceleró el pulso y aguzó sus sentidos. Súbitamente, percibía hasta el último movimiento del bosque que la envolvía: el rumor de una rana de árbol que recorría una rama a diez metros de distancia, el potente canto de una perdiz solitaria a lo lejos y la sombra de un murciélago que surcaba el estrellado firmamento sobre la irregular bóveda del bosque.

Serafina tan solo lo hacía como entrenamiento, claro que sí, merodear y saltar,

acechar a la presa y capturarla. No mataba a los animales salvajes que cazaba, no le hacía falta, ¡pero ellos no lo sabían, maldita sea! ¡Serafina era el terror con patas! ¡Era la muerte andante! Así pues, ¿por qué en el instante del ataque se quedaban paralizados? ¿Por qué no escapaban?

Serafina se acomodó entre la maleza, de espaldas a un viejo roble de tronco retorcido y cubierto de líquen, y apoyó el puño con la rata en el regazo.

Entonces abrió la mano despacio.

La rata salió disparada, pero ella volvió a atraparla y devolvió la mano al regazo.

Sostuvo la rata con fuerza unos segundos antes de abrir nuevamente la mano. La rata no se apresuró esta vez. Se quedó allí, temblando y jadeando, demasiado confusa y cansada como para moverse.

Serafina levantó al aterrado roedor sobre su palma extendida para mirarlo más de cerca, ladeó la cabeza y lo observó. La rata cambalachera no se parecía a las desagradables ratas de cloaca que cazaba en el sótano de la mansión Biltmore. Esta en particular tenía una cicatriz en la oreja izquierda. No era la primera vez que se metía en líos, estaba claro. Y con esos ojillos oscuros y los temblorosos bigotes en el hocico largo y puntiagudo, recordaba más a un ratoncillo marrón y regordete que a las sucias alimañas a las que Serafina debía el título que ostentaba. Prácticamente lo imaginaba con un sombrerito en la cabeza y un chaleco abotonado. Se sintió una pizca culpable por haberlo capturado, pero también sabía que, si el animal intentaba escapar nuevamente, su mano lo atraparía antes de que diera dos pasos. No era una decisión consciente. Era un reflejo.

Mientras recuperaba el resuello, la ratita miraba aquí y allá buscando una vía de escape. Pero no se atrevió a intentarlo. Intuía que, tan pronto como tratara de huir, Serafina la apresaría otra vez, pues tal era la naturaleza de su especie: jugar con su presa, arrearle, propinarle algún que otro zarpazo hasta matarla.

Con todo, Serafina miró a la rata y luego la dejó en el suelo.

—Perdona, amiguita... Solo estaba practicando.

El animal alzó la vista, desconcertado.

—Vete —concedió Serafina con suavidad.

La rata lanzó una ojeada a los tupidos matojos.

—No te engaño —le aseguró ella.

El roedor no se lo acababa de creer.

—Vete a casa —insistió Serafina—. Tú aléjate despacio al principio, sin echar a correr; ese es el truco. Y, la próxima vez, aguza la vista y el oído, aunque te estés zampando un escarabajo, ¿me oyes? En este bosque hay seres mucho peores que yo.

Estupefacta, la ratita de la oreja partida se frotó la cara varias veces antes de inclinar la cabeza, casi como haciendo una reverencia. Serafina soltó una risita por la nariz, lo que por fin animó a la rata a ponerse en marcha. Se espabiló en un santiamén y se escabulló entre la maleza.

—Que pases una buena noche —le gritó Serafina.

Supuso que el animal se felicitaría más y más por su valor según se alejara de ella y para cuando llegara a su casa tendría una bonita historia que contar a su esposa y a sus crías durante la cena. Serafina sonrió al imaginar al animalillo explicando a su atenta familia una fantástica epopeya. Estando tan tranquilo en el bosque, royendo un escarabajo, un malvado depredador lo había atacado y había tenido que luchar a brazo partido para no perder la vida, les diría. Se preguntó si, en la historia, ella sería una bestia feroz. O solo una niña.

De improviso oyó un susurro en lo alto, como una brisa otoñal que agitara las copas de los árboles. Pero no era una brisa. Hacía una noche fría y callada, y no soplaban ni una pizca de aire, igual que si Dios contuviera el aliento.

Se quedó escuchando el delicado murmullo, casi etéreo, algo así como el susurro de un fantasma. Alzó la vista, pero no vio nada más que las ramas de los árboles. Serafina se levantó, se sacudió el sencillo vestido de trabajo, de color verde, que la señora Vanderbilt le había regalado el día anterior y se encaminó hacia el bosque, atenta al rumor. Intentó determinar de dónde procedía. Torció la cabeza a la izquierda y luego a la derecha, pero el ruido no venía de ninguna parte en concreto, o eso parecía. Enfiló hacia unos peñascos, allí donde el terreno caía en picado hacia un frondoso valle. Las vistas desde allí eran magníficas, kilómetros y kilómetros de bosque que se perdían entre la niebla hasta las montañas Blue Ridge del fondo. Un refulgente velo de nubes blancas matizadas en tonos plata pasó despacio por delante de la luna. Los rayos del astro proyectaron una corona de luz en las vaporosas nubes, las traspasaron y dibujaron una sombra alargada e irregular en la tierra que se extendía detrás de Serafina.

Serafina permaneció unos instantes en la cornisa de roca, observando el valle que se abría a sus pies. A lo lejos, las puntiagudas torres y los tejados de pizarra de la imponente casa Biltmore emergían de las sombras del bosque circundante. Gárgolas de animales míticos y exquisitas estatuas de guerreros de otros tiempos decoraban los grisáceos muros de caliza. Los cristales de las oblicuas ventanas reflejaban la luz de las estrellas, y las aristas del tejado, ribeteadas de oro y cobre, destellaban a la luz de la luna. Allí, en el segundo piso de la mansión, dormían el señor y la señora Vanderbilt, al igual que su sobrino y amigo de Serafina, Braeden Vanderbilt. Los invitados de la familia —parientes procedentes de otras ciudades, hombres de negocios, dignatarios, artistas famosos— descansaban en el tercer piso, cada cual en el lujoso dormitorio que le habían asignado.

El padre de Serafina se encargaba de mantener el sistema de calefacción a gas, la dinamo que generaba la electricidad, las lavadoras impulsadas por correas y demás artilugios de última tecnología que poseía la mansión. Los dos vivían en el taller del sótano, al final del pasillo que llevaba a las cocinas, los lavaderos y los almacenes. Sin embargo, a diferencia de todas las personas que Serafina conocía y amaba, ella no dormía durante la noche. Echaba una cabezadita por aquí y otra por allá durante el día, acurrucada bajo una ventana o en algún oscuro recoveco del sótano. Al caer la

noche merodeaba por los corredores de Biltmore, por la zona de los señores y por la zona de los criados, igual que un vigilante invisible y silencioso. Exploraba los sinuosos caminos de los enormes jardines y los sombríos valles de los bosques circundantes, y cazaba.

Era una niña de doce años, pero jamás había llevado lo que cualquier otra persona llamaría una vida normal. Se pasaba horas pululando por los enormes sótanos de la mansión, cazando ratas. Su padre, medio en broma, la había apodado JBAR: Jefa de la Brigada Antirratas. Pero Serafina se había apropiado el título con orgullo.

Su padre siempre la había querido y la había criado lo mejor que había podido a su manera tosca. Desde luego, a Serafina nunca la había entristecido cenar con su padre y deslizarse después entre las sombras para limpiar la mansión de roedores. ¿Qué tenía eso de malo? Sin embargo, muy en el fondo de su corazón, siempre se había sentido un poco sola y terriblemente confusa. Jamás había entendido por qué los demás precisaban un fanal para alumbrarse en la oscuridad o por qué hacían tanto ruido al andar, o qué los impulsaba a dormir de noche, justo cuando todo tipo de maravillas se manifestaban en todo su esplendor. Llevaba el tiempo suficiente observando a hurtadillas a los niños de la mansión como para saber que ella no era una más. Cuando se miraba al espejo, veía a una chica de grandes ojos color ámbar, pómulos muy marcados y desgredada melena oscura y jaspeada. No, Serafina no era una de esas niñas que se ven a diario. Ni siquiera era una niña diurna. Era una criatura de la noche.

Plantada en el confín del valle, atendió otra vez al rumor que la había llevado allí, como un suave aleteo o una serie de susurros que viajaran empujados por el viento allá en lo alto. Las estrellas y los planetas acechaban en el negro firmamento, titilando como animados por los espíritus de diez mil almas, pero no conocían la respuesta al misterio.

Una silueta pequeña y negra cruzó por delante de la luna y desapareció. Serafina se quedó de piedra. ¿Qué era?

Observó. Otra forma oscureció la luna, y luego otra. Al principio las tomó por murciélagos, pero los murciélagos no vuelan en línea recta.

Frunció el ceño, desconcertada y fascinada. Alzó la vista al cielo y vio cómo las estrellas empezaban a desaparecer. Serafina agrandó los ojos, asustada. Pero no tardó en atar cabos. Entornando los ojos en el ángulo preciso, avistó grandes bandadas de pájaros cantores, que sobrevolaban el valle. No uno ni dos, ni una docena, sino ríos aparentemente infinitos de aves, nubes enteras. Los pájaros ocupaban el cielo al completo. El ruido que la había llevado allí no era sino el suave aleteo de miles y miles de gorriones, chochines y ampelis que emprendían su viaje otoñal. Parecían piedras preciosas, verdes y dorados, amarillos y negros, rayados y moteados, miles y miles de ellos. Le extrañó que migraran ahora, estando la estación tan avanzada, pero ahí estaban. Surcaban raudos el cielo, agitando incansablemente las alas, rumbo a las tierras del sur que los acogerían durante el invierno, viajando de noche en secreto

para evitar a los halcones diurnos y recurriendo a las cordilleras y a la posición de los astros para orientarse.

El movimiento caprichoso y crispado de los pájaros siempre la había fascinado, siempre le aceleraba el pulso, pero esta vez sintió algo distinto. Esta noche, la pureza y la belleza del viaje de esas pequeñas aves por la montañosa espina dorsal del continente le llegó al corazón. Tuvo la sensación de estar presenciando un acontecimiento único en la vida hasta que comprendió que los pájaros seguían la ruta que sus padres y sus abuelos les habían enseñado, que llevaban millones de años recorriendo ese mismo trayecto. Lo único excepcional en aquella situación era ella, su presencia allí, el hecho de que Serafina lo estuviera presenciando. Y se sintió sobrecogida.

La aparición de los pájaros le trajo a la mente a Braeden. El chico amaba a los pájaros y también a todo tipo de animales en general.

—Ojalá pudieras ver esto —susurró, como si él estuviera despierto en su cama y pudiera oírla a través de los kilómetros que los separaban. Cuánto le habría gustado compartir aquel momento con su amigo. Ojalá estuviera a su lado, contemplando las estrellas, los pájaros, las nubes de bordes plateados y la reluciente luna en todo su esplendor. Le hablaría de ellos la próxima vez que lo viera. Pero las palabras diurnas jamás podrían captar la belleza de la noche.

Hacía unas pocas semanas, Braeden y ella habían derrotado al hombre de la capa negra y habían hecho trizas la siniestra prenda. Braeden y Serafina se habían aliado e incluso habían trabado una buena amistad, pero se dio cuenta una vez más, ahora con más tristeza si cabe, de que llevaba varios días sin verlo. Cada noche esperaba su visita en el taller. Y cada mañana se iba a dormir sumida en la decepción y acosada por las dudas. ¿Qué andaba haciendo Braeden? ¿Por qué no la visitaba? ¿La estaba evitando adrede? Serafina se había alegrado tanto de tener por fin un amigo con el que charlar. Le costaba respirar cuando pensaba que quizá Braeden solo se había acercado a ella atraído por la novedad y que ahora Serafina tendría que volver a pasar las noches merodeando en solitario. Eran amigos. De eso estaba segura. Pero le preocupaba no encajar en las plantas de arriba a la luz del día, descubrir que ese no era su lugar. ¿Sería posible que la hubiera olvidado tan rápidamente?

Según el número de pájaros disminuía y el momento quedaba atrás, paseó la mirada por el valle sumida en un mar de dudas. Después de vencer al hombre de la capa negra, se había considerado uno más de los guardianes, los leones de mármol que, plantados junto a la entrada principal de Biltmore, protegían la casa de demonios y espíritus malvados. Se imaginaba a sí misma como una JBAR que no solo ahuyentaba pequeñas alimañas cuadrúpedas, sino a toda clase de intrusos. Su padre siempre la había advertido contra los peligros del mundo, contra los enemigos que podían robarte el alma y, después de todo lo sucedido, Serafina estaba segura de que había demonios ahí fuera.

Llevaba semanas observando y esperando, igual que un vigía en su torre, pero no

tenía ni idea de cuándo aparecerían los demonios o qué forma adoptarían. Siendo sincera consigo misma, lo que más temía en el fondo de su corazón era la posibilidad de no ser lo bastante fuerte, lo bastante lista; no saber si al final sería cazador o presa. Puede que los animalillos silvestres, como la rata cambalachera o la ardilla listada, intuyeran que la muerte acechaba a un salto de distancia. ¿Se consideraban a sí mismos «presas»? Puede que casi esperaran la muerte, que estuvieran listos para morir. Pero Serafina no, ni por asomo. Tenía trabajo que hacer.

Su amistad con Braeden acababa de nacer y no pensaba renunciar a ella sencillamente porque hubieran topado con un escollo. Y apenas había empezado a comprender el vínculo que la unía al bosque, a entender quién o qué era ella. Y ahora que había conocido a los Vanderbilt cara a cara, su padre la presionaba para que se comportara como una niña diurna y normal. La señora Vanderbilt se estaba encariñando con ella y siempre la trataba con amabilidad. Podía deambular por el sótano, por el bosque y por el piso de arriba a su antojo; había pasado de no tener apenas familia a tener demasiada, como si la estiraran por tres lados al mismo tiempo. Pero después de haber vivido varios años sin más parientes que su padre, había acogido encantada aquella nueva vida.

Todo eso era perfecto y bueno. Cuando el peligro se presentara, pensaba luchar, pensaba sobrevivir. ¿Y quién no? Pero ¿y si el peligro aparecía tan súbitamente que la pillaba desprevenida? ¿Y si, igual que una lechuza se abalanza sobre un ratón, las garras caían del cielo y acababan con ella antes siquiera de que las viera venir? ¿Y si el verdadero desafío no consistía en afrontar la amenaza cuando llegase sino en identificarla antes de que fuera tarde?

Cuanto más pensaba en las bandadas de pájaros que acababa de ver, más crecía su desasosiego. Hacía buen tiempo, pero no podía quitarse de encima la sensación de que, a estas alturas del año, en pleno diciembre, los pájaros no deberían estar volando de acá para allá. Frunció el ceño y buscó la estrella polar en el firmamento. Cuando la encontró, comprendió que las aves ni siquiera habían tomado el rumbo correcto. Tampoco estaba segura de que esas especies migraran al sur durante el invierno.

Seguía allí plantada, en la cornisa, cuando un miedo oscuro y viscoso le empapó los huesos.

Alzó la vista hacia el tramo de cielo que acababan de cruzar los pájaros y se preguntó de dónde venían. Dejó vagar la mirada por las oscuras copas de los árboles. Su mente intentaba sacar conclusiones. Y entonces Serafina comprendió la razón de su inquietud.

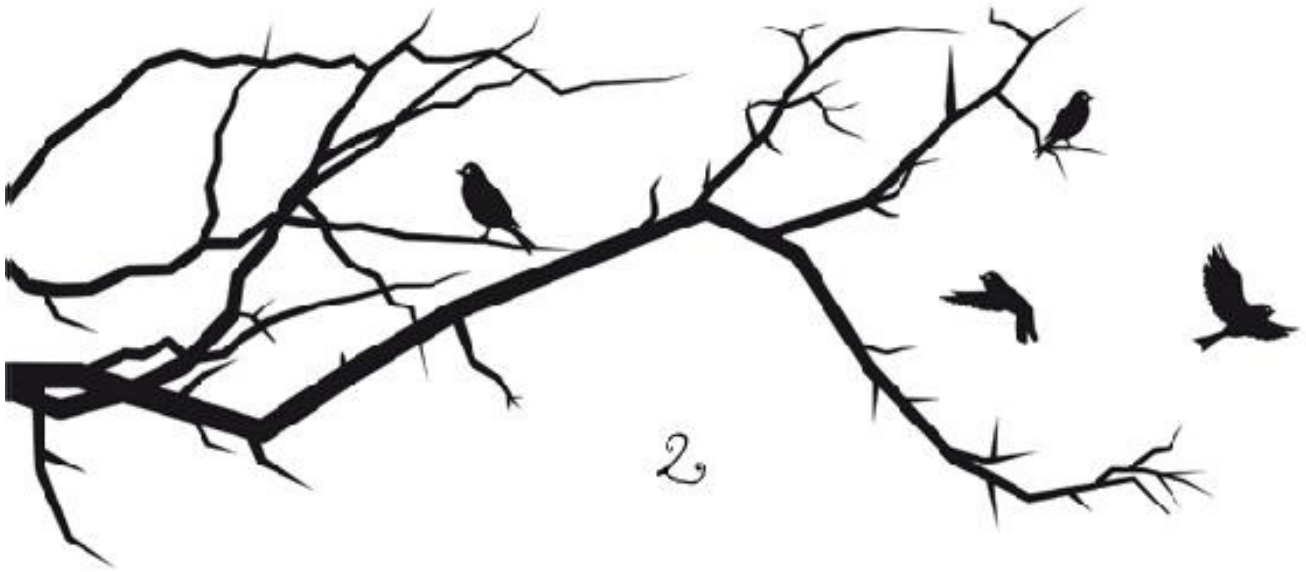
Los pájaros no migraban.

Estaban huyendo.

Inspiró largo y tendido según su cuerpo se preparaba para lo que se avecinaba. El corazón de Serafina empezó a latir con fuerza. Percibió una repentina tensión en los brazos y las piernas.

Fuera lo que fuese se dirigía hacia allí.

Y no tardaría en llegar.



Al poco, los oídos de Serafina notaron el cosquilleo de un rumor lejano. No eran gorriones aleteando, como antes, sino alguna criatura terrestre. Ladeó la cabeza para oírlo mejor. Parecía proceder del fondo del valle.

Se irguió, se volvió hacia el sonido y ahuecó las manos alrededor de las orejas, un truco que había aprendido imitando a los murciélagos.

Oyó el leve tintineo de unos arneses y el repiqueteo de unos cascos. Se le hizo un nudo en el estómago. No era un ruido que se dejase oír a menudo en mitad de la noche. Un carruaje con su tiro de caballos avanzaba por la sinuosa carretera de cinco kilómetros que llevaba a la casa. A la luz del día, el acontecimiento no tendría nada de particular. Pero nadie llegaba a Biltmore en mitad de la noche. Algo iba mal. ¿Sería un portador de malas noticias? ¿Habría estallado la guerra entre el Norte y el Sur otra vez? ¿Qué desgracia se cernía sobre el mundo?

Abandonando la cornisa, Serafina se apresuró hacia el valle y corrió por el bosque hasta llegar a un puente de ladrillo con estructura en arcos, allí donde la carretera cruzaba el arroyo. Oculta entre el follaje de laurel silvestre, observó cómo un carruaje viejo y destartado pasaba por su lado. Por lo general, uno o dos caballos tiraban de los coches, pero este lo arrastraban cuatro sementales de color castaño oscuro dotados de músculos fuertes y protuberantes. Serafina atisbó a la luz de la luna las grupas brillantes de sudor y los ollares ensanchados del esfuerzo.

Tragó saliva con dificultad. *Eso no es un mensajero.*

Braeden le había explicado que los sementales son animales fieros y sumamente difíciles de manejar (cocean a los cuidadores, muerden a las personas y, por encima de todo, odian a los otros sementales), pero ahí había cuatro, nada menos, tirando de un coche en perfecta armonía.

Cuando Serafina buscó al cochero con los ojos, se le puso la piel de gallina. El pescante estaba vacío. Los caballos avanzaban a un galope corto, como retenidos por

el conductor, pero este brillaba por su ausencia.

Serafina apretó los dientes. Algo iba sumamente mal. Lo notaba en los huesos. El coche se encaminaba directamente a Biltmore, donde todo el mundo dormía a pierna suelta y nadie tenía la menor idea de lo que se avecinaba.

Cuando el carruaje tomó una curva y desapareció de su vista, Serafina echó a correr para perseguirlo.

Cruzó el bosque a la carrera, siguiendo el trayecto del coche que circulaba por la ondulante carretera. El vestido de algodón que la señora Vanderbilt le había regalado no era demasiado largo, así que no le impedía correr, pero le costaba horrores seguir el paso de los caballos. Cruzó bosque a través, saltando sobre troncos caídos y aplastando los helechos. Salvó hondonadas y trepó colinas. Tomó atajos con el fin de sacar ventaja al sinuoso curso de la carretera. Le ardían los pulmones cada vez que respiraba grandes bocanadas de aire. A pesar de lo agitada que estaba hacía un rato, el reto que suponía alcanzar a los caballos le arrancó una sonrisa y luego una carcajada, y entonces aún le costó más respirar. Brincando y corriendo como una flecha, disfrutaba la emoción de la cacería.

Entonces, de improviso, los caballos redujeron la marcha.

Serafina se detuvo en seco y se agachó.

Los sementales se detuvieron.

Serafina se agachó detrás de una mata de rododendros, a un tiro de piedra del coche, y se escondió lo mejor que pudo a la vez que intentaba recuperar el resuello.

¿Por qué se ha detenido?

Los caballos corcoveaban nerviosos y soplaban penachos de vapor por los ollares.

El corazón de Serafina latía desbocado mientras observaba el carruaje.

La manija de la puerta se movió.

Ella se pegó al suelo cuanto pudo.

La portezuela del coche se abrió despacio.

Serafina creyó ver dos figuras en el interior, pero entonces una especie de negrura tembló y se arremolinó en la puerta, distinta de cualquier cosa que Serafina hubiera visto antes, una sombra tan negra y cambiante que ni siquiera sus ojos podían penetrarla.

Un hombre alto y enjuto, vestido con un sombrero de piel de ala ancha y un abrigo oscuro y raído, salió del carruaje. Tenía el pelo largo y gris, muy enredado, un bigote canoso y una barba que recordaba a musgo colgando de un tortuoso árbol. Tras apearse, se plantó en la carretera pertrechado con un bastón torcido y sin apartar la vista del bosque.

Detrás de él, un lebrél de expresión maligna bajaba despacio del carruaje. Y luego otro. Los animales poseían cuerpos grandes y desgarbados, cabezas enormes de ojos negros y pelajes de un gris negruzco, tupidos y apelmazados. Cinco perrazos en total abandonaron el coche y se quedaron juntos, los cinco escudriñando el bosque en busca de alguna presa a la que matar.

Temiendo hacer el más mínimo ruido, Serafina respiraba muy despacio, tan quedamente como podía. Notaba el martilleo del corazón en el pecho. Solo quería salir corriendo. *No te muevas*, se ordenó. *Quédate muy quieta*. Estaba segura de que, siempre y cuando no abandonase su escondrijo, los intrusos no la verían.

Por razones que no sabía explicar —quizá el abrigo, largo y desastrado, y el mal estado del carruaje—, tenía la sensación de que ese hombre venía de muy lejos. Se quedó de piedra cuando el extraño cerró la puerta del coche, se alejó unos pasos y miró a los caballos, que salieron disparados al momento igual que si los hubieran fustigado. El coche pronto se perdió de vista, llevándose consigo a Biltmore a quienquiera que siguiera dentro, pero dejando atrás al barbudo y a sus perros. El intruso no dio muestras de preocupación o enojo ante el abandono; más bien se comportó como si hubiera llegado a su destino.

Pronunciando unas palabras que Serafina no entendió, el hombre reunió a la jauría a su alrededor. Los perros eran unas bestias horribles de enormes patas y gruesas garras. No se comportaban como sabuesos normales que husmean la tierra y exploran el bosque. Se limitaban a mirar a su amo, como esperando instrucciones.

La amplia ala del sombrero ocultaba el rostro del hombre, pero entonces volvió la cara a la luna y Serafina reprimió un grito. Un poderoso destello brilló en los ojos color plata del extraño, que asomaban en una cara curtida y marchita. El hombre abrió la boca despacio como si quisiera aspirar la luna. Y justo cuando ella pensaba que se disponía a hablar, soltó el grito más aterrador que Serafina había oído jamás, una especie de chirrido prolongado y crispado. Y en aquel preciso instante una lechuza blanca surgió de entre los árboles como un fantasma y sobrevoló la zona agitando las alas en absoluto silencio antes de responder al grito del hombre con otro chillido espeluznante. A Serafina le entraron temblores solo de oírlo. Y cuando pasó volando por su lado, la lechuza giró hacia ella su fantasmal cara aplastada, como si la buscara, como si acechara a una presa. Serafina se pegó al suelo igual que un ratón asustado.

Según la lechuza desaparecía entre las sombras de la medianoche, Serafina echó otro vistazo a la carretera. Se le heló la sangre en las venas. El hombre de la barba y sus cinco perros miraban ahora hacia el bosque, en su dirección, y los ojos del desconocido aún emitían aquella luz antinatural aunque la luna ya no se reflejaba en ellos. Serafina intentó convencerse de que era imposible que el hombre y sus perros la vieran allí escondida entre las hojas. Pero no pudo sacudirse de encima la horrible sensación de que sabían perfectamente dónde estaba. Debajo de sus pies, el terreno se empapó de una humedad extraña. Parecía como si la hiedra reptase por el suelo. Serafina oyó un castañeteo, *cac, cac, cac*, seguido de un siseo prolongado y chirriante. Súbitamente, notó el aliento del hombre en la nuca y se volvió a toda prisa, horrorizada, pero no vio nada más que negrura.

El hombre se introdujo en el bolsillo una nudosa y correosa mano y extrajo algo que parecía un jirón de tela oscura.

—Buscad —ordenó a sus perros en un tono grave y siniestro. Algo en la apariencia del hombre, quizá los rasgos rudos y la barba descuidada, el rústico atuendo y su manera de hablar, llevó a Serafina a pensar que procedía de los Apalaches, que había nacido y se había criado en los pedregosos barrancos y las escabrosas cuevas de aquellas mismas montañas.

El primer lebel hundió el hocico en el paño oscuro. Cuando levantó la cabeza, tenía las fauces abiertas y lanzaba dentelladas salvajes entre hilos de baba. El perro empezó a gruñir. A continuación, el segundo y el tercero husmearon el paño también, y así hasta que los cinco memorizaron el olor. La malevolencia palpable y sonora de aquellos animales estrujó el estómago de Serafina, que temblaba de miedo. Solo le quedaba esperar que el rastro de la tela los arrastrara en la dirección opuesta.

El hombre bajó la vista hacia su jauría.

—La presa está cerca —les ordenó en tono de amenaza—. ¡Seguid el rastro! ¡Buscad a la negra!

De sopetón, los sabuesos aullaron en coro, salvajes como lobos. Los cinco se internaron en el bosque de un salto. Serafina dio un respingo involuntario. Sus piernas ansiaban echar a correr, tanto que apenas podía quedarse quieta. Pero no podía abandonar su escondite. No, si quería sobrevivir. Sin embargo, descubrió horrorizada que los perros se precipitaban directamente hacia ella.

No entendía nada. ¿Debía seguir escondida? ¿Debía defenderse? ¿Echar a correr? Los perros iban a destrozarla.

Justo cuando comprendía que debía salir huyendo, descubrió que ya era tarde. No lo conseguiría. Se le agarrotó el pecho. Se le petrificaron las piernas. Estaba paralizada de miedo.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Ni se te ocurra! ¡No eres una rata! ¡No eres una ardilla! ¡Tienes que moverte!

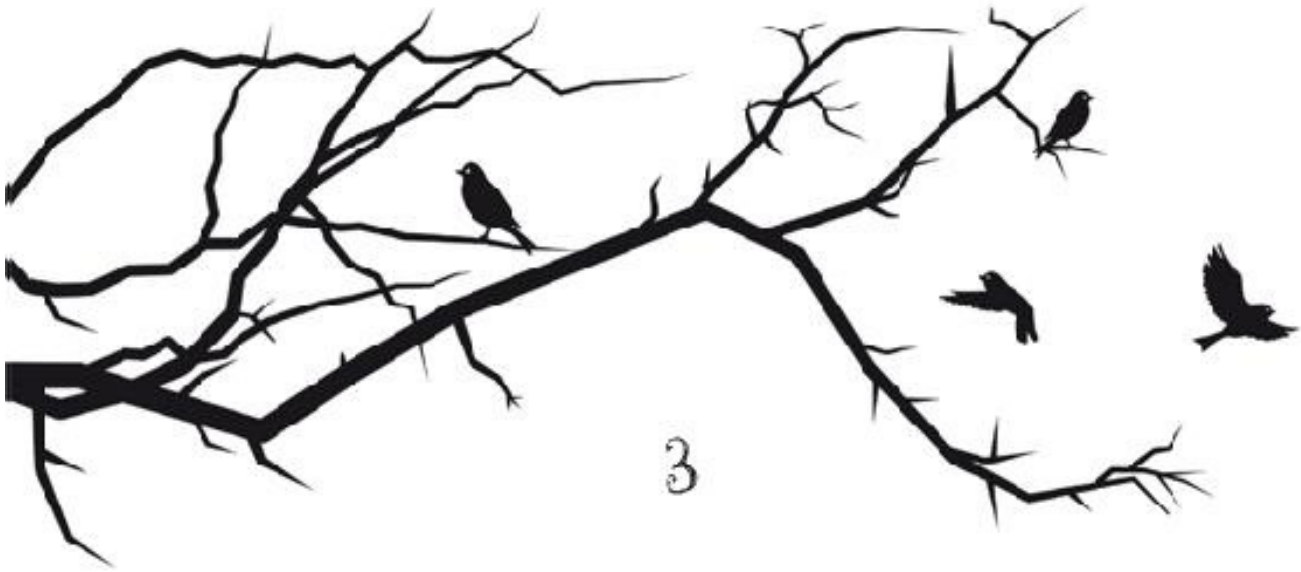
Ante la amenaza de una muerte segura, hizo lo que haría cualquier criatura del bosque mínimamente sensata: pegó un salto de tres metros para subirse a un árbol. Aterrizó en una rama, la recorrió a todo trapo y se lanzó como una ardilla voladora hacia la rama siguiente con un brinco desesperado. Desde allí, saltó al suelo y corrió como alma que lleva el diablo.

Aullando de rabia, los perros la persiguieron con las fauces por delante. La acosaban como una jauría de lobos hostigaría a un ciervo. Pero estos lebreles eran perros loberos, así que no habían nacido para perseguir y matar algo tan indefenso como un venado. Habían sido criados para matar lobos.

Al mismo tiempo que corría, Serafina se volvía de vez en cuando a mirar la carretera. El hombre de la cara marchita alzó la vista hacia la lechuza, que de nuevo planeaba en círculos sobre la zona. Y entonces Serafina observó estupefacta cómo el extraño lanzaba su bastón al cielo. Girando sobre sí mismo, el báculo voló en dirección a la lechuza. Pero no la golpeó. Serafina creyó ver que el bastón temblaba y luego desaparecía en la oscuridad a la par que el ave de presa se internaba en la

fronda de los árboles. Serafina no tenía ni idea de quién era aquel extraño y tampoco entendía lo que acababa de presenciar, pero ahora mismo no importaba. Si quería vivir, tenía que seguir corriendo.

Defenderse de un solo lebel que salta, acosa, gruñe y muerde habría sido una hazaña, pero plantar cara a los cinco se le antojaba imposible. Serafina volaba por el bosque como un rayo, los músculos alimentados por la energía del miedo. No permitiría que esas bestias salvajes acabaran con ella. El aire frío de la noche entraba a chorro en sus ardientes pulmones y un pánico arrollador inundaba sus sentidos. Pisándole los talones, el primer perro alargó el sarnoso cuello, abrió las fauces y le agarró la pierna por detrás. Serafina se dio media vuelta y, gritando de rabia y de dolor al notar el mordisco de los colmillos, golpeó al animal. El olor de la sangre recrudenció el ataque de los demás. El segundo lebel saltó sobre Serafina, le asestó una dentellada en el hombro y estiró la carne con saña mientras ella le estampaba el puño en la cara. El tercero le aferró la muñeca con los dientes según ella intentaba escapar. Los tres juntos la derribaron y la arrastraron por el suelo. Y por fin los dos perros restantes acudieron para dar muerte a la presa. Con las fauces abiertas de par en par, saltaron directos a su garganta.



Cuando los lebreles se abalanzaron sobre ella, Serafina se protegió el cuello con el brazo. En lugar de rasgarle la garganta, los colmillos se le clavaron en el antebrazo y Serafina gritó de dolor al notar horribles pinchazos que se proyectaban hasta el hueso. El segundo perrazo se abrió paso para asestar la dentellada mortal, pero una piedra del tamaño de un puño se estampó contra su cabeza y lo dejó inconsciente. Casi al momento una segunda roca golpeó a otro animal, que giró sobre sí mismo para defenderse.

—¡Ahhhh!

Un violento grito se dejó oír en la oscuridad cuando un muchacho de cabello largo y enmarañado se sumó a la refriega golpeando, aporreando, arañando y agitando los brazos en un ataque ciego y feroz.

Rabiando de dolor, Serafina clavó la base de la mano en el hocico del perro que le mordía el antebrazo para apartarlo.

—¡Levanta! ¡Sé valiente! ¡Corre! —le gritó el chico al mismo tiempo que arremetía contra dos de los perros para abrirle paso.

Serafina se incorporó como pudo, lista para salir huyendo. Pero justo cuando creía que el muchacho y ella lo habían conseguido y tal vez pudieran escapar, uno de los perros surgió de las sombras, embistió al chico por el pecho y lo derribó. Perro y muchacho rodaron por el suelo en una voltereta feroz, entre gruñidos y dentelladas.

Otro lebrel se precipitó contra Serafina. Ella lo esquivó, pero un tercer perrazo apareció por el otro lado.

—No podrás correr más que ellos durante mucho rato —gritó el chico—. ¡Tienes que ponerte fuera de su alcance!

Serafina esquivó una dentellada, y luego otra y otra más, pero las horribles fauces no cejaban en su ataque. Arreó a un perro en la cabeza y atizó a otro en el flanco mientras los animales mordían, mordían, mordían sin cesar.

Correteó hacia atrás al mismo tiempo que se defendía de las incansables mandíbulas, pero se estampó contra una pared de roca lisa y no pudo seguir corriendo. Se acuclilló en posición de ataque a la vez que siseaba como un animal capturado en una trampa.

Justo cuando un perro arremetía contra ella, el chico lo derribó con su propio cuerpo.

—¡Venga! —gritó—. ¡Trepá!

Serafina se dio media vuelta e intentó trepar por la escarpada pared de piedra, pero la roca estaba mojada y resbalaba demasiado como para escalarla. Animados por su intento de huida, dos lebreles se abalanzaron sobre ella con más ganas. Serafina les pateó las cabezas una y otra vez. Les arreó bofetadas y puñetazos.

—¡No luches, tonta! ¡Trepá! —le gritaba el chico—. ¡Tienes que escapar!

Cuando se daba la vuelta para seguir subiendo, otro perro se precipitó hacia Serafina, pero el muchacho le saltó a la espalda mordiendo y arañando como un animal salvaje. Aullando de pura rabia, el perrazo se retorció sin dejar de asestar furiosas dentelladas a su enemigo. Perro y chico cayeron al suelo enzarzados en una violenta batalla. Dos perros más se unieron al enredo con los colmillos por delante.

Aprovechando el despiste, Serafina saltó y se asió a una rama de rododendro para ayudarse a escalar la pared. Pronto encontró dónde apoyar el pie y luego se agarró a otra rama. Usando los rododendros como escala, trepó lo más deprisa que pudo barranco arriba. *¡A ver si vosotros podéis hacer esto, patosos!*

Una vez fuera del alcance de los perros, miró hacia abajo. Dos lebreles seguían correteando de acá para allá en la base del barranco, buscando entre gruñidos la manera de subir. El más decidido y bobo de los dos intentaba correr pared arriba, una y otra vez, solo para volver a caer al momento.

—¡Volved con vuestro dueño, chuchos asquerosos! —les espetó Serafina, al recordar la oscura y siniestra figura.

Sin embargo, cuando recorrió el bosque con la mirada, no era al dueño de los perros al que buscaba. No veía por ninguna parte ni a los otros tres lebreles ni al muchacho. Y no había llegado a distinguir quién ganaba y quién perdía, pero le parecía imposible que el pobre hubiera vencido a los tres al mismo tiempo.

Se quedó muy quieta, atenta los sonidos del bosque, pero no oyó nada. Los dos perros que la acosaban habían desaparecido. Ahora corrían junto a la base del precipicio. *Esos chuchos están buscando otra forma de subir*, pensó.

Serafina tenía que ponerse en marcha antes de que fuera tarde. Escaló algo más de cuatro metros hasta llegar a la cima del barranco.

Jadeando y agotada, sangrando por la cabeza, los brazos y las pantorrillas, se desplomó en el suelo. Oteó los árboles del fondo, buscando al chico.

Miró por aquí y por allá, pero no atisbó el menor movimiento ni oyó sonido alguno. ¿Cómo era posible que se hubieran alejado tan deprisa? ¿Estaría sano y salvo? ¿Habría logrado escapar? ¿O acaso estaba herido?

Nunca antes se había cruzado con aquel muchacho, ni había visto nada parecido a su manera de moverse y de pelear. Tenía la piel tirando a oscura, el cuerpo flexible y musculoso, y largas greñas enmarañadas de un tono castaño, pero eran su velocidad y fiereza lo que más la habían impresionado. Supuso que debía de proceder de las montañas cercanas, igual que el padre de Serafina. Los montañeses tenían fama de ser duros como clavos y dos veces más agudos, pero el muchacho había luchado con una rabia propia de un gato montés. Irradiaba un aire casi feroz, como si llevara toda la vida habitando esos bosques.

Serafina se levantó y escudriñó el terreno circundante; tierra llana, rocosa y un soto de arbustos que descendía hacia un barranco aún más largo. Estaba casi segura de saber dónde estaba y cómo llegar a casa, pero se volvió a contemplar el precipicio una vez más. El chico feroz le había salvado la vida. ¿Cómo iba a marcharse como si nada?

Los mordiscos y arañazos, recuerdos de la batalla reciente, le escocían horrores, igual que si llevara un alambre de púas enroscado a la carne con saña. La sangre de la herida que tenía en la cabeza resbalaba gota a gota hasta sus ojos. Debía llegar a casa.

Su mirada erró por las copas de los árboles de la zona en la que había visto al muchacho por última vez. Esperó y prestó atención, pensando que se dejarían oír ruidos de lucha o quizá vería al chico alzando la vista hacia ella. O, Dios no lo quiera, que atisbaría su cuerpo ensangrentado y despedazado, tirado sin vida en el suelo.

¡No luches, tonta! ¡Trepas! Las palabras del chico resonaron en sus oídos como si aún estuviera allí. *¡Corre!*, le había gritado.

¿Debía huir, como él le había ordenado, o buscarlo, como a ella le gustaría?

Serafina no quería hacer ruido; le aterraba delatar su presencia a lo que sea que acechara en el bosque, pero no sabía qué más podía hacer. Ahuecó las manos alrededor de la boca y susurró hacia las copas de los árboles:

—¡Hola! ¿Me oyes?

Y esperó.

Nada respondió a su llamada excepto los grillos, las ranas y el coro que puebla la noche forestal.

Notaba cómo su corazón, todavía desbocado tras el fragor de la batalla, se iba apaciguando, cómo su respiración se normalizaba y sus brazos y sus piernas se tornaban más pesados. Si quería llegar a casa, tenía que ponerse en marcha.

Por otro lado, no quería dejar al muchacho en la estacada, luchando por su cuenta. No era de las que se marchan sin más; ni de las que olvidan fácilmente, tampoco.

Deseaba hablar con él, averiguar cómo se llamaba y dónde vivía, o como mínimo si se encontraba bien. ¿Quién era? ¿Qué hacía en el bosque en plena noche? ¿Y por qué no había dudado en abalanzarse contra una jauría de perros rabiosos con el fin de defenderla?

Susurró por última vez en dirección a los árboles:

—¿Estás ahí?



Serafina comprendió que había esperado al chico feroz demasiado rato cuando oyó el jadeo de los dos perros, que corrían hacia ella desde el norte. Habían encontrado un camino de subida más allá del precipicio.

Miró a un lado y a otro. Echó un vistazo a un árbol y se preguntó si estaría a salvo ahí arriba. Luego pensó en descender por el barranco para confundirlos. Sin embargo, era consciente de que, si tenía que pasar la noche a solas a la intemperie, no sobreviviría. *¡Tienes que escapar!*, le había dicho el chico feroz.

Por fin, se decidió.

Confiaba en que el muchacho estuviera sano y salvo, quienquiera que fuera. *Sé fuerte, amigo mío.*

Se internó en un frondoso soto de píceas y abetos. Las coníferas crecían tan arremetidas que tuvo la sensación de estar nadando en un océano de verde follaje. Según se abría paso entre los matorrales, las fuerzas la abandonaron dando paso a la confusión. Le fallaban constantemente las piernas y no podía concentrarse en el camino que se abría ante ella. Se llevó la mano a la cabeza y descubrió que la herida le sangraba profusamente. Las gotas le resbalaban por la frente hasta los ojos.

Sorteó el mar de árboles a trompicones, consciente de que no había forma humana de burlar a los perros. Los mordiscos repartidos por brazos y piernas le provocaban espasmos de dolor. No paraba de enjugarse la sangre de los ojos para ver por dónde iba. Las agujas eran tan densas, las ramas tan altas que ya no atisbaba la luna ni las estrellas. Las ramillas que pisaba en su carrera se rompían con un crujido que habría evitado en circunstancias normales, pero ahora daba igual. Debía correr más deprisa que nunca. Sin embargo, según se agachaba y saltaba entre los árboles, seguía oyendo la voz del chico feroz: *¡No podrás correr más que ellos durante mucho rato!* Serafina quería dar media vuelta y enfrentarse a los perros, pero si la atrapaban allí, en mitad del soto, no los vería llegar. La matarían, seguro. Tenía que

seguir corriendo.

De sopetón, los árboles se esfumaron y Serafina estuvo a punto de caer por un barranco. Al fondo, entre peñascos, discurrían las aguas blancas de los rápidos. Ahogando una exclamación, Serafina se apartó del borde y se agarró a las ramas de un árbol.

Asomándose por el filo del despeñadero, descubrió que le iba a resultar imposible cruzar el río por allí. El precipicio era demasiado alto, los rápidos muy peligrosos. *Todas las opciones son malas*, se dijo. Debía ponerse a salvo, lo sabía, pero ahora mismo le urgía más ocultar su rastro.

Reuniendo el ánimo, bordeó corriendo el barranco en dirección al río.

Cuando llegó a un tramo menos turbulento, intentó cruzar deprisa y corriendo por la parte que le pareció más segura y superficial. Nunca antes se había bañado en aguas profundas y no sabía nadar. Hundida hasta las rodillas, vadeaba como podía la fuerte corriente, desesperada por alcanzar la otra orilla y escapar de los galgos. El río de montaña bajaba tan frío que le dolían las piernas. Las aguas corrían bravas y veloces. Según avanzaba paso a paso contra la impetuosa corriente, notaba cómo las piedras, redondas y resbaladizas, se desplazaban y bailaban bajo sus pies.

Llegó al centro del río. El agua rompía ahora contra sus muslos, empujándola cada vez con más fuerza. Serafina avanzaba en línea recta. Y justo cuando pensaba que iba a conseguirlo, notó que el impulso de la corriente despegaba sus pies del fondo. Perdió el equilibrio y cayó en las gélidas aguas. Agitó los brazos con frenesí y pateó desesperada por hacer pie, pero el río la arrastró. Tosiendo y escupiendo, rebotaba, se retorció e intentaba tomar aire como podía mientras la corriente la llevaba río abajo, hacia la siguiente serie de rápidos.

Un turbulento salto de agua entre dos peñascos se la tragó y luego la escupió por el otro lado. Serafina se hundió en una poza verde oscuro dando volteretas debajo del agua. Cuando pudo sacar la cabeza, tomó aire a toda prisa antes de que el río la reclamase otra vez para empujarla y arrastrarla por una espiral de aguas salvajes. Daba vueltas y más vueltas, sumergida en un remolino tan profundo que se despidió de su padre. Y entonces notó que su cuerpo chocaba contra una roca dentada. Trató de agarrarse a ella, pero la intensa corriente la arrastró una vez más. Siempre se había considerado una chica fuerte, pero al lado de la potencia del río no era más que un gatito arrojado al agua. Cuando los rápidos la escupieron por fin al remanso del siguiente tramo, salió a rastras del río, chorreante y embarrada, y se desplomó exhausta en las rocas de la orilla.

Lo había conseguido.

Sabía que si los perros la seguían corriente abajo y la veían en la otra orilla, intentarían alcanzarla. Tenía que levantarse, seguir corriendo, pero los brazos y las piernas no la obedecían. Ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza. La frialdad del agua y la tremenda fuerza de la corriente le habían arrebatado las pocas energías que le quedaban. Temblaba de pies a cabeza. Y allí, tirada en los húmedos peñascos

del margen, la seguridad de Biltmore se le antojó imposiblemente lejana, inalcanzable. Tenía el cuerpo tan machacado que se sentía incapaz de dar cuatro pasos y mucho menos de recorrer los kilómetros que tenía por delante. Los charquitos de agua que había entre las piedras empezaron a tornarse negros, uno a uno. Tenía tanto frío.

Serafina se preguntó si el chico feroz yacería mortalmente herido en el bosque, donde lo había dejado; o si seguiría luchando con los perros. O puede que hubiera escapado. Aún oía su voz mentalmente. *¡Corre!*, le había gritado. *¡Corre!* Pero Serafina no podía correr. No podía moverse.

Una ola de calma negra la recorrió como invitándola a cerrar los ojos y renunciar a todo. Una nube de nauseabundos colores le empañó los ojos. Serafina se estaba desmayando, lo notaba. Qué fácil sería dejarse llevar sin más. Pero entonces una fuerza salvaje hirvió en su corazón. *¡Levántate!*, se ordenó. *¡Corre!* *¡Vete a casa!* Hizo esfuerzos por incorporarse, por ponerse de pie, por levantar la cabeza, al menos.

Abrió los ojos y forzó la vista entre la sangre. El terreno a este lado del río era bajo y suave, salpicado de helechos y abedules, totalmente distinto de los abruptos barrancos que acababa de dejar al otro lado. Vio una luz que se acercaba hacia ella entre la oscuridad. Al principio la tomó por una estrella, porque el cielo estaba despejado, pero había más. Montones de luces.

Serafina intentaba en vano llenarse el pecho de aire para anticiparse a un ataque, pero, aún presa de la confusión y el miedo, albergó la esperanza de que se tratara de una antorcha o un farolillo, de que su padre hubiera acudido en su busca como hiciera en otra ocasión.

Y entonces descubrió que las luces no eran temblorosas llamas de faroles sino la titilante danza de seres que flotaban en el aire siguiendo el curso del río, en su dirección.

¿Son luciérnagas?, se preguntó Serafina mientras se aproximaban.

Sin embargo, estas eran mucho más grandes y de un verde vivo, y sus alas emitían perezosos destellos blancos y verdes, blancos y verdes según volaban, como alas de mariposas luminiscentes.

Pero no son mariposas en realidad, comprendió Serafina con una sonrisa. *Son polillas. Mariposas luna.*

Era todo un eclipse de mariposas, de color verde pálido y refulgentes a la luz de la luna, cientos y cientos sobrevolando el cauce del río, sus largas colas flotando tras las silenciosas y delicadas alas.

Serafina había visto la primera mariposa luna de su vida una noche de verano en los jardines de Biltmore, cuando era pequeña. Recordaba el fulgor casi mágico que emitía el insecto entre la oscuridad estrellada cuando se posó en la palma de su mano, el suave movimiento de las alas, arriba y abajo. Pero jamás había visto un grupo tan grande de mariposas luna desplazándose juntas. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Sería así la muerte? ¿Un recuerdo de infancia rescatado de una noche de verano?

Sin embargo, según veía a las mariposas luna volar por encima del agua, comprendió súbitamente que no estaban de paseo. Viajaban siguiendo el cauce del río, como si se hubieran propuesto sobrevolarlo hasta alcanzar la desembocadura, y de ahí al río siguiente y luego al otro, a través de las montañas, hasta llegar al mar. Abandonaban la zona. Igual que los pájaros.

Oyó a los perros aullando y ladrándose uno a otro en el barranco de la otra orilla. Se estaban acercando.

Cuando la última mariposa desapareció, Serafina intentó incorporarse sobre los brazos, pero le fallaron las fuerzas. Trató de doblar las piernas para levantarse, pero no pudo.

Y, sin embargo, había visto las mariposas luna por algo. Estaba segura.

Buscó con la mirada un lugar donde ponerse a salvo y se fijó en el bosquecillo de abedules que asomaba unos metros más allá. Mientras barruntaba cómo llegar hasta allí, vio un par de ojos brillar en la oscuridad.

Los ojos la observaban de lejos, como si la estudiaran.

Serafina les sostuvo la mirada y respiró lo más tranquilamente que pudo.

Al principio pensó que había calculado mal la posición de los sabuesos, que ya habían cruzado el río y la estaban rodeando. Pero no estaba contemplando los ardientes ojos negros de los lebreles. Estos tenían un tono ámbar.

La inundó una oleada de alivio.

Conocía esos ojos.

—Necesito que me ayudes —susurró.

No obstante, la fiera que surgió del bosque le puso la piel de gallina. Un puma que no conocía se encaminaba directo hacia ella. Se trataba de un león de montaña joven, de piel oscura, pero parecía fuerte, intrépido y hambriento. No era el animal que esperaba ver, ni por asomo.

Serafina intentó levantarse para plantarle cara, pero fue inútil. Estaba a merced de la bestia.

Y mientras seguía preguntándose cómo iba a defenderse de aquel puma desconocido, un segundo león de montaña apareció entre los árboles.

Serafina respiró aliviada. Se trataba de una hembra, adulta y poderosa, una leona de montaña que conocía bien.

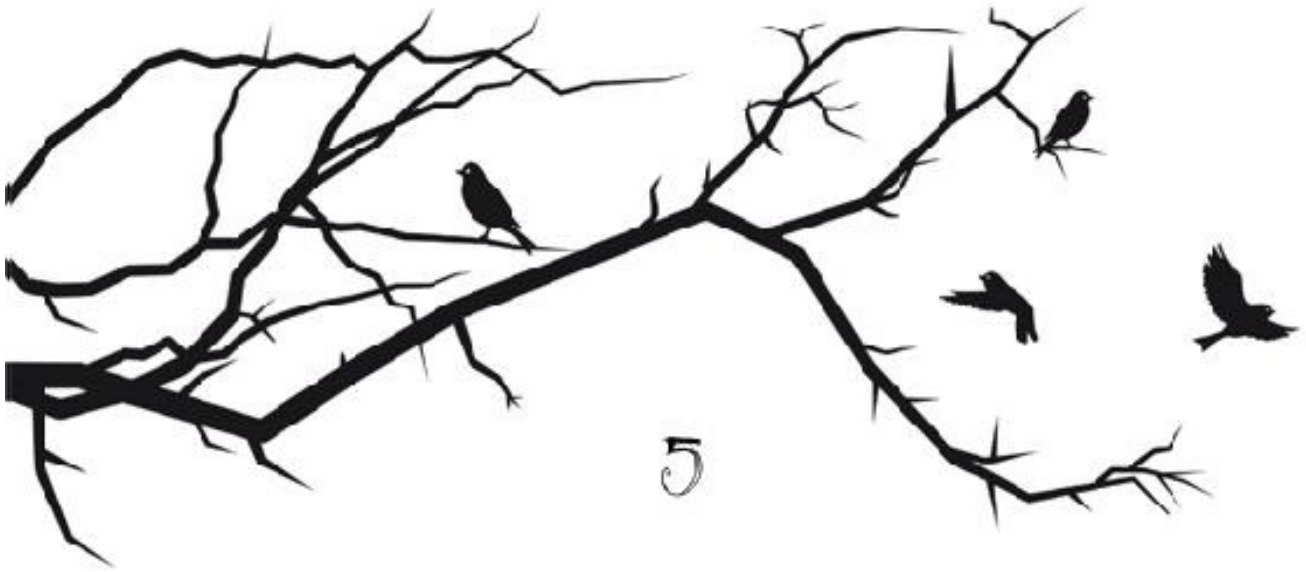
Cuando su madre adoptaba la forma de un puma, era aún más hermosa si cabe, con su espeso pelaje anaranjado, sus poderosas zarpas y los músculos de una experta cazadora. La inteligencia brillaba en su imponente rostro, en sus ojos dorados.

—Cuánto me alegro de verte, mamá —dijo Serafina, sorprendida del tono lastimoso de su propia voz.

Y en ese instante, antes de que Serafina descifrara algún tipo de respuesta en los ojos de su madre, la leona volvió la cabeza de improviso para mirar al otro lado del río.

Entonces Serafina oyó lo que había sobresaltado a su madre. Los perrazos los

estaban acechando. Y ya no eran solo dos. Los cinco se habían reunido, y ahora gruñían, ladraban y mordían el vacío. Se abalanzarían sobre ellos en cuestión de segundos.



La madre de Serafina avanzó rápidamente hacia ella y se tumbó a su lado. Serafina no entendió por qué lo hacía. Acto seguido, el puma oscuro se acercó también y empujó el cuerpo de Serafina con la cabeza. Al principio pensó que los leones pretendían frotarle la piel para disimular el olor de niña con el suyo propio, pero luego comprendió lo que se proponían.

Serafina montó a lomos de su madre y se aferró a su cuello. Los tres se encaminaron hacia los árboles, ella encima de la leona y el puma oscuro caminando a su lado, despacio al principio y luego más deprisa. Serafina notaba el pelaje de su madre contra la cara, la fuerza de su respiración, la potencia de sus músculos. La leona de montaña fue cogiendo velocidad bosque a través. Pronto, se desplazaban corriendo entre los árboles.

Era una sensación increíble esa de surcar la noche como una exhalación, mecida por el ondulante ritmo de aquel galope elástico, tan potente, rápido y silencioso, acompañada del puma oscuro, que corría a su lado. Serafina había soñado a menudo que surcaba la noche como una flecha, pero jamás en toda su vida se había desplazado a tanta velocidad. Lo que más le sorprendía era la suavidad de la marcha, la agilidad de movimientos de su madre, la rapidez con que cambiaba de rumbo y de paso, a voluntad, elegante y potente al mismo tiempo.

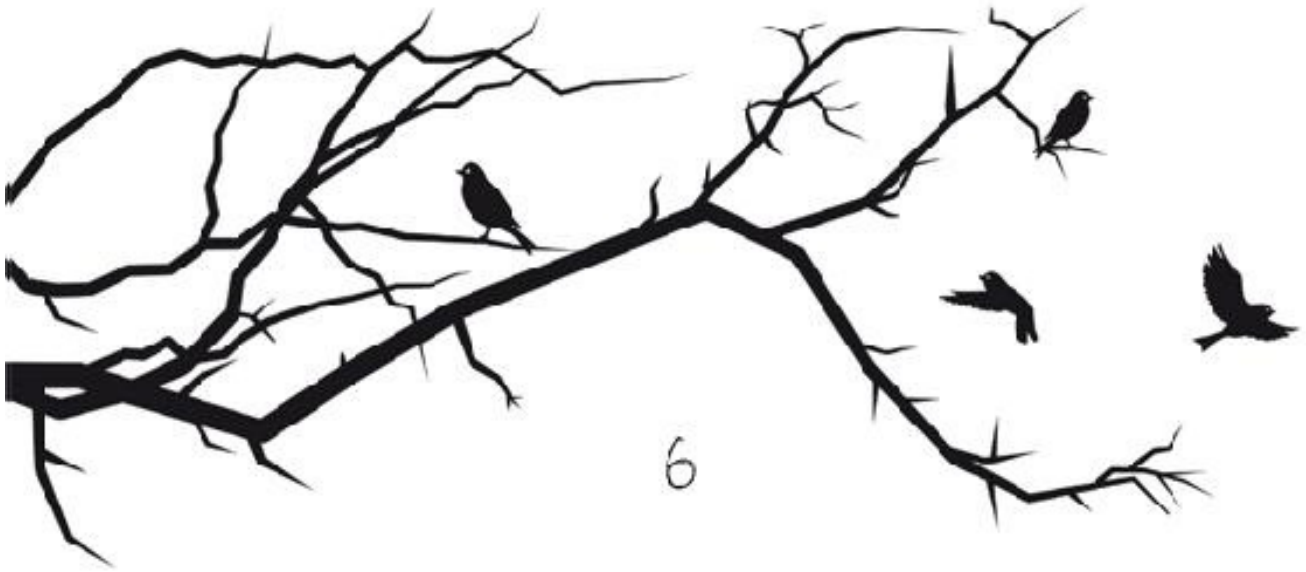
Cuando llegaron a una zona suficientemente elevada, los dos leones de montaña se detuvieron y miraron en dirección al río. Descubrieron que los cinco lebreles habían seguido el rastro de Serafina hasta la orilla y luego habían atravesado el agua. Pero habían cruzado en línea recta, sin darse cuenta de que la poderosa corriente se había llevado a su presa río abajo. Hacía un rato, a Serafina se le había antojado una catástrofe haber perdido pie y que el río la hubiera arrastrado, pero ahora se daba cuenta de que eso le había salvado la vida. Los perros olisqueaban el suelo y giraban sobre sí mismos, despistados. Habían perdido el rastro. Y cuando empezaron a

recorrer la orilla buscando el olor de Serafina, su confusión no hizo sino aumentar.

No saben dónde me he metido, pensó Serafina con una sonrisa, a la vez que se agarraba con fuerza al lomo de su madre. *Huelen a puma, nada más.*

De improviso, los leones de montaña se pusieron en marcha otra vez. Corrían por el bosque raudos como el rayo, brincando sobre arroyos y barrancos, volando entre los helechos. Las ramas y los troncos de los árboles pasaban zumbando junto a Serafina. El viento silbaba en sus oídos.

Recorrieron la noche durante tanto rato que Serafina cerró los ojos y ya solo sintió la cadencia de la carrera, el frío del aire encima y el calor de su madre debajo.



Serafina despertó al rato en una mullida cama de hierba, cuyas hojas de un verde vivo brillaban a la luz de la luna. Notó la calidez del pelaje que la arropaba y la vibración leve y grave de un ronroneo. Los dos cachorros de su madre se acurrucaban contra ella y le masajearon la espalda con las patitas, tan contentos de verla que no habían dudado en tirarse encima. Serafina esbozó una sonrisa espontánea. Notaba la presión de los pequeños hocicos contra los hombros, el cosquilleo de los bigotes en el cuello. A lo largo de las pocas semanas que llevaba visitando a los cachorros en el cubil de su madre, les había cogido un gran cariño a sus hermanos, y sabía que estos sentían lo mismo por ella.

Serafina se palpó el corte de la cabeza. Lo llevaba cubierto con un apósito de hojas que había detenido el sangrado y atenuado el dolor. La madre de Serafina le había tratado las heridas de los brazos y las piernas con emplastos de hierbas silvestres. No le apetecía moverse, pero estaba segura de que podría hacerlo de ser necesario. Sabía por experiencia que el dolor no la aturdiría como a muchas otras personas. Su padre se había llevado más de una sorpresa en este aspecto. El frío tampoco la afectaba. Al igual que su familia, poseía una capacidad de resistencia nata, la habilidad de seguir adelante aun estando destrozada y ensangrentada. Con todo y con eso, los remedios en cortes y mordiscos la reconfortaban.

Al notar el delicado contacto de una mano, Serafina alzó la vista. Su madre había adoptado forma humana, con sus felinos ojos dorados, sus pómulos sorprendentemente marcados y la larga melena rubia. Sin embargo, cada vez que Serafina la miraba, lo que más la impactaba era descubrir que esa mujer la amaba de todo corazón.

—Estás a salvo, Serafina —le dijo a la vez que comprobaba el apósito de la cabeza de su hija.

—Mamá —respondió ella con un tono de voz débil y entrecortado.

Mirando a un lado y a otro, Serafina descubrió que la mujer *catamount* se había internado en el corazón del bosque para traerla al claro del ángel, junto al viejo cementerio abandonado. Bajo el sombrío manto de árboles nudosos y retorcidos que cubría el cementerio, gruesos tallos de hiedra estrangulaban las agrietadas lápidas manchadas de líquen. Un musgo extraño colgaba de las ramas muertas de los árboles y la negruzca tierra rezumaba una niebla fantasmal. Sin embargo, la neblina no se extendía hasta el claro del ángel, donde siempre crecía un pequeño círculo de hierba fresca, verde y perfecta, incluso en invierno. En el centro de la explanada se erguía una estatua de piedra, la escultura de un hermoso ángel armado con una reluciente espada de acero. Parecía como si el ángel estuviera allí para proteger el claro del paso del tiempo, convirtiéndolo así en la sede de una primavera eterna.

La madre de Serafina había criado a sus dos cachorros pequeños en una madriguera situada bajo las raíces de un gran sauce, al borde del claro. Y en una noche muy distinta de esta, la guarida mudó en campo de batalla, el mismo en que Serafina y sus aliados derrotaron al señor Thorne, el hombre de la capa negra.

¡Buscad a la negra!, había dicho el dueño de los galgos hacía un rato. A su pesar, Serafina miró a un lado y a otro en busca de señales de la capa negra que tan solo unos días atrás rompiera en pedazos con ayuda de la afiladísima espada del ángel. Estaba segura de haberla destruido, pero debería haber machacado el broche de plata y quemado los jirones de tela. Serafina volvió la vista al cementerio, poblado de lápidas torcidas y ataúdes rotos, y se preguntó qué habría sido de los últimos restos de la capa.

Por lo que podía recordar, Serafina siempre había merodeado a solas por los sombríos corredores de Biltmore. Toda su vida se había dedicado a cazar. Lo hacía por instinto. Nunca se había podido explicar por qué su columna vertebral era tan larga y flexible, ni por qué su clavícula flotaba libremente, o tenía cuatro dedos en cada pie y no cinco. Nunca había sabido por qué era capaz de ver en la oscuridad si los demás no podían. Pero cuando por fin conoció a su madre, lo entendió. Su madre era un *catamount*, un gato de las montañas cambiante, capaz de adoptar formas distintas. Serafina había comprendido por fin que ella no era una niña sin más. También era un cachorro.

Deseosa de saber, Serafina llevaba varias semanas saliendo a cazar cada noche en compañía de su madre, no solo para conocer los secretos del bosque, sino también para aprender qué significaba ser un *catamount*. Había escuchado atentamente las lecciones de la mujer puma y la había observado a fondo cuando cambiaba de forma. Se había concentrado con todas sus fuerzas y con toda su alma, tal como ella le había enseñado. Había intentado incontables veces visualizarse a sí misma convertida en puma, imaginar lo que sentiría, pero nada sucedía. No conseguía transformarse. Seguía siendo la misma. Se moría por pedirle a su madre que la ayudara otra vez a cambiar, ahora mismo, pero un mal presentimiento le dijo que ella no accedería.

Los cachorros retozaban junto a Serafina y le hundían el hocico en la cara. Ella,

por su parte, los acariciaba, los abrazaba y les aplastaba las orejas con las manos. Las crías no eran mutantes sino leones de montaña puros, pero la habían aceptado desde el principio y nunca les había extrañado ni importado que los colmillos de su hermana fueran muy cortos o careciera de cola.

Serafina se preguntó qué habría sido del puma oscuro. Le había parecido demasiado joven como para ser el padre de los cachorros. Así pues, ¿qué hacía yendo con su madre de acá para allá?

—¿Quién era el otro puma, mamá? —preguntó—. El joven...

—Olvídate de él —le espetó ella—. Ya le he dicho que no se acerque a nosotros, sobre todo a ti. Este territorio no le pertenece y lo sabe. Solo está de paso junto con los demás.

Serafina alzó la vista de golpe, sorprendida.

—¿Los demás? ¿Quiénes?

Su madre le acarició la mejilla.

—Tienes que descansar, pequeña —respondió, y luego hizo ademán de retirarse.

—Por favor, cuéntame lo que está pasando —suplicó Serafina a la vez que la cogía del brazo—. ¿A quiénes te refieres? ¿Por qué se marchan los animales? ¿Quién era ese hombre del bosque? ¿A qué ha venido?

Su madre se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—No dejes que nadie te vea o te oiga cuando estés en el bosque, Serafina. Asegúrate de pasar desapercibida. Debes cuidar de ti misma.

—Pero no quiero cuidar de mí misma. Quiero saber lo que pasa —le soltó Serafina antes de darse cuenta de que estaba hablando como una cría.

—Entiendo que sientas curiosidad. De verdad que sí —la consoló su madre. Le posó la mano en el brazo—. Pero ¿cuántas vidas crees que tienes, pequeña? El bosque es demasiado peligroso para ti. La noche menos pensada no estaré ahí para rescatarte.

—Quiero aprender a transformarme igual que tú, mamá.

—Ya lo sé, gatita. Lo siento —respondió ella acariciando la mejilla de su hija.

—Dime lo que debo hacer —suplicó Serafina—. Seguiré practicando.

La otra negó con la cabeza.

—Cuando viven con sus madres, las crías de *catamount* empiezan a transformarse muy pronto, antes de aprender a andar, correr o hablar. Lo hacen de manera tan natural que ni siquiera piensan en ello. Se visualizan convertidas en *catamount*, y en *catamount* se transforman. Siento mucho no haber estado ahí para enseñarte cuando eras niña.

—Enséñame ahora, mamá.

—Lo hemos intentado noche tras noche, lo sabes —arguyó ella—, pero me temo que ya es tarde para ti. Nunca podrás transformarte.

Serafina sacudió la cabeza con fuerza y prácticamente gruñó a su madre. Así de frustrada estaba, así de herida por sus palabras.

—Sé que puedo hacerlo. No renuncies por mí.

—El bosque es demasiado peligroso para que andes por aquí —respondió la mujer puma con una mirada infinitamente triste.

—Pues vuelve conmigo a Biltmore en forma humana —propuso Serafina, emocionada—. Estaremos juntas.

—Serafina —empezó la madre en un tono de voz suave y firme al mismo tiempo, como si comprendiera la soledad y la confusión que experimentaba su hija—. He vivido doce años atrapada en el cuerpo de un puma. No concibo la idea de regresar al mundo de las personas. Aún no. Te suplico que lo entiendas. Me partieron el alma en dos. Necesito tiempo para recuperarme, para entender lo que soy. Lo siento mucho, pero ahora mismo mi lugar está en el bosque y debo cuidar de los cachorros.

—Pero... —quiso insistir Serafina.

—Espera —la interrumpió su madre con dulzura—. Deja que termine lo que estaba diciendo. Necesito explicártelo. —La madre hizo una pausa, presa de la emoción—. A lo largo de estos doce años que he pasado atrapada en el cuerpo de un puma, tú has estado tan sujeta como yo. Eras cautiva de tu forma humana. —La madre de Serafina se enjugó una lágrima—. Y ahora no eres sino eso. Te has criado como tal. Eres humana. Y yo soy un *catamount*. —Su madre agachó la vista y lanzó un suspiro largo y entrecortado. Luego alzó los ojos para mirar nuevamente a su hija—. Y doy gracias por el tiempo que hemos compartido, por haberte conocido y haber podido comprobar con mis propios ojos que te has convertido en una niña maravillosa. Te quiero con toda mi alma, Serafina, pero no puedo ser la madre que necesitas.

—Mamá, por favor, no digas eso... —pidió Serafina.

—No, Serafina —insistió su madre, que ahora la abrazaba con manos temblorosas—. Escúchame. Ayer estuviste a punto de morir. No debería haberte dejado merodear por el bosque a solas. Por poco te pierdo. —La voz de la mujer se quebró—. No tienes ni idea de lo mucho que significas para mí... y no sabes hasta qué punto son oscuras las fuerzas que nos acechan. Quiero que regreses a Biltmore y te quedes allí. Ese es tu hogar. Dentro de esos muros, estás a salvo. Las cosas están cambiando por aquí. Debo coger a los cachorros y marcharme. El bosque es demasiado peligroso para ti, sobre todo ahora.

Serafina alzó la vista para mirarla.

—¿Te vas? ¿Y qué significa «sobre todo ahora»? Dime qué está pasando, mamá. ¿Por qué se marchan los animales?

—Esta no es una batalla que tú debas librar, Serafina. Teniendo solo dos piernas, no podrás correr tan rápido como para escapar de este peligro. Y no posees unas garras tan fuertes como para enfrentarte a él. Cuando hayas descansado, quiero que vuelvas a casa. Ten mucho cuidado. Si ves cualquier cosa, aléjate. Ve directamente a Biltmore.

Serafina apenas si podía contener las lágrimas.

—Mamá, quiero estar aquí contigo, en el bosque. Por favor.

—Serafina, tu sitio no está...

—¡No digas eso!

—Escucha lo que te digo —le ordenó su madre, ahora en tono más enérgico—. Tu sitio no está aquí, Serafina.

La niña se enjugó las lágrimas con rabia. Deseaba encontrar su sitio. Lo deseaba más que nada en el mundo. Las palabras de su madre le estaban partiendo el corazón. Quería seguir discutiendo, pero la otra dio el tema por zanjado.

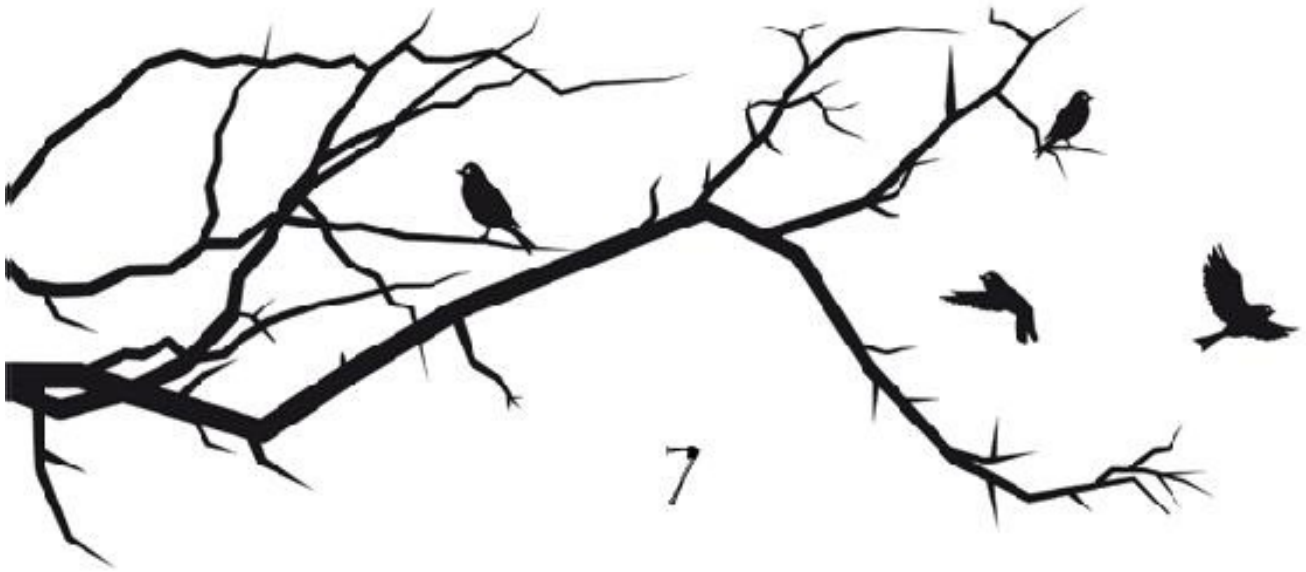
Ayudó a Serafina a recostar la cabeza en la hierba.

—Te he dado una cosa que te ayudará a dormir. Te encontrarás mejor cuando despiertes.

Serafina permaneció tumbada en silencio, como su madre le pedía, pero seguía sin entender nada. Únicamente deseaba encontrar un hogar, le daba igual si era una casa o una guarida. Por lo que parecía, tenía amigos que no lo eran, una familia que no podía considerar como tal. Sentía que una fuerza siniestra se estaba concentrando en el bosque e infiltrándose en su corazón, como si la capa negra le envolviera despacio el alma.

Tendida en la base del árbol, notó cómo se sumía en un sueño profundo y oscuro, como si cayera en un pozo sin fondo y no pudiera hacer nada por evitarlo.

Cuando despertó, pasado un rato, ya no estaba tumbada en la hierba. La rodeaba una oscuridad absoluta. Estaba rodeada de tierra, por debajo, por arriba, por todas partes.



Serafina tardó varios segundos en comprender que se encontraba en el cubil subterráneo de su madre. Debía de haberla transportado a la madriguera mientras dormía.

Se sentía más fuerte que antes y había entrado en calor. Se acuclilló y salió a gatas del refugio. Una vez en el exterior, se incorporó bajo la luz de la luna que bañaba el claro del ángel. Alzando la vista hacia las estrellas, calculó que habrían pasado unas horas, no demasiadas.

Ya no sangraba y las heridas no le dolían tanto como antes, pero cuando miró a su alrededor le dio un vuelco el corazón, porque su madre, los cachorros y el puma oscuro se habían marchado. La habían dejado sola.

Encontró unas palabras escritas en la tierra:

SI ME NECESITAS, SEA INVIERNO,
OTOÑO O PRIMAVERA,
VE ALLÁ DONDE LA LLUVIA ES MURO
Y AL SUELO TREPAS.

Serafina frunció el ceño. No entendía el significado de esas palabras, ni siquiera sabía si iban dirigidas a ella.

Echó una ojeada a la explanada del ángel y luego volvió la vista hacia los árboles. En el bosque reinaba una quietud absoluta; nada salvo la niebla se movía entre las húmedas y brillantes ramas y no se oía ni un alma. Era como si el mundo entero se hubiera esfumado más allá del claro.

Pensó en su madre, en los cachorros y en el puma oscuro. Recordó las palabras de su madre: *¡Tu sitio no está aquí, Serafina!* De todas las heridas que llevaba consigo,

esa era la que más le dolía.

Entonces pensó en Braeden, en su padre, en el señor y la señora Vanderbilt, en todos los habitantes de Biltmore que llevaban vidas diurnas tan ajenas a la suya.

Tu sitio tampoco está allí.

Plantada en el centro del claro, tuvo una revelación, lenta y dolorosa.

Volvía a estar sola.

Sola, tal cual.

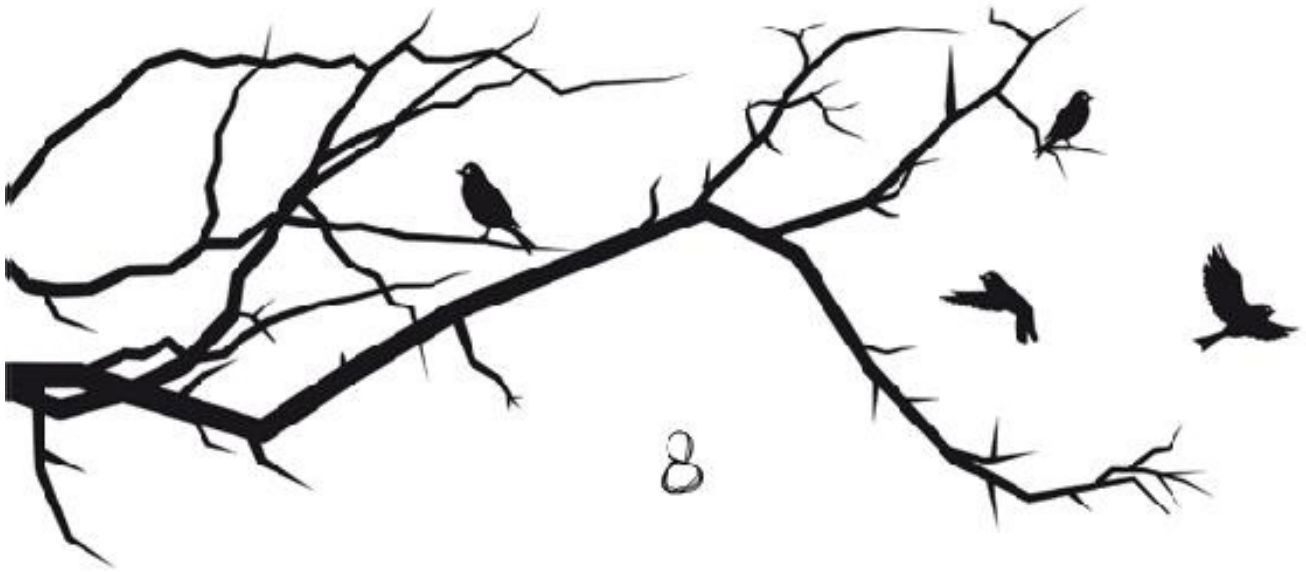
Cuando recordaba las palabras de su madre, eso de que nunca sería capaz de transformarse, una parte de ella dolida, rota, punzante solo quería dejarse caer de rodillas y echarse a llorar. No lo entendía. Había puesto tantas esperanzas en los cambios que se estaban produciendo en su vida, pero ahora tenía la sensación de estar atrapada entre dos mundos sin pertenecer a ninguno. No era ni bosque ni casa, ni noche ni día.

Al rato, se dio la vuelta y contempló el bello y silencioso ángel de piedra, con sus elegantes y poderosas alas y su larga espada de acero. Serafina leyó la inscripción grabada en el pedestal:

NO SON LAS BATALLAS QUE GANAMOS
O PERDEMOS LAS QUE NOS DEFINEN,
SINO AQUELLAS QUE ESTAMOS
DISPUESTOS A LIBRAR.

Volvió la vista hacia el bosque, una vez más. Y decidió que, al margen de lo que fuera capaz de hacer y lo que no, al margen de quién la quisiera y quién no, seguía siendo la JBAR. De eso estaba segura. Y esta noche había visto cosas en el bosque para las que no tenía explicación. No sabía quién era el hombre de la barba, solo que se trataba de un ser tan malvado que hasta los animales huían de él, un ser tan peligroso que ni su madre se atrevía a plantarle cara. La madre de Serafina estaba segura de que los peligros más oscuros se agazapaban en el bosque, y sin duda era así, pero Serafina sabía por experiencia que a veces se colaban en la casa. Recordaba el coche sin conductor y a los cuatro sementales galopando por la carretera que llevaba a Biltmore. Habría jurado que había alguien más en aquel carruaje. ¿Bajo qué apariencia se presentaría aquel nuevo desconocido y cómo se abriría paso hasta el hogar del señor y la señora Vanderbilt? Hasta el hogar de Serafina. ¿Y qué pensaba hacer allí? ¿Se trataba de un ladrón? ¿De un espía?

Plantada en el claro del ángel, Serafina tomó una decisión. Si había una rata en la casa, ella la encontraría.



Serafina se detuvo al borde del estanque de Biltmore, acucillada ente la maleza, y oteó el horizonte en busca de señales de alarma.

Aguardó y observó.

Desde aquella posición privilegiada, no vio nada que sugiriese problemas de ningún tipo. Todo parecía tranquilo y en paz.

La espejada superficie del lago reflejaba las últimas estrellas, cuya luz rutilante pronto daría paso al alba. Una familia de cisnes planeó sobre las inmóviles aguas, dio media vuelta y se posó en el lago, rompiendo así el reflejo del cielo estrellado.

A lo lejos, la casa Biltmore despuntaba majestuosa en lo alto de una colina, como si se irguiera orgullosa sobre los árboles de los parques que la rodeaban. Las ventanas destellaban con el beso de las primeras luces del alba. Con sus tejados de pizarra azul, sus elegantes arcos y los chapiteles de sus torres, recordaba al clásico castillo de un cuento de hadas, los mismos que Serafina leía en la biblioteca de la mansión mientras los demás dormían.

Según contemplaba el caserón, un agradable calor inundó su corazón. Se alegraba de volver a estar en casa. Decidió que intentaría reavivar su amistad con Braeden y daría las gracias de nuevo a la señora Vanderbilt por el vestido que le había regalado. E intentaría obedecer a su padre en todo. Pero lo más urgente era vigilar de cerca a cualquier extraño que hubiera llegado a Biltmore durante la noche. El dolor de las heridas se había atenuado, pero las aterradoras imágenes del barbudo del bosque y su compañero de viaje seguían grabadas a fuego en su mente. Y no dejaba de preguntarse qué habría sido del chico feroz, el mismo que la había ayudado y luego se había esfumado.

Se encaminó a la casa subiendo por una extensa pradera salpicada de grandes árboles. Correteaba de tronco en tronco para que nadie la viera.

Cuando avistó a dos hombres y un perro que se dirigían hacia el lindero del

bosque, se agachó y buscó un escondrijo. Reconoció de inmediato la figura delgada y morena del señor Vanderbilt, el dueño de la casa Biltmore, con sus botas de piel de becerro, su chaqueta de leñador y su sombrero clásico. Como muchos caballeros, a menudo llevaba un elegante bastón cuando iba de acá para allá en situaciones formales, pero hoy había optado por el bordón de castaño que lo acompañaba siempre a los paseos, con el casquillo de metal y la correa para la muñeca de cuero. Su leal Cedric, el enorme san bernardo de color marrón y blanco, caminaba a su lado. A lo largo de las últimas semanas, Serafina había tenido ocasión de conocer mejor al señor Vanderbilt. Aquel hombre de aire tranquilo seguía siendo en parte un misterio para Serafina, pero le había cogido cariño y esperaba que él sintiera lo mismo por ella. Le alivió comprobar que el amo de la casa estaba sano y salvo, a punto de emprender su paseo matutino, una señal inequívoca de que todo iba bien en Biltmore.

Y entonces vio al hombre que caminaba a su lado.

Lucía un abrigo largo, de color marrón parduzco, sobre un traje ligero de caballero y llevaba un bastón con la empuñadura de bronce que destellaba al sol según caminaba. Tenía rasgos de anciano, la cabeza calva y una espesa barba gris. Serafina entornó los ojos con recelo. El hombre le recordó al instante al siniestro personaje del bosque, el de los destellantes ojos color plata y el rostro marchito. El parecido resultaba inquietante. Sin embargo, cuando se fijó mejor comprendió que no podían ser la misma persona.

El hombre que acompañaba al señor Vanderbilt era más viejo, caminaba más despacio, más encorvado. Serafina no le veía la cara tan bien como para saber quién era, pero le sonaba de algo. Y recordó que el barbudo de los perros se había apeado del carruaje antes de despacharlo hacia Biltmore. ¿Sería este el segundo ocupante del coche? Puede que fuera un sirviente del otro, que se había adelantado para espiar. ¿O sería un demonio, igual que el hombre de la capa negra? Sabía que alguien había llegado a Biltmore durante la noche. Solo tenía que averiguar quién era.

Se escondió detrás de un enorme castaño y observó a los dos hombres. Según se acercaban al bosque con parsimonia, el desconocido cavó un agujero en el suelo con la punta de su bastón. Luego extrajo algo de la bolsa de cuero que llevaba colgada del hombro, se arrodilló y lo enterró, o eso le pareció a Serafina. Se le antojó una conducta muy peculiar.

Los dos hombres y el perro desaparecieron por fin entre la fronda. Serafina se quedó donde estaba, acompañada tan solo de sus propias dudas acerca de quién sería ese extraño y qué relación lo unía al siniestro personaje de la noche anterior.

Dándole vueltas a lo que acababa de ver, Serafina siguió remontando la cuesta que llevaba a la casa. Le dio un brinco el corazón cuando divisó a Braeden ensillando un caballo junto a los establos.

Al ver que su amigo estaba sano y salvo, Serafina sonrió y notó que su cuerpo se relajaba. Por fin estaba segura de que lo que fuera que el carruaje hubiera transportado anoche a Biltmore no había lastimado a su amigo. En cualquier caso,

debía contarle a Braeden lo sucedido en el bosque y advertirle que llevara cuidado. Y cuanto antes.

Braeden llevaba el típico equipo de montar, chaqueta y chaleco de *tweed* con camisa blanca y chalina beis. Se le veía muy cómodo yendo de acá para allá con sus botas de jinete. La brisa agitaba ligeramente su mata de pelo castaño. A Serafina no le sorprendió ver a Gidean, el dóberman de Braeden, a su lado. Braeden parecía tener un don para formar un fuerte vínculo con todos aquellos animales que se cruzaban en su camino. Años atrás, durante un viaje a Alemania en compañía de su familia, había trabado amistad con el extraño perro de pelaje negro y orejas puntiagudas. Después de la trágica muerte de sus padres en un incendio doméstico, el chico y el perro se habían hecho amigos inseparables. En cierto sentido, Gidean era el único miembro de la familia que le quedaba a Braeden antes de que llegara a Biltmore para vivir con su tío, e hiciera nuevos amigos.

Serafina sabía que Braeden solía montar a diario. Galopaba por los campos raudo como el viento, tan deprisa que su caballo y él apenas si rozaban la tierra a su paso. Cuánto se alegraba de verlo.

Serafina abandonó su escondrijo y corrió hacia su amigo con la intención de saltar sobre él y derribarlo en plan de broma. Estaba a punto de gritar: *¡Eh, Braeden!*, cuando una segunda figura apareció por detrás del caballo. Serafina se agachó rápidamente entre las altas hierbas.

Cuando comprobó que nadie exclamaba: *¡Eh, hay una niña muy rara en el prado!*, se arrastró hasta la base de un árbol y se asomó para observarlos.

Una niña alta de unos catorce años, con una melena roja y ensortijada, esperaba a que Braeden le ajustase el estribo de su silla de amazona. Lucía un equipo de montar de color verde esmeralda y entallado, con el cuello alto, solapas triangulares y puños doblados. Los botones dorados de su chaqueta destellaban con la luz del sol cada vez que giraba el cuerpo o levantaba la muñeca. Tanto el ribeteado chaleco, a rayas verdes y blancas, como la falda larga hacían juego al detalle con la chaqueta.

Molesta, Serafina frunció el ceño. Braeden casi nunca salía a montar acompañado. Sus tíos debían de haberle pedido que entretuviera a aquella joven invitada. Ahora bien, ¿qué debía hacer Serafina ahora mismo? ¿Alisarse ese vestido roto, sucio, manchado de sangre y desgarrado, acercarse a Braeden y a la chica y presentarse? Imaginó a una versión exagerada y rústica de sí misma saliendo de entre la maleza para saludarlos. *¡Eh, pareja, buenos días! Me he pasado la noche cazando unas cuantas ratas y escapando por los pelos de una jauría de galgos. ¿Y qué? ¿Qué os contáis vosotros?*

Le apetecía acercarse a charlar con ellos, pero puede que interrumpir a Braeden y a la chica se considerase un gesto descortés e inoportuno.

Serafina no tenía ni idea.

Más por instinto que por otra cosa, se quedó escondida donde estaba y siguió observando.

Braeden ayudó a montar a la muchacha, que dejó las piernas y los largos faldones colgando sobre el lado izquierdo del caballo. Y entonces Serafina se fijó en sus preciosos botines acordonados, de ante gris con flores bordadas. No tenía ningún sentido usar ese calzado para montar a caballo y Serafina no se imaginaba a nadie corriendo por el bosque con unas botas tan delicadas, pero eran bonitas, desde luego que sí.

La joven completaba su elegante atuendo con una fusta de mango plateado con la lengüeta de cuero. A Serafina se le escapó una sonrisilla. Por lo que parecía, a las personas distinguidas les gustaba llevar encima algún tipo de bastón, vara o algún otro accesorio cursi para salir, mientras que ella prefería tener las manos libres en todo momento.

Al ver la fusta, Braeden objetó:

—Eso no te hará falta.

—Pero queda bien con mi vestido —alegó ella.

—Si tú lo dices —respondió Braeden—. Pero, por favor, no toques al caballo con ella.

—Muy bien —accedió la muchacha. Hablaba en un tono pomposo y engolado, como si hubiera sido educada en un ambiente refinado y quisiera que se notase. Y Serafina advirtió que tenía el mismo acento que la señora King, el ama de llaves de Biltmore, que procedía de Inglaterra.

—Y dime —preguntó la chica—. ¿Qué tengo que hacer para detener a esta bestia si echa a correr conmigo encima?

Serafina soltó una risita al imaginarse al caballo corriendo como una flecha con la emperifollada chica a cuestas, saltando unas cuantas vallas tan feliz entre los gritos de ella y aterrizando en mitad de un charco con un fuerte chapoteo.

—Basta con que tires un poco de las riendas —la instruyó Braeden con educación. Saltaba a la vista que no conocía demasiado bien a aquella joven, lo que reforzaba la teoría de Serafina de que los tíos del chico estaban detrás de la situación.

Dejando aparte la pose y los perifollos, la muchacha tenía algo que a Serafina le olía a chamusquina. Una dama de tanto postín como ella sin duda sabría montar a caballo, pero ella prefería aparentar que era la primera vez. ¿Qué te lleva a hacer algo así? ¿Por qué querría alguien fingirse vulnerable? ¿Sería eso lo que hacían las chicas para llamar la atención de los muchachos?

Indiferente a los ardides de la joven, Braeden se encaminó hacia su propio caballo sin añadir nada más. Montó en el lomo desnudo del animal con un salto limpio. Una semana atrás le había explicado a Serafina que no usaba bocado ni riendas para controlar a su caballo porque modificando la presión y el ángulo de las piernas le indicaba si quería que corriera más o menos y qué dirección tomar.

—No vayamos muy deprisa —pidió la chica con un tonito afectado cuando los dos jóvenes jinetes iniciaron su paseo por los terrenos de la casa. Serafina notaba que a la muchacha no le asustaba el caballo en absoluto, sino que intentaba hacerse pasar

por una delicada damisela.

—En realidad, yo pensaba que echaríamos una carrera —replicó Braeden con malicia.

Como si se diera cuenta de que Braeden no se estaba tragando el cuento de la princesita rosa, la inglesa cambió de tono, rápida como el mordisco de una serpiente.

—Te echaría una carrera —replicó con altivez—, pero no quiero mancharme la falda cuando mi caballo te adelante y te salpique la cara de barro.

Braeden se rio y a Serafina se le escapó una sonrisa también. ¡La joven tenía agallas, al fin y al cabo!

Mientras Braeden y la muchacha inglesa se alejaban por el camino, Serafina escuchaba su animada charla, él hablando de sus caballos y de su perro, Gidean, ella de todos y cada uno de los adornos que llevaba el vestido que pensaba lucir en la cena de esa noche.

Serafina advirtió que, según se internaban en la arboleda, la joven miraba a un lado y a otro con recelo. A una chica tan civilizada como ella los bosques de Carolina del Norte debían de parecerle lúgubres y funestos. Azuzó a su caballo para acercarlo al de Braeden.

Cuando la inglesa se acercaba, Braeden se volvió a mirarla. Serafina ya no estaba segura de si sencillamente se estaba mostrando educado o si de verdad la joven le caía bien, pero, cuando los vio internarse en la arboleda, notó una especie de náuseas en el estómago que nunca antes había experimentado.

Serafina podría haberlos seguido con facilidad sin que ellos se dieran cuenta, pero desistió. Tenía otras cosas que hacer.

La noche anterior había visto a ese hombre tan siniestro enviar su carruaje a Biltmore. Y supuso que, puestos a buscar señales de la llegada de un intruso, lo más lógico sería empezar por los establos.

Se coló por la puerta trasera con mucho cuidado de no ser vista por el señor Rinaldi, el irascible encargado de las caballerizas, un hombre de origen italiano que no se tomaba nada bien la presencia de curiosos que pudieran espantar a los caballos. A Serafina le resultaba sumamente fácil deslizarse en silencio por los impecables suelos de ladrillos rojos y aun a plena luz del día había montones de sombras en los establos que podía usar como refugio. Los cubiles consistían en tablones de roble lacado rematados por barandillas negras con el borde ondulado. Serafina procedió a revisar cada uno de los cubiles. Además de las varias decenas de caballos que poseían los Vanderbilt, encontró unos cuantos más pertenecientes a los invitados.

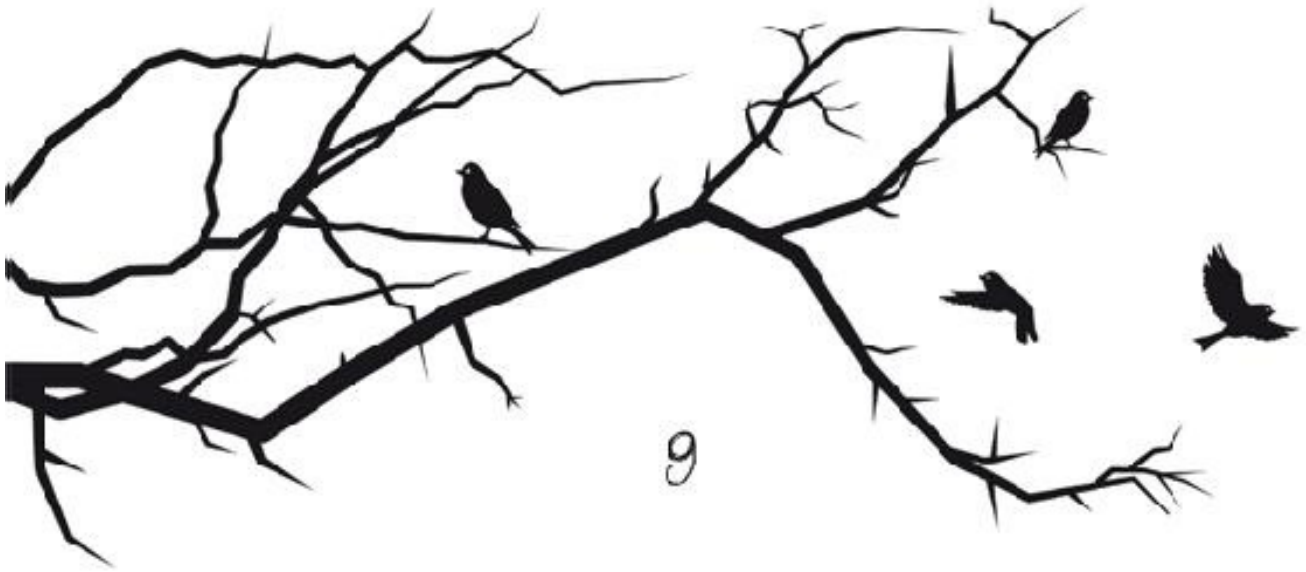
¡Plom!

Se cayó al suelo del susto. El corazón le latía desbocado. A juzgar por el ruido, cabía pensar que un mazo de demolición había golpeado la pared de la cuadra. Sin tener la menor idea de lo que se iba a encontrar, echó un vistazo al pasillo central del establo. Partículas de polvo caían flotando desde el techo, como si la propia tierra acabara de sacudirse, pero el pasillo estaba vacío por lo demás. Descubrió, al fondo,

cuatro cubiles cegados hasta arriba con tablonos de madera. Los habían cerrado por completo, como para asegurarse de que nada pudiera escapar de allí dentro.

Serafina se puso de pie de prisa y corriendo y avanzó despacio por el pasillo hacia los pesebres tapados. Le sudaban las palmas de las manos.

Los tablonos de roble le impedían ver lo que había dentro, así que se acercó cuanto pudo, hundió la nariz entre los listones y atisbó a través de las rendijas.



Un enorme animal se abalanzó contra las tablas del cubil. La madera, al combarse, golpeó a Serafina en la cabeza, que retrocedió a trompicones de puro miedo. La bestia pateaba y empujaba la madera con el cuerpo, piafando y corcoveando. Las tablas se doblaban y crujían bajo la presión del furibundo animal.

Cuando Serafina oyó que el encargado de las caballerizas y unos cuantos mozos de cuadra corrían hacia el revuelo que acababa de provocar, se escondió a toda prisa en un pesebre vacío, se agachó y se fundió con las sombras.

Casi sin aliento, intentaba adivinar qué era aquello que acababa de ver: una enorme silueta oscura de ojos negros, ollares dilatados y estrepitosos cascos.

Las preguntas acudieron en tropel a su mente mientras el señor Rinaldi y sus hombres corrían por el pasillo. La bestia seguía coceando y empujando. El encargado de las caballerizas gritó a sus hombres que reforzasen los tablones. Serafina saltó por la ventana que había al fondo del pesebre y se largó corriendo de los establos antes de que pudieran verla.

¡Esos caballos eran los sementales! Ya no le cabía duda. El segundo ocupante del carruaje, fuera quien fuese, estaba en Biltmore.

Se apresuró junto a los cimientos de piedra de la parte trasera de la casa, se coló por un conducto de ventilación, se arrastró por el pasadizo y, empujando una rejilla de alambre, entró en el sótano. Los Vanderbilt habían descubierto su presencia en la casa algunas semanas atrás, de manera que, en teoría, podía entrar y salir por la puerta como una persona normal y corriente, pero casi nunca lo hacía.

Enfiló por el pasillo del sótano, cruzó una entrada y luego recorrió otro pasadizo. Cuando llegó al taller, su padre se volvió a mirarla.

—Buenos días —la saludó en tono alegre y desenfadado, pero, al descubrir el lamentable estado en el que se encontraba Serafina, retrocedió sorprendido—. ¡Mecachis! ¿Pero qué te ha pasado, hija mía? —Las manos del padre la empujaron

con delicadeza a un taburete para obligarla a sentarse—. Caray, Sera —prosiguió, mirándole las heridas—. Te dije que podías pasear por el bosque en plena noche para que pudieras pasar el rato con tu madre, pero me parte el alma verte llegar en este estado. ¿Qué has estado haciendo ahí fuera?

El padre de Serafina encontró a la niña en el bosque el mismo día de su nacimiento, de modo que algo debía de intuir sobre su naturaleza, suponía ella, pero al hombre no le hacía ninguna gracia oírle hablar de demonios, mutantes y hombres del saco. Su padre parecía pensar que, siempre y cuando no hablaran de ese tipo de cosas, estas no existirían ni les afectarían. Serafina se había prometido en numerosas ocasiones que no preocuparía a su padre con relatos de sus correrías nocturnas y casi siempre cumplía su promesa, pero, en el instante en que su padre le preguntó, la historia salió a borbotones de sus labios sin que pudiera evitarlo.

—¡Me ha perseguido toda una jauría de perros, papá! —explicó Serafina al borde las lágrimas.

—Tranquila, Sera, aquí estás a salvo —respondió su padre a la vez que la tomaba entre sus fuertes brazos y la estrechaba contra su ancho pecho—. Pero ¿de qué perros estás hablando? ¿No sería el perro del joven amo, verdad?

—Claro que no, papá. Gideon nunca me haría daño. Había un hombre muy raro en el bosque que llevaba consigo una jauría de galgos. ¡Me los ha echado encima y casi me matan!

—Pero ¿de dónde ha salido? —preguntó el padre—. ¿Era un cazador de osos?

Serafina negó con la cabeza.

—No lo sé. Se bajó del carruaje y despachó el coche hacia Biltmore. Me parece que he visto los caballos en las cuadras. Y también he visto a un desconocido paseando con el señor Vanderbilt esta mañana. ¿Sabes si anoche llegó alguien de aspecto sospechoso a Biltmore?

—Los criados no paran de cotorrear sobre la cantidad de gente que está viniendo a pasar la Navidad, pero dudo que el hombre que viste fuera un invitado de los Vanderbilt. Me apuesto el cuello a que era uno de esos cazadores furtivos de Mills Gap que expulsamos de la finca hace dos años.

Serafina se percató de que la voz de su padre rezumaba rabia. Le sacaba de quicio que alguien hubiera lastimado a su hijita. Siguió hablando mientras le examinaba las costras de la cabeza.

—Iré a buscar al superintendente McNamee antes que nada. Organizaremos una batida para pedirle explicaciones al tipejo ese, sea quien sea. Pero antes habrá que curarte esas heridas. Y luego tendrás que dormir un poco. Tus clases pueden esperar.

—¿Mis clases? —preguntó Serafina con extrañeza.

—De modales en la mesa.

—Otra vez no, papá, por favor. Tengo que averiguar quién ha llegado a Biltmore.

—Ya te lo he dicho. Lo machacaremos las veces que haga falta.

—Me machacarás la mollera, quieres decir.

—Sí, la mollera. ¿Con qué se aprende, sino con la mollera? Ahora que el joven amo y tú os lleváis tan bien, tienes que comportarte como Dios manda.

—Sé comportarme de maravilla, papá.

—Venga ya, niña, pero si eres más bruta que una comadreja. Debería haberte enseñado las costumbres de los de arriba, que poco tienen que ver con las nuestras.

—Braeden es amigo mío, papá. Le caigo bien tal como soy, si es eso lo que te preocupa —arguyó Serafina.

Sin embargo, aun oyéndose a sí misma defender la opinión que Braeden tenía de ella, la asaltó la sospecha de que no estaba mintiendo a su padre sino a sí misma. En realidad, ya no sabía si Braeden y ella seguían siendo amigos, y sus dudas aumentaban cada día que pasaba.

—No, si no es el joven amo el que me preocupa —prosiguió el padre de Serafina, que había humedecido un paño limpio para curarle las heridas—. Me preocupan los señores de la casa y, sobre todo, los invitados que vienen de la ciudad. ¿Cómo te vas a sentar a su mesa si no distingues una servilleta de un mantel?

—¿Y para qué quiero distinguir una servilleta de...?

—El mayordomo me ha dicho que el señor Vanderbilt te mandará llamar más tarde. Y todo el mundo en la cocina está preparando una parranda para esta noche.

—¿Una parranda? ¿Qué clase de parranda? ¿Está invitado el forastero? ¿Por eso hay tanto jaleo? Y Braeden, ¿estará allí también?

—¡Para el carro, niña, que yo no sé ni la mitad! —le espetó su padre—. No sé nada de nada, la verdad. Pero supongo que si preguntan por ti algo tendrá que ver el joven amo. Yo lo único que sé es que esta noche se montará un buen jolgorio y que el amo te ha mandado llamar, y no parecía tanto una invitación como una orden, tú ya me entiendes.

—¿Han dicho si sería una parranda o un jolgorio, papá? —indagó Serafina un tanto confusa. Según preguntaba, se dio cuenta de que los Vanderbilt nunca usaban ninguna de esas palabras para referirse a sus galas.

—Allí arriba todo viene a ser lo mismo, ¿no? —replicó el padre.

Serafina tendría que asistir a la celebración de la que hablaba su padre, estaba claro. Al fin y al cabo, sería el mejor modo de averiguar qué invitados acababan de llegar a la casa. Pero enseguida reparó en los inconvenientes.

—¿Cómo me voy a presentar delante de ellos con esta pinta, papá? —preguntó alarmada a la vez que se miraba las marcas de mordiscos y arañazos que le salpicaban brazos y piernas. Ya no le dolían demasiado, pero daban miedo.

—Te limpiaremos el barro, te quitaremos la hojarasca y la sangre del pelo y estarás la mar de bien. El vestido tapaná los arañazos.

—Pero si el vestido está más agujereado que yo —protestó Serafina según examinaba los jirones ensangrentados de la prenda que la señora Vanderbilt le había regalado. No podía subir enfundada en ese andrajo.

—Esos chuchos sarnosos se han despachado a gusto contigo, ya lo creo que sí —

comentó el padre mientras le examinaba el arañazo que llevaba en el lóbulo de la oreja—. ¿Te duele?

—Qué va, ya no —respondió Serafina, que estaba pensando en otra cosa—. ¿Dónde está tu camisa vieja? ¿La que me ponía antes?

—La tiré en cuanto la señora Vanderbilt te regaló algo más presentable.

—¡Ay, papá, pues ahora no tengo nada!

—No dramatices, hija. Ya apañaremos algo con las cosas que hay por aquí.

Serafina sacudió la cabeza con pesar.

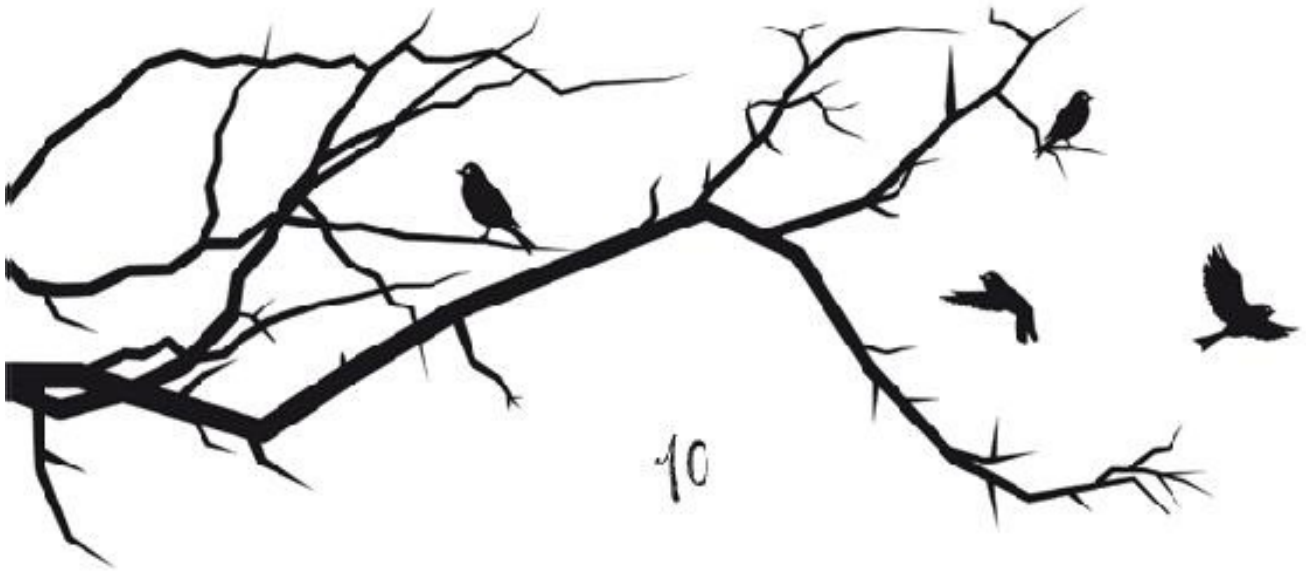
—Aquí no hay nada más que sacos y papel de lija.

—Escúchame bien —le dijo su padre, que la agarró por los hombros para mirarla a los ojos—. Estás viva, ¿no? Pues no te acoquines. Tú da gracias a Dios y tira adelante. ¿Alguna vez, en toda tu vida, te había mandado llamar el amo al piso de arriba? No, nunca. Así pues... sí, señorita, si el amo te manda llamar, vas y en paz. Y como unas castañuelas.

—¿Como unas castañuelas? —Se horrorizó Serafina—. ¿Y por qué tengo que llevar castañuelas?

¿Cómo iba a espiar a nadie llevando en las manos unas ruidosas castañuelas? ¿O se las tendría que colgar del cuello?

—Es una forma de hablar, niña —replicó el padre, negando con la cabeza. Acto seguido, musitó para sí—. O eso creo.



Enfadada y derrotada, Serafina aguardaba sentada en el jergón mientras su padre hacía lo posible por limpiarle y vendarle las heridas. Como de costumbre, los rodeaban las estanterías que contenían los materiales del taller, las herramientas colgadas de sus soportes y los bancos de trabajo. Pero el padre de Serafina, por lo visto, había olvidado las labores que en teoría debía llevar a cabo esa mañana. Su hija absorbía todo su pensamiento.

Encima del banco había un confuso montón de tuberías de cobre y piezas de latón pertenecientes al frigorífico de la cocina. El día anterior, el padre de Serafina le había explicado algo acerca de un sistema de conservación a base de amoníaco, tubos de absorción y serpentines de refrigeración, pero ella no tenía ningún talento con las máquinas. Serafina no lograba retener nada relacionado con ese artilugio aparte de que era complicado, mantenía los alimentos frescos y constituía uno de los pocos sistemas de refrigeración del país. Los montañeses, para conservar la comida, la introducían en el lecho de un arroyo de aguas frías, algo que a ella le parecía mucho más sensato.

En cuanto su padre dejó de hacer aspavientos, Serafina se levantó de la cama con la esperanza de que el hombre no recordase su amenaza de obligarla a descansar.

—Tengo que marcharme, papá —anunció—. Voy a subir sin que nadie me vea para buscar al intruso.

—Óyeme bien —le advirtió él, sujetándola del brazo—. No quiero que vayas por ahí acusando a nadie.

Serafina asintió.

—Pues claro que no, papá. Nada de acusaciones. Solo quiero ver quién hay por arriba y asegurarme de que todo va bien. Nadie me verá.

—Quiero que me des tu palabra —insistió él.

—Tienes mi palabra, papá.

Y allá que fue Serafina, hacia la planta principal. Divisó a unos cuantos invitados deambulando de acá para allá o descansando en los salones, pero ninguno le pareció sospechoso. A continuación subió al primer piso, pero tampoco allí encontró nada fuera de lo común. Inspeccionó la casa de arriba abajo sin hallar el menor rastro del desconocido que había visto en compañía del señor Vanderbilt ni de nadie tan sospechoso como para ser el segundo pasajero del carruaje. Escuchó los chismes de los criados, que trasteaban por el salón de los banquetes preparando la fiesta, pero no descubrió nada aparte de la cantidad de pepinos que la cocinera iba a usar o del número de fuentes de plata que necesitaba el mayordomo.

Serafina repasó todos los acontecimientos de la noche anterior, preguntándose si habría pasado alguna pista por alto. ¿Qué había sucedido en realidad cuando el barbudo lanzó el bastón por el aire en dirección a la lechuza? ¿Y quién era el segundo pasajero, el mismo que había permanecido oculto entre las sombras del coche? ¿Sería el desconocido que había visto paseando en compañía del señor Vanderbilt? ¿Y quién era el chico feroz que la había ayudado? ¿Habría sobrevivido? ¿Cómo se las arreglaría para volver a verlo?

Para el carro, niña, que yo no sé ni la mitad, pensó Serafina agobiada, recordando las palabras de su padre.

Por la tarde, cuando regresó al taller, el hombre le preguntó:

—¿Qué has descubierto?

—Nada de nada —gruñó Serafina—. Ni rastro de ningún sospechoso.

—He hablado con el superintendente McNamee. Un puñado de sus mejores hombres recorrerán los terrenos a caballo para encontrar a los furtivos.

Mientras hablaba, su padre se limpiaba la grasa de las manos con un trapo.

—¿Ya funciona el ascensor, papá? —se interesó Serafina.

Su padre presumía a menudo de que Biltmore poseía el primer y mejor ascensor del sur, pero hoy no parecía tan orgulloso de su máquina como de costumbre.

—Los engranajes del sótano se atascan cada vez que sube al cuarto piso —explicó—. Yo no sé quién lo instaló, puso los ejes como le dio la santa gana. Me apuesto el cuello a que no funcionará bien hasta que lo desmonte todo y lo vuelva a montar. —Pidió a su hija por gestos que se acercara—. Pero echa un vistazo a esto. Es la mar de interesante.

Le mostró una fina lámina de metal que no solo parecía estropeada sino partida por la mitad. Serafina nunca había visto algo así. Ni siquiera sabía que el metal se pudiera romper.

—¿Qué es eso, papá? —preguntó.

—Este soporte de aquí debería mantener en su sitio el engranaje principal, pero cada vez que el ascensor se pone en marcha, se dobla hacia arriba y hacia abajo, ¿lo ves? —Mientras hablaba, torció el metal con los dedos para mostrarle cómo se curvaba—. El metal es muy fuerte al principio. Parece irrompible, ¿verdad? Pues cuando lo doblas una y otra vez, así, mira lo que pasa. Se ablanda, aparece una grieta

y al final se parte. —Según lo explicaba, el metal se quebró entre sus dedos—. ¿Qué te parece?

Serafina alzó la vista hacia el rostro de su padre y sonrió. Ciertos días, el hombre emanaba una magia especial.

Y entonces volvió la vista hacia el segundo banco de trabajo. A ratos perdidos, entre las horas que había dedicado a arreglar el ascensor, reparar el refrigerador y atender sus otras ocupaciones, su padre le había cosido un vestido a partir de un saco de lino y unos retales de cuero.

—Papá... —empezó a protestar Serafina, que miraba la prenda horrorizada.

—Pruébatelo —sugirió él. Parecía orgulloso de su labor con el basto bramante y la aguja de coser cuero que empleaba de tanto en tanto para remendar el delantal de piel que usaba siempre. A su padre le enorgullecía pensar que podía crear o reparar casi cualquier cosa.

De mala gana, Serafina se refugió detrás del estante de las herramientas, se despojó del estropeado vestido verde y se enfundó la prenda que su padre le había confeccionado.

—Estás más guapa que un sol —dijo el hombre en tono alegre cuando Serafina asomó por detrás del anaquel, pero ella se percató de que mentía como un bellaco. Incluso él se daba cuenta que esa prenda era lo más espantoso que había existido jamás sobre la faz de la tierra. Pero cumplía su cometido. Y, para su padre, eso era lo que importaba. Era funcional. Cubría el cuerpo de Serafina. El vestido contaba con unas mangas tres cuartos que cubrían buena parte de las marcas y arañazos de sus brazos, además de un cuello cerrado que ocultaba a medias el horripilante corte de la zona de la garganta. Así pues, como mínimo, las elegantes damas de la parranda o el jolgorio o lo que fuera no se desmayarían ante su macabra presencia.

—Ahora siéntate aquí —ordenó el padre—. Te enseñaré a comer como Dios manda.

Serafina se sentó a regañadientes en el taburete que su padre había colocado ante una vieja superficie de trabajo, que ahora representaba la mesa de comedor formal, de doce metros de largo, que presidía el salón de banquetes de los señores Vanderbilt.

—La espalda recta, niña, no te sientes encorvada —apuntó el padre.

Serafina irguió la espalda.

—Y levanta la cabeza, no te echas encima de la comida como si te la fueran a quitar.

Serafina se recostó hacia atrás como su padre le ordenaba.

—Quita los codos de la mesa —continuó él.

—No soy un banjo, papá, así que deja de buscarme las cosquillas.

—No te busco las cosquillas. Intento enseñarte unas cuantas cosas, pero si eres tan cabezota no vas a aprender nada.

—No tan cabezota como tú —gruñó ella.

—No te pongas farruca conmigo, niña. Ahora escúchame bien. Para cenar hay

que usar cubiertos. ¿Ves esto? Los destornilladores son los tenedores. Esta espátula de aquí es la cuchara. Y mi navaja es el cuchillo. Por lo que me han dicho, se usa un cubierto distinto para cada cosa.

—¿Para qué cosa? —preguntó Serafina, desconcertada.

—Para la comida. ¿Lo entiendes?

—No, no entiendo nada —reconoció ella.

—Venga, mira al frente —ordenó el padre—, no a los lados como si fueras a tirarte encima de algo y matarlo cuando menos se lo espere. El tenedor de la ensalada es el de fuera. El de la cena es el de dentro. Sera, ¿me oyes?

Serafina no solía disfrutar con las lecciones de etiqueta de su padre, pero se alegraba de estar en casa, sana y salva, soportando otra más.

—¿Lo tienes? —le preguntó su padre cuando acabó de explicarle para qué servían los distintos cubiertos.

—Lo tengo. El tenedor de la cena, dentro. El de la ensalada, fuera. Solo tengo una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué es una ensalada?

—¡Jolines, Serafina!

—¡Pero si solo he hecho una pregunta!

—Es un plato de... bueno, hortalizas. Lechuga, col, zanahorias y cosas así.

—Ya. Comida de conejo.

—No, señorita, de eso nada —replicó el padre con firmeza.

—Son hierbajos.

—Que no.

—Lo que comen las presas.

—No me gusta que hables así y lo sabes.

Mientras su padre le enseñaba las sutilezas de las cenas de etiqueta, Serafina se dio cuenta de que él jamás había compartido mesa con los Vanderbilt. Las lecciones se basaban más en suposiciones que en su propia experiencia, y Serafina desconfiaba particularmente de la noción que tenía su padre de una «ensalada».

—¿Y por qué unas personas tan ricas y sofisticadas como los Vanderbilt iban a comer hierba pudiendo permitirse algo bueno? ¿Por qué no comen pollo y en paz? Yo, en su lugar, comería tanto pollo que acabaría gorda como una vaca.

—Sera, quiero que te lo tomes en serio.

—¡Pero si me lo tomo en serio! —protestó ella.

—Mira, ahora el joven amo y tú sois amigos, ¿no? Pues muy bien. Pero si quieres que esa amistad dure, tendrás que aprender las formalidades.

—¿Las formalidades?

—A comportarte como una niña diurna.

—No soy una Vanderbilt, papá. Braeden lo sabe.

—Ya lo sé. Es que no quiero que, cuando estés ahí arriba...

—¿Qué? ¿Se horroricen?

—Bueno, Sera, no eres el colmo de la delicadeza, y lo sabes. Te quiero muchísimo, pero no me negarás que... pareces un poco salvaje, siempre hablando de presas y cazando ratas. A mí me parece estupendo, pero...

—Ya lo he entendido, papá —lo interrumpió ella, enfurruñada. Quería que se callara—. Cuando esté ahí arriba me comportaré como una señorita.

Al oír que alguien se acercaba por el pasillo, Serafina dio un respingo y estuvo a punto de salir pitando. Después de varios años viviendo escondida, el sonido de unos pasos que se acercaban todavía la inducía a escabullirse.

—Viene alguien, papá —susurró.

—No, no viene nadie. Tú presta atención a lo que te digo. Tenemos que...

—Discúlpeme, señor —lo interrumpió la criada, que acababa de entrar en el taller.

—Por Dios, chica —exclamó el padre de Serafina al tiempo que se volvía a mirarla—. Vaya susto me has dado.

—Lo siento, señor —se disculpó ella con una reverencia.

La criada era muy joven, apenas un par de años mayor que Serafina, una muchacha de rostro agradable y oscuro cabello ensortijado que asomaban por debajo de la cofia blanca. Al igual que el resto de las criadas, llevaba un vestido negro de algodón con almidonado cuello blanco, puños blancos y un delantal del mismo color, largo y de encaje. Sin embargo, a juzgar por su aspecto y su manera de hablar, parecía proceder de las montañas cercanas.

—Suéltalo de una vez, niña —sugirió el hombre.

—Sí, señor —respondió ella, y lanzó una breve mirada en dirección a Serafina—. Traigo una nota del joven amo para la señorita.

Mientras pronunciaba esas palabras, no le quitaba ojo a la niña. Seguramente le llamaban la atención los rasgos angulosos de su rostro y el color ambarino de sus ojos. O quizá se hubiera fijado en las sanguinolentas heridas que asomaban por debajo del saco de arpillera que llevaba encima. Fuera lo que fuese, debía de haber mucho que mirar porque la doncella se estaba explayando.

—¿Lo ves, Sera? —señaló el padre—. ¿Qué te había dicho? Menos mal que hemos ensayado. El joven amo te envía una invitación formal a la cena de esta noche.

—Aquí tiene, señorita —dijo la criada al mismo tiempo que le alargaba la nota a Serafina, como si no quisiera acercarse más de lo necesario.

—Gracias —aceptó ella con voz queda. Tomó la nota despacio, procurando no asustar a la chica con movimientos demasiado bruscos.

—Gracias, señorita —dijo la doncella, pero, en lugar de marcharse, se quedó allí plantada, como embelesada, según observaba el cabello a rayas de Serafina y su extraño atuendo.

—¿Algo más? —preguntó el padre.

—Oh, no, lo siento, disculpen —respondió la criada a la vez que despegaba la

mirada de Serafina, le hacía una reverencia apurada y abandonaba el taller a toda prisa.

—Bueno, ¿y qué dice? —azuzó el hombre a su hija, señalando la nota con un gesto.

A Serafina le temblaban las manos cuando desplegó lentamente la pequeña hoja de papel. Fuera lo que fuese, tenía la sensación de que se trataba de algo importante. Al leer las palabras de Braeden, lo primero que descubrió fue que su padre se había equivocado. No era una invitación a un baile ni a una cena formal. La nota concernía a un asunto infinitamente más siniestro. La primera frase por sí sola ya bastó para encogerle el corazón de miedo. Recordó de sopetón la imagen del señor Thorne, el hombre de la capa negra, desplomándose muerto en el suelo, asesinado por Serafina y sus compañeros. A continuación otra imagen cruzó rauda su pensamiento: Braeden y ella en el patíbulo, ahorcados por un crimen de asesinato. Sin embargo, mientras leía la aterradora nota, la embargó también una segunda emoción. La conmovió el hecho de que fuera Braeden quien le había escrito esas palabras. A fin de cuentas, seguía siendo su viejo amigo y aliado.

S.,

Acaba de llegar a Biltmore un investigador de asesinatos. Es el hombre más raro que he visto en mi vida. Tú y yo hemos sido convocados a las seis de la tarde para ser interrogados sobre la desaparición del señor Thorne. Ten cuidado.

B.



Serafina sospechaba que el investigador no podía ser otro que el segundo pasajero del coche. Por lo que parecía no tendría que buscarlo, porque el hombre la andaba buscando a ella. Pensó también que el inspector y el desconocido que había visto con señor Vanderbilt a primera hora de la mañana debían de ser la misma persona. Pero daba igual quién fuera, porque el interrogatorio no auguraba nada bueno. ¿Qué diría Serafina cuando le preguntasen por la desaparición del señor Thorne? «Ah, ¿ese? Sí, ya me acuerdo de él. Le tendí una trampa en el cubil de mi madre y mis aliados lo mataron. ¿Quieren que les enseñe dónde sucedió?».

Mientras se encaminaba a la estrecha y oscura escalera trasera que conducía a la planta principal, tenía la sensación de que en su mente se apretujaban más pensamientos de los que podía albergar.

Eran las cinco y media de la tarde. Tenía media hora para curiosear por la casa y reunir pistas antes de presentarse al interrogatorio. Pero se dio de bruces con un problema más inmediato.

La joven criada que hacía solo un momento la había observado con curiosidad la estaba esperando al final de las escaleras para cortarle el paso.

Serafina se detuvo y la miró con los ojos entornados.

—¿Qué quieres?

Cuando la chica avanzó hacia ella, Serafina retrocedió con cautela.

—Tengo que hablar con usted, señorita.

Serafina no respondió.

—Le ruego que me disculpe, señorita —prosiguió la muchacha—, pero yo en su lugar no me presentaría ahí arriba con ese aspecto.

—No tengo otro —replicó Serafina con rabia, clavando los ojos en ella.

—Me refiero a su vestido, señorita —aclaró la criada.

—Es el único que tengo —dijo Serafina.

La doncella asintió como si se hiciera cargo.

—Pues deje que le preste algo. Mi vestido de paseo o el de los domingos. Lo que sea. Pero no...

—Pero no esto —terminó Serafina por ella, a la vez que señalaba el saco que llevaba encima.

—Solo he oído cosas buenas de su padre —continuó la joven con timidez—. La gente dice que es capaz de arreglar casi cualquier cosa. Pero, le ruego que me disculpe, señorita, estará de acuerdo conmigo en que como modisto deja mucho que desear.

Serafina sonrió. La criada tenía toda la razón.

—¿Y tú me vas a ayudar? —le preguntó en tono dubitativo.

—Si le parece bien —respondió la joven con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Serafina.

—Soy Essie Walker.

—Yo soy Serafina.

—La muchacha que trajo a los niños de vuelta —asintió Essie. Había oído hablar de ella y parecía contenta de conocerla.

Serafina sonrió y asintió a su vez. LMQ TALNDV no tenía tanto gancho como JBAR, pero le gustó.

Mirando a Essie con más atención, consideró que tenía un rostro amable, libre de la menor traza de malicia o doblez, así como una sonrisa cálida y amistosa.

—¿Dónde se mete tu gente, Essie? —preguntó Serafina. Era la frase que usaba su padre para preguntar a otros montañeses de dónde procedían.

—No estoy segura —respondió Essie—. Mis padres murieron antes de que cumpliera dos años. El aya y su marido me criaron durante un tiempo, en una granja situada en el condado de Madison, cerquita de Walnut, pero murieron y yo no tenía adónde ir. La señora Vanderbilt oyó hablar de mí, me acogió en su casa y me ofreció una cama en la que dormir. Le dije que quería ganarme el pan.

—Eres muy joven para trabajar de criada en Biltmore —observó Serafina.

—La criada más joven que ha trabajado nunca en esta casa —asintió Essie, sonriendo con orgullo—. Venga, vamos. La dejaremos como nueva.

Essie buscó la mano de Serafina, pero ella, instintivamente, se apartó dando un respingo antes de que Essie llegara a rozarla siquiera.

La criada contuvo una exclamación, sobresaltada por el rápido movimiento de Serafina.

—¿Es usted una miaja asustadiza, no? —preguntó Essie.

—Perdona —respondió la otra, avergonzada.

—No pasa nada —la tranquilizó la criada—. A todos nos da canguelo esto o lo otro, ¿no? Pero vamos. El tiempo vuela.

Essie se dio media vuelta y salió disparada escaleras arriba. Serafina la siguió sin dificultad, pegada a sus talones. Subieron tres tramos de escaleras a la carrera,

cruzaron a todo correr un pequeño umbral que llevaba a un pasillo trasero y por fin tomaron otra escalera que ascendía al cuarto piso. Essie guió a Serafina por un estrecho pasaje que discurría por debajo de la torre norte. Dejaron atrás un primer grupo de dormitorios, doblaron una esquina, bajaron seis peldaños y cruzaron la sala de las criadas, donde tres doncellas y una criada en su hora de descanso charlaban alrededor de la chimenea.

—¡Vosotras ni caso! —gritó Essie según Serafina y ella cruzaban la sala a la carrera. Corrieron por un pasillo largo y estrecho con un techo de estilo gótico que discurría bajo el agudo ángulo del tejado de la mansión. Había veintiuna habitaciones en el cuarto piso destinadas a criadas y otras sirvientes. Y la de Essie era la tercera a la derecha.

—Aquí estaremos la mar de bien, señorita —invitó Essie a Serafina, que entró detrás de ella.

Durante sus correrías nocturnas, Serafina se había colado alguna que otra vez en la habitación de una criada mientras su ocupante visitaba el baño que había al final del pasillo, así que ya había visto sus limpios y sobrios dormitorios. Pero la sencilla cama de Essie, de armazón metálico color blanco, contaba con mullidas almohadas y una colcha de diseño otoñal. Serafina pensó que parecía un rincón cálido y perfecto para acurrucarse al sol de última hora de la tarde. Sin embargo, tenía el presentimiento de que a Essie no le sobraba tiempo para echarse una siesta. Había un montón de ropa arrugada sobre la silla de mimbre, dos cajones abiertos en la cómoda de castaño y restos de agua en la jofaina del palanganero.

—Disculpe el desorden, señorita —se apuró Essie a la vez que recogía deprisa y corriendo la ropa interior del suelo y cerraba los cajones—. Que Dios me ayude si la señora King sube a inspeccionar las habitaciones esta tarde, pero algunas madrugadas cuesta horrores levantarse a las cinco. No pensaba que tendría visita cuando he salido.

—No pasa nada —le aseguró Serafina—. Deberías ver dónde duermo yo.

—Se me han pegado las sábanas esta mañana por culpa de ese horrible señor Scrooge, que me tuvo despierta hasta las tantas —explicó Essie a la par que retiraba las prendas de la silla. Al oír esas palabras, Serafina aguzó el oído. ¿Quién era aquel malvado señor Scrooge? Pero entonces vio un ejemplar de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens, en la mesilla de Essie, amontonado junto con unos cuantos periódicos de Asheville, una Biblia y un fragmento de lo que parecía el plan semanal de trabajo de la señora King. Serafina se percató, un tanto sobresaltada, de que solo faltaba una semana para la Navidad. El libro encuadernado en cuero con adornos dorados en la portada se parecía sospechosamente a la edición de *Cuento de Navidad* que Serafina había «tomado prestado» de la colección del señor Vanderbilt el año anterior. *Así pues, no soy la única que le birla los libros al señor Vanderbilt*, pensó con una sonrisa.

Sobre la cómoda de Essie había un gran surtido de accesorios femeninos: cepillos del pelo, horquillas, pequeñas latas de ungüentos y un frasco de cristal que contenía

el perfume al limón de Essie y que se olía a un kilómetro a la redonda. Las paredes color crema de la habitación estaban forradas con los dibujos de flores y hojas que dibujaba la joven. Serafina debería estar trabajando, lo sabía, deslizándose entre las sombras, espiando a los invitados de Biltmore o como poco preocupada por el interrogatorio al que tendría que someterse en cuestión de minutos, pero no podía resistir la tentación de ver una parte de Biltmore desde una perspectiva que nunca antes había disfrutado.

En el centro de una de las paredes asomaba una única bombilla Edison. El padre de Serafina le había contado henchido de orgullo que el señor Vanderbilt era amigo personal del señor Thomas Edison y que le gustaba contar con los últimos avances científicos.

Serafina no se lo podía creer. ¡Essie tenía una bombilla para ella sola! Serafina sabía por su padre que buena parte de los montañeses del oeste de Carolina del Norte vivían en chozas de tablillas y cabañas de troncos sin electricidad, calefacción central ni retretes interiores. Muchos ni siquiera habían visto jamás una bombilla y mucho menos contaban con una para su uso particular. Pero Essie había creado un acogedor refugio ahí arriba, en el cuarto piso, como un ratoncito que hubiera anidado en el desván, donde nadie lo encontraría nunca.

Una ventana empotrada en la pared de la abuhardillada habitación proporcionaba algo que Serafina, en tanto que habitante del sótano, casi nunca contemplaba desde esa altura: unas hipnóticas vistas de las montañas Blue Ridge asomando al oeste. El despejado perfil del monte Pisgah, que despuntaba a lo lejos sobre otros picos, captó su atención. Unas cuantas noches después de que hubieran derrotado al hombre de la capa negra, Braeden y ella habían subido al tejado sin que nadie los viera para celebrar su victoria. Recordaba haberse sentado bajo las estrellas, junto a su amigo, y haber contemplado las montañas mientras Braeden le explicaba que aquel pico se encontraba a más de treinta kilómetros de distancia y, sin embargo, pertenecía a la finca. Le asombraba pensar que tardabas un día en alcanzarlo a caballo, enfilando por abruptos y sinuosos senderos a través de las cordilleras, le confesó Braeden, mientras que a un halcón planeando al viento le bastaba inclinar las alas para llegar en un periquete.

Sonriendo, Serafina se dio media vuelta y echó un vistazo al cuartito. Essie, por su parte, la observaba con interés.

—No está mal, ¿verdad, señorita?

—Nada mal —convino Serafina—. Me gusta esto.

Essie descolgó un vestido beis de graciosa hechura de uno de los ganchos de la pared.

—Es mi vestido de los domingos —explicó a la vez que se lo tendía a Serafina—. No es muy elegante comparado con los que llevan las damas, pero...

—Gracias, Essie —dijo Serafina, y lo cogió con delicadeza—. Es perfecto.

Essie siguió hablando mientras se daba la vuelta para que Serafina pudiera

cambiarse.

—Ahora soy camarera, pero tengo pensado convertirme en doncella algún día —reveló—. Quizá sirviendo a las invitadas que acudan a la mansión o a la misma señora Vanderbilt. ¿Conoce a la señora Vanderbilt?

—Sí —respondió Serafina según se despojaba del vestido de arpillera. Se le erizó la piel de los brazos y las piernas, en parte de frío y en parte de nervios. No estaba acostumbrada a desnudarse en presencia de otras personas.

—Ya me imaginaba que la conocería, siendo usted quien es y todo eso —prosiguió Essie.

En realidad, Serafina le había tomado un gran cariño a la señora Vanderbilt a lo largo de las últimas semanas y disfrutaba enormemente con las charlas que compartían, pero llevaba varios días sin verla por la casa.

—Tengo una amiga que va al colegio de chicas que ha organizado la señora Vanderbilt. Le enseñan a hacer cuentas y a tejer paños con un telar —explicó Essie—. La señora Vanderbilt quiere que todas las chicas reciban algún tipo de educación para que se las puedan apañar por sí mismas de ser necesario.

—Es muy amable, creo yo —asintió Serafina a la vez que trataba de averiguar cómo ponerse aquel vestido. Poseía una desconcertante colección de botones, cordones y otras complicaciones.

—Es amable como ella sola —continuó Essie—. ¿Se enteró de lo del hijo del lechero? Hace dos semanas, un lechero y su hijo mayor se pusieron muy malitos, a punto de estirar la pata, así que la señora Vanderbilt se acercó a su cabaña con una cesta de comida para ayudar a la familia a salir adelante durante un tiempo. Cuando vio que el chico estaba en las últimas, pidió a los hombres de por allí que lo subieran a su carruaje y lo llevó al hospital de Asheville.

—¿Y qué le pasó al chico? —preguntó Serafina, que había averiguado por fin cómo enfundarse el vestido y ahora se estaba abrochando los últimos botones.

—Sigue muy enfermo —respondió Essie—, pero me han dicho que lo están cuidando muy bien.

—Ya te puedes dar la vuelta —dijo Serafina.

—¡Oh, señorita! —exclamó Essie—. Esto está mucho mejor, créame. Acérquese al espejo y eche un vistazo mientras yo la peino.

Por lo que parecía, a Essie no le importaba que Serafina fuese distinta a cualquier otra persona, que llevara arañazos en la cara, que sus ojos fueran demasiado grandes y sus pómulos exageradamente angulosos. Se limitó a poner manos a la obra.

—¡Menudo pelo! —dijo, y se lo agarró como si fuera un puñado de hurones traviosos—. No hay tiempo para arreglarlo como es debido, pero le haremos un recogido.

Mientras Essie la peinaba, Serafina miró su propia imagen en el espejo. Entonces descubrió algo raro. Le estaban creciendo cabellos largos y negros entre los demás. Era la primera vez que los veía.

—¿Qué pasa, señorita? —le preguntó Essie al verla fruncir el ceño.

—Mi pelo es castaño, no negro —señaló con un hilo de voz, y se llevó una mano a la cabeza, despacio, para tocar los mechones negros.

—¿Quiere que se los corte, señorita? Yo siempre le cortaba las canas a mi aya. Unos pelajos largos y tiesos, como si estuvieran borrachos, y los cortábamos tan pronto como aparecían.

—Mejor arráncalos —propuso Serafina.

—Eso le va a doler, señorita. Hay muchos.

—Tú agárralos con fuerza y estira —insistió Serafina. Por si no era bastante malo tener que acudir a la planta principal para que todos la vieran, ahora encima le crecían cosas raras en la cabeza. Estaba horrorosa.

Essie entresacó unos cuantos cabellos negros y estiró con tanta fuerza que arrastró hacia atrás la cabeza de Serafina.

—Lo siento, señorita —dijo Essie.

—Continúa —pidió ella. Mientras la sirvienta trabajaba, decidió hacerle unas preguntas relacionadas con las cosas que había visto por la mañana.

—Antes decías que te gustaría ser doncella. ¿Por casualidad no habrás servido a esa niña nueva que ha venido de visita?

—La inglesa —gimió Essie con un tono que bastaba para expresar la mala opinión que tenía de ella.

—¿No te cae bien? —le preguntó Serafina, conteniendo la risa.

—Me fío menos de esa chica que de una castaña asada. Mira que presentarse aquí con esos aires de señoritinga y echarle el ojo al joven amo a la primera de cambio...

Serafina no estaba segura de qué pretendía insinuar la criada con todo eso, pero consideró que alguien en la posición de Essie, que trabajaba en las habitaciones del segundo y tercer piso, tal vez viera cosas que a ella se le pasaban por alto.

—¿Y qué me dices del investigador de asesinatos que llegó ayer por la noche? —preguntó—. ¿Lo has visto?

—Aún no, pero he oído decir a un lacayo que guarda toda clase de baúles y estuches en su habitación, llenos de instrumentos extraños. No para de dar órdenes a los criados, pidiendo esto y lo otro.

Eso no me gusta ni un pelo, pensó Serafina.

Tras arrancarle varios mechones más de pelo negro, Essie cogió su cepillo y procedió a cepillar la melena de Serafina con pasadas largas e intensas. Era raro pero también singularmente agradable que alguien te cepillara el cabello, el tirón en las raíces, notar cómo se deshacían los enredos, el roce de las suaves cerdas contra el cuero cabelludo. Serafina tuvo que emplearse a fondo para no ronronear.

—¿Le puedo hacer una pregunta, señorita? —pidió Essie según continuaba cepillando—. La señora King siempre nos está diciendo a las chicas que nos metamos en nuestros asuntos, pero todo el mundo habla de ello. Nos gustaría saber qué está pasando.

—¿Respecto a qué? —preguntó Serafina con tiento.

—A la señora Vanderbilt —aclaró Essie—. Esta mañana no ha salido a desayunar y últimamente se encuentra tan mal que casi nunca la vemos. Estoy segura de que lo superará, sea lo que sea, pero me preguntaba si usted se habría enterado de algo.

—No sabía que estuviera tan enferma —confesó Serafina, y notó cómo se le anudaba el estómago. Eso explicaba por qué llevaba un tiempo sin verla.

—Algunos días está tan mal que se arrastra por los suelos —prosiguió Essie—. Y otros se anima un poco. Hemos visto al médico entrando y saliendo. Nos gustaría saber si se va a poner bien.

—No lo sé, Essie, sinceramente. Lo siento —dijo Serafina. La noticia de que la señora Vanderbilt estuviera enferma la llenaba de pesar—. Pero si me entero de algo, te lo diré sin falta.

—Se lo agradeceré mucho —asintió Essie—. Y yo haré lo mismo.

Por fin, la criada soltó el cepillo. Sujetó la melena de Serafina con ambas manos, la retorció y la enroscó para hacerle un rodete bajo. Luego sujetó el moño con ayuda de unas horquillas.

—Ya está, señorita —anunció Essie—. Creo que servirá de momento.

Cuando Serafina se miró al espejo, una chica distinta le devolvió la mirada. Su rostro seguía allí, observándola desde el reflejo, pero, con el vestido que Essie le había prestado y el cabello recogido, tenía un aspecto casi presentable.

Essie sonrió, orgullosa de su obra.

—Ahora parece una chica como Dios manda —dijo a la vez que asentía con ademán satisfecho.

—Creo que lo soy —respondió Serafina, estupefacta.

Serafina se volvió a mirar a Essie y, recordando cómo se había apartado de ella cuando habían charlado por primera vez en las escaleras, posó la mano despacio en el brazo de Essie tal como había visto hacer a otras personas. El gesto le resultaba forzado, eso de tocar a alguien con afecto, y no estaba segura de haber escogido el momento oportuno pero, cuando lo hizo, el rostro de Essie resplandeció de felicidad.

—Ay, señorita, si no es nada. Solo dos chicas que se echan una mano, nada más.

—Te lo agradezco muchísimo, Essie —dijo Serafina.

Guardó silencio un instante y decidió formular una pregunta más antes de partir.

—Hace un rato has dicho que a todos nos da canguelo una cosa u otra.

—Yo creo que es verdad, ¿usted no?

—Lo has dicho como si estuvieras pensando en algo en concreto. En tu caso, ¿tienes miedo de enfermarse, como el hijo del lechero?

—No, señorita.

—¿Y qué es? ¿Qué te asusta?

—Bueno, los aparecidos no me hacen ninguna gracia, desde luego que no, seres que vuelven de entre los muertos y todo eso. Ni a mí ni a nadie, supongo. Pero lo que me pone los pelos de punta son las historias que mi padre contaba por la noche

delante de la chimenea para asustar a los críos.

—¿Sobre qué?

—Bueno, ya sabe, cuando una corriente de aire tira algo en un día sin viento o cuando encuentras en el bosque un animal muerto sin motivo aparente, la gente siempre dice: «Solo es el viejo del bosque, que está haciendo de las suyas otra vez».

A Serafina se le reseco la boca según escuchaba el relato de Essie. Percibía el miedo que se filtraba en la voz de la joven criada.

—¿Qué viejo? —preguntó.

—Seguro que usted conoce esos cuentos tan bien como yo, un viejo con un bastón que se escurre entre las sombras del bosque y cambia la niebla de sitio para que la gente se salga del camino y se pierda en los pantanos. Dicen que a veces provoca estropicios en las cabañas; la leche se corta y aparecen pollos muertos en el corral. A mi padre le encantaba contar esas historias, pero a mí me quitaban el sueño. Todavía me asustan hoy por hoy, si le digo la verdad.

—Pero ¿quién es el hombre ese de los cuentos? ¿De dónde ha salido? ¿Qué quiere? —insistió Serafina, perpleja.

Essie negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—¡Que me aspen si lo sé! —Se rio—. Solo son cuentos de viejas, pero a mí, no sé por qué, me ponen la piel de gallina. Si estoy por la noche en el bosque y chasquea una rama o se levanta un poco de aire, salgo pitando hacia casa como alma que lleva el diablo. ¡La oscuridad me asusta hasta tal punto que ni siquiera me puedo reír de mis propios miedos! Por eso me encanta vivir aquí.

—¿Aquí? ¿Por qué? —quiso saber Serafina, incapaz de deducir la misteriosa conexión entre ambas cosas.

—Por los retretes interiores —explicó Essie entre risas—. ¡Ya no tengo que salir de casa en plena noche!

Serafina sonrió. Su nueva camarada era una niña diurna de los pies a la cabeza, pero Essie Walker emanaba algo que la inducía a encariñarse con ella a marchas forzadas.

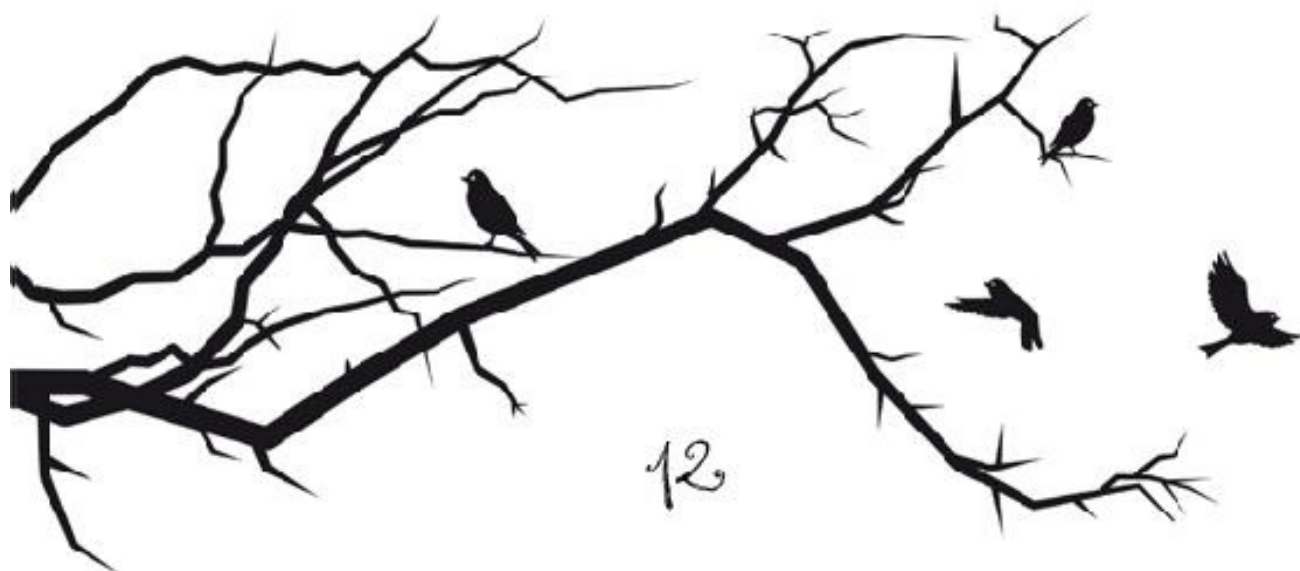
—Pero, en serio, señorita —saltó Essie, adoptando una expresión más seria—. Es hora de que usted vaya bajando y yo tengo que volver al trabajo. Si nos quedamos aquí encerradas como un par de mapaches en el árbol mucho más rato, mandarán a los perros a buscarnos.

—¿Los perros? —Se asustó Serafina.

—Ya sabe, los sabuesos, los perros de presa. Solo es una forma de hablar.

—Sí, claro —respiró Serafina, y comprendió que, igual que le sucedía a Essie, había unas cuantas cosas en el mundo que le daban miedo.

Serafina se despidió de la chica aunque no le apetecía nada marcharse, en particular sabiendo lo que le esperaba en la planta baja, pero se alegraba de haber hecho una nueva amiga.



Serafina bajó las escaleras al vuelo, saltando los peldaños de cinco en cinco, un tramo, dos tramos, tres tramos. Al llegar a la planta principal, pasó corriendo junto al almacén del mayordomo y, dejando atrás a un sobresaltado lacayo, se encaminó al estrecho pasillo que llevaba a la sala del desayuno, cruzó otro corredor y se detuvo por fin. Tomando aire, entró a paso tranquilo en el jardín de invierno.

Altas palmeras de hojas colgantes, ficus y otras plantas exóticas se multiplicaban por el invernadero. El sol se filtraba por la arqueada cúpula de ornadas vigas que sostenía el techo de cristal. Sobre las peanas que se erguían sobre suelo de mosaico reposaban exquisitas piezas de cerámica, y muebles de ratán francés ofrecían descanso a los señores.

Serafina había acudido a esta pieza central de la mansión con la esperanza de ver a Braeden antes de someterse al interrogatorio del inspector, pero recorrer a plena luz del día aquella suntuosa estancia por la que antes solo podía merodear a hurtadillas la hizo sentir horriblemente vulnerable.

No paraba de buscar escondrijos con la mirada, tensa a más no poder, primero por aquí, luego por allá, como si de un momento a otro fuera a verse forzada a salir corriendo. Entonces descubrió a Braeden y a la invitada inglesa juntos en un rincón, de pie. Serafina titubeó. Su cuerpo se crispó.

Los dos habitantes de las plantas superiores se habían despojado de sus equipos de montar, él para sustituirlo por la chaqueta, los pantalones y la corbata negros que solía llevar por la tarde, ella para cambiarlo por un vestido azul cielo de cintura encorsetada, mangas abullonadas hasta los codos y gasa de seda sobre los antebrazos. La chica se había recogido los bucles, de un tono cobrizo, en la coronilla. Las suaves e impecables ondas se mantenían en su sitio gracias a un prendedor de madera acaracolada y luego le caían por el hombro en forma de gruesos tirabuzones, tan prietos y perfectos que Serafina los comparó mentalmente con los muelles que su

padre guardaba en el taller. Quienquiera que fuese la doncella que le habían asignado esa tarde debía de haber pasado horas rizándole el cabello con unas tenacillas al rojo. Serafina le había calculado unos catorce años por la mañana, pero ahora se daba cuenta de que se comportaba como si fuera mayor. Lucía unos hermosos pendientes de plata labrada y una gargantilla de terciopelo negro con un camafeo. Mal que le pesase, Serafina tenía que reconocer que la chica respiraba elegancia y tenía unos impresionantes ojos del color del bosque.

Según se acercaba a la pareja, el corazón le latía más desbocado que si tuviera delante a los galgos. Por pura costumbre, caminó en silencio. Los chicos no repararon en su presencia, pero Gidean levantó las orejas, negras y puntiagudas, antes de relajarlas con aire aliviado cuando la reconoció. Agitó el muñón de la cola con emoción. Serafina sonrió, conmovida ante la bienvenida del perro.

La muchacha inglesa charlaba de cara a Serafina, pero no dio muestras de reparar en su presencia hasta que no pudo seguir obviando el hecho de que la recién llegada se encaminaba directamente hacia ellos. Serafina notó que su aparición la sobresaltaba. La joven agrandó los ojos y ladeó la cabeza. Casi parecía asustada. Sin embargo, cuando Serafina se acercó, la inglesa hizo un esfuerzo palpable por recuperar la compostura. Fulminó a la otra con la mirada, como diciendo: *¿A cuento de qué una zarrapastrosa como tú osa dirigirse a una dama tan sofisticada como yo?*

Si mi aspecto no te gusta, deberías haber visto la pinta que tenía hace un rato, pensó Serafina.

Deteniéndose a pocos metros, Serafina aguardó entre la fuente de bronce que dominaba la estancia y un hermoso jarrón Ming, azul y blanco, que descansaba sobre una mesita de madera, bajo un grupo de elegantes palmeras. Serafina había oído decir que el señor Vanderbilt compró aquel jarrón en uno de sus viajes a Oriente, que tenía más de cuatrocientos años y que se trataba de una de las obras de arte más valiosas de la casa. Serafina estaba tan quieta y expuesta que por un momento se sintió como una pieza más del mobiliario.

Cuando Braeden se dio media vuelta por fin y la vio allí, una sonrisa iluminó su semblante.

—¡Hola, Serafina! —la saludó sin la menor sombra de titubeo.

Una ola de alivio y felicidad recorrió el cuerpo de Serafina.

—Hola, Braeden —dijo a su vez, con la esperanza de que su voz sonara mínimamente normal.

Aunque sin duda la esperaba, Braeden parecía contentísimo y muy sorprendido de verla allí. ¿Acaso estaba preocupado por ella? ¿O debía atribuir su alegría al hecho de que Serafina rara vez acudía a la planta principal a plena luz del día?

—Me... —empezó, sin saber cómo expresarlo correctamente—. Me han entregado tu recado —dijo, escogiendo las palabras más sofisticadas que encontró, pero también remarcando que entendía la gravedad de la situación.

Él asintió con un ademán elocuente, avanzó un paso a ella y le habló con voz

queda.

—No sé qué nos espera, pero tenemos que ser muy cuidadosos.

—¿Cómo se llama el inspector? —preguntó Serafina—. ¿De dónde viene?

—No lo sé —reconoció Braeden—. Llegó anoche a última hora.

—¿Y qué dice tu tío al respecto?

—Si las autoridades determinan que el señor Thorne murió asesinado, el asesino será ahorcado.

—¿De verdad ha dicho eso? —preguntó Serafina, horrorizada.

Si bien estaba enfrascada en la conversación con Braeden, notó cómo el ambiente se enrarecía a su alrededor. Cuando su amigo la había visto y saludado con tanto afecto, Serafina había notado que la muchacha inglesa se hacía a un lado, con la barbilla alzada y el semblante tenso, como si no supiera qué hacer. Ahora seguía allí, esperando en silencio. La situación se estaba tornando cada vez más incómoda para ella. Braeden ya debería haberlas presentado, pero no lo hacía. Serafina supuso que la sensación no debía de ser nada agradable.

Comprendió de repente que tal vez la joven se sintiera tan incómoda en aquel nuevo entorno como la propia Serafina. La pobre acababa de llegar, seguramente aún se estaba haciendo un sitio en la casa y, a la primera de cambio, la única persona de su edad que conocía se ponía a intercambiar susurros con una pordiosera desastrada y llena de mordiscos. Pese a la antipatía que la inglesa le había inspirado desde el principio, ahora casi la compadecía.

—Ah, sí —dijo Braeden, como si hubiera leído el pensamiento de Serafina y hubiera recordado de sopetón sus deberes de anfitrión—. Serafina, esta es...

En ese momento la señora Vanderbilt apareció majestuosamente en los peldaños que iban a dar al jardín de invierno.

—Ah, estáis todos aquí. Bien. Os acompañaré a la biblioteca. El señor Vanderbilt y el detective os están esperando.

La señora de la casa lucía un hermoso vestido de tarde y exhibía un semblante animado, pero Serafina se percató de que, en efecto, parecía un tanto desmejorada. Tenía la tez pálida pero la frente congestionada. A juzgar por su expresión, hacía esfuerzos por afrontar la jornada con actitud positiva pese a lo mal que se encontraba.

—Serafina, antes de que bajemos, me gustaría que conocieras a alguien —dijo la señora Vanderbilt que, con un suave gesto de la mano, la atrajo hacia la joven inglesa—. Quiero presentarte a *lady* Rowena Fox-Pemberton, que ha venido a visitarnos de muy lejos. Espero que las dos hagáis buenas migas durante su estancia en Biltmore. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para que se sienta como en casa.

—Me alegro de conocerla, señorita —saludó Serafina a la chica con educación.

—*Milady* —la corrigió *lady* Rowena a la par que miraba a Serafina de arriba abajo con expresión sorprendida.

—¿Disculpe? —preguntó Serafina, que de verdad no entendía lo que le decía.

—Cuando te dirijas a mí, no debes llamarme «señorita» sino «*milady*» —aclaró

lady Rowena con su exquisito acento inglés.

—Ya veo —replicó Serafina—. ¿Es costumbre en Inglaterra? ¿Y tú también me llamarás «*milady*» cuando te dirijas a mí?

—Por supuesto que no —respondió la otra estupefacta según el rubor ascendía por sus mejillas.

—Muy bien —intervino la señora Vanderbilt, que posó una mano abierta en cada chica con intención de aplacar los ánimos—. Estoy segura de que encontraremos el modo de resolver estas diferencias culturales...

Sin embargo, cuando la señora Vanderbilt alargó la mano hacia ella, Serafina retrocedió automáticamente y notó el roce de una frondosa palma en la cara. Tuvo la sensación de que la hoja de palmera se movía como si tuviera vida propia con intención de enredarse en su cabello. Sobresaltada, Serafina levantó la mano y se giró rápidamente para quitársela de encima, creyendo que la rozaba una serpiente o algo así, por cuanto había experimentado esa misma sensación. Se volvió tan deprisa que tropezó con un mueble.

—¡Cuidado, Serafina! —exclamó la señora Vanderbilt con un tono de voz angustiado al mismo tiempo que alargaba la mano hacia un objeto situado a espaldas de la niña.

Fue entonces cuando Serafina se dio cuenta de que, al dar un respingo, había empujado la peana de madera que sostenía el jarrón Ming.

El jarrón se torció y cayó. Serafina observó horrorizada cómo la preciosa antigüedad se precipitaba hacia el duro suelo de baldosas. Intentó atraparlo al vuelo pero llegó tarde. El objeto se estrelló contra el piso y se rompió en mil pedazos. El estallido de la porcelana dejó a Serafina sin aliento. El eco de la explosión le revolvió las tripas.

Perplejos, los presentes miraron el jarrón destrozado y luego se volvieron hacia Serafina.

Le ardieron las mejillas; las lágrimas inundaron sus ojos.

—Lo lamento muchísimo, señora Vanderbilt —se disculpó Serafina avanzando hacia la dueña de la casa—. No ha sido mi intención. Cuánto lo siento.

—A lo mejor lo podemos pegar —apuntó Braeden, que se arrodilló e intentó recoger los fragmentos. *Lady* Rowena Fox-Pemberton, por su parte, miraba a Serafina con expresión hostil y sacudía la cabeza como diciendo: *Ya sabía yo que tú no pintabas nada en esta casa.*

—A George se le partirá el corazón —musitó la señora Vanderbilt para sí al mismo tiempo que contemplaba con incredulidad los añicos escampados por el suelo—. Era uno de sus favoritos...

—Lo siento muchísimo —repitió Serafina, con el corazón a punto de estallar de vergüenza y dolor—. No sé qué ha pasado. Esa planta me ha atacado.

Aún estaba pronunciando las palabras cuando comprendió hasta qué punto sonaban a excusa infantil. *Lady* Rowena se limitaba a observarla con atención,

pendiente de todo, demasiado lista como para sonreír, aunque se le notaba a la legua que se moría de ganas. Serafina miró a un lado y a otro, a los muebles, las plantas y otros objetos que había en la habitación. No lo entendía. Llevaba toda la vida pululando por aquella casa, sorteando muebles y correteando de acá para allá, y ni una sola vez había derribado nada, ni roto. Y ahora, justo cuando acababan de admitirla en el mundo de los señores, justo cuando se había propuesto demostrar a la señora Vanderbilt lo mucho que apreciaba su amistad, cometía ese horrible, ese estúpido y torpe error. Le entraron ganas de largarse pitando al sótano y echarse a llorar. Le hizo falta hasta la última gota del valor que tenía para quedarse allí, soportando la vergüenza.

Por fin, la señora Vanderbilt miró a su sobrino, que seguía arrodillado intentando reparar el estropicio.

—Braeden —dijo—. Me temo que no va a ser posible.

Al notar por el tono de voz el mal humor de su tía, Braeden se incorporó despacio.

—No hay tiempo para eso —prosiguió la señora Vanderbilt—. El inspector Grathan está esperando para hablar con Serafina y contigo.

La señora Vanderbilt nunca había tratado a Braeden, ni a nadie, con tanta frialdad y formalidad, y Serafina tenía la culpa.

—Llevaré a *lady* Rowena a dar un paseo por el invernadero —informó la señora Vanderbilt—. Serafina y tú bajad a la biblioteca de inmediato.

La señora King, el ama de llaves, entró en el recinto y se dirigió a la señora de la casa.

—Le he pedido a una criada que traiga una escoba y un recogedor para retirar el jarrón roto —dijo en un tono de voz sereno y profesional. La mujer, en cuanto que sirvienta del máximo rango, emanaba autoridad. Ataviada con un sencillo traje verde oliva con botones de madreperla y un fajín atado a la cintura, el ama de llaves llevaba el cabello recogido en un moño severo a la altura de la coronilla.

—Gracias, señora King —respondió la señora Vanderbilt en tono de gratitud—. Por favor, acompañe a los niños a la biblioteca.

Cuando la señora Vanderbilt llamó «niños» a Serafina y a Braeden, una expresión de satisfacción asomó al rostro de *lady* Rowena.

—Por aquí —ordenó la señora King a los más jóvenes. Lo dijo en el tono de voz de quien está acostumbrado a que le obedezcan.

La señora King llevaba años dirigiendo Biltmore, desde antes incluso de que el señor Vanderbilt se casara y la señora llegara a la casa. Mientras acompañaba al ama de llaves por el vestíbulo principal, Serafina se enjugó los ojos y pensó en lo que le diría su padre ahora mismo si la viera. *Déjate de lloriqueos y espabila, niña*, le espetaría, y tendría razón. Si un investigador la iba a interrogar por un asesinato en el que ella había participado, más le valía tranquilizarse.

Serafina estudió a la señora King según la seguía por la galería de los tapices

hacia la biblioteca, porque pocas veces la había tenido tan cerca.

Uno de los aspectos del ama de llaves que siempre desconcertaba a Serafina era el hecho de que habitara una zona de Biltmore en la que ella nunca había entrado. La señora King era la dueña y señora de la misteriosa entreplanta que había entre el segundo piso y el tercero. Serafina no entendía cómo era posible que existiera todo un piso, o parte, entre dos plantas. Sin embargo, sabía desde hacía mucho tiempo que en Biltmore igual cabían los mayores prodigios que las peores atrocidades. Las palmeras, por ejemplo, eran particularmente engañosas.

Se fijó sin poder evitarlo en el llavero que colgaba del fajín de la señora King. Se trataba de una gran anilla de latón que contenía todas las llaves de la casa, de cada puerta, armario y trampilla secreta, desde el sótano hasta el último piso. El tintineo del manajo siempre la había extasiado. Y ahora, mientras lo miraba, algo minúsculo extrajo una llave de la anilla, se escondió bajo el vestido de la señora King y salió disparado por el suelo en menos que canta un gallo. El diminuto ser, de color marrón, era tan pequeño y tan veloz que Serafina apenas si llegó a verlo. Y estaba segura de que nadie más había reparado en él. Pero ella llevaba siendo la JBAR el tiempo suficiente como para identificarlo: era un ratón. En ocasiones, los roedores se mueven tan rápidamente que apenas si logras atisbarlos antes de que hayan desaparecido. Serafina ya estaba dudando de haberlo visto realmente. ¿En qué cabeza cabía que un ratón de verdad se escondiera bajo la falda de la señora King? ¿Y qué se proponía? ¿Robar la llave del armarito del queso?

No obstante, tenía problemas más graves que afrontar. Según Braeden y ella avanzaban a paso cansino detrás de la señora King, Serafina echó un vistazo a su amigo, que apretaba los labios con una expresión de intensa preocupación. Cualquiera habría pensado que la señora King los estaba acompañando a su juicio, sentencia y ejecución. Serafina acariciaba la idea de dar media vuelta y echar a correr, largarse de allí por piernas ahora que podía. Habría puesto pies en polvorosa antes de que la señora King se percatase siquiera de su ausencia. Pero sabía que no podía abandonar al pobre Braeden, de modo que siguió caminando a su lado como un condenado, resignada a su destino. Serafina se sentía como si la hubieran metido en un saco para tirarla al río.

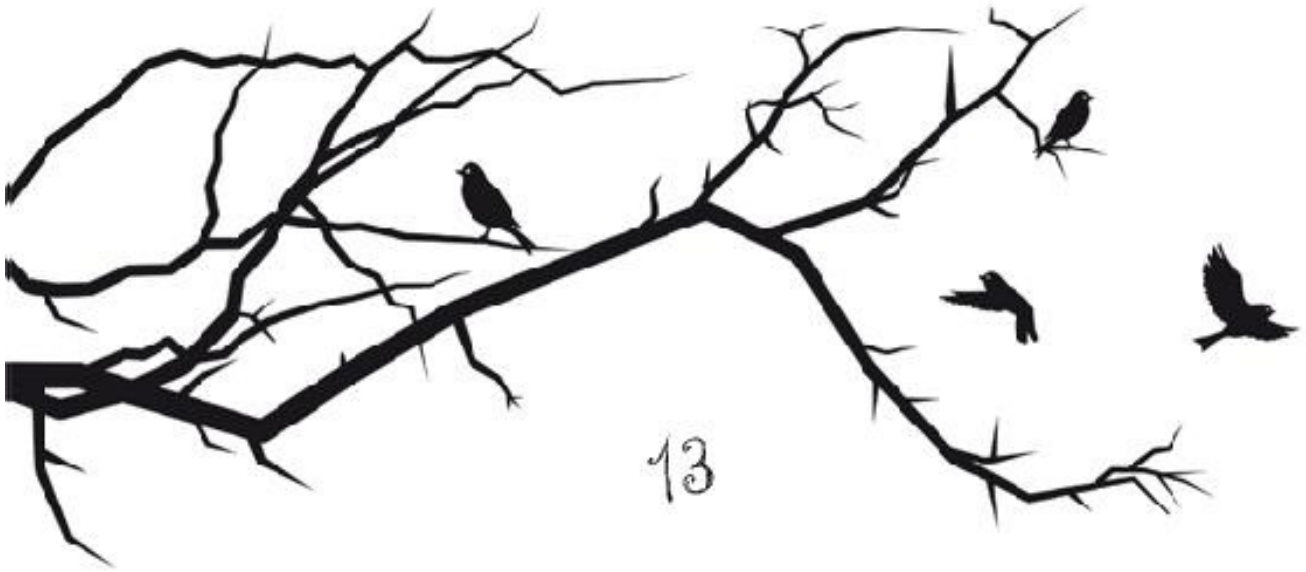
Al entrar en la biblioteca, echó un vistazo a esa sala que tan bien conocía. Los miles de libros encuadernados en piel que conformaban la colección del señor Vanderbilt atestaban las paredes de recargada madera tallada y mármol esculpido. Filas y filas de libros ascendían hasta los ángeles italianos que decoraban el techo, situado a una altura de más de diez metros.

Sin embargo, no había nadie en la habitación. La luz brillaba en las tulipas de las lámparas de latón, pero la biblioteca estaba desierta.

Cuando echó una ojeada a Braeden, Serafina comprendió que estaba tan desconcertado como ella. En cambio, la incondicional señora King no dio muestras de sorpresa. Los guio a lo largo de las librerías empotradas en la pared que miraba a

poniente, dobló a la derecha y se detuvo. Ahora se encontraban de cara a cierta sección de los paneles de roble que forraban la sala. Serafina tardó unos instantes en comprender que en realidad no era una pared. Se trataba de una puerta. Y lo que más la inquietó fue la talla que decoraba el panel: un hombre enfundado en una túnica que se llevaba un dedo a los labios, como si te hiciera callar. La sangre le goteaba por la cabeza y llevaba un cuchillo clavado en la espalda.

—Tenéis que cruzar la puerta —dijo la gobernanta—. Os están esperando.



Serafina entró con cautela en la sombría habitación. Se trataba de un asfixiante despacho con muebles de cuero, persianas que impedían el paso de la luz del ocaso y techos oscuros decorados con un artesonado que recordaba la osamenta del ala de un murciélago. No era el despacho que solía usar el señor Vanderbilt, pero ahí estaba, sentado detrás del escritorio.

Serafina llevaba toda la vida observando al señor de Biltmore pero jamás había sido capaz de descifrarlo. Era un hombre de inmensa riqueza y pocas palabras, un caballero refinado e instruido de complexión delgada y manos esbeltas. Tenía unos ojos negros y astutos, cabello oscuro y bigote negro.

—Entrad —ordenó en tono funesto. Parecía estar de un humor sombrío e implacable.

Mientras Braeden y ella se internaban despacio en el estudio, Serafina atisbó algo por el rabillo del ojo: un hombre sentado entre sombras, inmóvil, que la estudiaba. Ahogó una exclamación. El corazón le latía ahora con más fuerza, marcando el ritmo de su paso como un tambor lento y poderoso.

Según sus ojos se acostumbraban a la penumbra de la sala, empezó a distinguir los rasgos del desconocido. Sorprendida, descubrió que no se trataba del anciano que había visto internándose en el bosque en compañía del señor Vanderbilt. Las greñas de este hombre, de un color castaño rata, le llegaban a la altura de los hombros y llevaba una perilla corta. La observaba con mirada fija e intensa. Puede que hubiera sido apuesto en sus tiempos, pero ahora su rostro mostraba la marca de tantas cicatrices grises que Serafina adivinó en ella la historia de una batalla, contra cuchillos y también contra garras; costaba creer que hubiera sobrevivido. Su abrigo de lana marrón y su cubrehombros se veían usados y apelmazados, raídos por los bordes, como si el hombre llevara años y años viajando de acá para allá.

Cuando el desconocido se fijó en los arañazos de su cara y en los mordiscos de

sus manos, Serafina tuvo la sensación de que un insecto le correteaba por la espalda. Los músculos de su cuerpo se crisparon y se tensaron, listos para huir o luchar. A ese hombre no se le escapaba nada. Aterradoras imágenes acudieron en tropel a su mente: el hombre de la barba gris y el sombrero de ala ancha bajando del coche; los colmillos blancos de los perros en sus fauces abiertas; la negra silueta sentada en el carruaje que se alejaba.

¿Habría sacado ese hombre la cabeza del carruaje y la habría visto? De ser así, apenas la habría atisbado de refilón mientras huía. Ahora Serafina llevaba un vestido distinto, otro peinado. En cualquier caso, el desconocido parecía desconfiar de ella tanto como Serafina recelaba de él.

El hombre portaba un bastón con la caña en espiral y la empuñadura curvada, de cuerno. Por razones que no sabía explicar, Serafina intuyó que el cayado era un objeto mucho más peligroso de lo que aparentaba. Sin embargo, le parecía que este bastón y el que viera la noche anterior diferían en la forma. Le fallaba la memoria. ¿El de anoche era un palo retorcido o un bastón más formal, en forma de espiral, como este? ¿Podía un bastón cambiar de aspecto?

—Sentaos —ordenó el señor Vanderbilt. Señaló dos sencillas sillas de madera plantadas en el centro del despacho. Pocas veces había oído Serafina al señor Vanderbilt emplear un tono de voz tan serio, tan brusco, pero no supo si atribuirlo a que estaba enfadado con Braeden y con ella o molesto por la inesperada presencia del inspector en su casa. El señor Vanderbilt recibía a toda clase de invitados con el fin de que se divirtieran en la majestuosa mansión que había construido con ese propósito, pero él, en cambio, tendía a evitar el bullicio. A menudo prefería pasar el rato leyendo a solas en una sala tranquila que mezclarse con los demás. Era muy suyo. Y ahora un extraño, un detective, un viajero se había plantado en su casa hablando de asesinatos, y el señor Vanderbilt no parecía nada contento al respecto.

Mientras Braeden y ella se sentaban en las dos sillas, Serafina echó una ojeada a su amigo. Parecía asustado y perdido. La señora King le había ordenado que dejara fuera a Gidean. Privado de su protector canino, Braeden se sentía indefenso, y Serafina se prometió con más determinación si cabe que aquel hombre no podría con ellos.

El señor Vanderbilt volvió entonces la vista hacia los recién llegados.

—El inspector Grathan está investigando la desaparición del señor Thorne. Tiene la teoría de que Thorne no se marchó de Biltmore por propia voluntad, sino que fue víctima de alguna mala pasada durante su estancia.

—Sí, señor —dijo Braeden, que hacía esfuerzos por aparentar calma, aunque Serafina advirtió que le temblaba la voz. Ella también comprendía que si cometían algún error los arrestarían y los acusarían de conspirar para asesinar al señor Thorne. Serafina le había tendido la trampa. Y Braeden era dueño de un perro que había participado en el asesinato.

—Os aconsejo que contestéis a sus preguntas con sinceridad —añadió el señor

Vanderbilt.

Serafina echó una ojeada al tío de Braeden, por cuanto había advertido un matiz extraño en el tono de su voz. En apariencia, les estaba diciendo que hicieran lo correcto, que cooperaran en la investigación. Pero, por otro lado, los estaba avisando, le parecía a Serafina. Les estaba pidiendo que fueran sumamente cuidadosos, como si el hombre poseyera el don de distinguir la verdad de la mentira.

—Detective Grathan —dijo el señor Vanderbilt al tiempo que se volvía a mirar al investigador—, todos los habitantes de Biltmore cooperarán con usted, como es natural. Este es mi sobrino, Braeden Vanderbilt, el hijo de mi difunto hermano, y ella es su amiga Serafina. Además de las otras personas con las que ya ha conversado, estaban presentes el día que el señor Thorne desapareció. Siéntase libre para preguntarles todo aquello que considere necesario para llevar a cabo su investigación.

El detective asintió antes de espetarle al señor Vanderbilt en tono grave:

—No hace falta que se quede durante el interrogatorio.

Hala, pensó Serafina. Acababa de pedirle al señor Vanderbilt que se marchara. Nadie le pedía al señor Vanderbilt que se marchara de ninguna parte. Aquella era su casa. Serafina notó cómo la tensión aumentaba entre los dos.

—Me quedo —declaró el señor Vanderbilt en un tono que no admitía réplica.

El detective Grathan lo miró y, al parecer, decidió no discutir con el señor de Biltmore, al menos de momento. En lugar de eso, giró la cabeza despacio hacia Serafina, que oyó el crujido de su cartílago según el hombre se volvía, lo habría jurado. El inspector la escudriñó largo y tendido, como si la estuviera diseccionando. Serafina advirtió que rodeaba con los dedos la empuñadura de su bastón, muy despacio. Por fin, habló.

—Te llamas Serafina, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respondió ella. *Y usted se llama señor Grathan*, quiso replicar. *¿Por casualidad usted y su jefe no poseerán cinco perrazos de presa, tan enormes como sarnosos, con unos colmillos afilados como dagas?*

—¿Conociste al señor Thorne? —siguió preguntando el detective.

—Sí, lo conocí —contestó ella con sinceridad—, pero solo hablé con él un par de veces.

El hombre la estudió. Sostenía su bastón —o vara o palo o lo que fuera— mientras hablaba con ella. A continuación, giró la cabeza despacio para mirar a Braeden.

—¿Y tú también conociste al señor Thorne?

—Era mi amigo —dijo Braeden, y eso también era cierto.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—En la fiesta que estábamos celebrando la noche de su desaparición —respondió Braeden. Por lo visto, él también había captado la advertencia de su tío. Cuando el chico le lanzó a Serafina una mirada elocuente, las dudas de ella se disiparon. En aquel momento, los dos amigos acordaron en silencio la estrategia a seguir: no dar

cancha al detective, decir la estricta verdad pero ni una palabra más.

Ahora el detective volvió la cabeza nuevamente hacia Serafina.

—¿Y cuándo fue la última vez que viste tú al señor Thorne? —le preguntó.

La última vez que Serafina lo vio, yacía muerto en el cementerio, desangrándose, y luego el cadáver se descompuso ante sus ojos hasta que no quedó nada salvo tierra empapada en sangre.

—Creo que fue el mismo día que todos los demás —contestó—. El día de su desaparición.

—¿Y a qué hora lo viste por última vez?

—Si no recuerdo mal, ya había anochecido —dijo, aunque *a medianoche* habría sido más exacto.

—Así que fuiste una de las últimas personas que lo vio aquí, en Biltmore.

—Podría ser, sí.

—¿Y qué estaba haciendo cuando lo viste por última vez?

—La última vez que lo vi por aquí, en Biltmore, se estaba poniendo la capa para salir.

—¿Lo viste abandonar Biltmore?

—Sí, con toda claridad. Salió corriendo.

—¿Corriendo? —preguntó el detective, sorprendido.

—Sí, corriendo.

Me estaba persiguiendo, pensó Serafina, y yo lo arrastré a su muerte.

La cabeza del detective viró hacia Braeden.

—¿Y tú también lo viste?

—No —respondió Braeden—. Yo me fui a dormir después de la fiesta.

El detective dejó los ojos clavados en el chico unos instantes, como si no le creyera. A continuación, dijo:

—El perro negro es tuyo.

Serafina no se explicaba cómo lo sabía. Gidean ni siquiera estaba allí con ellos.

—Sí —contestó Braeden en un tono de voz dubitativo.

—El perro va a todas partes contigo, pero dices que te fuiste a dormir temprano aquella noche. ¿Cómo y cuándo sufrió tu perro una herida en el hombro derecho?

—Yo... —vaciló Braeden, desconcertado e inquieto ante la pregunta.

—¿Cómo resultó herido? —lo presionó el detective.

—Yo no estaba delante cuando lo hirieron —respondió Braeden con sinceridad.

—Pero ¿cuándo sucedió?

—Sucedió de madrugada, cuando descubrimos que había desaparecido otro niño. Envié a Gidean al bosque para que buscara su rastro —explicó Braeden.

Serafina consideró que había sido muy inteligente por parte de su amigo decir que *había desaparecido otro niño*, disfrazando así el hecho de que, en realidad, era *ella* la que había desaparecido. Serafina se había marchado con el fin de tenderle una trampa al señor Thorne. Y le encantó que Braeden hubiera hablado de *la madrugada*, lo que

estrictamente hablando era correcto, porque todo sucedió después de la medianoche, pero creaba la impresión de que los hechos se habían producido al día siguiente.

—¿Y el perro encontró por fin al niño desaparecido? —quiso saber el detective.

—Sí, lo encontró —asintió Braeden, y se volvió a mirar al señor Vanderbilt—. Tío, ¿por qué este hombre me hace tantas preguntas sobre Gideon? ¿No pensará que Gideon y yo hemos hecho algo malo?

Serafina no estaba segura de si Braeden fingía su expresión de miedo y perplejidad o si era genuina pero, en cualquier caso, resultó muy convincente.

—No, claro que no, Braeden —lo tranquilizó el señor Vanderbilt, que miraba fijamente al detective según pronunciaba las palabras—. Este señor solo hace su trabajo. —Saltaba a la vista que el señor Vanderbilt no soportaría mucho más tiempo aquella intromisión—. Tú límitate a contestar sus preguntas con sinceridad —repitió, y a Serafina ya no le cupo duda: el tío de Braeden los estaba ayudando. Estaba de su lado. *Escoged las palabras con sumo cuidado*, les estaba diciendo. Serafina sabía que la clave residía en evitar y sortear las preguntas comprometidas.

El detective giró el cuello bruscamente para mirar a Serafina.

—¿Sabes lo que le pasó al señor Thorne la noche de la que hablamos?

¿Cómo demonios iba a esquivar esa pregunta sin mentir como una bellaca? Ya los estaba viendo construyendo el patíbulo y ajustándole la soga al cuello.

—Que en paz descanse —soltó Serafina.

—Entonces, ¿no crees que haya desaparecido sin más? ¿Piensas que está muerto? —preguntó el hombre, que se echó hacia delante para escrutarla de cerca.

—Sí.

—¿Y en qué te basas?

—En que no ha vuelto.

—Pero ¿sabes cómo murió? ¿Viste el cadáver? ¿Sabes si intervino algún tipo de fuerza sobrenatural?

Con aquellas últimas palabras, la rata se traicionó. ¿Qué buscaba en realidad? Con eso de *fuerza sobrenatural*, ¿se refería a magia negra? El viejo del bosque les había pedido a su perros que buscaran algo a lo que se había referido como «la negra». Este hombre no buscaba únicamente al asesino del señor Thorne. ¡Estaba buscando la capa negra!

—No has respondido mi pregunta —la presionó.

—Creo que una fuerza muy poderosa debió de pillarlo por sorpresa y matarlo —opinó Serafina—. Cualquiera que viva en las montañas sabe que el bosque está plagado de peligros. —Y entonces se acordó de esa expresión que tanto asustaba a Essie—. Puede que el viejo del bosque hiciera de las suyas otra vez.

Al oír esas palabras, el detective abrió unos ojos como platos.

—¿De qué clase de fuerzas poderosas estás hablando?

—Creo que en el bosque hay fuerzas muy buenas, pero también malvadas.

—¿Y tú crees que esas fuerzas mataron al señor Thorne? —preguntó el inspector.

—Podría ser —respondió Serafina. No aclaró que fueron las buenas y no las malvadas las que acabaron con la vida del hombre.

El señor Vanderbilt se echó hacia delante.

—No sé adónde quiere ir a parar, señor Grathan. Le sugiero que proceda a interrogar a los demás sospechosos de su lista.

—Tengo más preguntas que formularles a estos dos —replicó el detective sin mirar al señor Vanderbilt. Serafina notó cómo una rabia apenas disimulada crecía en el ánimo del detective. Parecía como si hubiera acudido a Biltmore disfrazado de persona civilizada, de inspector de policía, y ahora estuviera empezando a aflorar su verdadera personalidad.

Se hundió la mano en el bolsillo y sacó un broche que llevaba grabado un motivo enrevesado: una prieta maraña de zarzas y tallos entrelazados.

El corazón de Serafina empezó a latir con más fuerza. Estaba claro. El detective había encontrado los restos de la capa negra. Y eso significaba que había estado deambulando por la zona donde se encontraba el cubil de su madre. Un nuevo chispazo de miedo sacudió su mente. Notaba el calor ascendiendo por su cuerpo.

—¿Reconoces esto? —le preguntó el detective.

Serafina notaba el pulso de la sangre en las sienes. Apenas oía las palabras del hombre.

—¿Lo reconoces? —preguntó él nuevamente.

—Parece el broche de alguna prenda de ropa —respondió Serafina, intentando que su voz sonara tan monocorde y carente de emoción como fuera posible.

—¡Pero no has contestado a mi pregunta! —La presionó él.

—¡Señor Grathan, tranquilícese! —le advirtió el tío de Braeden.

—¿Lo reconoces? —volvió a preguntar el señor Grathan, haciendo caso omiso al señor Vanderbilt.

—Yo diría que lo que sea que sujetaba se ha perdido —dijo Serafina.

—¿Pero lo habías visto antes? —siguió interrogando el hombre, que ahora empuñaba su bastón igual que si estuviera a punto de emplearlo como arma.

Serafina estaba cada vez más agobiada. Sin embargo, según fingía examinar el cierre, se fijó en que algo había cambiado: las caritas que antes asomaban por detrás de las espinas habían desaparecido.

—Nunca había visto un broche de plata con este dibujo —aseguró. Por fin había encontrado un modo de atenerse a la estricta verdad.

El detective le sostuvo la mirada largo y tendido, como si supiera que lo estaba enredando pero no supiera cómo formular la pregunta para cazarla.

—Detective, tenemos que pasar página —insistió el señor Vanderbilt.

—¡Tengo más preguntas! —alegó el otro en un tono sumamente irritado, con los ojos fijos en Serafina—. ¿Sabes qué habitación ocupó el señor Thorne durante su estancia en Biltmore?

—Una del tercer piso —dijo ella.

—¿Vives en Biltmore?

—Sí, vivo aquí.

—¿En el cuarto piso, con las sirvientas?

—No.

—¿Y entonces dónde duermes por las noches?

—No duermo.

El detective enmudeció y la miró sorprendido.

—¿No duermes?

—No duermo por las noches.

El hombre frunció el ceño.

—¿Eres una criada nocturna?

—No.

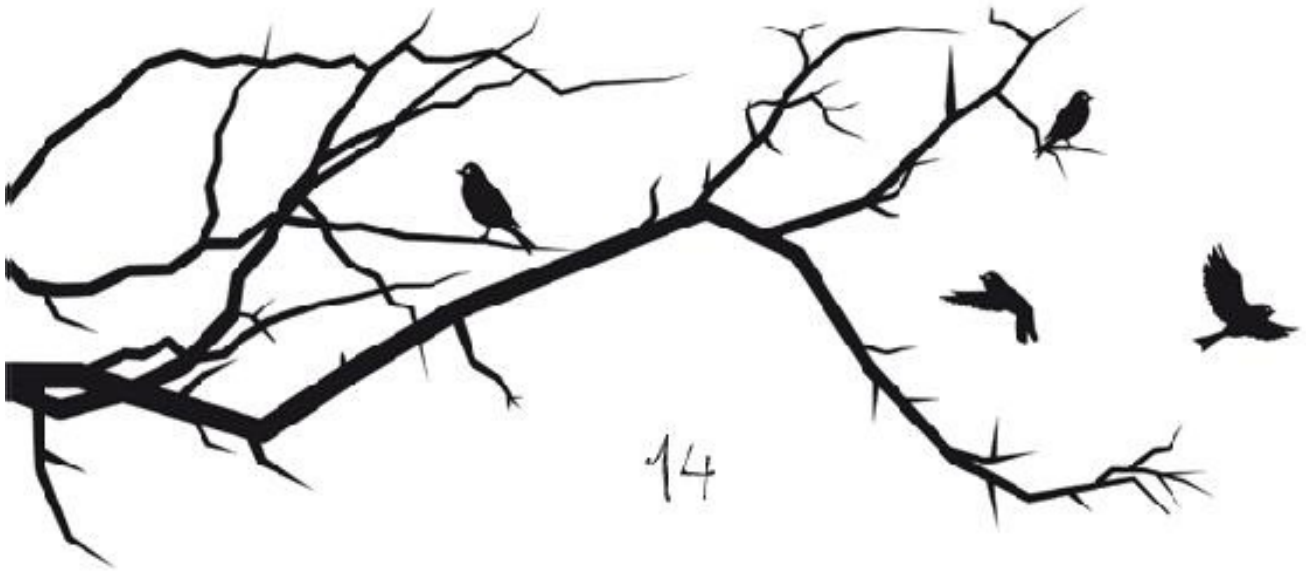
—Y entonces, ¿qué eres?

Serafina lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Soy la jefa de la brigada antirratas. Desenmascaro a las alimañas.

Devolviéndole la mirada, el detective le espetó:

—En ese caso, tenemos mucho en común.



Serafina miró de reojo a Braeden según abandonaban de prisa y corriendo el estudio del señor Vanderbilt y cruzaban la biblioteca.

—Tenemos que mantenernos tan lejos como sea posible de ese hombre —le susurró el chico.

—¡No, tenemos que deshacernos de él! —replicó Serafina con rabia. La conversación la había alterado tanto que todavía le costaba respirar.

—Si mi tío no hubiera intervenido para que nos dejara marchar, ¿te habrías enfrentado a él allí mismo?

Serafina negó con la cabeza.

—No lo sé —reconoció.

Mientras se encaminaban al distribuidor principal, Gideon se unió a ellos.

—¿Has visto su cara? ¿Todas esas cicatrices? —comentó Braeden—. ¡Me han entrado escalofríos! ¿Con qué clase de criaturas se habrá enfrentado?

—Y le crujía el cuello cada vez que giraba la cabeza —señaló Serafina.

—Es un hombre horrible. Y no paraba de freírnos a preguntas. ¡Pensaba que nunca se cansaría! ¿Qué pasará si descubre que estamos implicados en la muerte del señor Thorne? ¿Nos arrestará?

—Algo peor, me temo —dijo Serafina—. No creo que sea quien dice ser.

—¿A qué te refieres? —preguntó Braeden, asustado. Luego, mirando las heridas de su amiga, prosiguió—: ¿Qué te pasó ayer por la noche?

Ella se moría por contárselo, pero, cuando llegaron al distribuidor principal, oyeron que la señora Vanderbilt y *lady* Rowena se acercaban por el vestíbulo.

—Algún criado les habrá dicho que hemos terminado —musitó Braeden. Serafina no estaba segura, pero creyó percibir tristeza en su voz.

—¿Te tienes que marchar? —le preguntó con voz queda, mirándolo de refilón. Seguramente sí, ya lo sabía.

—¡Vamos! —exclamó él de improviso, y la arrastró en otra dirección.

Entre risas, Serafina siguió a Braeden a la escalinata principal, la amplia y suntuosa escalera circular que conducía a los pisos superiores. No tenía muy claro adónde la llevaba Braeden o si solo se proponía escapar, pero cuando llegaron al tercer piso se le ocurrió dónde podían esconderse a charlar en secreto. Tenía mucho que contarle.

—¡Por aquí! —dijo Serafina mientras cruzaban el salón, dejando atrás a varias damas y caballeros que tomaban el té vestidos con atuendos de tarde.

—¡Hola a todos! —gritó Braeden en tono alegre según pasaba por su lado como una exhalación.

—Ah, buenas tardes, señorito Braeden —lo saludó uno de los caballeros, como si fuera lo más normal del mundo que dos niños y un perro pasaran disparados por el salón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Braeden sin aliento cuando enfilaron a todo trapo por un pasillo trasero.

—Ya lo verás —respondió Serafina.

Al llegar al final del corredor, se detuvieron allí donde comenzaba el zigzag de escaleras que ascendían hacia la sala de la torre norte. Dos pequeñas esculturas de bronce y un montón de libros descansaban en lo alto de un armarito de roble. La primera escultura representaba a un caballo encabritado delante de una serpiente. La segunda era una pantera, esbelta y musculosa, con las orejas hacia atrás y los colmillos al aire, que clavaba dientes y garras en algún animal salvaje.

Serafina se había fijado, con el paso de los años, en que había esculturas y cuadros de grandes felinos por todo Biltmore: dos leonas de bronce parecían merodear por el marco de la mesa de billar y dos leones rampantes mostraban sus garras sobre la chimenea de la sala en la que desayunaban los invitados. Ahora ya sabía que era una tontería, pero de niña siempre imaginaba que todos aquellos felinos eran sus tías y sus tíos, sus abuelas y abuelos, como retratos familiares colgados de la pared. El viejo bajorrelieve de un bisabuelo leonino decoraba majestuoso la biblioteca y los contrafuertes decorativos del salón de los banquetes mostraban las caras talladas de varios primos leones. Las estatuas de la verja de entrada representaban la cabeza y la parte superior del cuerpo de una mujer, pero, si te fijabas bien, algo que Serafina siempre hacía, advertías que la parte inferior pertenecía a un león. La figura que más la desconcertaba era la estatua de mármol blanco que custodiaba la entrada del jardín italiano: una mujer con un león echado sobre la espalda y una niña pequeña al lado. Incluso el timbre de la puerta principal de Biltmore tenía forma de un gran felino. Serafina se preguntaba a menudo por qué el señor Vanderbilt acumulaba tantos tributos a la familia de los felinos. Pero de todas las fieras que había en Biltmore, la pequeña escultura de bronce de una feroz pantera en pleno ataque siempre había sido su favorita.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Braeden, que miraba desconcertado las

esculturas.

Serafina se agachó y abrió la puerta del armario. El interior contenía más libros de la colección del señor Vanderbilt. Poniéndose a gatas, apartó los volúmenes para alcanzar el fondo. Empujó con fuerza el panel de madera, igual que había hecho otras veces, pero la tabla no cedió.

—¿Por qué haces eso? —se extrañó Braeden.

—Venga, ayúdame —le pidió Serafina, y al poco empujaron los dos a la vez. El panel trasero del armario se abrió por fin y un hueco oscuro apareció al otro lado.

—Sígueme —ordenó Serafina, cuya voz retumbó una pizca según gateaba hacia la oscuridad. Llevaba años sin entrar allí, pero de niña aquel era uno de sus escondrijos favoritos.

—No pienso entrar hasta que... —decía Braeden a su espalda, pero Serafina se había internado en la negrura—. ¿Serafina? —la llamó el chico desde el pasillo—. Vale, ya voy. —Debió de volverse para acariciar a Gidean, porque al momento siguiente su voz sonó más queda—. Espérame aquí, amigo —dijo—. No parece un buen sitio para un perro.

Gidean lloriqueó como si le doliese que lo dejaran atrás.

Serafina gateó por un túnel estrecho, oscuro y polvoriento hasta llegar al fondo de una escala.

—Lleva cuidado aquí, Braeden —le susurró cuando oyó que su amigo la seguía a gatas—. Allá vamos —dijo a continuación. La escala no era recta, como una escalera normal, sino que se iba curvando a medida que ascendía hacia la oscuridad. El espacio de alrededor se perdía en un vacío negro: no había paredes, ni techo ni suelo, solo la escala por la que trepaban y tinieblas alrededor. Según seguía ascendiendo, los músculos de Serafina se crisparon y notó un cosquilleo en la piel. Caer implicaba una muerte segura.

—¿Se puede saber dónde estamos? —preguntó Braeden, que subía detrás de ella. Su voz se perdía en el vasto espacio que estaban conquistando—. ¡Esto está muy oscuro!

—Estamos en el altillo que hay encima del salón para banquetes.

—Ay, Dios mío, ¿pero tú te das cuenta de lo que dices? El techo de ese salón está a más de veinte metros de altura.

—Sí, procura no caerte —le aconsejó Serafina—. No hay nada por los lados.

—¿Y de qué conoces este sitio?

—Soy la JBAR —respondió ella—. Mi trabajo consiste en explorar hasta el último rincón de Biltmore, sobre todo los cuartos y pasadizos secretos.

Según ascendían hacia la oscuridad, se hacía más y más evidente que la escala se curvaba siguiendo el arco que trazaba el abovedado techo del salón para banquetes. Tenían la sensación de estar trepando por la costilla de una gigantesca ballena de madera.

Por fin, llegaron a un entramado de vigas de acero suspendido sobre el techo.

Serafina se encaramó sobre una de aquellas vigas, de pocos centímetros de ancho, y la recorrió de lado a lado. Se trataba de un espacio oscuro y traicionero. Un solo traspie significaría precipitarse al negro vacío. El lomo del techo se extendía por debajo de ellos, pero si Serafina o Braeden caían de las vigas, golpearían el techo y rodarían por la curva del arco apuntado hasta desaparecer en el abismo negro que bajaba por los lados.

—¡No veo nada! —protestó Braeden según hacía equilibrios a paso de tortuga por una de las vigas. La única luz que tenían procedía de los resquicios que asomaban aquí y allá entre las tejas de pizarra. Serafina tenía luz de sobra, pero Braeden avanzaba casi a ciegas. Ella le tendió la mano y lo ayudó a recorrer la viga hasta que encontraron un buen sitio donde sentarse con las piernas colgando.

—Vaya, qué buen sitio para tomar el té —bromeó Braeden—. Está oscuro como la boca del lobo y si te mueves un milímetro te caes, pero, aparte de eso, me encanta el ambiente.

Braeden no se dio cuenta, pero Serafina sonrió. Le encantaba disfrutar de la compañía de su amigo otra vez. Aunque pronto sus pensamientos se tornaron más sombríos. Después de derrotar al hombre de la capa negra, le había contado a Braeden que su padre la había adoptado y le había confesado la identidad de su madre, y desde entonces ambos habían compartido con el otro la verdad sobre sus vidas.

—Braeden, tengo que contarte lo que ha pasado —empezó Serafina.

A lo largo de la media hora siguiente, le relató lo sucedido la noche anterior. Ya le había explicado a su padre algún que otro pormenor, pero al narrarle la historia a Braeden no omitió ni un detalle. Le sentó bien contarle toda la historia a su amigo. A veces tenía la sensación de que las cosas no eran reales, no estaban completas, hasta haberlas compartido con Braeden.

—Debiste de pasar muchísimo miedo —dijo él—. Tienes suerte de seguir viva, Serafina.

Ella asintió. Había escapado por los pelos, y se alegraba infinitamente de estar de vuelta en casa.

—¿Y estás segura de que el detective Grathan es el hombre que se quedó dentro del carruaje? —preguntó Braeden.

Serafina negó con la cabeza.

—No, no lo sé —reconoció—. Yo creo que sí, pero no llegué a verlo bien. Y en las caballerizas de Biltmore hay cuatro caballos que se parecen a los sementales de ayer. ¿Tú podrías averiguar a quién pertenecen?

—Le preguntaré al señor Rinaldi, el capataz de los establos —asintió Braeden—. Ese inspector Grathan, quienquiera que sea, no me cae bien. ¿Qué vamos a hacer ahora? No podemos dejar que averigüe nada más sobre nosotros, eso seguro.

Era una buena pregunta y Serafina la meditó a fondo.

—Tenemos que pasar desapercibidos y averiguar quién es exactamente —

contestó—. Lo vigilaremos de cerca y a ver por dónde sale.

—¿Has visto lo que llevaba consigo? —exclamó Braeden—. ¡El broche de la capa negra!

—Y eso significa que seguramente ha estado merodeando por la guarida de mi madre. La vi ayer por la noche, así que supongo que los cachorros y ella están sanos y salvos, pero puede que se hayan librado por los pelos de que el hombre los descubriera. A lo mejor por eso tenía mi madre tanta prisa por marcharse. Sabe que corren peligro.

—Si Grathan descubre el cubil de tu madre, será su vida la que corra peligro más que la de ella.

—Son esos horribles perrazos los que me preocupan —aclaró Serafina—. Son unas bestias salvajes.

—¿Y qué me dices del chico feroz? ¿Crees que consiguió escapar? ¿Quién crees que era? Por lo que dices, luchó como un valiente.

—No lo sé —dijo ella—, pero tengo que averiguarlo. Me salvó la vida.

—Podríamos preguntar por ahí, a ver si alguien sabe algo —propuso Braeden—. A lo mejor alguno de los montañeses que trabajan en nuestras tierras lo conoce. Pero ¿por qué crees que los animales están abandonando las montañas? Hay una familia de nutrias que vive en el río desde hace años, pero el otro día, cuando salí a montar, las vi marcharse a todas. Y ayer, cuando eché un vistazo a su cueva, no estaban. Su madriguera estaba vacía.

—Mi madre me dijo que otros animales se estaban marchando también, además de las mariposas luna y los pájaros, pero no pude arrancarle el motivo.

—Incluso los patos que siempre están en el estanque se han marchado —señaló Braeden.

En aquel momento, Serafina creyó oír algo, como un chirrido muy sigiloso. Giró el cuerpo hacia el ruido.

—¿Qué pasa? —preguntó Braeden.

Ella se quedó callada, escuchando, pero ya no oyó nada más.

—No creo que fuera nada —dijo. Aún seguía un poco alterada después del encuentro con el inspector Grathan.

—Qué escondrijo más bueno —comentó Braeden en tono de satisfacción—. Habrá que venir más a menudo. El inspector Grathan jamás nos encontrará aquí arriba. Pero ya debe de ser tarde. Pronto sonará el timbre de la cena. Debería ir yendo.

Serafina recordó cuánto se había emocionado su padre al saber que los Vanderbilt la habían mandado llamar. Pero al final no se trataba de una invitación a cenar, sino de la citación a un interrogatorio.

—Sí, será mejor que te vayas —asintió Serafina, con una nota de tristeza en la voz.

—Mi tía me estará buscando —alegó Braeden.

—Y *lady* Rowena también, supongo —añadió ella.

Braeden la observó con los ojos entornados, como si quisiera adivinar lo que estaba pensando.

—Mira, no es tan antipática como parece.

—Claro —replicó Serafina al darse cuenta de que se había pasado de la raya.

—Su padre la ha enviado a Biltmore porque se ha marchado de viaje de negocios —prosiguió Braeden—. Es un hombre importante, por lo visto, pero no me parece bien que la deje aquí sola. No conoce a nadie.

—Tienes razón —dijo Serafina. Por lo visto, su amigo y *lady* Rowena se habían hecho confidencias.

—La madre de Rowena falleció cuando ella tenía siete años —siguió explicando él—. Y su padre no le presta mucha atención. Antes de venir, Rowena apenas si había salido de Londres. Ya sé que a primera vista parece muy engreída, y puede que lo sea, no lo sé, pero a veces lo pasa mal, igual que todo el mundo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Serafina.

—Dice que le preocupa haber traído vestidos inapropiados para una casa de campo y no tener nada que ponerse. También piensa que algunos invitados se burlan de su acento.

Serafina frunció el ceño. Jamás en la vida se le habría ocurrido pensar que a *lady* Rowena le avergonzara su ropa o su manera de hablar.

—No sé —continuó Braeden—. No creo que sea una mala persona. Lo que le pasa es que no está acostumbrada a este ambiente. Me da la impresión de que necesita ayuda. Mi tía me ha pedido que cuide de ella hasta que su padre vuelva. Pero eso no significa que tú y yo no sigamos siendo amigos.

—Lo entiendo —contestó Serafina por fin. Y era cierto. Siempre había sabido que Braeden era un buen chico y un caballero—. Pero no te olvides de mí, ¿de acuerdo? —añadió con una pequeña sonrisa, y entonces volvió a percatarse de que él no podía verla sonreír.

—Serafina... —la regañó Braeden.

—Te voy a decir la verdad —decidió Serafina—. Por momentos, durante esta última semana, he tenido la sensación de que ya no querías saber nada de mí.

—¿Y tú qué? —protestó él, poniéndose por fin tan emotivo como su amiga—. ¿Qué has estado haciendo? Siempre duermes cuando yo estoy despierto y sales cada noche por tu cuenta. A veces temo que un día de estos te conviertas en un animal salvaje o algo así...

Lo dudo mucho, pensó Serafina con pesar.

—Entonces, ¿no intentabas evitarme? —preguntó ella.

—¿Evitarte? —repitió Braeden sorprendido—. Pero si prácticamente eres mi única amiga.

La réplica hizo sonreír a Serafina. Y luego soltó una risita.

—¿Pero qué dices? Tienes muchos amigos. Gidean, Cedric, tus caballos...

Braeden sonrió.

—Y tengo un nuevo amigo también.

—¿Ah, sí?

—Cuando mi tío y yo fuimos de excursión a Chimney Rock el otro día, encontré un precioso halcón peregrino, una hembra, con el ala rota al fondo de un barranco. No sé qué le pudo pasar. Puede que un cazador lo disparara o que se peleara con algún animal. El caso es que estaba malherida. La envolví con mi abrigo y me la traje a casa. Se llama Kess. Es fantástica.

Serafina asintió. Un calorcito agradable y reconfortante inundó su pecho. Aquel era el Braeden que conocía.

—Estoy deseando verla.

—Le vendé el ala y la estoy ayudando a comer.

—¿Crees que con el tiempo el ala se le curará y podrá volver a volar?

—No, me temo que no —respondió Braeden con tristeza—. Mi tío me ha regalado un libro sobre pájaros de su biblioteca. Dice que si a un ave de presa se le rompe el ala por debajo de la articulación, es posible que se le cure, pero que si se le fractura por encima, como le ha pasado a Kess, no hay nada que hacer. Nunca volverá a volar.

—Qué pena —se lamentó Serafina e intentó imaginar hasta qué punto debía de ser horrible para un halcón saber que nunca volvería a volar. Por un momento pensó en su propia situación, en sus propias limitaciones—. Pero al menos tendrá un buen amigo.

—Pienso cuidarla muy bien —asintió Braeden—. Los halcones peregrinos son unos pájaros sorprendentes. El libro dice que pueden volar a cualquier parte del planeta. De hecho, la palabra *peregrino* significa «vagabundo» o «viajero». A veces dos halcones peregrinos cazan juntos. Y es el animal más rápido de toda la Tierra. Los científicos calculan que se lanzan en picado a más de trescientos kilómetros por hora, pero vuelan tan deprisa que nadie lo ha podido medir con exactitud.

—Es increíble —dijo Serafina, sonriendo. Le encantaba oír hablar a Braeden de sus pájaros y otros animales. *Así debería ser siempre*, pensó, los dos sentados en un rincón oscuro y secreto, charlando sin más. Ese era el tipo de amistad con el que había soñado toda su vida, contar con alguien que estuviera encantado de escuchar sus historias, ansioso por compartir sus pensamientos y contento de pasar un ratito con ella.

Pese a todo, sabía que no podía durar. Braeden tenía razón al decir que debía marcharse.

Lo acompañó por la oscuridad de la viga hasta lo alto de la escala. Cuando Braeden empezó a bajar, se detuvo un momento, como extrañado de que Serafina no lo acompañase.

—Ándate con cien ojos —le aconsejó ella—. Mantente alejado de Grathan y no dejes que te pille a solas. Lleva cuidado.

—Tú también —le deseó Braeden, asintiendo—. ¿No vienes?

—Adelántate tú —le dijo Serafina—. Yo me quedaré aquí un rato.

Mientras él iniciaba el descenso, Serafina se preguntó por qué lo había dejado marchar a solas, por qué ella había preferido quedarse allí en la oscuridad. Había acusado a Braeden de no cuidar su mutua amistad, pero él le había reprochado lo propio a Serafina. Puede que la acusación de Braeden fuera más fundada que la de ella. Ahora los señores Vanderbilt ya sabían quién era, podía moverse por Biltmore a sus anchas, si quería. Ciertamente que no la habían invitado a cenar, pero era libre para andar de acá para allá en compañía del chico. Y, sin embargo, no lo hacía. ¿Por qué? Sentada entre las tinieblas del altillo, lo meditó un buen rato. Llevaba toda la vida viviendo en la oscuridad. Era así como más cómoda se sentía.

Su madre había afirmado que su lugar estaba entre las gentes de Biltmore, y puede que tuviera razón, pero eso no alteraba su naturaleza.

Pasó tantas horas agazapada entre las sombras que apenas si se dio cuenta del paso del tiempo. Sabía que, en el resto de la casa, los Vanderbilt y sus invitados ya habrían terminado de cenar y se habrían acostado. En la casa reinaba la oscuridad y el silencio.

Serafina llevaba toda la vida echando breves cabezaditas a lo largo del día y de la noche. De ahí que no considerase los días como periodos aislados, separados; para ella, el tiempo era un continuo. Se preguntó qué se sentiría durmiendo varias horas seguidas cuando se pone el sol y despertar al alba por la mañana.

Nada más que luz de las estrellas se filtraba ahora por las grietas del tejado pero, a ojos de Serafina, los huecos iluminados creaban una constelación de nuevas estrellas en sí mismos.

Se levantó y echó a andar entre los travesaños del altillo, saltando de una viga a otra sobre el vacío, dueña y señora de la oscuridad.

Súbitamente oyó un ruido que no supo identificar, y se detuvo.

Agazapada en la oscuridad, se quedó esperando, aguzando los oídos.

Al principio, únicamente oyó los latidos de su propio corazón. Y entonces lo escuchó otra vez. El mismo ruido.

Era un chirrido quedo, como si unas uñas o una garras largas se arrastraran despacio por la cara interior de la pared.

Tragó saliva.

Apenas si podía creer lo que acababa de oír.

Miró a un lado y a otro, a la cumbre del tejado y a la superficie de las paredes, pero no vio nada que le llamase la atención.

Y entonces llegó a sus oídos un castañeteo, *cac, cac, cac*, seguido de un siseo prolongado y chirriante. Notó el sople cálido de un aliento en la nuca. Serafina dio un bote y se giró a toda prisa, presta para luchar. Pero no había nadie ahí.

¿Qué pasa?, pensó desesperada a la vez que miraba a todas partes a la vez. Sin embargo, mientras lo hacía, los puntitos de luz del tejado empezaron a desaparecer.

Frunció el ceño, desconcertada.

Parecía como si algo estuviera tapando los orificios.

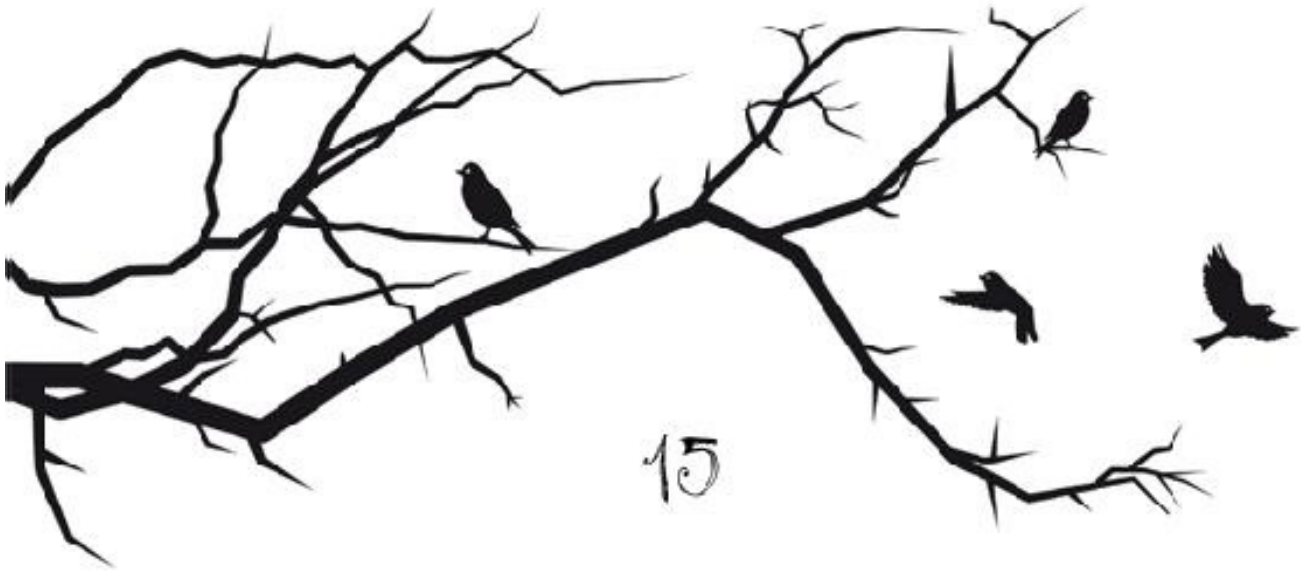
¿Qué pasa aquí?

Alguna cosa... o quizás más de una... se arrastraba por el techo.

De golpe y porrazo, la oscuridad se tornó casi impenetrable, incluso para ella.

Asustada, corrió a lo largo de una viga hacia la escala. Un solo paso en falso y se precipitaría a una muerte segura, pero tenía que salir de ahí.

Un animal pequeño o algo parecido le golpeó la cabeza con fuerza. Serafina se agachó, se protegió la cabeza con los brazos y echó a correr. Otro animal se posó en su cabello, tironeándolo entre graznidos. Cuando quiso agarrarlo, notó sus agudos mordiscos en la piel. Y entonces una tercera criatura le azotó la cara. Serafina perdió el equilibrio y cayó. Se precipitó hacia la oscuridad.



Al caer, Serafina alargó los brazos con desesperación, buscando algo a lo que agarrarse. Se asió al borde de una viga justo a tiempo, evitando así el desastre. Pendía sobre el vacío rodeada de tinieblas, aferrada a la viga por los dedos. El negro abismo gravitaba allí debajo como una gigantesca boca que se la quisiera tragar. La aguda arista de acero, fría, áspera, le lastimaba los dedos, pero si se soltaba estaba perdida. Mientras tanto, cientos de animalillos revoloteaban a su alrededor, siseando y castañeteando, azotando el altillo como un tornado negro. Apretando los dientes, Serafina tomó impulso con las piernas para atarlas a la viga. Se quedó allí colgando, cabeza abajo. Trepó al borde superior de la traviesa y se acuclilló para defenderse de los animalillos voladores.

El siseo se tornó más intenso. Un animal se estrelló contra su sien sin hacer ruido y se agarró a su pelo y a su cuero cabelludo sin dejar de batir las alas. Otro le golpeó la cara y Serafina lo ahuyentó a manotazos. Tres más se le aferraron a la espalda. Otro se abalanzó contra su cuello y le mordió la piel. Gruñendo de rabia y dolor, Serafina lo aplastó y lo estrujó. Entonces miró el cuerpecito que sostenía en la mano.

No se lo podía creer. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¡Eran vencejos de chimenea! Unos animales parecidos a los murciélagos en muchos aspectos, oscuros, pegajosos y sibilantes, aunque en realidad no eran sino pequeñas aves. Al atardecer, pasaban buena parte del tiempo volando, pero cuando bajaban no se podían posar. En vez de eso, se aferraban al interior de las chimeneas y de las cuevas con sus afiladas garras. Más que plumas, sus colas poseían espinas. Y los vencejos atestaban ahora el altillo, a miles, forrando vigas y paredes igual que una piel sibilante, áspera y parlanchina.

De golpe y porrazo, el silbido de los pájaros aumentó de intensidad hasta convertirse en un prolongado graznido, y todos echaron a volar al mismo tiempo. Una turbulenta nube de aves se arremolinó alrededor de Serafina. Se precipitaban contra

ella, la estrujaban con sus escamosas garras, le picoteaban la piel con sus agudos picos, sus espinosas colas se le clavaban en la cara, agitaban las alas y le enredaban el pelo.

El torrente de vencejos se tornó tan denso que Serafina no veía ni oía nada. Pronto no supo ni dónde estaba. Quería acuclillarse, acurrucarse y taparse la cara, la cabeza, pero sabía que si lo hacía jamás podría salir de allí. Así que siguió luchando, agitando los brazos, apartando a los pájaros como podía. Con los ojos casi cerrados para protegerlos del ataque, miró en todas direcciones, buscando desesperadamente una vía de escape. Al ver una viga allí cerca que discurría hasta la escala, saltó y la alcanzó a duras penas. Desde allí siguió avanzando como pudo entre la nube de pájaros. Cuando por fin llegó a la escala, bajó tan deprisa como la llevaron las piernas, luchando todo el camino contra los violentos pájaros.

Por fin, empujó el panel trasero del armario y, sin aliento y aterrada, cayó rodando al pasillo del tercer piso. Se dio la vuelta a toda prisa y empujó el panel con el hombro para encerrar a los vencejos al otro lado.

Durante varios segundos se quedó allí tumbada mientras recuperaba el aliento e intentaba comprender lo que acababa de pasar. Los vencejos de chimenea eran animalillos raros y crepusculares, pero inofensivos. A menudo contemplaba sus alegres acrobacias aéreas sobre los tejados de Biltmore, según cazaban entre gorjeos los mosquitos que salían al ocaso. ¿Por qué se habían confabulado para atacarla? Serafina llevaba toda la vida viviendo en esa casa, deslizándose por esos mismos pasadizos, y siempre la habían dejado en paz. ¿A qué venía eso ahora? ¿Acaso la propia casa se estaba volviendo en su contra?

Miró a su alrededor. En la mansión reinaban la oscuridad y el silencio. Pasaba de la medianoche y todos sus habitantes se habían retirado a descansar.

Todavía asustada y temblorosa por el extraño episodio, Serafina se puso de pie. A punto de perder el equilibrio, permaneció un momento allí plantada, rehaciéndose. Luego se sacudió el polvo de la ropa y se arrancó del cabello plumas y vencejos muertos.

Cuando oyó un crujido a lo lejos, se quedó quieta, temiendo a medias que el ataque volviera a empezar, pero nada ocurrió.

Echó a andar por las tinieblas. Enfiló por el pasillo y sorteó los sofás, las mesas y las sillas del salón. Hacía un rato, varios invitados tomaban el té en aquella misma sala, pero ahora había mudado en una estancia siniestra, desierta y callada. Parecía el fin del mundo. Un horrible escalofrío le recorrió la espalda. ¿Y si Braeden se había esfumado, y los señores Vanderbilt, y todos los invitados? ¿Y si no quedaba nadie en la mansión? Puede que Serafina fuera la última, la única superviviente del ataque. ¿Y si todos los habitantes de la casa habían muerto menos ella?

Volvió a oír el rumor. Esta vez no fue un crujido sino un paso, y luego otro. En alguna parte de la casa, alguien estaba despierto. Tuvo la sensación de que la estaban siguiendo, de que alguien la seguía entre las sombras.

Cuando llegó a lo alto de la escalinata, la luz de la luna que se filtraba por la imponente cascada de ventanas oblicuas con cristales emplomados proyectaba un fulgor azul plata en los amplios peldaños, levemente arqueados, y en las filigranas de la barandilla que ascendía en espiral por los distintos pisos de Biltmore. En lo más alto, prendida a una cúpula de cobre, una recargada araña de hierro forjado pendía en el centro del suntuoso caracol. Según Serafina descendía por la escalinata, la sombra negra de su cuerpo se desplazaba por la pared bañada de luna como un insecto grande y extraño. Y entonces distinguió el rumor de unos pasos que subían por las escaleras, hacia ella.

Serafina se detuvo, sin saber qué estaba oyendo exactamente. Se le aceleró el corazón, su respiración se tornó más agitada e intensa. No era un crujido ni algún que otro paso aislado. Alguien remontaba la escalinata, estaba claro. Sus músculos se crisparon según Serafina se preparaba para luchar. La cabeza le decía que parara el carro; tal vez fuera algún invitado de Biltmore, o un criado. Pero entonces comprendió que el instinto le estaba diciendo algo: el ser que se encaminaba hacia ella no era humano. Aspiró hondo y se acuclilló, lista para saltar.

Fuera lo que fuese, distinguía perfectamente los suaves pasos y el roce de uñas sobre la caliza.

Era un ser de cuatro patas.

Y tenía garras.

El pecho de Serafina inspiraba el aire a un ritmo rápido y regular. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo cobraron vida, preparados para luchar.

Haciendo el menor ruido posible, retrocedió despacio, escalera arriba, hasta el rellano superior.

El animal, sin embargo, se acercaba deprisa y pronto la alcanzaría. Ahora oía sus gruñidos, cada vez más próximos.

La sombra de mil patas se desplazaba por la pared como una araña gigante.

Y justo cuando Serafina estaba a punto de echar a correr, el animal llegó al rellano y se dejó ver.

No era una araña.

Era un perro negro.

El animal se detuvo un momento y luego avanzó despacio hacia ella en postura de acecho, lanzando gruñidos sordos y con la cabeza gacha. Serafina retrocedía según el perro se aproximaba.

Cuando se acercó un poco más, Serafina comprendió que no se trataba de uno de los lebreles ni de ningún otro can. Era su amigo Gidean.

Soltó un suspiro de alivio, largo y tendido. Sonrió y se relajó.

—Gidean —lo llamó contenta, pensando que debía de haberla confundido con un intruso.

No obstante, el perro volvió a gruñir y siguió caminando hacia ella con el cuerpo tenso y arqueado, listo para saltar. La invadió un terror renovado. Notó una opresión

en el pecho.

—Gidean, soy yo —repitió en un tono cada vez más desesperado—. Venga, Gidean, que soy yo.

El perro no la reconocía.

Una ola de calor reptó por el cuerpo de Serafina.

El perrazo negro se acercaba despacio, con las orejas de punta, lanzando breves ladridos, ahora enseñando los colmillos y lanzando dentelladas en su dirección. Serafina jamás en la vida había oído un rugido tan aterrador.

Con un último gruñido de aviso, Gidean pasó al ataque de un salto.

La embistió con su cuerpo y, asestándole una dentellada en el hombro, la derribó de espaldas. Serafina se pegó un horrible trompazo y se golpeó la cabeza con tanta fuerza que estuvo a punto de desmayarse. Se retorció, giró sobre sí misma y lanzó manotazos a ciegas para quitarse al perro de encima.

—¡Basta ya, Gidean! —gritó a la par que se apartaba de un salto—. ¡Gidean, soy yo! ¡Soy Serafina!

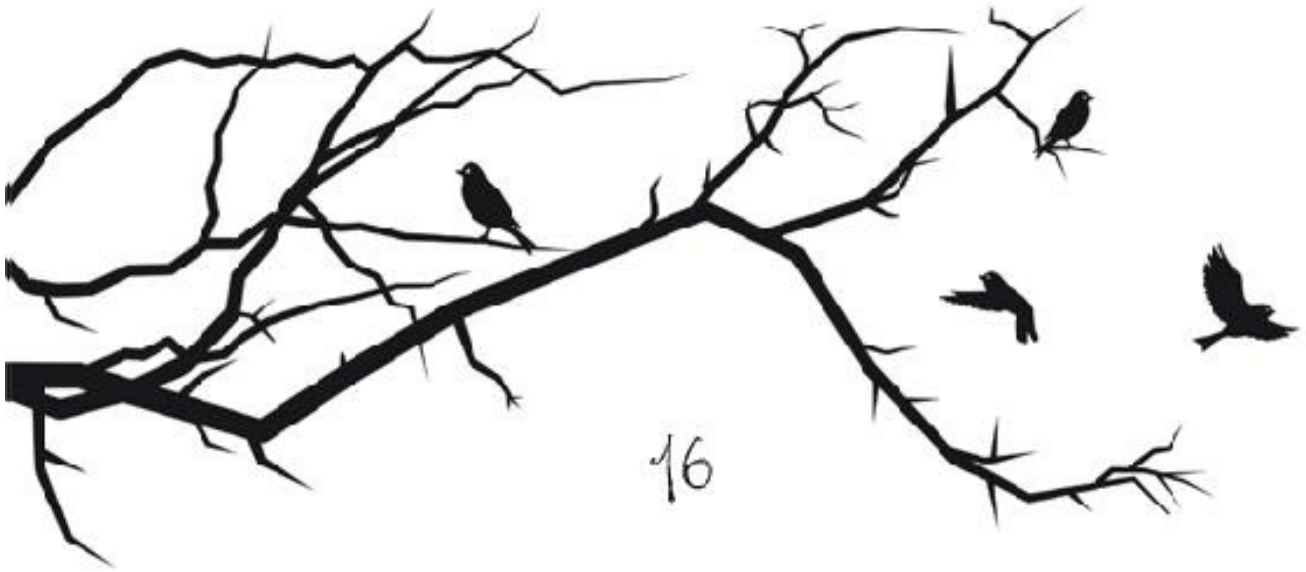
Pero el perro se le tiró al brazo entre gruñidos y empezó a zarandearlo como si quisiera arrancarlo. La única vez que Serafina había visto a Gidean actuar así, como un perro rabioso, fue cuando lucharon con el hombre de la capa negra. Y de repente se comportaba como si la hubiera a ella confundido con el villano.

—¡Gidean, no! ¡Para! —chillaba sin dejar de estamparle los puños en la cara para que la dejara en paz. Pateó, gritó y por fin se zafó del perrazo. Gidean volvió a atacar al instante, ahora mordiénole las piernas según ella intentaba alejarse. Serafina correteaba de acá para allá, pero allá donde iba el animal la seguía. Era rapidísimo. Por más que lo esquivara, Gidean nunca se daba por vencido. No quería luchar con su amigo, pero el incansable animal no dejaba de acosarla. Le clavó los colmillos otra vez, ahora en la pierna. La derribó con un fuerte tirón y se precipitó a su garganta con los dientes por delante. Serafina se tapó el cuello y se alejó rodando antes de incorporarse de un salto, pero el perro volvió a tumbarla.

Serafina no deseaba hacerle daño a su amigo, pero tampoco tenía ganas de morir. No sabía qué hacer. No podría aguantar mucho más tiempo. Gidean era un luchador magnífico y estaba ciego de rabia. Serafina nunca había visto nada parecido. Algo le había nublado el juicio, lo había enloquecido, lo había transformado en una bestia feroz, incapaz de reconocerla. Y el perro llevaba las de ganar. Serafina sabía que tenía los minutos contados.

Esquivó un nuevo ataque y corrió hacia las escaleras a toda velocidad.

Furioso al ver que su presa intentaba escapar, el rabioso dóberman salió tras ella como el rayo. Y justo cuando Serafina alcanzaba la barandilla, el perro saltó con las fauces abiertas.



Gidean embistió a Serafina, y el impulso los empujó a los dos por encima de la barandilla. Dando una vuelta de campana, cayeron, cayeron, cayeron de quince metros de altura hacia el suelo de mármol.

Mientras surcaba el vacío, el pánico inundó la mente de Serafina. Agitaba inútilmente los brazos y las piernas, buscando un asidero que no existía. Caía debatiéndose boca arriba, de cara al techo. Veía el suelo de la casa reflejado en los anillos de la lámpara de araña que pendía del cuarto piso. El techo abovedado que coronaba la escalinata se tornaba más y más pequeño a medida que Serafina se acercaba al suelo.

Iba a morir. Cuando se estrellase en el mármol, se le romperían todos los huesos del cuerpo. Se abriría la cabeza. La sangre lo salpicaría todo. Y moriría.

Y no podía hacer nada en absoluto por evitarlo.

No podía saltar ni morder ni correr ni gritar para salvarse esta vez. Ninguna idea ingeniosa ni truco de última hora la rescataría. Su madre no podía salvarla. Su padre no podía salvarla. No había trampa que tender para derrotar al malvado.

Y ni siquiera entendía quién era el enemigo ni por qué. Tal como había temido, las garras del destino habían caído sobre ella para arrebatarse la vida sin darle tiempo siquiera a reparar en ellas.

La caída se le antojó eterna, como si cada segundo valiera por cien. Pensó en sus merodeos nocturnos por el sótano, en el pollo y la sémola que compartía con su padre, en las estrellas que contemplaba en compañía de Braeden. Pensó en todos los misterios que ya nunca podría resolver. ¿Por qué se estaban marchando los animales? ¿Quién era el hombre de la barba? ¿Por qué el chico feroz la había ayudado? ¿De dónde llegaría el peligro que acechaba a Biltmore y qué forma adoptaría?

Y entonces pasó algo rarísimo.

Serafina no lo pensó ni tomó la decisión. Sencillamente sucedió. Su cuerpo

reaccionó por sí mismo. Recogió los brazos, torció la columna vertebral, abrió las piernas y se dio media vuelta en el aire. Entonces estiró los brazos y dobló las piernas para afianzar la espalda y preparar las extremidades para la caída. No fue más que un instinto, un reflejo instantáneo, como atrapar a una rata justo cuando intenta escapar.

Cayó al suelo con fuerza pero limpiamente, amortiguando el impacto con los músculos flexionados de brazos y piernas. Aterrizó en cuclillas, con los pies curvados y las manos extendidas, el cuerpo inmóvil por fin, e ileso.

Serafina había caído de pie.

Pero Gidean no.

El animal se estrelló en el suelo, a su lado. Serafina no solo vio y oyó la caída; notó el brutal trompazo, el crujido de huesos, el gañido del perro. Supo al instante que la batalla había concluido.

Gidean yacía a su lado, con la cabeza gacha y sangrando, el cuerpo roto por cien partes. Estaba a punto de morir.

Desde que Braeden perdiera a su familia, el perro había sido su compañero inseparable y su amigo más querido. Gidean acompañaba a Braeden allá donde iba, corría a su lado cuando su amo montaba a caballo, montaba guardia junto a su puerta por las noches. En otro tiempo a Serafina no le gustaban los perros, y el sentimiento era mutuo, pero Gidean y ella habían conspirado juntos, habían luchado en el mismo bando, se habían defendido mutuamente. No mucho tiempo atrás, Gidean se enfrentó al hombre de la capa negra y le salvó la vida a Serafina. Y ahora yacía muerto en el mármol del suelo, allí mismo.

Cuando una sombra se desplazó por el suelo bañado de luna, Serafina pensó que debía de ser una lechuza o algún otro animal nocturno que pasaba por el otro lado de las ventanas de la escalinata. Se volvió y alzó la vista. Era Rowena, enfundada en un camisón blanco, plantada en el segundo piso, mirándola estupefacta. Rowena llevaba el pelo suelto, largo y enmarañado, y abría unos ojos como platos con expresión asustada. Sostenía algo que parecía un lápiz, o quizás una alfiler del pelo, y lo blandía ante sí como si fuera un arma.

—¡Rowena! —le gritó Serafina—. ¡Ve a buscar al veterinario! ¡Corre!

Rowena no se movió. Estupefacta, contemplaba con horror a Gidean despatarrado sobre un charco rojo y a Serafina a su lado con las manos ensangrentadas. No parecía entender lo que le decía Serafina. No salió corriendo a llamar al veterinario. En vez de eso, dio media vuelta y se encaminó con parsimonia al dormitorio de Braeden.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué creía haber visto?

Cuando Rowena regresó breves momentos después, Serafina oyó el frenético de rumor de unas pisadas, pero no era el veterinario. Braeden bajaba corriendo las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —gritó al llegar abajo. Estaba fuera de sí.

Braeden corrió hacia Gidean y se desplomó de rodillas a su lado.

—¡Está malherido! —aulló—. Serafina, ¿qué has hecho?

Serafina estaba demasiado abrumada como para responder.

Las lágrimas corrían a mares por el rostro de su amigo, que ahora abrazaba a su perro agonizante. En todo el tiempo que hacía que lo conocía, pese a todo lo que habían vivido juntos, Serafina nunca antes había visto llorar a Braeden.

—No, Gideon, amigo, por favor, no te vayas... no te vayas... por favor, amigo... no... no me dejes...

Serafina se echó a llorar. Y mientras lloraba, volvió la cabeza hacia arriba y vio a Rowena allí plantada, en el mismo sitio que antes. La muchacha inglesa se limitaba a mirarla. No había llamado al veterinario; había acudido a Braeden.

Rowena levantó el brazo muy despacio y señaló a Serafina.

—La he visto —acusó con voz temblorosa—. ¡He visto cómo lo hacía! ¡Ha tirado al perro por encima de la barandilla!

—¡No es verdad! —le gritó Serafina.

Invitados y criados bajaban en tropel desde los pisos superiores. El señor y la señora Vanderbilt acudieron también, aturdidos a más no poder. El anciano calvo de la barba gris que Serafina había visto encaminarse al bosque en compañía del señor Vanderbilt descendió también despacio, apoyado en su bastón, con la mirada clavada en la escena. La señora King entró corriendo en el vestíbulo junto con Essie y muchas otras criadas, pero nadie sabía qué hacer.

—¡Traigan al veterinario! —rugió el señor Vanderbilt, y el mayordomo partió corriendo a buscarlo.

Enjugándose las lágrimas de los ojos, Serafina pasó la vista por los habitantes de Biltmore. Y entonces atisbó la oscura figura del detective Grathan, asomado en el tercer piso. Las greñas castañas le enmarcaban la cabeza como una capucha oscura. Sosteniendo el bastón de cuerno en forma de espiral, miró a Serafina, al niño que lloraba y al ensangrentado perro que yacía entre los dos. Serafina tenía ganas de gruñirle, de morderle, pero él se limitaba a mirarla como si hubiera presenciado a menudo esa misma escena. La expresión de aquel hombre no reflejaba miedo, como les sucedía a los demás. Lo observaba todo con perspicacia.

Braeden miró a Serafina con angustia infinita en los ojos. La pobre se daba cuenta de que llevaba la cara manchada de sangre fresca, arañazos en el cuerpo, y él estaba viendo todo eso. Saltaba a la vista que Gideon y ella acababan de enfrentarse.

—¿Qué ha pasado, Serafina? —sollozó Braeden con el rostro empapado de lágrimas.

—No lo sé, Braeden —respondió ella.

—Miente —la acusó *lady* Rowena según bajaba las escaleras hasta plantarse detrás de Braeden—. La he visto luchar con el perro y luego lo ha engañado para que saltara por encima de la barandilla.

—Braeden, tienes que creerme. No ha sucedido así —suplicó Serafina—. Gideon me ha atacado. Hemos caído los dos.

—Ella no ha caído —dijo *lady* Rowena—. ¿En qué cabeza cabe? No estaría

andando por su propio pie.

—Gideon nunca te atacaría —le espetó Braeden a Serafina en tono derrotado. Agachó la cabeza para mirar al perro herido.

—Yo... ¡Yo no he sido! —balbuceó Serafina. Se secó los ojos con furia cuando las lágrimas volvieron a inundarlos. No entendía qué había pasado. ¿Cómo había acabado en esa situación? Braeden tenía que creerla. Alargó la mano para cogerle el brazo.

—¡Déjalo en paz! ¡Ya has causado bastante dolor! —le gritó Rowena, interponiéndose entre los dos. Serafina le gruñó con rabia y se volvió hacia su amigo.

—Te lo juro, Braeden, yo no he tenido la culpa.

Braeden la miraba con aire desesperado.

—Está malherido, Serafina.

—Deberías marcharte —le escupió Rowena a Serafina en un tono de voz empapado de miedo y rabia—. ¡Tu sitio no está entre gente civilizada! ¡Mírate! ¡Pareces una fiera salvaje! ¡Aquí no pintas nada! —Dándose media vuelta, pasó la vista por los asustados curiosos que observaban la escena—. ¿Cómo pueden vivir bajo el mismo techo que ella? Cualquiera día ocurrirá una desgracia. La próxima vez será algo más que un perro. ¡Acabará por lastimar a alguien!

—Braeden, no... —le suplicó Serafina a la vez que le aferraba el brazo.

Por el rabillo del ojo, vio cómo dos lacayos se aproximaban para proteger al joven amo.

—Braeden, por favor...

El señor Vanderbilt avanzó hacia ellos mientras indicaba por gestos a sus lacayos que se hicieran cargo de la situación. Serafina no tenía ni idea de qué se proponían el señor Vanderbilt y los criados, pero cuando un lacayo la cogió por detrás, se llevó un susto tremendo. Cegada por la rabia y el estupor, se retorció entre bufidos y le asestó una dentellada sin pensar. Fue un acto puramente reflejo, un instinto que no podía controlar. Sus dientes se hundieron en la mano del hombre, que empezó a sangrar. El lacayo saltó hacia atrás gritando de dolor. Serafina vio los horrorizados semblantes de los presentes, que retrocedieron asustados. El señor y la señora Vanderbilt la observaron con incredulidad, como si les horrorizara lo que acababan de ver. Serafina había mudado en esa bestia salvaje de la que hablaba Rowena.

Abrumada por la vergüenza y la angustia, sin dejar de llorar, Serafina se incorporó de un salto. Los Vanderbilt y los invitados se encogieron aterrados. Rodeada de aterrados semblantes, Serafina no pudo soportarlo más. Echó a correr. La espantada multitud le abrió un pasillo cuando ella salió huyendo por el distribuidor. Una mujer gritó. Serafina escapó por la puerta principal y se zambulló en la oscuridad del exterior. Tuvo la sensación de que tardaba siglos en recorrer el parterre de césped y llegar a los árboles. Siguió corriendo, corriendo sin más, con el corazón desbocado y a toda velocidad, hacia el bosque, hacia las montañas, llorando desconsoladamente, confusa como jamás en la vida se había sentido. Había mordido a un lacayo y había

gruñido a los habitantes de Biltmore. Con las manos empapadas de sangre, había enseñado los dientes y bufado como un animal acorralado.

¡Tú no pintas nada aquí! La acusación de Rowena retumbaba en su mente como un eco de las palabras que pronunciara su madre la noche anterior. Se sentía rechazada en todas partes y no tenía adónde ir.

Lo que era peor, había herido a Gideon de gravedad y le había roto a Braeden el corazón. Tenía la sensación de haber traicionado a los dos únicos amigos que tenía en el mundo.



Serafina se internó en el bosque como alma que lleva el diablo, todo el tiempo derramando ardientes lágrimas de angustia, y luego siguió corriendo. Respiraba con dificultad, incapaz de contener la emoción que le inundaba el pecho. No se dirigía a ninguna parte en concreto; se limitaba a escapar, lejos del perro malherido, lejos de la imagen de su mejor amigo roto de dolor, lejos de la vergüenza que le inspiraba lo sucedido.

Cuando por fin redujo la marcha, se sorbió la nariz, se la secó con el dorso de la mano y aminoró a un paso raudo y decidido. Según avanzaba entre los grandes robles del bosque y Biltmore iba quedando más y más atrás, notó una sensación rara en las tripas. Empezaba a asimilar la magnitud de lo que estaba haciendo. Acababa de abandonar a su padre y a Braeden, al señor y a la señora Vanderbilt, a Essie y a todas las personas que conocía en Biltmore. Los estaba dejando a todos atrás.

Pensando en que ni siquiera se había despedido de su padre, se echó a llorar otra vez. Le rompía el corazón pensar que el hombre se iba a enterar de aquel horrible y vergonzoso incidente por los sirvientes o por el señor Vanderbilt. Le dirían que había lastimado al perro del joven amo y que la habían expulsado. Todavía notaba en los dientes la carne del lacayo. Aún veía las expresiones horrorizadas de los presentes cuando había salido corriendo entre la multitud congregada. Puede que *lady* Rowena tuviera razón. Quizá Serafina fuera una criatura horrible y salvaje. No pintaba nada en un hogar civilizado.

Sin embargo, su madre afirmaba que tampoco pertenecía al bosque. Las palabras aún resonaban en su mente. Era demasiado humana, demasiado débil y torpe para defenderse de los enemigos. *Tu sitio no está aquí, Serafina*, le había dicho.

El sitio de Serafina no estaba en el bosque, ni en Biltmore. No estaba en ninguna parte.

Recorrió kilómetros y kilómetros, llevada por nada que no fuera su propio dolor

ardiente. Cuando atisbó una lucecita en el valle que se extendía a sus pies, redujo la marcha por fin, presa de la curiosidad. Unas formas altas y cuadradas despuntaban entre los árboles, algunas salpicadas de pálidos puntos de luz, otras en sombras. Un silbido la sobresaltó, y entonces vio una cadena de cajas, larga y oscura, que tomaba una curva por la falda de la montaña. La serpiente de metal entraba y salía entre los árboles, y cuando atravesó el puente elevado que cruzaba el río, un penacho de vapor blanco ascendió hacia las nubes bañadas de luna. *Es un tren, pensó Serafina. Un tren de verdad.*

Su padre le había enseñado el funcionamiento de las locomotoras, con sus calderas y sus pistones, y había oído hablar del abuelo Vanderbilt, que había propagado sus barcos y trenes por toda Norteamérica. A pesar de la distancia, notaba el rumor de la bestia de hierro en la tierra, bajo los pies, y el impulso de su raudo avance en el pecho. No podía ni imaginar lo que sentiría si la tuviera cerca. Pero se preguntó fugazmente qué pasaría si saltara a bordo de ese monstruo y volara a parajes distantes siguiendo el curso de los largos y brillantes raíles. Allí abajo, en la ciudad de Asheville, había un mundo desconocido, repleto de personas, máquinas y modos de vida que Serafina no entendía, y desde allí un país entero se extendía en todas direcciones. ¿En qué persona se convertiría si tomara ese rumbo?

Con la salida del sol, Serafina siguió adelante, remontando las montañas Craggy kilómetro a kilómetro. Bebía de los arroyos cuando tenía sed. Cazaba cuando la azuzaba el hambre. Si se cansaba, dormía acurrucada en la grieta de un peñasco. Se convirtió en un animal salvaje, de los pies a la cabeza, si no en cuerpo sin duda en alma.

A última hora de la tarde siguiente, mientras cruzaba una boscosa cañada entre las dos estribaciones de una sierra, el aroma de una hoguera inundó el seco aire otoñal. Atraída por el olor, llegó a un pequeño asentamiento de cabañas de troncos, donde varias familias reunidas en torno a una fogata asaban mazorcas de maíz y truchas pescadas en el arroyo cercano. Le asombró oír a un chico más o menos de su edad tocando una dulce melodía al banjo acompañado por su hermana pequeña al violín. Otros cantaban con suavidad o bailaban despacio, como el tranquilo río que pasaba por allí.

Serafina no se acercó a los montañeses, pero se sentó en los árboles de la colina que descendía hacia el pequeño valle y, durante un ratito, se quedó allí escuchando la música y soltando las amarras de su corazón.

Observaba y escuchaba mientras los montañeses desgranaban una canción tras otra, cantando en coro y bailando en mutuo abrazo. Algunas canciones eran rápidas gigas y otras danzas populares, y entonces todo el mundo reía y gritaba, pero principalmente, conforme avanzaba la noche, interpretaban temas suaves, canciones sobre el buen corazón y la profundidad del alma. Bebían sidra blanca y sidra con especias, se balanceaban en sus mecedoras y contaban historias en torno al fuego, relatos de amores largo tiempo perdidos y heroicas gestas, historias de sucesos

extraños y oscuros misterios. Cuando se fueron retirando a sus lechos en las cabañas o se tumbaron a dormir bajo las estrellas, Serafina comprendió que había llegado la hora de partir también, pues aquel no sería su hogar esta noche, allí no estaba su cama. De mala gana, se puso de pie y se alejó en silencio de los últimos rescoldos.

Prosiguió su viaje, ahora más despacio, menos impaciente por alejarse de lo que dejaba atrás. Trepó a lo alto de las montañas Negras y caminó por una árida cresta donde solo crecían rododendros y plantas alpinas. Anduvo a lo largo de un saliente y contempló la niebla rociada de luna que caía por las montañas como las olas de un mar de plata. Marchó por resacas tierras altas, sin árboles, solo la luz de la luna y los gansos que surcaban la oscuridad del firmamento. Siguió un río de escarpadas orillas y contempló la cascada que caía, caía, caía de una roca a otra, entre salpicaduras y remolinos, hasta desaparecer en el brumoso bosque del fondo.

Cuando estaba a punto de proseguir su camino, miró a lo lejos y atisbó movimiento en la sierra que discurría en paralelo a la suya. Era un lobo rojo, grande, esbelto y hermoso, que trotaba por un camino. Serafina se sobresaltó cuando el lobo se detuvo y volvió la vista hacia ella. Pero entonces se dio cuenta de que conocía a ese animal, y el animal la conocía a ella.

Lo había visto unas semanas atrás junto al río, la noche que se perdió en el bosque. Cuántas cosas le habían pasado desde entonces.

Se quedó un buen rato mirando al lobo con atención, y él le devolvió la mirada. Tenía un pelaje espeso, de un marrón rojizo, las orejas de punta y una mirada infinitamente sagaz. Serafina se preguntó qué habría sido de su vida desde que se vieron por última vez. La herida que sufrió aquella noche se había curado y parecía más fuerte.

Y entonces divisó algo tras él. Otro lobo trotaba por el camino. Y luego otro. Pronto descubrió que viajaba acompañado de muchos de su especie, machos y hembras, cachorros y ancianos, todos trotando tras él. Pero algunos mostraban el brillo de heridas recientes. Otros cojeaban. Serafina comprendió que habían librado una inmensa batalla contra un terrible enemigo. El lobo que conocía Serafina se había convertido en uno de los jefes de su manada. La jauría no había salido de caza, sino que estaba recorriendo una gran distancia. Serafina lo notaba en su manera de moverse, en la postura de las cabezas y las colas según avanzaban. Abandonaban esas montañas, igual que las mariposas luna y los pájaros cantores, y se marchaban para siempre.

Cuando volvió a mirar al lobo rojo, el animal debió de advertir tristeza en el semblante de Serafina, pues ahora veía su propia pena reflejada en él.

Serafina notó una sensación ardiente en el fondo del corazón. Su amigo lobo había encontrado a los suyos. Había hallado su lugar en el mundo. Los lobos de la jauría permanecían juntos. Luchaban juntos. Eso hacen las familias. Eso implica tener parientes. Uno no renuncia a algo así.

Le ardieron las mejillas contra el frío de la medianoche. Pensó en Biltmore y en la

familia que tenía allí. No quería dejarlos, no quería separarse de ellos. Quería que todos permanecieran unidos. Deseaba formar parte de una jauría de lobos, de una manada de leones. Deseaba tener una familia.

Pensó en su madre, en los cachorros, en el puma oscuro y en el chico feroz que le había salvado la vida. Ansiaba estar con ellos, cazar con ellos, correr con ellos, formar parte de sus vidas en el bosque.

Ellos eran su gente. Y Serafina les pertenecía.

Plantada en la cima de la montaña, supo lo que debía hacer.

La huida la llevaría a una ciudad lejana o a lo alto de una montaña pero, al final, no llegaría a ninguna parte. Si careces de familia, de un hogar que compartir, no tienes adónde ir.

Cuando el lobo y su jauría se perdieron entre los árboles, Serafina se sentó sobre las piedras, allí mismo donde estaba, y contempló las montañas que despuntaban bajo las estrellas.

Algo iba mal. Lo notaba.

¿Por qué su madre la había mandado a casa? Eso no era normal.

¿Por qué los vencejos de chimenea se habían abalanzado contra ella?

¿Por qué Gideon la había atacado?

¿Por qué estaba huyendo de Biltmore?

¿Por qué se marchaban los lobos?

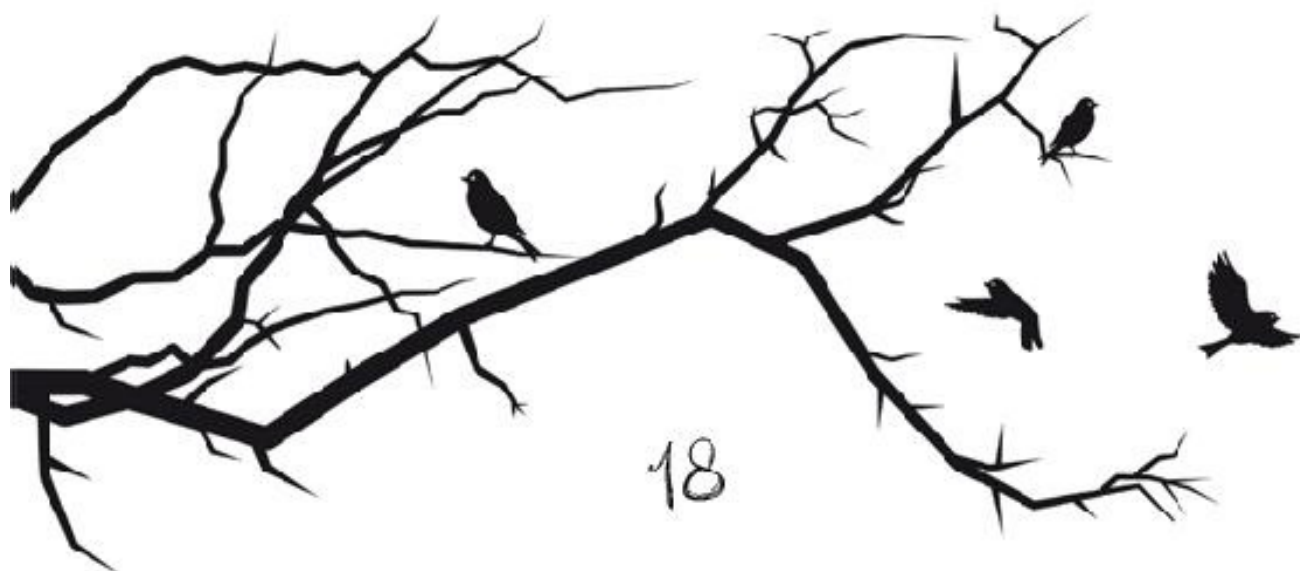
Cuantas más preguntas se hacía, más claro lo tenía. Había considerado todos aquellos incidentes como hechos totalmente aislados, pero puede que estuvieran relacionados. Puede que todos compartiesen una misma explicación.

Serafina no sabía si Gideon había sobrevivido a la caída. No sabía si Braeden llegaría a perdonarla. Pero no pensaba renunciar a su familia. Las familias permanecen unidas pase lo que pase. Ninguna discusión o desgracia debería separarlas. Su padre le había enseñado una y otra vez que si algo está roto, lo arreglas. Y si algo había aprendido Serafina en sus doce años de vida era que si la rata no ha muerto, la golpeas hasta liquidarla. No la dejas en paz. Estaba decidida a luchar, y seguiría luchando hasta que su familia entendiera sus razones.

Ahora estaba segura de que algo iba mal en el bosque. Algo andaba mal en Biltmore. Y Serafina averiguaría qué era y lo arreglaría.

Se levantó, se sacudió la tierra de la ropa e inició el descenso.

Sabía lo que debía hacer.



Serafina desanduvo el camino por la cresta de la sierra, entre la vegetación reseca y densa que crecía entre las rocas, y luego descendió las laderas del pico Graybeard hasta llegar a los bosques de más abajo. Descansaba cuando le hacía falta pero no se entretenía. Estaba decidida a encontrar a su madre y averiguar cuanto pudiera acerca de la siniestra fuerza que había invadido las montañas. Había visto al terrorífico hombre del bosque y a sus perros, y se había enfrentado a Grathan en Biltmore. No sabía quiénes eran esos tipos, o qué eran, o qué oscuros poderes poseían exactamente, pero era consciente de que tendría que enfrentarse a ellos.

La madre de Serafina y sus cachorros habían abandonado el cubil del claro, de modo que la única pista con que contaba para localizarlos era el críptico mensaje que la mujer puma había escrito en la tierra:

—«Si me necesitas, sea invierno, otoño o primavera —dijo Serafina—, ve allá donde la lluvia es muro y al suelo trepas».

Supuso que debía de tratarse de un acertijo, algo que ella podía descifrar pero sus enemigos, no. Aunque no acababa de entenderlo. Su madre le había ordenado que volviera a Biltmore, no que la siguiera. Así pues, ¿por qué le había dejado un mensaje siquiera?

Según bajaba de la montaña, llegó a una oscura planicie de pinos decrepitos, cuyos troncos estaban cubiertos de moho negro. Las ramas inferiores de los árboles parecían podridas y resacas, las raíces reptaban por la tierra como dedos largos y traicioneros. El tufo a tierra mojada y madera podrida invadió sus fosas nasales. Una resina negra lo impregnaba todo. Ninguna otra planta crecía por allí; ni retoños ni arbustos podían sobrevivir a la perenne sombra de aquellos pinos negruzcos. Nada salvo agujas de color rojo sangre cubrían la tierra.

Perturbada por el tétrico paraje, Serafina se acuclilló y escudriñó las tinieblas que se agazapaban allá delante. Se preguntó si encontraría un sendero o si tendría que

cruzar el soto como pudiera. Alcanzaba a oír el goteo de la savia que caía de las ramas. La invadió un mal presentimiento. En el suelo, bajo las retorcidas ramas de los pinos, vio una forma oscura y antinatural.

El instinto le gritó que se volviera por donde había venido, que pusiera distancia entre ella y lo que fuera que albergara ese paraje. Pero la curiosidad le impidió dar media vuelta. Avanzó despacio hacia la sombra, inspirando largo y tendido.

Encontró lo que parecía ser una losa de piedra cuadrada, muy gastada. Al lado había una jaula de hierro macizo, achatada y alargada, medio enterrada en la tierra. Serafina tragó saliva con dificultad. La observó intrigada, tratando de adivinar para qué servía. No mediría más de medio metro de alto. A un extremo de la jaula había una puertecita con el pasador por fuera. *Para encerrar algo*, adivinó Serafina. Debía de ser una jaula para apresar alguna clase de animal. Luego encontró otra y otra más. A medida que avanzaba, con pasos quedos y tentativos, una sensación de náusea se instaló en su estómago. Había cientos de jaulas hasta donde le llegaba la vista.

Encontró una pequeña choza construida con nudosas ramas y tallos retorcidos. Había visto anteriormente los cobertizos y los refugios que improvisaban los leñadores, pero ese refugio en concreto no parecía hecho de ramas cortadas y luego plantadas en la tierra, sino más bien de plantas que hubieran crecido en el sitio o hubieran reptado hasta allí para crear las paredes y el techo. Las ramas y los tallos se entrelazaban formando un tejido antinatural, como ofreciendo escondrijo a un animal perverso. Las gotas de resina caían al techo de la cabaña, que aparecía cubierto de ese moco negro y pegajoso. Los grises restos de una hoguera agonizaban delante de la cabaña. Una cazuela negra, de hierro, descansaba sobre las humeantes cenizas. Docenas de cuervos y buitres muertos yacían por el suelo con las garras retorcidas.

A Serafina le temblaban las piernas. Se le disparó el corazón. Le aterrorizaba lo que iba a encontrar en aquel tétrico paraje. Pero debía averiguarlo. Tenía que seguir adelante.

Se acercó al refugio sin hacer el menor ruido. Observaba y escuchaba. Nada se movía, no se oía ni un alma, aparte del goteo constante de la savia.

Entró.

La funesta cabaña albergaba rollos de alambre pero ningún habitante. Serafina encontró tenazas, guantes y otras herramientas, pero ninguna pista del propósito de todo aquello aparte de un montón de pellejos de animales tendidos sobre la tierra del suelo. Pieles negras y castañas, grises y blancas. Sin poder evitarlo, apretó los dientes al verlo y arrugó la nariz al percibir el pestazo rancio que emanaban los pellejos muertos. Tenía la sensación de que cientos de arañas le reptaban por los hombros y el cuello.

Abandonó la cabaña de prisa y corriendo y observó las inmediaciones en busca de algún peligro. Qué lugar tan inquietante. Se dio media vuelta para marcharse. Y entonces oyó algo que la detuvo en seco.

Un gemido.



Serafina se volvió a mirar.

Detrás del refugio había más jaulas.

El gemido se repitió, largo, suplicante, lloroso.

Le zumbaban las piernas de pura tensión cuando echó un cuidadoso vistazo a su alrededor. Notaba el pulso en las sienes. Y si bien hasta la última fibra de su cuerpo le gritaba que se largase, el corazón le pedía que averiguase el origen del lloriqueo.

Avanzó con sumo tiento. Las jaulas que había visto hasta entonces estaban vacías, pero ahora descubrió horrorizada que había varias ocupadas detrás de la cabaña. Atisbó un pelaje pardo dentro de una de las cajas, pero aún no veía qué animal contenía.

Se acercó a hurtadillas.

La bola de pelo acurrucada en la jaula medía alrededor de un metro, y temblaba.

Y entonces volvió a escuchar el gemido.

Serafina hizo de tripas corazón, pero temblaba tanto como el pobre animal enjaulado. No podía evitarlo. Miró a su espalda y luego escudriñó el bosque para asegurarse de que no hubiera nadie cerca. Intuía que corría un gran peligro. Los pinos crecían tan pegados y la tierra del suelo era tan negra que apenas si veía más allá de su nariz.

Avanzando a gatas, rodeó la jaula hacia la parte delantera.

Miró a través de los barrotes de hierro.

Y lo vio.

Serafina estaba mirando de frente a uno de los animales más bellos que había contemplado en la vida: un joven ejemplar de lince hembra. Poseía unos ojos deslumbrantes, bigotes largos y rasgos perfilados en blanco con largos mechones de pelo que se alargaban hacia fuera, alrededor de la cabeza. Dos pinceles negros remataban las puntiagudas orejas. Tenía el pelo de color pardo salpicado de manchas

negras, rayas negras en el cuerpo y barras oscuras en las patas.

Pese a toda su belleza, el lince se encontraba en un estado lamentable. Saltaba a la vista que llevaba un buen rato rascando y mordiendo, royendo el metal de la jaula, desesperada por escapar.

Cuando Serafina se acercó, el lince se quedó muy quieto y la miró con sus enormes ojos redondos, como si entendiera que Serafina no traía malas intenciones.

Serafina descubrió que había más animales en las jaulas: una marmota, un puercoespín e incluso un par de nutrias de río. Uno de los que más la apenó fue un halcón de cola roja, con las garras laceradas y ensangrentadas, las plumas arrancadas y rotas de tanto agitar las alas contra la malla de alambre, buscando una vía de escape.

Serafina miró a ambos lados, temerosa de que el dueño del campamento llegara de un momento a otro. Aquellas horribles jaulas no le pertenecían, así que no tenía ningún derecho a hacer lo que se proponía. Pero ¿acaso necesitaba permiso para hacer lo que estaba bien?

Miró hacia atrás y luego escudriñó los árboles por si veía alguna señal de peligro. Ahora el corazón le latía tan deprisa que le costaba respirar.

Debía echar a correr, lo sabía, pero ¿cómo iba a marcharse?

Se acercó muy despacio a la jaula del lince, levantó el pasador y abrió la puerta.

—Sal —le susurró.

El animal abandonó la jaula con movimientos lentos, aterrado hasta de su sombra. Serafina acarició el pelaje del felino con la mano. El lince le clavó sus grandes ojos antes de escabullirse raudo hacia el bosque. Una vez que dejó atrás el pinar, al refugio de la maleza distante, se volvió a mirar a Serafina.

Gracias, parecía estar pensando. Tras eso, el felino echó a correr y desapareció entre las plantas.

—Sé valiente —recitó Serafina con voz queda, recordando la expresión que había usado el chico feroz cuando la ayudó. No sabía explicar por qué, pero aquellas dos palabras significaron mucho para ella.

Liberó deprisa y corriendo a la marmota, al puercoespín y a las nutrias. Todos parecían lo bastante enteros como para llegar a casa. Estaba segura de que las nutrias encontrarían el camino al río más cercano. El halcón, en cambio, se encontraba en muy mal estado. Serafina supuso que podría volar, pero un halcón de cola roja que vuela en plena noche corre un peligro inmenso de toparse con su enemiga nata, la gran lechuza cornuda.

Introduciendo los brazos en la jaula, tomó al halcón con ambas manos y lo sacó con tiento. Él levantó las alas e intentó apartarse, molesto del manoseo. Serafina creyó que le bufaría e intentaría morderla, pero no lo hizo. La miró con sus poderosos ojos de depredador y se aferró a su muñeca con una garra. El pájaro apretaba con tantas ganas que Serafina temió que le rompiera los huesos. Se comportaba como si, en su fuero interno, supiera que ella se proponía ayudarlo pero al mismo tiempo no

estuviera dispuesto a renunciar al mando.

Con el halcón herido bien sujeto entre las manos, Serafina dejó atrás el pinar con las horribles jaulas.

Cuando se hubieron alejado lo bastante de los pinos, en una zona más amable del bosque, Serafina bajó el ritmo. Le habría gustado llevar el pájaro a Biltmore y pedirle a Braeden que lo cuidase, pero el halcón le impedía avanzar a buen paso y estaba segura de que al ave no le hacía ninguna gracia viajar al cuidado de alguien como ella. Encontró un matorral de arbustos que parecía seguro y ocultó al halcón en el interior, donde estaría a salvo de pululantes lechuzas hasta la salida del sol.

—Descansa aquí, y mañana vuela alto, amigo mío —le susurró.

Desde allí, Serafina procuró alejarse a toda prisa. Quería dejar aquellas horribles jaulas tan atrás como pudiera. Ya sabía que el bosque es un paraje salvaje e indómito, donde se libran toda clase de batallas a vida o muerte, pero ¿qué clase de persona caza y captura animales de un modo tan cruel? ¿Por qué los dejaba allí, hambrientos y asustados, ocultos bajo los árboles renegridos?

Un banco de niebla se desplazó entre las ramas del bosque. Ahora le costaba más encontrar el camino, pero siguió bajando por la colina más mal que bien. Tenía un nudo en el estómago. No podía quitarse de encima la sensación de que acababa de escapar de un peligro siniestro y terrible.

A través de la niebla, atisbó algo de refilón. Cuando miró bien, localizó una figura que caminaba a lo lejos, entre los árboles. Al principio lo tomó por el hombre que había visto internarse en el bosque en compañía del señor Vanderbilt. La embargó una súbita esperanza. Puede que estuviera mucho más cerca de Biltmore de lo que pensaba. Pero entonces se le cayó el alma a los pies. Se acuclilló entre la maleza y observó a la figura a distancia. Llevaba un abrigo largo y oscuro, muy usado, y un sombrero de ala ancha. ¡Era el barbudo del bosque, el hombre de los perros! Se pegó al suelo, aterrada.

Procuró guardar silencio, pero según lo miraba respiraba con fuertes resuellos. El hombre tenía una barba muy tupida, de un gris oscuro; no la barba larga y blanca, tirando a rala, que solían llevar los montañeses, sino poblada y ondulada como un pelaje animal. Infinidad de marcas y arrugas le surcaban la cara. Era un rostro curtido, como si su propietario llevara cincuenta años viviendo en esos bosques. Serafina escudriñó la zona, por si los perros andaban por allí cerca, pero no vio nada. Y, por lo que parecía, el hombre tampoco llevaba consigo el bastón del otro día. Pero sin duda era él.

Agachada y muy quieta, intentando no hacer ruido, lo observó. El hombre parecía flotar por los jirones de niebla, traspasar este árbol y aquel, desaparecer para luego emerger entre remolinos blancos. Igual se desplazaba por aquí que reaparecía por allá, como si Serafina sufriese alucinaciones por algún efecto extraño del bosque. Más parecía un espectro que un hombre de carne y hueso. Serafina tenía la piel de gallina. Quería echar a correr, pero temía atraer la atención del viejo con el ruido de

sus pasos.

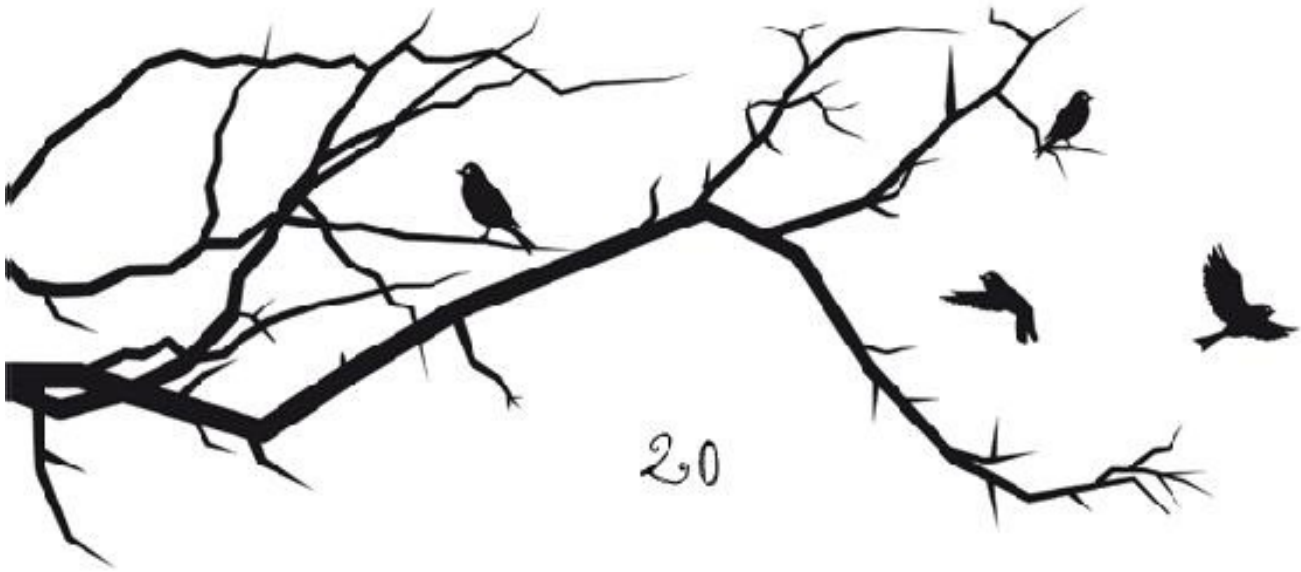
Sin embargo, debía largarse de allí. Y justo cuando empezaba a retroceder para alejarse en el sentido contrario, el hombre se detuvo en seco. Giró la cabeza hacia ella con una rapidez sorprendente, inhumana; como una lechuza que acaba de sorprender a su presa. Los horribles ojos de plata se clavaron en ella.

Serafina se agachó cuanto pudo y pegó la espalda a la base de un abeto viejo y retorcido para que no pudiera verla. Aún notaba escalofríos en la espalda cuando recordaba el giro de la cabeza.

El hombre avanzaba raudo hacia ella.

Serafina tenía que echar a correr, pero el miedo le impedía respirar y le paralizaba las piernas. Un dolor agudo le atenazó la garganta, igual que si unos dedos le estrujaran la tráquea. Todo su cuerpo empezó a temblar con violencia de algo que superaba al miedo, de algo que no podía controlar. La embargó el pánico. Se estaba quedando sin aire. Intentó gritar, pero su voz no logró traspasar la opresión de su garganta.

Las pisadas sonaban más y más altas según el hombre del abrigo oscuro se aproximaba a ella. Serafina oía las botas hundiéndose en la tierra. Notó que el terreno se enfriaba súbitamente debajo de ella y a su alrededor. Cuando bajó la vista, descubrió que la tierra estaba empapada de sangre.



Serafina intentó incorporarse de un salto y huir, pero alguna clase de hechizo se lo impedía. Tenía los músculos paralizados. No se podía mover.

Según el hombre se acercaba a ella, Serafina observó con sorpresa y horror cómo las raíces de los árboles emergían de la ensangrentada tierra, le rodeaban aprisa las muñecas y le apresaban las manos contra el suelo. Sin manos con las que luchar, estaba completamente indefensa.

Como un desesperado visón capturado en una trampa, Serafina se inclinó y mordió las raíces que le anclaban las manos. Cuando otra raíz se enroscó como una serpiente a sus tobillos, la pateó con rabia.

De golpe y porrazo, el mismo bosque que siempre había sido su aliado y su refugio se convirtió en su enemigo.

Cuando el hombre rodeó el tronco que ocultaba a Serafina, las sombras velaban sus rasgos, salvo el fulgor plata de sus ojos. La agarró con unas manos nudosas y férreas que la estrujaban igual que garras de lechuza. Al notar cómo las largas y curvadas uñas se le hundían en la carne, Serafina se retorció con furia y consiguió liberarse. Pateó con todas sus fuerzas y salió corriendo.

Corrió veloz como el viento, convencida de que le estaba sacando una buena ventaja a su perseguidor. Sin embargo, cuando se volvió a mirar, Serafina oyó una especie de castañeteo. Un grito horrible y chirriante estalló a menos de un metro de su hombro izquierdo. El chillido la asustó hasta tal punto que pegó un respingo hacia atrás y se estampó contra un árbol de espaldas. Una enorme lechuza blanca de aspecto nada agradable pasó volando por encima de su cabeza. Serafina vio los horribles ojos negros clavados en ella, la boca abierta en un grito espeluznante.

Serafina buscó refugio en un espeso zarzal surcado de enredadera, pensando que la lechuza no podría seguirla hasta allí. Se creyó muy lista. Pero al momento la lechuza desapareció y el hombre de la barba empezó a apartar las ramas para abrirse

paso hasta ella. A cuatro patas, Serafina gateó entre los tallos con la intención de alcanzar la parte más densa del zarzal. Tal vez el espeso matorral la protegiese de los hechizos del hombre. En vez de eso, la hiedra empezó a moverse, a reptar, a enroscarse a su cuello y extremidades.

Serafina gritó, pateó y tiró de la enredadera al mismo tiempo que se arrastraba hacia el otro lado del zarzal. Una vez allí se levantó y echó a correr a campo abierto.

Quería dar media vuelta y luchar, quería plantarle cara a ese hombre horrible, pero no podía hacer nada más que correr por su vida. Volaba como el viento al amparo del bosque. Pensaba que lo estaba consiguiendo. Pensaba que había escapado.

Cuando se volvió a mirar, descubrió que el hombre no la estaba persiguiendo. Seguía allí plantado, donde lo había dejado. Como sin darle importancia, se acercó la palma abierta a la boca para soplar en dirección a Serafina. Fue igual que si el aliento frío y pútrido de la muerte la hubiera golpeado. La sangre se le heló en las venas. Dejó de respirar. Sus músculos perdieron la fuerza y su cuerpo se desplomó sin que pudiera evitarlo. Cayó rodando por una pequeña pendiente, como un peso muerto, hasta detenerse inerte sobre la tierra.

El cuerpo de Serafina yacía pálido y frío. Sus pulmones habían dejado de funcionar. Su corazón había dejado de bombear. Le quedaban unos segundos de consciencia antes de que su cerebro se quedara sin sangre, pero sabía que estaba muerta, que ya era un cadáver tendido de bruces sobre la tierra.

El hombre descendió hacia ella, agarró el cuerpo exánime igual que si fuera una muñeca de trapo y lo arrastró hacia un viejo tocón. Sin embargo, según remolcaba su cuerpo inerte por la fría tierra, Serafina notó cómo los efectos del hechizo se desvanecían, igual que si mil agujas y alfileres le atravesaran los brazos y las piernas. No acababa de entender por qué pero, por lo que parecía, la potencia del hechizo no bastaba para una criatura tan dura como ella. Notó un cosquilleo en el pecho cuando un soplo de aire fresco se deslizó a sus pulmones. Súbitamente, su corazón volvió a latir, y olas de cálida sangre inundaron sus venas.

—A ver, deja que te eche un vistazo —dijo el hombre mientras la arrastraba al claro de luna—. ¿Quién te has creído que eres para seguirme por ahí tan fresca?

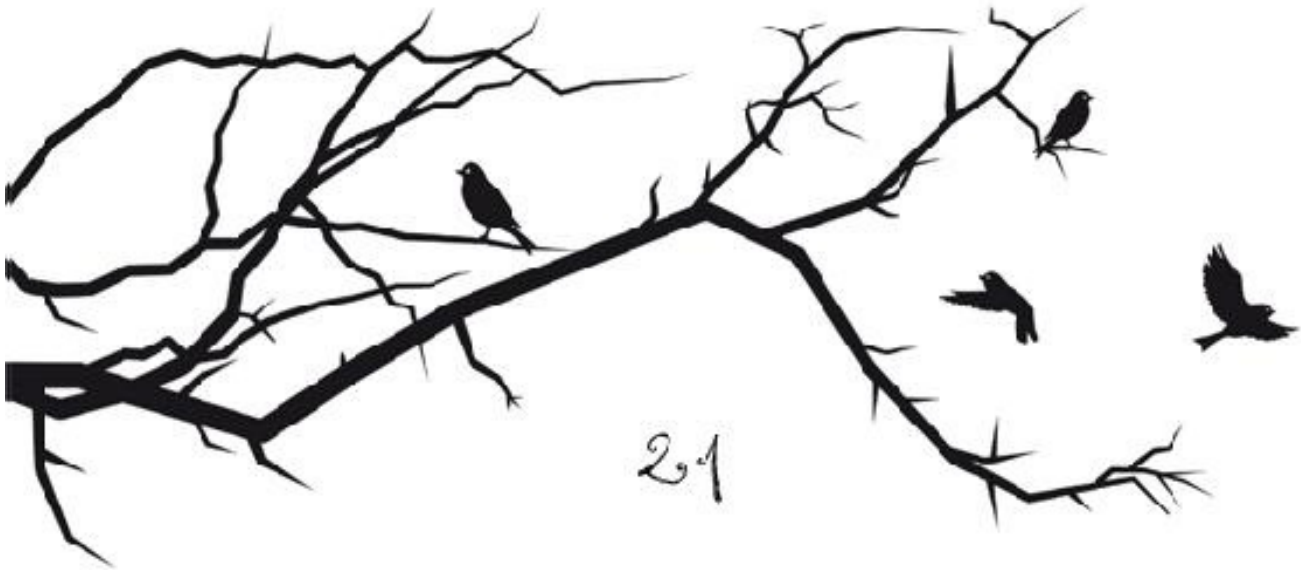
Cuando giró el flácido cuerpo para poder verle la cara, Serafina estaba aterrada, pero dejó los ojos cerrados y fingió estar muerta.

—Ah, ya veo —prosiguió el hombre al ver sus rasgos—. Tú otra vez. Debería haberlo supuesto. Ya nos has molestado más veces, ¿verdad? Y conozco a los de tu calaña tan bien como para saber que la cosa no hará sino empeorar cuando crezcas.

Al notar que sus músculos cobraban fuerzas y la saliva volvía a fluir por su boca, Serafina comprendió que sería ahora o nunca. El viejo truco de la rata. Se despabiló de golpe, torció el cuerpo hacia un lado y mordió la mano derecha del hombre con todas sus fuerzas.

El hombre retiró la mano por reflejo. Pero ella no la soltó al principio. Usó el

tirón del brazo para coger impulso hacia arriba. En ese instante soltó la mano y salió volando. Aterrizó en el suelo y, rodando, se puso de pie y echó a correr.



Serafina corrió kilómetros y kilómetros, luego aminoró a un paso rápido y después corrió un poco más con el fin de alejarse de aquella zona tanto como pudiera.

Mientras tanto, le daba vueltas a la cabeza. Sabía que se había topado con el mismo hombre barbudo que le había soltado los perros unas noches atrás. Parecía capaz de traspasar los árboles casi como un espectro, como una aparición en la niebla. ¿Sería el viejo del bosque del que hablaban los montañeses? Al parecer, conocía a Serafina. Había dicho que ya los había fastidiado antes, como si la considerara un engorro. Pero ¿un engorro en qué sentido? ¿Cuál era su objetivo? ¿Encontrar la capa negra? ¿O algo más? Serafina recordó los caballos que arrastraban el carruaje sin chófer, los vencejos que se habían lanzado contra ella, a Gidean atacándola en las escaleras... ¿Acaso aquel hombre era capaz de controlar a los animales? Quienquiera que fuera, sabía cómo usar las manos para lanzar maldiciones que Serafina no quería volver a sufrir jamás en la vida.

Antes, mientras bajaba por los resecos prados de las montañas, había tomado la decisión de dar con su madre y obligarla a revelarles cuanto sabía y, desde ahí, continuar hasta Biltmore. Pero ¿y si el barbudo ya había encontrado a su madre y a los cachorros? ¿Y si los había matado? Se le encogió el corazón solo de pensarlo. Corrió más deprisa. Ahora más que nunca, tenía que dar con ellos.

Recorriendo el bosque con las primeras luces del alba, Serafina intentaba adivinar dónde se estaría ocultando su madre. Sin embargo, otras preguntas rondaban también su pensamiento. ¿Sabía ella que un intruso estaba invadiendo su territorio? ¿Le había pedido a su hija que se marchara para protegerla?

Serafina recordó una vez más el mensaje de su madre.

No tenía pies ni cabeza.

¿Y al suelo trepas?

Se estrujó los sesos. *¿Adónde suelo trepar yo?*, se preguntó.

¿Sería alguna clase de árbol? ¿Un suelo de madera?

Pensó en la batalla que había librado contra los perros de presa. Se había encaramado a un árbol, corrido por una rama y luchado con ellos en tierra hasta que la acorralaron contra la pared de roca, al fondo de un precipicio.

Y entonces lo comprendió.

Había escalado la pared de roca.

Así pues, debía buscar un suelo de roca, tal vez.

¿Qué clase de habitación se construye en la roca viva?

Y entonces sonrió. Una habitación, no.

—Una cueva.

No obstante, había montones de cuevas en las montañas. Meditó la otra parte del acertijo.

—¿Qué significa «allá donde la lluvia es muro»? No tiene sentido.

Serafina siguió recorriendo el bosque sin dejar de repetir: «allá donde la lluvia es muro».

—¿Cómo podría la lluvia ser un muro? —caviló para sí—. La lluvia es agua... Y el agua se bebe. Te lavas con agua. Nadas en el agua...

Las posibilidades eran infinitas.

E infinitamente inútiles.

Había agua por todas partes. Miró las nubes. Incluso había agua en el cielo. El agua se origina en las nubes, cae en forma de lluvia y luego fluye por la tierra hasta formar ríos. Serafina pensó en ríos.

¿En qué casos un río es un muro?

Los muros son verticales.

Y entonces se hizo la luz en su mente.

—Una cascada —dijo en tono de satisfacción. Un muro de agua, un muro de lluvia.

No había lagos ni estanques en esas montañas, pero abundaban las cascadas. Las corrientes de agua daban vida a esas cordilleras. Las corrientes de agua, en todas sus formas y gestos, habían tallado esas montañas: desde los grandes ríos que rugían precipicio abajo hasta hilos de agua que fluían por el corazón del bosque. Había cascadas de tres niveles que se precipitaban por rocas dispuestas en gradas y corrientes que bajaban por rocas en forma de tobogán a las gélidas pozas del fondo. Había cataratas altas y estrechas que saltaban desde abruptas alturas y cascadas achatadas que alisaban las rocas de alrededor.

Ahora bien, Serafina necesitaba una cascada con una cueva. Sabía de varias. Pero una tenía demasiada agua. La otra era demasiado fácil de encontrar. Serafina se quedó pensando en una cascada que conocía tras la cual se ocultaba una cueva pequeña. ¿Encontraría allí a su madre?

Solo había un modo de averiguarlo, de manera que se puso en camino.

—Allá donde la lluvia es muro y al suelo trepas —dijo mientras caminaba. Tenía

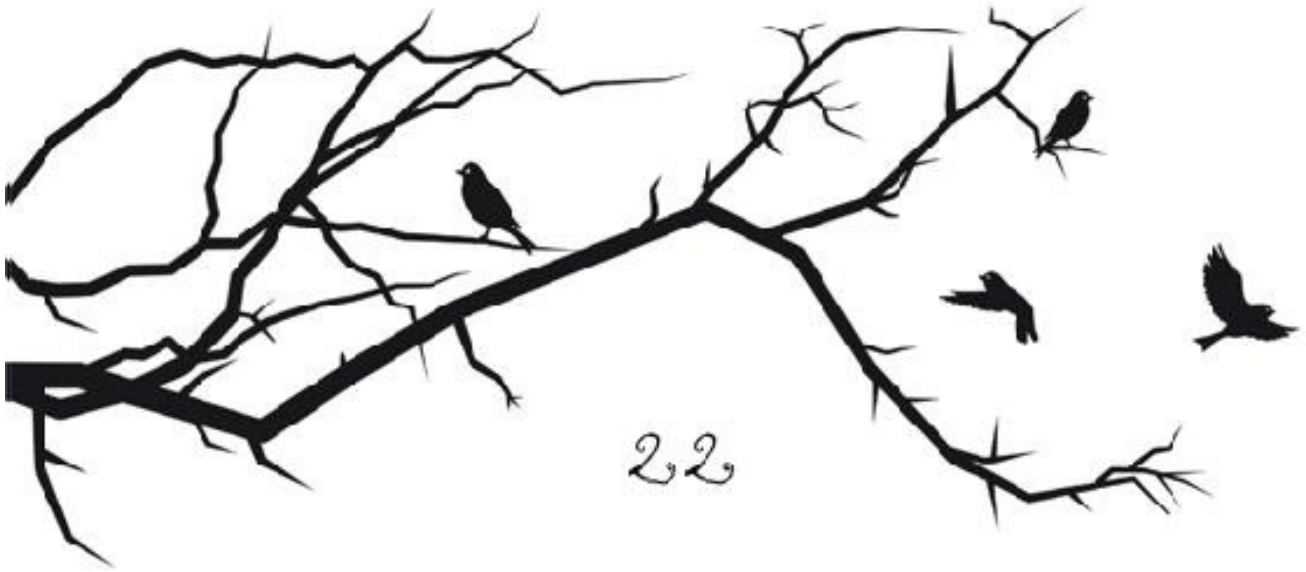
lógica. Tenía muchísima lógica. Y estaba encantada de que algo tuviera sentido en mitad de aquel absurdo.

Cuando llegó a la cascada varias horas más tarde, muy avanzada la mañana, la escudriñó de lejos, consciente del peligro que podía albergar. El agua discurría suave y uniforme sobre el borde de roca. Serafina olía el chapuzón del agua clara y azul en la poza del fondo y notaba en las mejillas las gotitas arrastradas por la brisa.

No quería entrar en la cueva sin más, porque no estaba segura de lo que se iba a encontrar ahí dentro, así que se acercó a la entrada con prudencia, pegada al suelo y sin hacer el menor ruido.

—Tenía la esperanza de que aparecieses —dijo una voz masculina a su espalda.

Fuera de sí del susto, Serafina arqueó a la espalda, saltó con las cuatro patas a la vez y, bufando, se dio media vuelta en el aire para defenderse.



Serafina aterrizó a cuatro patas en el tocón de un árbol. Desde allí, miró a su atacante.

Lo observó con atención un momento y luego parpadeó, como si no se pudiera creer lo que estaba viendo.

El chico feroz estaba sentado en el suelo, tan fresco, a pocos metros de donde se encontraba Serafina hacía un momento.

—¿Te apetece trepar a los árboles? —le preguntó él con una sonrisa—. ¿O prefieres comer?

Todavía con el susto pegado a la piel, Serafina estudió al chico. Emanaba un extraño sigilo. No lo había oído ni había notado su presencia en absoluto.

Era un joven delgado y musculoso de piel ligeramente oscura y pelo castaño y revuelto, tal como Serafina lo recordaba. Tenía el pecho desnudo, los pies descalzos; no llevaba nada encima salvo unos pantalones viejos.

—Venga, vamos a comer —propuso él con desenfado. Se puso de pie y enfiló hacia la cascada por un sendero casi invisible. Serafina se fijó en los flexibles músculos de su espalda.

—Espera —le pidió.

El chico se volvió a mirarla. Tenía los ojos marrones con chispitas doradas.

—Me llamo Waysa —dijo él—. Y tú eres Serafina.

—¿Cómo lo...? —empezó a preguntar Serafina, perpleja.

—Aquí estamos a salvo, al menos de momento —la interrumpió él—. Estamos casi seguros de que él no conoce este sitio.

Serafina lo miraba estupefacta. ¿Cómo era posible que el chico supiera tanto acerca de ella y de su situación? ¿Y a quién se refería con ese «nosotros»? Frunció el ceño.

—¿Entonces fuiste tú el que me dejó el mensaje?

—Claro —respondió él, y se encogió de hombros apenas.

—Y fuiste tú el que me rescataste de los galgos...

—Tú tampoco lo hacías mal —comentó él, sonriendo—. Eres muy valiente. Lo habrías conseguido.

—Muchísimas gracias por ayudarme —le dijo Serafina con seriedad, recordando el valor del chico y lo cerca que había estado ella de morir.

—No hay de qué —contestó él—. Venga, hay que esconderse.

Aun a sabiendas de que debía llevar cuidado, Serafina se sentía comodísima con aquel muchacho, de un modo que jamás había experimentado con nadie.

Saltó al suelo, miró a su alrededor y después lo siguió a la cueva que había detrás de la cascada.

Serafina había visto cuevas parecidas a espaldas de rugientes cascadas de tumultuosas aguas, pero en esta el río bajaba liso y suave, y los rayos de sol que se filtraban por la corriente creaban una resplandeciente cortina de plata.

En ocasiones Serafina tenía la sensación de que el mundo entero estaba hecho de luz: el brillo de la luna a través de las nubes, el fulgor verdoso de las mariposas luna, la luz plateada de un río a la medianoche, el resplandor azulado del alba... y ahora el centelleo de un muro de lluvia iluminado por el sol. Y, por supuesto, no hay luz sin oscuridad, ni cascada sin piedra.

Cuando se internó en la cueva, Serafina descubrió que la pared trasera tenía amatistas moradas incrustadas. Y al volverse hacia la entrada, contempló un fenómeno espectacular. Los rayos de sol que brillaban entre el rocío de la cascada proyectaban una miríada de arcoíris a través de la apertura. Serafina no pudo sino sonreír.

—Esto no se ve cada día —comentó asombrada.

Los cientos de preguntas que quería hacerle al chico acudían en tropel a su mente, pero una parte de ella solo quería estar allí, en esa cueva donde se sentía segura y protegida, descansando un rato por fin.

Serafina dio media vuelta y dejó vagar la mirada por la arenosa roca del suelo. No había gran cosa allí dentro, pero la cueva parecía seca y cómoda, y el muchacho tenía varias mantas, algo de comida y una pequeña cocina de campamento.

—¿Quieres la carne cocida? —le preguntó, volviendo la vista hacia ella. Ahora estaba acucillado junto al fuego.

—Sí, por favor —pidió Serafina. Antes no le había contestado, pero en realidad tenía más hambre que un oso en primavera y estaba agotada.

Cuando Waysa ahuecó las manos alrededor de los labios y sopló hacia el fuego, las ascuas despertaron al contacto con su aliento. A continuación añadió más leña.

Una vez que las llamas cobraron vida, le mostró las dos opciones que la caza de la noche anterior les ofrecía.

—Tengo un conejo y un tamborilero.

El ave parduzca semejante a un pollo que el chico llamaba «tamborilero» parecía

lo que las gentes de Biltmore denominaban un «urogallo», un ave silvestre conocida por golpearse el pecho con las alas.

—El tamborilero tiene buena pinta —escogió Serafina.

—Buena elección —aprobó él—. Sabe aún mejor que el pollo.

Ella echó otro vistazo a la cueva y se preguntó dónde y cómo, exactamente, vivía el chico. ¿Pertenece a la tribu de los montañeses o se había criado solo?

—Entonces has probado el pollo... —le insinuó.

—Procuro mantenerme alejado de las cabañas, pero no se me caen los anillos por robar algo de vez en cuando, si es eso lo que me estás preguntando.

—¿Y esta es tu casa? —quiso saber Serafina.

—No. Tu madre no me dejaría vivir aquí ni aunque quisiera. Este no es mi territorio. Es el suyo, o al menos lo era. Yo estoy de paso.

—¿Mi madre? —preguntó ella, volviendo la vista hacia él.

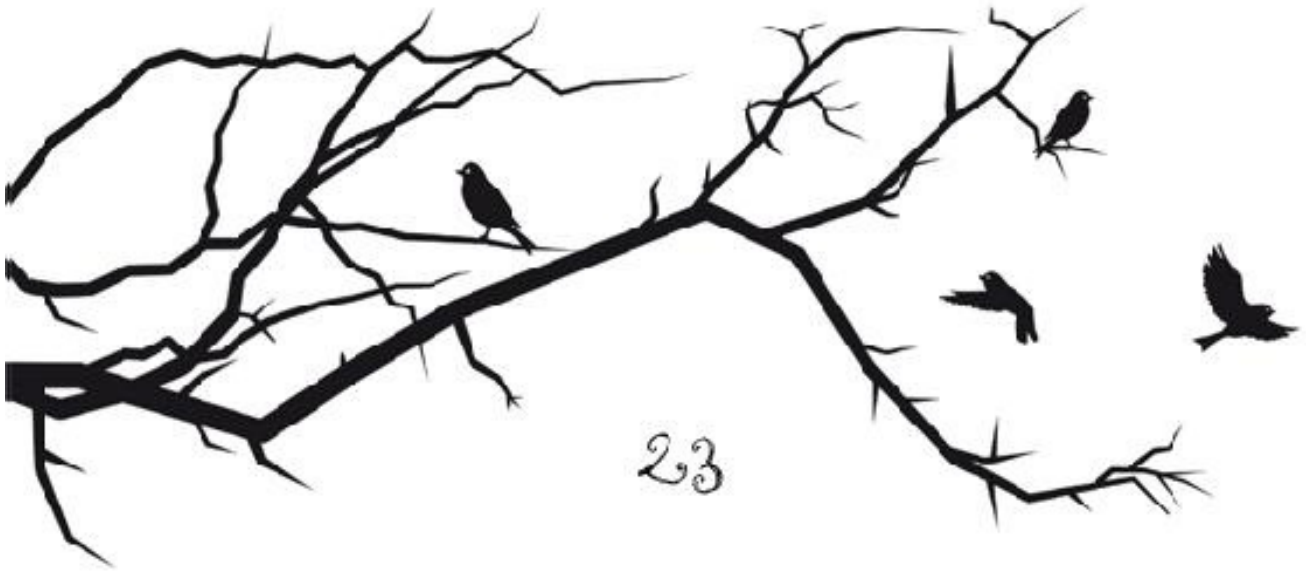
—Está bien. No te preocupes. Todos sobrevivimos.

Una ola de alivio recorrió a Serafina, que notó cómo la tensión de su cuerpo se aflojaba.

—Tu madre ha salido a explorar, a buscar un nuevo territorio —explicó Waysa.

Sacó los dientes y emitió tres sonidos guturales.

Algo se movió a espaldas de Serafina. Cuando se giró, reparó por primera vez en una grieta pequeña e irregular que había al fondo de la cueva. Y algo la estaba cruzando a rastras.



La cabeza pequeña, moteada y peluda del medio hermano de Serafina asomó por la grieta y maulló. Forcejeó para pasar y todo su cuerpo emergió. Se bamboleó hacia Serafina, presumido y contento de verla, ronroneando y maullando. Ella se agachó para abrazarlo y ronroneó con el cachorro que le frotaba el cuerpo.

Cuando Waysa repitió su llamada, la medio hermana de Serafina acudió corriendo como una flecha y se estrelló alegremente contra ella. Serafina se rio, levantó a la cría en volandas, rodó por el suelo de la cueva y dejó que los pumas la aplastaran.

—¡Estáis aquí! ¡Estáis bien! —exclamó Serafina, radiante de felicidad.

Los cachorros le estamparon las suaves patitas en el cuerpo, la empujaron, fingieron morderle los brazos y se revolcaron con ella. Luego se enzarzaron entre ellos y otra pelea de mentira volvió a empezar.

Waysa cocinó el tamborilero en un momento, y los dos se sentaron a comer junto a la hoguera. El guiso estaba delicioso y Serafina compartió encantada trocitos con los cachorros.

—Eres muy buen cocinero —dijo, mirando a Waysa. Él parecía a sus anchas en el bosque, cazando para comer, viviendo en una caverna. Serafina recordó cómo se había enfrentado a los perros con uñas y dientes, qué valiente había sido, con qué sigilo se había deslizado por la selva cuando la había seguido. Serafina lo había presentido desde el principio, pero no había querido hacerse ilusiones: Waysa era algo más que el chico feroz que la había rescatado de los galgos. No había desaparecido por las buenas. Fue a buscar a su madre. Volvió a por ella y, al encontrarla tendida al borde del río, la animó a montar a lomos de su madre y corrió a su lado por el bosque. ¡Él era el puma oscuro! Era a él a quien su madre le había advertido que la dejara en paz. Y eso significaba que la madre de Serafina no era el único *catamount* del mundo. ¡Había más!

—Has dicho que estás de paso —observó—. ¿De dónde procedes?

—Del territorio cherokee, al sudoeste de aquí.

—¿Los tuyos son de allí?

—Originalmente, pero ya no —respondió él con amargura. Se levantó y le dio la espalda a Serafina, y ella temió por un momento que la dejase sola en la cueva.

—Perdóname —dijo Serafina al darse cuenta de que algo horrible debía de haberle sucedido al muchacho. Waysa se mostraba siempre tan natural, tan animado y lleno de vida, pero ahora una sombra le nublabla el espíritu.

Él guardó silencio y sacudió la cabeza, incapaz de continuar. Luego volvió a hablar en un tono pausado y grave.

—Sucedio hace tres semanas. Acabábamos de salir a cazar todos juntos. Estábamos contentos y tranquilos, convencidos de que muy pronto mis hermanos y yo partiríamos en busca de nuestros propios territorios. Pero entonces llegó el hechicero. Primero asesinó a mi hermano mayor, antes de que ninguno de nosotros reparásemos en el peligro. Mi padre se enfrentó a él con cada fibra de su cuerpo, pero también murió. Después el hechicero mató a mi madre y a mis dos hermanos pequeños. Estuve a punto de salvar a mi hermana. —Waysa se interrumpió. Con la mano sobre la cara, sacudió la cabeza y se volvió hacia otro lado—. Todos nos enfrentamos a él —prosiguió con la voz rota de la emoción—. Pero sus hechizos eran demasiado fuertes.

—Lo siento, Waysa —musitó Serafina. Se le saltaban las lágrimas. Intentó mostrarse fuerte, por él, si no por sí misma, pero presenciar el dolor de Waysa le abrió una grieta en el corazón tan profunda como una herida que no se cierra.

—Escapé —confesó él, con voz temblorosa y avergonzada—. Cuando vi morir a mi hermana, no supe qué más podía hacer. No quedaba nadie. No había nadie por quien luchar. Me quería morir. Corrí y seguí corriendo, y no me detuve en varios días. Llegué al territorio de tu madre y ella estuvo a punto de matarme.

Serafina asintió al recordar cómo la había atacado su madre en su primer encuentro.

—Ella es así —dijo—. Defiende su territorio con uñas y dientes.

Waysa asintió a su vez.

—Como debe ser. Mi madre tenía su propio territorio, y también mi padre. Y muy pronto mis hermanos y yo habríamos conquistado el nuestro. Mi hermana era...

La voz de Waysa se apagó. No quiso terminar la frase que estaba a punto de pronunciar.

—Así que mi madre te expulsó la primera vez que entraste en su territorio —comentó Serafina para cambiar de tema. Se levantó—. Pero ahora estás cuidando de sus cachorros.

—Vio cómo te ayudaba a escapar de los perros del hechicero. Y cuando anoche atacó a los cachorros, yo peleé a su lado para defenderlos. Hemos decidido colaborar, pase lo que pase. Este es el escondrijo más seguro que conocemos, así que accedí a ocultarme aquí y cuidar de los cachorros mientras ella sale a explorar. Detesta

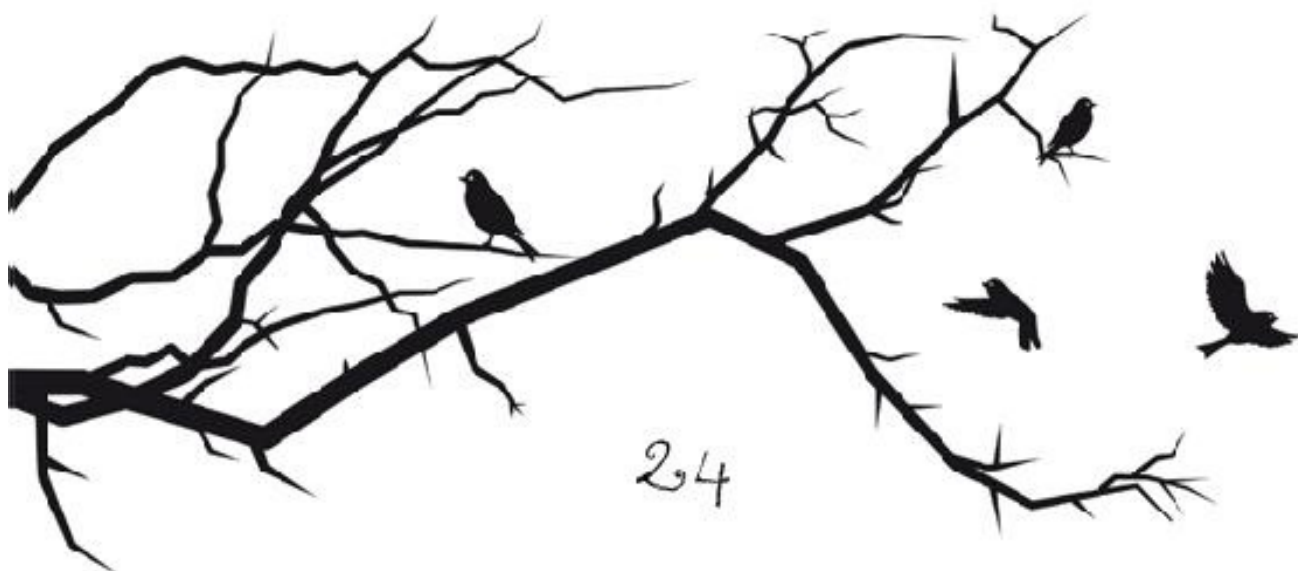
dejarlos solos, pero viaja mucho más deprisa sin ellos, y no estaba segura de lo que iba a encontrar allá donde va.

Mientras nuevas preguntas se agolpaban en su mente, Serafina miró de reojo a sus hermanos. Ellos eran su familia, muy semejantes a ella en muchos aspectos pero también sumamente distintos. Los cachorros serían pumas por siempre. Y ella sería eternamente humana. Compartían una misma desgracia: no poder abandonar el cuerpo en el que habían nacido.

—Pareces agotada —observó Waysa—, y estás más sucia que si te hubieras caído en un charco. Tienes que descansar. Pero antes deberías lavarte.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serafina, y se volvió a mirarlo.

Con un rápido movimiento, el chico corrió hacia ella y la empujó de cabeza a la cascada. Lo primero que notó Serafina fue el contacto del agua helada. A continuación se precipitó hacia abajo dando vueltas de campana.



Serafina notaba un vacío en el estómago según caía en picado por las rápidas aguas de la cascada hacia la poza del fondo. El miedo inundaba su mente al pensar en lo que iba a pasar cuando llegase el impacto.

Cuando escapaba de los lebreles, había intentado cruzar el río por un tramo de poco caudal y había estado a punto de ahogarse. Jamás había nadado por aguas profundas. Ni siquiera estaba segura de poder hacerlo. Y desde luego no quería averiguarlo por la fuerza.

En ese instante, Serafina notó un choque inmenso y envolvente según se zambullía en la gélida poza de aguas azules y brillantes. El frío intenso fue su sensación más inmediata. Pero la fuerza de la caída la arrastró hacia el fondo de las revueltas aguas, cada vez más abajo, entre turbulentas nubes de burbujas. Agitó los brazos y las piernas, pero se hundió de todas formas. Sus pulmones, a punto de estallar, pedían aire a gritos.

Una mano le asió la muñeca y la arrastró hacia arriba.

En cuanto sacó la cabeza de la superficie, aspiró una enorme bocanada de aire y empezó a chapotear.

Waysa la ayudaba a mantenerse a flote.

—¡No tengas miedo! ¡Te tengo!

—¡No sé nadar! —gritó ella, escupiendo agua.

—Empuja el agua con las piernas —la instruyó Waysa, y Serafina empezó a patear contra el agua como una desesperada—. Vale, muy bien. Ahora mueve los brazos delante de ti, cerca del pecho, así. Bien. ¿Lo ves? Hay que mover los brazos y las piernas a la vez, como si estuvieras gateando lo más deprisa posible.

A Serafina no le quedaba otra que seguir las instrucciones de Waysa.

—¡Sigue empujando el agua! —le ordenó—. Bien. Ahora te voy a soltar.

—¡No me sueltes! —chilló ella.

—Te voy a soltar...

Cuando Waysa la liberó, Serafina movió con furia los brazos, pateó con fuerza y mantuvo la cabeza fuera del agua, temiendo cada vez que respiraba que ese fuese su último aliento. Pero pronto descubrió que se mantenía a flote ella sola. ¡No se estaba hundiendo! Podía nadar. ¡Había aprendido a nadar, en serio!

—¡Ya está! ¡Ya lo tienes! —le gritó Waysa.

Resulta que nadar era igual que caer y aterrizar de pie sin hacerte daño. Para Serafina y los suyos constituía un acto reflejo. De haber podido escoger, no lo habría hecho, pero ahora que no tenía más remedio estaba nadando casi por instinto. Chapoteó por la poza, contenta a más no poder. ¡Sabía nadar!

—¡Está muy fría! —protestó, medio enfadada y medio riendo.

—Tú sigue moviendo los brazos y las piernas. Te acostumbrarás —le prometió Waysa, que nadaba a su lado.

Serafina nadó por aquí y por allá. Giró el cuerpo hacia este lado y hacia el otro, disfrutando del agua que le corría por la piel. Experimentaba la misma sensación que si volase despacio por un aire suave, denso y frío como el hielo.

Cuando se cansaron, Waysa se encaramó a los peñascos que rodeaban el río. A continuación se dio media vuelta y le ofreció la mano a Serafina.

Cogiéndola de la mano, la ayudó a subir a pulso a una peña. Desde allí escalaron juntos, poco a poco, hacia la cueva. Añadieron más leña al fuego, estrecharon a los cariñosos cachorros entre sus brazos y se acurrucaron junto a las llamas.

—¡Me podías haber avisado! —se quejó Serafina.

—¿Habrías saltado si te lo hubiera pedido? —replicó él entre risas.

—¡No!

—Ya verás —prosiguió Waysa, regodeándose—. Nadar te va a resultar muy útil para vadear ríos en los viajes largos.

Qué bien sentaba eso de estar limpia y calentita otra vez, la melena pegada a los hombros, el cuerpo fresco y renovado. Por lo visto, el agua helada ejercía un poderoso efecto reparador en el cuerpo.

Pasaron un ratito allí sentados junto al fuego, charlando de sus vidas. Serafina debería preguntarle por el hombre de la barba al que llamaba «el hechicero», adónde había ido su madre y otras dudas que tenía en mente, lo sabía. Pero llevaba tantos días huyendo y luchando que prefería dedicarse a pensar que todo saldría bien, aunque solo fuera un rato. En la cueva tenía la sensación de que estaban solos en el mundo, ellos dos, y que el mundo era bueno. Le preguntó a Waysa por su hermana y los otros miembros de su familia, y el muchacho agradeció que le diera la oportunidad de hablar de ellos. Él le preguntó a Serafina por su vida en Biltmore, por su padre y su infancia. Serafina le habló de Braeden y le contó lo que le había pasado a Gideon, y su vergonzosa huida. Charlar con Waysa no le costaba nada. Era como un bálsamo para las heridas del corazón.

Cuando Waysa y ella se acurrucaron bajo sendas mantas, cada cual a un lado de la

hoguera, Serafina agradeció poder dormir un ratito por fin. Soñó con bosques; bosques de árboles majestuosos y corrientes plácidas, laderas rocosas y barrancos escarpados. Y soñó que nadaba.

Al cabo de un rato despertó acurrucada con los dos cachorros, que seguían durmiendo. Cálidos y suaves, los pequeños pumas respiraban ronroneando con suavidad, las cabezas apoyadas contra los brazos y piernas de Serafina.

Waysa, que también estaba despierto, la observaba desde el otro lado del fuego.

Serafina guardó silencio un buen rato, y él también.

Cuando ella por fin habló, lo hizo con voz queda.

—Dejaste tu hogar atrás, que estaba muy lejos. Has estado huyendo todo este tiempo. Cuando llegaste aquí, podrías haber continuado el viaje. ¿Por qué decidiste quedarte, Waysa?

Waysa apartó la vista y miró la cascada.

—¿Por qué te quedaste? —repitió Serafina con un tono de voz tranquilo, amable.

—Te estaba esperando —confeso él quedamente.

Serafina lo miró frunciendo el ceño.

—No lo entiendo.

—Podría haberme marchado hace días, pero después de verte en el bosque la otra noche...

—¿Qué? —lo azuzó ella—. ¿Qué pasó después de que me vieras en el bosque?

—Quería esperarte —respondió él.

—¿Esperarme? ¿Qué quieres decir? —preguntó ella con suavidad, entornando los ojos.

—Pensé que podríamos marcharnos juntos.

Serafina notó en el tono de su voz que hablaba en serio.

—Pero si casi no me conoces —arguyó.

—Tienes razón —asintió Waysa—. Casi no te conozco. Ya no conozco a nadie, no me queda un solo amigo sobre la faz de la Tierra aparte de ti, tu madre y los cachorros.

Serafina no supo qué decir. Es propio de un joven puma dejar a su madre para buscar su propio territorio, pero es propio de los seres humanos tener amigos y una familia.

Mirando a Waysa con atención, Serafina comprendió que había más detrás de aquel chico de lo que había pensado al principio. Le estaba pidiendo que se marchara con él, que vivieran en el bosque, corrieran entre helechos, cazaran tamborileros y nadaran juntos en las pozas. La había esperado.

Lo contempló durante un buen rato, sosteniéndole la mirada, y por fin respondió:

—Pero eres consciente de que no me puedo transformar.

—Pues claro que puedes —replicó él.

—Lo he intentado. No puedo.

—Porque aún no ves lo que quieres ser.

—No te entiendo.

—En el momento en que visualices lo que quieres ser, encontrarás la manera de hacerlo realidad.

—Lo dudo mucho —respondió Serafina.

—Yo te enseñaré —prometió Waysa, y su voz destilaba tanta seguridad, tanta bondad, que era casi imposible no creerle.

Mientras le daba la espalda para acurrucarse con los cachorros, Serafina dio vueltas a lo que Waysa acababa de decir. Poco a poco comprendió que un nuevo horizonte se abría ante ella. La mera idea le infundía respeto. Un camino llevaba a su hogar en Biltmore, como tenía pensado, a las personas que conocía y amaba, pero también al conflicto, al dolor y a la incertidumbre. Pero aquel otro camino con Waysa la arrastraría lejos, puede que para siempre. Echaría de menos a su padre y a Braeden, lo sabía, pero se preguntó cómo sería volver a empezar. ¿Llegaría a conocer a Waysa tanto como los conocía a ellos? ¿Vería otras montañas y nuevas cascadas? ¿Había distintas clases de árboles y de plantas en aquellos parajes lejanos? ¿Encontraría por fin su lugar en el mundo? ¿En qué se convertiría? ¿De verdad aprendería a transformarse con ayuda de Waysa?

Mientras intentaba visualizar su futuro, comprendió que existen infinidad de rumbos, muchos caminos distintos que transitar, y que una parte de hacerse mayor, una parte de vivir, consiste en escoger el camino a seguir. Dos grandes rumbos se perfilaban ante ella y cada uno le ofrecía una vida distinta.

Se levantó despacio y procuró pensarlo a fondo. Sabía que debía ser lista, y valiente. Pero, por encima de todo, debía seguir el dictado de su corazón.



En la cueva, con Waysa, Serafina trató de imaginar lo que había sucedido cuando el hechicero había atacado a su madre y a los cachorros; vio al hombre de la barba echando maldiciones y sometiendo a las enredaderas. Los cachorros debían de haber pasado muchísimo miedo.

—¿Por eso los atacó? —le preguntó a Waysa—. ¿Quería llevarse a los cachorros?

—Está capturando toda clase de animales —asintió él—. Por eso huyen. Notan el peligro inminente. Y por eso tú y yo debemos coger a los cachorros y abandonar esta zona, Serafina. En cuanto hayas descansado lo suficiente como para correr a buen ritmo, debemos seguir los pasos de tu madre y reunirnos con ella.

Las palabras de Waysa le causaron una honda impresión. Serafina estaba deseando volver a ver a su madre, pero la idea de marcharse le partía el corazón.

—No podemos vencer a esa oscuridad, Serafina —le advirtió Waysa, como si le leyera el pensamiento—. Tenemos que abandonar estas montañas.

—Pero no lo entiendo —objetó Serafina—. Dime qué está pasando. ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué mi madre me envió de vuelta a Biltmore?

—Tu madre os quiere a ti y a sus cachorros más que a nada en el mundo. Pensó que estarías a salvo allí. Pero se equivocaba.

—¿Biltmore está en peligro? —preguntó Serafina, asustada.

—Todo está en peligro. Especialmente Biltmore.

—¿Qué? —exclamó ella—. Entonces tenemos que ayudarlos, Waysa.

—No podemos —le aseguró él a la vez que negaba con la cabeza—. El hechicero es mucho más fuerte de lo que pensábamos. Es aún más fuerte que cuando asesinó a mi familia hace tres semanas. Se torna más y más poderoso con cada día que pasa aquí. Su poder está ligado a la tierra, al bosque, a las personas y animales que la habitan y que controla. Pero Vanderbilt y sus enormes terrenos se interponen en su objetivo de hacerse con el control de toda la región.

—Pero ¿quién es? ¿Quién es ese hombre? —se desesperó Serafina, presa de un pánico creciente.

—Es un cambiante, como los *catamounts*. Puede transformarse en una lechuza de cara blanca a voluntad. Pero emplea su poder para hacer el mal, para controlar el bosque, para robarle su riqueza, para llevarse los animales, los árboles y la magia que alberga y someterlos a su voluntad. Los míos lo llaman «la oscuridad», porque representa un futuro que no se puede vislumbrar. Los mutantes heredan su don, lo transmiten de generación en generación, pero él ha llevado más lejos su poder. Lleva años aprendiendo a distorsionar el mundo que conocemos, a echar maldiciones y lanzar conjuros. Se propone controlar este bosque, esclavizarnos a todos, desde el ratón más minúsculo al oso más enorme, pasando por todo lo demás. Odia a los *catamounts* más que a nadie porque no nos puede dominar. Nosotros le plantamos cara. Y él destruirá a cualquier habitante de estas montañas que se interponga en su camino.

—¿Y dices que planea atacar Biltmore?

—No sé qué estratagema usará —asintió Waysa—. Se vale de las artes oscuras. No lucha con uñas y dientes como tú y como yo. No da la cara. Utiliza subterfugios y engaños para salirse con la suya. Vuela en silencio. Acecha como una lechuza y se mantiene escondido a una distancia segura. Emplea armas para concentrar poder y envía a sus demonios a cumplir sus mandatos.

Serafina trató de entender lo que estaba oyendo.

—¿Te refieres a armas... como la capa negra?

Waysa asintió.

—La capa negra servía para coleccionar almas. Fue uno de los primeros catalizadores de poder que creó. Desconozco a qué hechizos recurrirá esta vez, pero sé que montó en cólera cuando la capa negra se destruyó. Fue el inicio de todo esto. Por eso está aquí.

—¿Me estás diciendo que el creador de la capa negra ha vuelto a la vida? ¿No el señor Thorne, sino el creador de la capa en persona?

—Nunca estuvo muerto —contestó Waysa.

—No lo entiendo. ¿De dónde ha salido?

—Mi padre me contó que el viejo del bosque vivió en estas montañas hace mucho tiempo. Nació dotado de unos poderes extraordinarios y ansiaba desarrollarlos y dominarlos. Viajó al viejo mundo, donde aprendió las artes oscuras de los nigromantes de por allí. Para cuando volvió, se había convertido en un poderoso hechicero. Buscó una sombría cueva en la que vivir, como una araña que anida. Echaba maldiciones a las personas de los alrededores y esclavizaba a los animales del bosque. El hechicero...

—¿Y por qué nadie intentó detenerlo? —lo interrumpió Serafina.

—Lo intentaron. Los *catamounts* se rebelaron contra él y libraron una gran batalla. Estuvieron a punto de derrotarlo. El viejo perdió las fuerzas y quedó reducido

a una sombra de lo que era. Ha estado lejos de aquí, aprendiendo nuevas habilidades y adquiriendo poderes en tierras extranjeras, pero ahora ha regresado, más fuerte que nunca. Seguro que ahora, mientras hablamos, está agazapado como una serpiente debajo de un tronco, esperando que su veneno se acumule en su interior, matando el tiempo antes de su próximo ataque.

—¡Tenemos que impedirselo! —exclamó Serafina.

Waysa la agarró por los hombros con tanta brusquedad que Serafina dio un respingo.

—Escúchame, Serafina —dijo, mirándola a los ojos—. Ha creado un bastón con fines malvados para concentrar su poder. El objeto permite a su poseedor controlar a los animales, obligarlos a obedecerle contra su voluntad. Y no solo eso; también cuenta con un nuevo aliado, un hechicero con un poder espantosamente parecido al suyo. Juntos son invencibles. Consideran suya esta tierra, este bosque y estas montañas, y planean recuperarla. Y cuanto más territorio conquisten, más poderosos serán. ¡No podemos enfrentarnos a ellos!

—¡Mi madre los vencerá! —replicó Serafina sin pararse a pensar. Pero, según lo decía, una horrible deducción le encogió el corazón—. Mi madre ya se enfrentó al hechicero, ¿verdad...?

Waysa asintió despacio.

—Por eso no quiere volver a luchar con él... —concluyó Serafina.

—Eso es —asintió Waysa, pero luego titubeó.

Ella lo miró.

—¿Qué pasa? Dímelo.

Waysa alzo la vista para mirarla a los ojos.

—Hace doce años, el hechicero mató a tu padre —confesó Waysa con suavidad.

—¿A mi padre? —preguntó Serafina, estupefacta—. ¿A mi verdadero padre? —Le parecía inconcebible—. Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Qué sabes tú de mi padre?

—Tu padre era un *catamount*, como nosotros. Todos los de su especie lo conocían. Tu madre te lo ocultó porque no quería que siguieras sus pasos, pero fue un gran guerrero, el luchador más feroz y el líder más respetado que jamás han conocido los *catamounts*. Hace doce años, mis padres y todos los habitantes del bosque lucharon a su lado contra el hechicero. Fue entonces cuando estuvieron a punto de derrotarlo. Tu padre capitaneó la batalla. Fue él quien le enseñó a mi padre esa expresión que yo aprendí.

—¿Esa expresión? —quiso saber Serafina, desconcertada—. ¿Qué expresión?

—«¡Sé valiente!» les decía tu padre a los demás cuando les fallaban las fuerzas. Es el lema de los *catamounts* desde entonces. «¡Sé valiente!».

—¿Mi padre fue el primero en usar ese lema? —preguntó ella, perpleja—. ¿Pero qué le pasó?

Waysa sacudió la cabeza con pesar.

—Tus padres reunieron a todos los aliados del bosque y dirigieron el ataque

contra el hechicero. Este se quedó tan débil que prácticamente perdió sus poderes. Estuvieron a punto de destruirlo. Pero resulta que los de su especie siguen vivos aun cuando parecen muertos. Su espíritu sobrevive. Se refugian en una oscuridad invisible para el resto de nosotros. Y justo cuando la batalla estaba a punto de terminar, la capa negra absorbió a tu madre y tu padre sucumbió. Tu padre fue valiente hasta el final. Salvó a los *catamounts* y a otros habitantes del bosque en aquella batalla. Pero perdió la vida.

—¿Qué? —se extrañó Serafina—. ¿Cómo es posible? Mi madre no me ha contado nada de eso.

—Tu madre quiere protegerte, Serafina. No desea que te enzarces en batallas que no puedes ganar. Ella pensó que estarías sana y salva tras las paredes de Biltmore. Pero ahora sabemos que Biltmore también está condenado. No podemos ganar esta guerra.

—Pero ¿quién es, Waysa? —insistió Serafina—. ¿Quién es el viejo del bosque? ¿Y quién es ese tal señor Grathan? ¿Es el otro hechicero del que hablabas? ¿O uno de sus demonios?

—No sé qué nombres o formas adoptarán él y sus aliados en esta ocasión —reconoció Waysa—, pero sé que el hechicero ha vuelto. Y que asesinará a cualquiera que se enfrente a él. Tu madre siempre ha defendido su territorio con ferocidad, es verdad, pero sabía que, por peligroso que fuese, debía dejar atrás esta zona, debía alejarse lo antes posible en busca de un nuevo entorno para ella y sus cachorros. Se ha internado en el corazón de las montañas Smoky, está explorando bosques desconocidos, hablando con los *catamounts* de por allí con el fin de encontrar otro sitio para que vivamos todos. Encontraremos nuevos territorios en esas montañas lejanas, un ambiente alegre y libre, y lo protegeremos bien. Las grandes montañas Smoky serán el último bastión de nuestra especie, Serafina, la última patria de los supervivientes.

Serafina escuchaba el discurso de Waysa presa del estupor. Ya sabía de qué peligro estaba hablando. Conocía de primera mano los sortilegios del hechicero. Recordaba muy bien cómo se había sentido cuando los pulmones le habían dejado de funcionar. Y sabía de lo que era capaz su bastón de poder. Pero, por muy tentadora que fuera la idea de partir con Waysa y los cachorros para reunirse con su madre en unas montañas lejanas, el camino que señalaba era igual que la ciudad del valle, al tren marchando por la ladera o a los lobos que recorrían la sierra con rumbo a picos distantes. Por más que un millón de caminos se perfilaran ante ella, el corazón le decía que no los siguiera. Quería volver con su padre y con Braeden, con Essie y los señores Vanderbilt. Biltmore era su hogar. Si de verdad el viejo del bosque sabía cómo arrebatarle el aliento y controlar a los animales, podía causar un daño ilimitado: obligar a Cedric a volverse en contra de Braeden, matar al señor Vanderbilt con el mordisco de un lobo. Su espía, el señor Grathan, ya se las había arreglado para colarse en la casa como una rata por la cloaca. Puede que fuera Grathan quien

poseyese el bastón de poder del que hablaba Waysa, igual que el señor Thorne poseía la capa negra. Serafina no sabía con seguridad qué se proponían, pero tenía que detenerlos.

—Hay que discurrir un modo de parales los pies, como sea —declaró con vehemencia—. No les daré la espalda a los habitantes de Biltmore.

—Serafina, has presenciado sus sortilegios, has visto sus demonios —arguyó Waysa—. No podemos luchar contra eso. Mi hermana dejó de respirar ante mis propios ojos, mientras intentaba decirme adiós. Vente conmigo y con los cachorros a buscar a tu madre. Subiremos a las montañas Smoky y estaremos a salvo allí. Los bosques, valles y ríos abarcan cientos de kilómetros.

—Lo siento, Waysa —dijo Serafina, negando con la cabeza—. Tengo que volver.

—Pero los habitantes de Biltmore piensan que no pintas nada allí, me lo dijiste —alegó Waysa—. Me dijiste que te habías escapado. Eres una *catamount*, Serafina. Ahora nos tienes a nosotros. ¡Ya no los necesitas!

Las palabras de Waysa le partieron el corazón, pero Serafina procuró no escucharlas. No podía escucharlas. Se arrodilló y abrazó a sus hermanitos.

—Marchaos sin mí —le pidió a Waysa—. Cuida de los cachorros. Sigue los pasos de mi madre como tenías previsto.

—Serafina —insistió él en tono firme—, ¡no los necesitas!

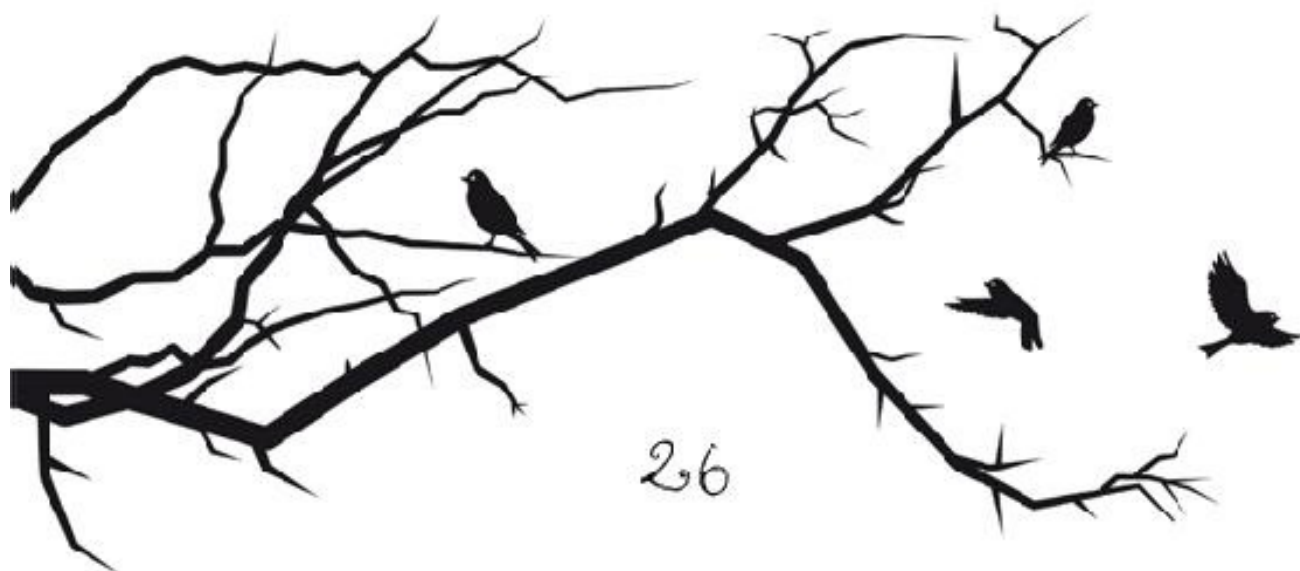
Serafina notó cómo la emoción la inundaba, casi demasiada para soportarla. Se levantó y abrazó a Waysa. Lo estrechó con fuerza un buen rato. Y luego lo soltó, consciente de que tal vez fuera la última vez que lo viera.

—Es que sí los necesito —respondió—. Y, por encima de todo, ellos me necesitan a mí.

Miró a su compañero una última vez antes de dar media vuelta y echar a andar hacia Biltmore.

—¡No podrás salvar Biltmore tú sola! —le gritó Waysa según ella se internaba en la maleza.

—No estaré sola —respondió Serafina.



En los instantes previos al alba, Serafina recorría con sigilo las penumbras del bosque que rodeaba Biltmore. En el lento tránsito de la oscuridad a la luz, no soplaba brisa alguna y nada se dejaba oír, tan solo la quietud del aire y el aliento de la tierra. La niebla flotaba como jirones de nubes grises entre las ramas de los árboles. Serafina estaba deseando tomar el camino que llevaba a la casa. Pero entonces divisó la turbia silueta de algo que parecía una figura envuelta en una túnica y encapuchada. Se agachó y, forzando la vista para ver entre la niebla, trató de distinguir lo que estaba viendo. ¿Había llegado tarde? ¿Acaso el hechicero ya estaba allí?

Era un hombre de barba gris, pertrechado con un bastón, que se desplazaba despacio entre los árboles. Según la observaba, la silueta entraba y salía de la niebla, desapareciendo durante varios segundos para luego reaparecer en otra parte. ¿Sería el viejo del bosque? Entonces lo vio clavar el bastón en la tierra, extraer algo pequeño del zurrón que llevaba, arrodillarse y enterrarlo.

Cuando se acercó a hurtadillas, Serafina descubrió que no vestía una túnica, como le había parecido, sino un abrigo ligero que lo protegía del frío de la mañana. Se trataba del anciano forastero que viera entrando en el bosque con el señor Vanderbilt. Y también estaba con los demás invitados la noche que Serafina escapó.

Lo observó, haciendo esfuerzos por deducir lo que estaba haciendo. El hombre caminó otros seis metros, miró a un lado y a otro y, como si tomara una decisión, se agachó de nuevo. Serafina tardó un ratito en darse cuenta de que eso que sacaba del zurrón eran bellotas. Estaba plantando árboles.

Los recuerdos inundaron su mente como agua contenida durante años por una presa. El hombre no era un desconocido, ni por asomo. Lo había visto en la infancia. Se llamaba Frederick Law Olmsted y era el arquitecto paisajista que había diseñado los jardines de la Casa Biltmore, uno de los mejores amigos y más apreciados mentores del señor Vanderbilt. Biltmore fue su último y más ambicioso proyecto

antes de retirarse. Serafina intentó recordar cuándo lo había visto por última vez. ¿Hacía tres años? ¿Cuatro? El señor Olmsted parecía mucho más viejo de lo que recordaba, su cuerpo más frágil, como si hubiera sufrido algún percance en el tiempo transcurrido.

Cuando Serafina apenas empezaba a merodear por la finca, había visto al señor Olmsted dirigiendo a los cientos de hombres que plantaban los jardines y los terrenos diseñados por el arquitecto. Otras veces, en cambio, en momentos de calma como este, lo veía caminando a solas con su nudoso bordón en la mano y su zurrón en bandolera, convencido de que nadie lo observaba. En esas ocasiones deambulaba por los campos y las florestas plantando un árbol tras otro, y luego otro más, como si proyectase el futuro mismo del bosque. Observándolo, Serafina tenía la sensación de que el hombre visualizaba el aspecto que tendría el terreno dentro de cien años. Y si bien era un hombre famoso que operaba a gran escala con cientos de trabajadores a su cargo, a veces, en secreto, aún disfrutaba plantando ciertas semillas y pimpollos en persona, como para tocar la tierra por el gusto de hacerlo. Una pacana aquí. Un rododendro allá. De algún modo, veía el futuro.

Ahora, años después, viendo cómo el joven bosque del señor Olmsted florecía por doquier, resultaba difícil de imaginar, pero cuando el señor Vanderbilt y el paisajista llegaron a la zona por primera vez, buena parte de los árboles habían sido talados, las granjas estaban echadas a perder y el terreno era poco más que eso que el padre de Serafina llamaba un *secarral*: una tierra baldía y desolada. El padre de Serafina le contó que fueron el señor Olmsted y el señor Vanderbilt los que decidieron cambiar las cosas.

Según el señor Olmsted avanzaba por el bosque, Serafina comprendió que debía dirigirse a la explanada del Ocupante, una de las pocas zonas de la propiedad que todavía no albergaban jardín, granja o bosque alguno. Le aliviaba descubrir que el anciano merodeador no era otro que el señor Olmsted, pero se preguntó a cuento de qué había regresado a Biltmore después de tantos años. ¿Y qué podía ser tan urgente para que un hombre tan tranquilo como él se levantase antes del alba?

Dejando al señor Olmsted atrás, Serafina se internó en silencio en las sombras de los jardines de Biltmore, más allá del estanque, siguiendo el sendero de las azaleas hasta el invernadero, cuyos miles de cristales empañados brillaban a la luz de las últimas estrellas. Recordó que una vez, cuando tenía ocho años, su padre había acudido al invernadero a reparar la caldera y ella se había divertido jugando a que era un jaguar en la selva de Sudamérica, acechando entre las plantas exóticas.

Según recorría los sinuosos caminos que se entrecruzaban por el jardín de arbustos, Serafina aspiró la flor invernal del jazmín de Carolina. Como llegaba con el frío, acompañada de una explosión de acebo y muérdago en los bosques circundantes, la flor amarilla de ese jazmín siempre le había recordado que la Navidad estaba al caer. Pero ahora mismo no era el momento de pensar en el amable señor Olmsted ni en el muérdago ni en la Navidad, se reprendió al darse cuenta de que estaba

divagando. Biltmore pasaría a la historia si no detenía al señor Grathan y las fuerzas oscuras con las que se había topado en el bosque.

Gateó por el conducto de aire que iba a dar a los cimientos traseros del caserón y entró por la rejilla metálica. Después de varias noches ausente, los pasillos oscuros, silenciosos y sellados del sótano se le antojaron sumamente acogedores. El aroma de las tartas, las cálidas sábanas de la lavandería y todas las sensaciones que la habían rodeado desde la infancia desataron un remolino de agradables recuerdos en su corazón.

Se encaminó al taller y, pasando junto a los bancos y las herramientas, llegó a los estantes del material, donde encontró a su padre durmiendo en su jergón entre suaves ronquidos. Serafina consideró la idea de echarse en su propia cama, pero no lo hizo. Sin hacer el menor ruido ni molestarlo lo más mínimo, se acurrucó junto a su padre. Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de estar en casa. No lo despertó, porque todavía se avergonzaba del incidente que había provocado su huida. No sabía cómo reaccionaría él cuando despertase. Pero estaba segura de que, aun dormido, notaba su presencia de algún modo, acurrucada a su lado, y sabía que Serafina seguía viva, acechando entre las sombras de la casa y el bosque, y que aún lo quería con todo su corazón.

Cuando el padre de Serafina abrió los ojos, se incorporó en el jergón y la miró como para asegurarse de que no estaba soñando.

—Papá... —dijo ella en tono bajo.

Él la rodeó con los brazos, la estrechó contra su ancho pecho y la hizo volar por la habitación como si quisiera retenerla y no soltarla nunca.

—Estaba muy preocupado por ti —le dijo en un tono empapado de alivio.

Con el corazón a punto de estallar de alegría, Serafina supo que por fin estaba en casa.

Cuando volvieron a sentarse, Serafina le contó a su padre los incidentes que la habían impulsado a marcharse y le aseguró que nunca tuvo intención de hacer daño a nadie. Y su padre, mientras preparaba el desayuno, le soltó un pequeño sermón.

—Cuando ocurre una desgracia, Sera, por muy penosa y horrible que sea, no está bien salir corriendo —le dijo—. Te vienes a casa, hija. Acudes a mí y hablamos de ello, sea lo que sea. Para eso está la familia. ¿Lo entiendes?

Ella asintió. Sabía que su padre tenía razón.

—Lo entiendo, papá.

Mientras desayunaban, los pensamientos de Serafina se tornaron más sombríos.

—Cuéntame lo que ha pasado por aquí, papá. ¿Todo el mundo está bien? ¿Cómo está Braeden?

El padre sacudió la cabeza.

—Me temo que el chico lo está pasando mal.

—¿Ha muerto Gidean? —preguntó ella con voz temblorosa.

—El perro estaba tan malherido que ni el veterinario pudo ayudarlo. No sé si al

final decidieron poner fin a su sufrimiento.

Serafina notó un cosquilleo ardiente en las mejillas. Apretó los labios con fuerza para que no se le saltaran las lágrimas. Inspiró y se tapó el rostro con las manos. Al cabo de varios segundos, intentó seguir hablando.

—¿Todos los demás están bien?

—No, tengo que darte otra mala noticia —respondió él—. Por desgracia, el capataz de las caballerizas, el señor Rinaldi, murió mientras estabas fuera.

—¿Qué le pasó? —quiso saber Serafina—. ¿Se puso enfermo?

Su padre negó con la cabeza como si aún no diera crédito.

—Un caballo lo mató de una coz.

Serafina lo miró asustada.

—¿Fue uno de los sementales?

—No sé qué caballo lo hizo, pero maldita la hora. La casa entera estaba desolada.

—Pobre señor Rinaldi —se lamentó Serafina.

—Aparte de eso, han llegado más invitados para la fiesta de Navidad y el señor Vanderbilt ha estado muy ocupado.

—¿Y qué me dices de la señora Vanderbilt? ¿Ya se encuentra mejor?

—De vez en cuando se levanta y va de acá para allá, pero otras veces no la veo en todo el día.

—¿Y el detective Grathan sigue aquí? —preguntó Serafina.

—Ayer mismo estuvo preguntando por ti —la informó su padre.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que habías ahuecado el ala y que no sabía dónde estabas. La verdad.

—Bien —aprobó Serafina. Era la mejor respuesta posible. Cuando menos supiera Grathan de ella, mejor—. Diga lo que diga y haga lo que haga, no confíes en ese hombre, papá.

Miró a un lado y a otro para averiguar qué ocupaba a su padre ahora mismo.

—¿Pudiste arreglar los engranajes del ascensor como querías?

El padre de Serafina asintió con expresión satisfecha.

—Les hice un buen apaño y ahora funcionan como la seda, tal como yo esperaba. Pero tus alimañas han estado haciendo de las suyas otra vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Serafina, sin saber a qué se refería.

El hombre se acercó a un banco y le enseñó una maraña de cable recubierto de un material negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Serafina, acercándose a su padre.

—La casa está protegida por un sistema de alarma contra incendios que va conectado a un mecanismo central mediante estos cables, pero echa un vistazo...

Al principio, Serafina pensó que le estaba enseñando un cable cortado con unas tijeras, pero cuando se fijó mejor descubrió minúsculas marcas de dientes. Los cables estaban mordidos.

—Supongo que cuando tú no estás las ratas se divierten —dijo el padre de

Serafina—. Esas malditas alimañas royeron el aislante y luego mordieron el núcleo de cobre. Nunca había visto nada parecido. Si no me hubiera dado cuenta y lo hubiera reparado, todo el sistema se habría ido a paseo. Imagínate si se llega a declarar un incendio. Se habría propagado antes de que pudiéramos apagarlo. Y lo que es peor, la gente no habría tenido tiempo de abandonar la casa.

—Esas ratas me las pagarán, papá —prometió Serafina, furiosa al saber que las ratas habían vuelto aprovechando su breve ausencia.

Según su padre y ella se ponían al día, comprendió que había sido una tonta al no atreverse a acudir a él desde el principio. El hombre no le guardaba ningún rencor, no le hizo el menor reproche, no expresó nada salvo amor y preocupación por su hija.

—Estos días sin ti se me han hecho muy largos —comentó él, como si le leyera el pensamiento—. ¿Dónde has estado?

—He subido a las montañas Negras —respondió Serafina.

—¿A las Negras? —se sorprendió él—. Hay un buen trecho hasta esos peñascos. Seguro que hace un frío que pela en esta época del año.

—No tanto —lo tranquilizó ella—. ¿El comisario McNamee y sus hombres inspeccionaron por fin el bosque para pescar al furtivo?

El padre asintió.

—Fueron y volvieron con las manos vacías, pero encontraron montones de rastros por allí.

—Se avecina algo malo, papá —le soltó Serafina.

—¿De qué hablas? —le preguntó él, mirándola con gravedad. En otro tiempo, el padre de Serafina no prestaba atención a sus historias, pero esa época había quedado atrás.

No obstante, según el hombre le planteaba la pregunta, Serafina comprendió que le iba a costar horrores explicarle lo que había descubierto.

—Vi algo muy desagradable en el bosque y viene hacia aquí —explicó—. Ten cuidado, papá. Y si ves algo que te escama, dímelo, ¿de acuerdo?

El hombre la escudriñó sin pestañear, largo y tendido. La respuesta de su hija no le gustaba ni una pizca. De repente Serafina contaba con toda su atención.

—Hablas como si hubieras visto un espíritu o algo parecido —observó él con voz queda.

—Lo vi, papá —le aseguró ella—. Lo vi.

No quería decir que hubiera visto literalmente un fantasma, pero no se le ocurría otro modo de expresarlo mejor. Hombre, espectro, demonio, espíritu... No tenía ni idea de qué era en realidad, pero sabía que no tardaría en llegar. Y Grathan se les había colado en sus mismas narices. Antes que nada debía recuperar como fuera la confianza de Braeden, contarle lo que había descubierto y urdir un plan de ataque. Le entraban todos los males cada vez que trataba de discurrir lo que le diría a Braeden sobre el incidente con Gidean, pero tenía que hablar con él.

Cuando oyeron que los criados empezaban a trastear por el vestíbulo, padre e hija

comprendieron que había llegado el momento de dar por comenzada la jornada.

Serafina se despidió de su padre y se encaminó al pasillo.

Al pasar por la puerta abierta de los baños del servicio, vio su propio reflejo en el espejito de encima del lavamanos. Apenas si echó un vistazo al pasar, pero se detuvo, retrocedió y volvió a mirarse, sorprendida.

Habida cuenta de que no había parado un momento mientras estaba fuera, no le extrañaba que el vestido que Essie le había prestado estuviera hecho un andrajo. Tendría que ofrecerle disculpas y remplazarlo como pudiera. Y también descubrió en su cara una horrible colección de cortes y arañazos a juego con la brutal cicatriz que llevaba en el cuello, la misma que le había dejado la herida sufrida dos semanas atrás. No tenía buen aspecto. Pero lo que de verdad la asustó fueron los ojos. Los ojos de Serafina habían mostrado toda la vida un suave tono ámbar, casi dorado, pero ahora parecían haber mudado en un amarillo intenso. Frunció el ceño y rugió bajito con impotencia. Por lo que parecía, ya no tenía una pinta rara sin más. Ahora estaba francamente horrorosa.

Subió las escaleras que llevaban a la planta principal, se coló por una compuerta de la calefacción y trepó por un conducto vertical hasta el segundo piso. Gatear por el hueco de ventilación hacia el dormitorio de Braeden le trajo a la mente las aventuras que habían vivido los dos hacía unas semanas. Llegó a la compuerta que daba a la habitación de su amigo y observó el dormitorio a través de la rejilla decorativa que había debajo del escritorio.

Una sensación cálida se extendió por su corazón cuando descubrió que Braeden estaba en su dormitorio. Se moría por empujar la rejilla y charlar con él, explicar lo que había pasado, tratar de convencerlo otra vez de que nunca tuvo intención de lastimar a Gidean. Pero entonces vio algo que la dejó de una pieza. Gidean estaba tendido en el suelo junto a Braeden. ¡Estaba vivo! Serafina no se lo explicaba, pero experimentó una alegría y un alivio infinitos. Gidean yacía sobre un lecho de almohadas que Braeden había dispuesto para él, con los ojos cerrados según su dueño le acariciaba la cabeza. Saltaba a la vista que estaba gravemente herido, pero ¡había sobrevivido!

—Estoy contigo, amigo —le decía Braeden a su perro al mismo tiempo que le palpaba las orejas.

A Serafina se le saltaron las lágrimas. Se alejó de la rejilla a toda prisa y desanduvo un par de metros. Sentada a solas en la oscuridad, se abrazó las rodillas contra el pecho y escondió la cara. Si seguía mirando a Braeden y a Gidean, empezaría a llorar a lágrima viva, de tristeza, sí, pero sobre todo de alivio al ver que seguía vivo, y nadie quiere oír sollozos procedentes del conducto de la calefacción.

Serafina oyó el leve rumor de unos pasos que se acercaban. Gateó hasta la siguiente salida de aire, que daba al pasillo.

Quienquiera que fuese se había detenido. Estaba plantado junto a la puerta de Braeden. ¿Qué hacía?

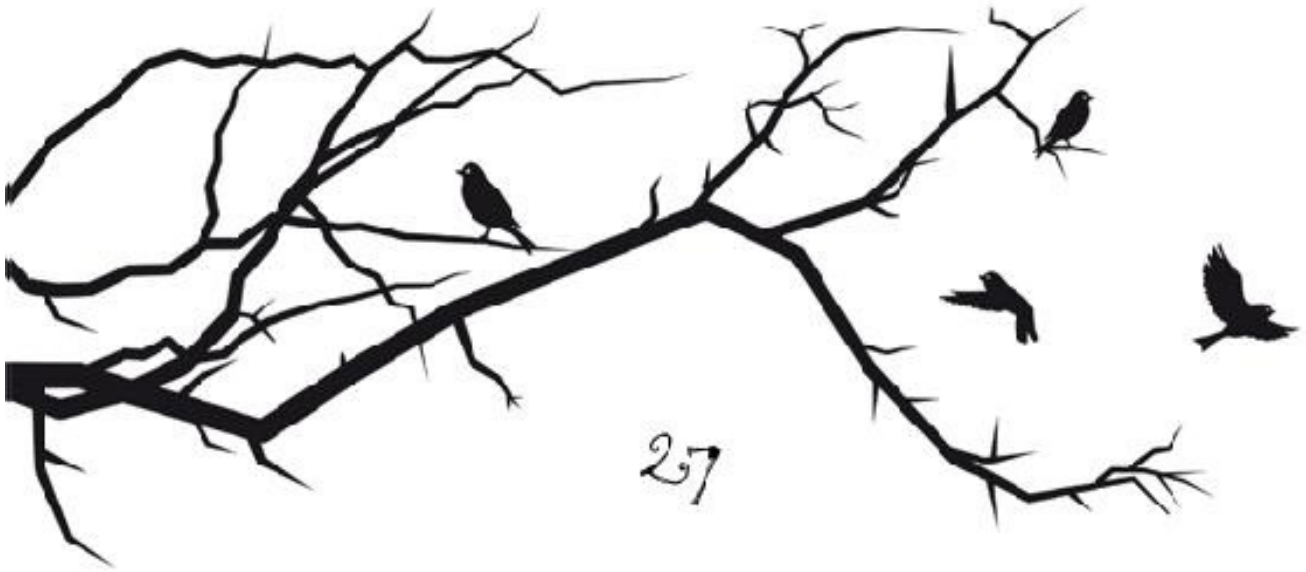
Serafina veía unos zapatos y unos pantalones, pero no distinguía el rostro desde ahí abajo. Sabía que no se trataba del señor Vanderbilt, porque conocía de sobra sus zapatos. Se pegó al suelo e intentó mirar hacia arriba. Desde esa nueva posición, vio que el hombre empuñaba un bastón en forma de espiral con la empuñadura curvada, de cuerno, y atisbó unas greñas largas de color rata.

De golpe y porrazo, la agobiaba la estrechez del conducto, el polvoriento aire que entraba y salía de sus pulmones. Intentó mantener la calma, pero cuanto más tiempo pasaba allí, esperando y observando, más le costaba respirar.

Supuso que el hombre llamaría a la puerta, pero no lo hizo.

En vez de eso, se encorvó hacia delante, pegó la oreja a la puerta y escuchó.

La rata estaba espiando a Braeden.



Serafina vigilaba. El corazón le latía fuerte y acompasado, como si marcara el paso del tiempo. Cuando Braeden salió de su habitación, el espía se retiró a las sombras de un nicho para que no lo viera.

Conteniendo una exclamación, Serafina se preparó para abrir la rejilla de un empujón e intervenir, pero el hombre permaneció escondido mientras Braeden se alejaba. No lo atacó.

Estupefacta, atisbó a Gidean caminando junto a Braeden. El perro se movía despacio, con tiento, pero andaba por sus propios medios. Serafina no se lo podía creer. ¿Cómo era posible? Tan solo se había ausentado unos días. ¿En qué cabeza cabía que los huesos se le hubieran soldado tan deprisa?

El espía aguardó a que Braeden se hubiera marchado y entonces se coló en su cuarto con sumo sigilo.

Rata asquerosa, pensó Serafina según gateaba hacia la otra compuerta para observarlo.

El intruso revisó deprisa y corriendo el escritorio de Braeden. Luego examinó los cajones de la cómoda. Serafina temía que abriese la rejilla y la encontrara allí, o quizás la oyera respirar, pero tenía que quedarse para saber qué tramaba. Cuando el hombre se agachó para mirar dejado de la cama, Serafina vio media cara marcada. Tal como sospechaba, se trataba de Grathan.

El miedo le anudó el estómago.

¿Por qué hurgaba entre las pertenencias de Braeden? ¿De verdad buscaba pruebas del asesinato del señor Thorne? ¿O acaso perseguía pistas sobre el paradero de la capa negra?

¿Estaría Braeden vinculado con todo aquello de algún modo que Serafina desconocía?

Grathan encontró un pequeño mapa de rutas a caballo que Braeden había estado

confeccionando, pero nada más. Parecía frustrado. Cuando por fin abandonó el dormitorio del chico, Serafina soltó un suspiro de alivio, pero no se relajó.

Bajó por el cañón de ventilación a la planta principal y, mirando por otra rejilla, avistó a Gideon tendido al sol matutino en el vestíbulo de entrada, junto al enorme san bernardo del amo, Cedric. Eso significaba que Braeden no andaba lejos. Pero reunirse con él sin que nadie reparase en su presencia no iba a ser tarea fácil.

Muchos de los elegantes invitados habían salido a dar un paseo. Los criados trajinaban arriba y abajo, atendiendo a sus abundantes deberes. Parientes y más parientes de los Vanderbilt seguían llegando de Nueva York a pasar las vacaciones en la casa. Serafina correteaba de un escondrijo a otro, esquivando a un grupo de doncellas por aquí, sorteando a una pareja de lacayos por allá. Vio a un criado con la mano vendada, el mismo al que había mordido hacía unos días.

Por la tarde, reinaba tal ajeteo en la casa que tuvo que refugiarse en el armario de debajo de la escalera del segundo piso, en el extremo meridional. Cuando oyó decir a dos camareras que el joven amo había salido a la terraza, corrió a buscarlo.

Saliendo con sumo sigilo por una puerta lateral, Serafina correteó junto a las columnas de la fachada, por debajo de los extraños seres tallados en los capiteles y de las gárgolas que asomaban por el borde del tejado. Pocas personas reparaban en esas figuras, pero a Serafina siempre le había fascinado la mezcla de esculturas góticas que decoraba la casa: extraños dragones y quimeras, caballitos de mar y serpientes marinas, hombres barbudos y bestias de grandes colmillos, quiméricas muchachas aladas, misteriosas figuras encapuchadas y un centenar de otros seres imaginarios. Siempre se había preguntado en qué se habrían inspirado los artistas.

Bajando las escaleras en cuatro saltos, alcanzó la larga pérgola envuelta en glicina que rodeaba la terraza sur, un patio abierto y cubierto de hierba con pintorescas vistas del valle fluvial sobre un fondo de montañas. Braeden y *lady* Rowena estaban solos, mirando el paisaje. Hasta entonces, Serafina acariciaba la esperanza de que el padre de *lady* Rowena hubiera llegado por fin y se la hubiera llevado, pero eso, obviamente, no había pasado.

Serafina estaba deseando hablar con Braeden, advertirle de lo que había descubierto en las montañas, pero no podía hacerlo estando allí *lady* Rowena. Corrió a lo largo de la pérgola, subió los peldaños del otro lado y se asomó a la terraza con cuidado.

Lady Rowena lucía un vestido de paseo color azul pavo real con una recargada solapa triple, escote de encaje negro y un cuello que asomaba por la zona de la nuca, como sujetándole la abundante melena roja. Llevaba una sombrilla a juego, abierta y apoyada en el hombro con indolencia. A Serafina le recordaba a las chicas que aparecían en las ilustraciones de las revistas femeninas. Por lo que parecía, *lady* Rowena contaba con un modelito para cada ocasión y momento del día.

Sin embargo, encontrar a Braeden y a Rowena juntos no fue lo que más le chocó. A Serafina le llamó la atención la enorme ave de presa que Braeden llevaba agarrada

al guante de la mano izquierda. *Debe de ser Kess, el halcón peregrino del ala rota.*

Kess era un ave de sobrecogedora belleza, con las alas y el lomo de un azul grisáceo y el pecho claro moteado en negro. Tenía la garganta de un blanco prístino, pero casi toda la cabeza era negra, igual que si portara casco y lentes, lista para una batalla aérea. Sin embargo, lo que más cautivó a Serafina fueron las largas garras, negras y curvadas, perfectas para caer sobre su presa desde arriba.

—Tiene un aspecto un tanto amenazador, ¿no? —comentó *lady Rowena*.

Cuando Serafina la oyó criticar a un ave de presa tan hermosa, tuvo que hacer esfuerzos para mantener la calma. Le entraron ganas de gritar: *¡Es la tontería más grande que he oído en mi vida!*, pero estaba segura de que, si lo hacía, uno de los dos al menos adivinaría quién los estaba espiando entre los arbustos.

—A mí me parece preciosa —replicó Braeden con tranquilidad.

El tono del chico llamó la atención de Serafina. No parecía enfadado o molesto, como ella esperaba. En todo caso, parecía un poco ausente, igual que si tuviera otras cosas en la cabeza. Con esfuerzo, volvió en sí y se concentró en el presente.

—Bueno —dijo—. Veamos qué puede hacer hoy...

Braeden le había dicho a Serafina que el halcón nunca volvería a volar. Le pareció un gesto muy dulce por parte de Braeden sacar a Kess al aire libre para que pudiera disfrutar de las vistas y recordar tiempos mejores. Sin embargo, Serafina observó sorprendida cómo Braeden bajaba el brazo para que el halcón se alejara. Y Kess hizo algo más que volar; aleteó con la brisa y luego planeó entre gritos de pura dicha. Serafina veía la sonrisa de Braeden, que señaló el pájaro y luego, emocionado, le explicó a *lady Rowena* las diferencias entre halcones y gavilanes. El vuelo de Kess lo había puesto de buen humor.

El peregrino, en el aire, exhibía unas alas largas y puntiagudas que lo impulsaban por el cielo y una larga cola que usaba como timón y freno. Serafina notó que el ala de Kess seguía resentida, pero el pájaro parecía feliz de surcar el firmamento, aunque solo fuera un ratito. Serafina, sin embargo, no se lo explicaba. ¿En qué cabeza cabía que Braeden le hubiera curado el ala si no tenía arreglo?

Lady Rowena observaba el vuelo del halcón en silencio, como si nada de lo que veía la impresionara. A Serafina le entraron más ganas que nunca de arañarle los ojos. Pero entonces sucedió algo extraordinario. Un zorro rojo remontó los peldaños a toda prisa, pasó junto a Serafina y trotó por la terraza sur hacia Braeden y *lady Rowena*. El zorro poseía un preciso pelaje rojo y plata, las patas negras, el vientre blanco y una cola larga y poblada. Caminaba con las orejas levantadas, el hocico alerta y los ojos atentos.

Cuando vio al zorro aproximarse hacia ellos, *lady Rowena* gritó:

—¡Un animal!

El zorro, sobresaltado, se detuvo de golpe y se sentó a pocos metros de ellos, como si lamentara haber asustado a la chica del vestido elegante.

Braeden se acuclilló mirando al zorro.

—Ven aquí, chiquitín. No te haremos daño —le dijo, alargando la mano—. Te puedes quedar con nosotros. ¿Qué tal está tu patita?

El zorro caminó hasta Braeden y se sentó a sus pies.

Serafina observaba la escena estupefacta. Una cosa es ser amigo de un perro o un caballo, pero ¿cómo era posible que Braeden hubiera trabado amistad con un zorro salvaje?

Todavía agachada, se arrastró unos pasos más para ver mejor la escena.

El halcón planeaba en el firmamento, más allá del muro a cuyo abrigo se encontraban Braeden y *lady Rowena*. Cuando el muchacho silbó, el pájaro inclinó el ala y lo miró.

Braeden sonrió.

—¿Lo has visto? ¿Has visto cómo se ha vuelto a mirarnos? ¡Está encantada de la vida!

—Bueno, lo reconozco, al bicho ese le caes bien —concedió *lady Rowena* con una sonrisa, participando por fin del entusiasmo de Braeden según contemplaba el vuelo del ave.

—Es una chica —la corrigió Braeden con delicadeza—. Se llama Kess.

Parecía ansioso por compartir con *lady Rowena* su amor por los animales, por cambiar su percepción de los mismos, como si se hiciera cargo de que una chica de ciudad no podía entenderlos tan bien como él. *Braeden demostraba mucha más paciencia de la que ella tendría con la muchacha inglesa*, pensó Serafina.

—¿Le puedes pedir que haga lo que tú quieras? —preguntó *lady Rowena*—. ¿Obedece tus órdenes?

—No —respondió Braeden—. Es mi amiga. Yo la cuido y ella cuida de mí.

—Ya veo —musitó ella con aire pensativo a la vez que alzaba la vista hacia el pájaro. De súbito, el tema despertaba su interés. Se dio media vuelta para señalar los tejados de la casa—. ¿Le puedes pedir que mate a una de esas palomas?

—En realidad son torcaces, no palomas —aclaró Braeden, pero se volvió a mirar los pájaros y luego al halcón otra vez—. Supongo —dijo en tono poco convencido—, pero no quiero que fuerce el ala. Y no creo que tenga hambre. Esta tarde le he dado de comer pollo *à la crème* y le ha gustado mucho.

Serafina sonrió. Típico de Braeden. Robar platos de *gourmet* en las narices el cocinero francés para alimentar a sus animales. Cuando su propio estómago gruñó, Serafina se percató de que no le importaría hincar el diente a ese pollo a la no sé qué.

—Entonces no sabe hacer nada útil —observó *lady Rowena*—. No le has enseñado ningún truco.

Braeden se arrodilló despacio y acarició la cabeza y las orejas del zorro. Las palabras de la chica le habían tocado la fibra sensible al fin.

—Tengo una idea —dijo, y volvió a levantarse—. Probaremos una cosa...

Se alejó unos pasos y recogió un palo del suelo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —se extrañó *lady Rowena*.

—El ala de Kess aún no se ha curado del todo, pero a lo mejor le apetece jugar un poco.

Braeden arrojó el palo al cielo y a continuación lanzó un prolongado silbido.

La llamada y el palo que giraba en el aire captaron la atención del halcón al instante. Se inclinó, recogió las alas y dobló la cola y las patas. Se zambulló en picado a toda velocidad y, en el último instante, abrió las alas, sacó las garras y atrapó el palo.

—¡Lo tiene! —exclamó Braeden.

El corazón de Serafina brincó de alegría al ver al pájaro en acción.

—Vaya, qué hábil —comentó *lady* Rowena.

Incluso doña repipi está impresionada, pensó Serafina con una sonrisa.

Pero entonces el halcón planeó hacia la cabeza de *lady* Rowena.

—¿Qué hace? —preguntó ella al tiempo que se encogía y se protegía con la sombrilla—. ¿Por qué vuela hacia mí? ¡Dile que pare!

Kess pasó volando sobre la cabeza de la chica y le tiró el palo encima.

—¡Socorro! ¡Me está atacando! —chilló *lady* Rowena cuando la inofensiva ramilla rebotó en la sombrilla para caer luego al suelo. El zorro echó a correr, lo agarró con los dientes y trotó hacia Braeden como si quisiera participar en el juego.

—Solo quieren jugar contigo —tranquilizó el chico a la inglesa.

Arrodillándose para acariciar al zorro, alzó la vista hacia el halcón.

—Es un pájaro maravilloso —comentó. Serafina percibió el tono de admiración de su voz, y tal vez cierta tristeza—. Cuando el ala se le haya curado del todo, podrá volar largas distancias y migrará a Sudamérica. ¿Te imaginas que pudieras volar a las selvas de Perú?

—Bueno, a decir verdad, sería una pena dejarlo partir después de todo el trabajo que has invertido —observó *lady* Rowena—. Yo en tu lugar no lo soltaría. Podrías atarlo a una rama con una cuerda. Así no se marcharía.

—Si la atara con una cuerda, no podría volar —objetó Braeden, horrorizado ante la idea.

—Pues con un cordel o un alambre, algo que lo mantuviera a raya. Yo creo que un alambre funcionaría.

Mientras Serafina se indignaba ante la horrible sugerencia de *lady* Rowena, Braeden llamó al pájaro con una especie de canto tirolés.

El halcón dio media vuelta y voló hacia él.

—¡Cuidado! —gritó *lady* Rowena.

El ave aterrizó limpiamente en el brazo de Braeden.

—Kess es mi amiga —explicó él—. La amistad es más poderosa que el alambre más fuerte del mundo.

Cuando el zorro salió trotando hacia el bosque y Braeden y *lady* Rowena se encaminaron a la casa, Braeden llevaba a Kess plantada en el brazo.

—¿Te apetece venir a los establos a dejar a Kess?

—Pues claro que no —replicó *lady* Rowena, arrugando la nariz.

—Acompáñame —insistió Braeden—. Te enseñaré la caseta que le hemos construido.

—Yo no entro en establos de ninguna clase. Se me ensuciaría la ropa —replicó *lady* Rowena con arrogancia—. Subiré a mi habitación y me cambiaré de atuendo para el paseo.

Dicho eso, *lady* Rowena dejó plantado a Braeden y entró en la casa.

Serafina siguió a su amigo, que ahora se encaminaba a los establos. Tenía la esperanza de poder charlar con él a solas. Sin embargo, según se aproximaba a él por la espalda, notó retortijones en las tripas. ¿Qué le podía decir para que la perdonara? ¿Cómo explicarle lo sucedido? Antes de que reuniera el valor necesario para abordarlo, los mozos de cuadra salieron al encuentro del chico y Serafina perdió la ocasión.

Al poco, cuando el sol empezaba a ponerse, Braeden se reunió nuevamente con *lady* Rowena delante de la casa.

Serafina descubrió sorprendida que la inglesa se había transformado de los pies a la cabeza en un tiempo mínimo. El peinado, la ropa y los complementos eran otros. Por lo visto, salir de paseo por los jardines de la finca requería un atuendo del todo distinto al que llevaba en la terraza.

Lady Rowena lucía ahora lo que parecía un conjunto de excursión femenino comprado en alguna *boutique* de Londres. Consistía en una chaquetita de botones entallada, una falda larga y unos graciosos botines de piel. Y, por supuesto, el conjunto incluía sombrero a juego, unos pequeños prismáticos que, en teoría, servían para contemplar mejor los escenarios naturales y un bordón adornado con plumas tan elegante como inútil.

Braeden y *lady* Rowena caminaban codo con codo por los cuidados senderos de la enorme finca. Pensando en las personas refinadas como ella, el señor Olmsted había diseñado esos caminos de tal modo que tenían la impresión de encontrarte en el corazón del bosque, en plena naturaleza, pero sin los inconvenientes o las incomodidades que acarrear esas excursiones. Serafina los seguía a una distancia segura, sin saber qué hacer. Tenía que hablar con Braeden, pero allí estaba *lady* Rowena otra vez, cortándole el paso. Según recorrían un bosquecillo de abetos, robles y arces, no alcanzaba a oír lo que decían, pero parecían enfrascados en conversación.

Mientras Braeden seguía charlando con *lady* Rowena, Serafina notó un cosquilleo que le subía por la espalda. Al principio lo atribuyó al petulante acento de *lady* Rowena o al cargante ángulo de su sofisticadísimo sombrero, pero poco a poco se dio cuenta de que se trataba de algo mucho más inquietante.

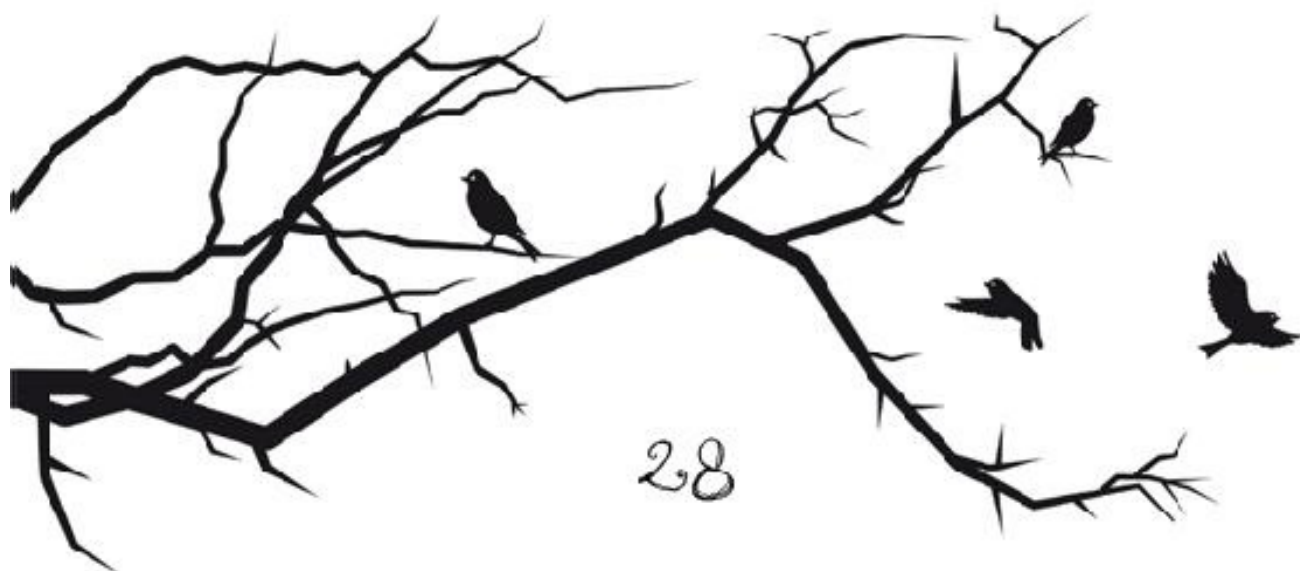
Serafina escudriñó el bosque. Avistó una silueta oscura entre las ramas más altas de un árbol cercano. La imagen le anudó la garganta. Se quedó quieta como una estatua, sin atreverse a dar ni un paso por miedo a ser vista. La figura estaba hundida entre las ramas y no podía verla bien, pero, a juzgar por la forma, debía de ser una

lechuza o algún otro pájaro grande. No podía distinguir los colores ni los detalles del animal, aunque tenía la cabeza redonda y carecía de plumas sobre los oídos. Ciertamente que las lechuzas acostumbran a dormir de día, pero empezaba a anochecer y esta parecía estar allí encaramada, en la cúpula de los árboles, contemplando en silencio el paseo de Braeden y Rowena por el bosque de debajo.

Serafina decidió que no podía esperar más. Con Rowena o sin ella, tenía que hablar con Braeden.

Según se incorporaba para acercarse a él, recordó a su amigo de rodillas, llorando desconsoladamente sobre un charco de sangre junto a Gideon, y a Rowena gritándole a Serafina que se largara de Biltmore. Recordó el momento en que mordió al lacayo y luego huyó avergonzada. Notó un calor sofocante en las mejillas y le flaquearon las piernas. Pero hizo de tripas corazón y, saliendo de entre los arbustos, se acercó a la pareja por detrás y habló.

—Braeden, soy yo...



—Serafina... —dijo Braeden en un tono suave. No avanzó hacia ella ni dijo nada más. Se comportaba igual que si se hubiera topado con algún animal raro en el bosque y no quisiera asustarlo.

Ella no se movió.

—Hola, Braeden... —dijo con voz temblorosa. Esas dos sencillas palabras albergaban todas las emociones que estaba experimentando: la tristeza por el accidente de Gidean, el pesar de saber que había contribuido a ello y el miedo a la reacción de su amigo.

—Has vuelto... —musitó Braeden. Al distinguir un matiz, leve e inseguro, de sorpresa y esperanza en la voz del chico, Serafina comprendió que no la odiaba; la había echado de menos y eso era mucho más de lo que esperaba.

Asintió para hacerle saber que sí, que tenía intención de quedarse en casa.

—Siento mucho todo lo que pasó —se disculpó.

En el instante en que Braeden hizo ademán de caminar hacia ella, Serafina reparó otra vez en la presencia de *lady* Rowena, que estaba plantada detrás de él. Pensaba que la muchacha inglesa se enfadaría, que le gritaría que volviera al bosque tal vez, adonde pertenecía, pero no lo hizo. Rowena estaba pálida de miedo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con recelo—. ¿Por qué has vuelto después de todo lo que hiciste?

—Rowena —la cortó Braeden a la vez que levantaba una mano para aplacarla.

—No te queremos aquí —le espetó Rowena a Serafina.

—Rowena, basta —ordenó Braeden, y le posó una mano en el brazo—. Te equivocas. Sí que la queremos aquí.

—Gracias —le dijo Serafina a su amigo con voz queda. Sabía que no merecía la lealtad de Braeden, pero le aliviaba saber que contaba con ella—. No sé qué le pasó a Gidean. No sé por qué me atacó.

Braeden no dio muestras de haber asimilado sus palabras.

—¿Te has enterado de lo que le sucedió al señor Rinaldi? —le preguntó en cambio, con una voz temblorosa, empapada de pena y desconcierto.

—Mi padre me dijo que un caballo lo coceó. ¿Fue uno de los sementales?

—No... —respondió Braeden, y parecía tan avergonzado que Serafina sintió ganas de abrazarlo para darle consuelo—. Fue uno de mis caballos —confesó.

—No fue culpa tuya, Braeden —le aseguró Serafina.

—Pero fui yo el que los domó —insistió él, agachando la cabeza—. Jamás pensé que uno de mis caballos podría hacer algo así.

—Eso es lo que intento decirte —arguyó Serafina—. Tu caballo no tuvo la culpa. Y no fue Gidean el que me atacó. Alguien los estaba controlando.

Braeden levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Rowena se interpuso súbitamente entre ambos.

—Está hablando de brujería. ¡Intenta enredarnos!

—No intenta enredarnos —objetó Braeden.

—No me creo que quieras a esta fiera salvaje cerca de ti —insistió Rowena.

—Sí, la quiero cerca de mí —replicó él—. Es mi amiga.

—Pero ya has visto cómo se las gasta —insistió la muchacha inglesa—. ¡Muerde!

—Muchos de mis amigos lo hacen cuando los acorralan —arguyó Braeden.

Serafina sonrió. Pero Rowena guardó silencio y miró a Braeden frunciendo el ceño, sin saber a qué atenerse. Serafina notaba en la expresión de su cara que Rowena hacía esfuerzos por entender la situación. Pero ¿cómo iba a comprenderla? En Biltmore estaban sucediendo toda clase de cosas horribles e incomprensibles.

Serafina se volvió a mirarla.

—Ya sé que todo esto te debe de parecer muy raro, Rowena —concedió—. Pero yo no tenía intención de lastimar a Gidean. Nunca le haría daño, ni a Braeden ni a ningún habitante de Biltmore, incluida tú.

Rowena la miró como si empezara a asimilar lo que le decía Serafina, pero no acababa de fiarse. Miró a Braeden con aire inseguro.

—Eso que te ha dicho de los animales no puede ser verdad —argumentó—. La magia negra no existe.

—Créeme —respondió Braeden muy convencido—. A veces, sí.

—¿Me estás diciendo que la crees? —exclamó Rowena. No estaba enfadada sino verdaderamente estupefacta.

—La creo —afirmó él—. Todo encaja.

—¿Todo esto te parece lógico? —siguió preguntando ella. Sacudió la cabeza con aire de incredulidad.

—Braeden y yo ya hemos pasado por esto juntos, *lady* Rowena —apostilló Serafina—. Hemos aprendido a confiar el uno en el otro.

—Y hemos aprendido a confiar en lo que vemos, aunque desafíe a la lógica —

añadió el chico.

Rowena escrutó a Braeden.

—Pero ¿de verdad es esto lo que quieres, Braeden? ¿Tener tratos con esta zarrapastrosa?

—Sí, quiero —replicó Braeden—. Jamás debería haber dudado de su palabra. Es mi mejor amiga, Rowena, Pero eso no significa que Serafina y yo no podamos ser tus amigos también.

El desaliento se apoderó de Rowena, que dio media vuelta. Se alejó varios pasos. Por un momento, Serafina pensó que regresaría a Biltmore ella sola, aunque empezaba a caer la noche.

Sin embargo, titubeó.

A Serafina le había caído mal Rowena desde el primer instante en que la viera cabalgando con Braeden y le reventaba su manía de asustarse de aquello que no entendía. Y sin duda había sacado conclusiones tan precipitadas como equivocadas sobre Serafina. Pero al verla ahí plantada en el camino, pensó que a lo mejor Rowena era mucho más lista y dura de lo que parecía a simple vista. Puede que no fuera la única que se había precipitado en sus conclusiones. Ahora mismo, la muchacha inglesa le estaba dando vueltas a lo que acababa de oír, intentaba entender la posición en la que se encontraba.

Rowena se volvió otra vez hacia la pareja de amigos, no sin antes soltar un suspiro largo y entrecortado.

El esnobismo y el desdén que Rowena usaba como escudo acababan de resquebrajarse una pizca para mudar en otra cosa. Había en sus ojos una solemnidad que Serafina nunca había visto en ella. Era la expresión de una chica que no está dispuesta a rendirse, que está decidida a averiguar dónde encaja, cuál es su lugar. Y Serafina podía identificarse con una chica como esa.

Despacio, avanzó un paso hacia ella.

—Ya sé que tú y yo somos muy distintas —le dijo—, pero no soy tu enemiga.

Lady Rowena no respondió, pero por primera vez la veía y la escuchaba de verdad.

—Las dos hemos dicho y hecho cosas en presencia de la otra que nos podríamos haber ahorrado —prosiguió Serafina—, pero el peligro que amenaza Biltmore es más importante que todo eso. Magia negra, sortilegios oscuros, llámalo como quieras. Sea como sea, es real. Y tenemos que detenerlo.

Durante unos instantes, Rowena la observó sin pronunciar palabra. Serafina no supo adivinar si la miraba con suspicacia, recelo o miedo, o si de algún modo la había convencido. Pero entonces Rowena habló.

—Sabes —le dijo *lady* Rowena—. Eres una persona muy obstinada.

—Y tú vistes como una señoritinga —replicó Serafina—. Nadie es perfecto.

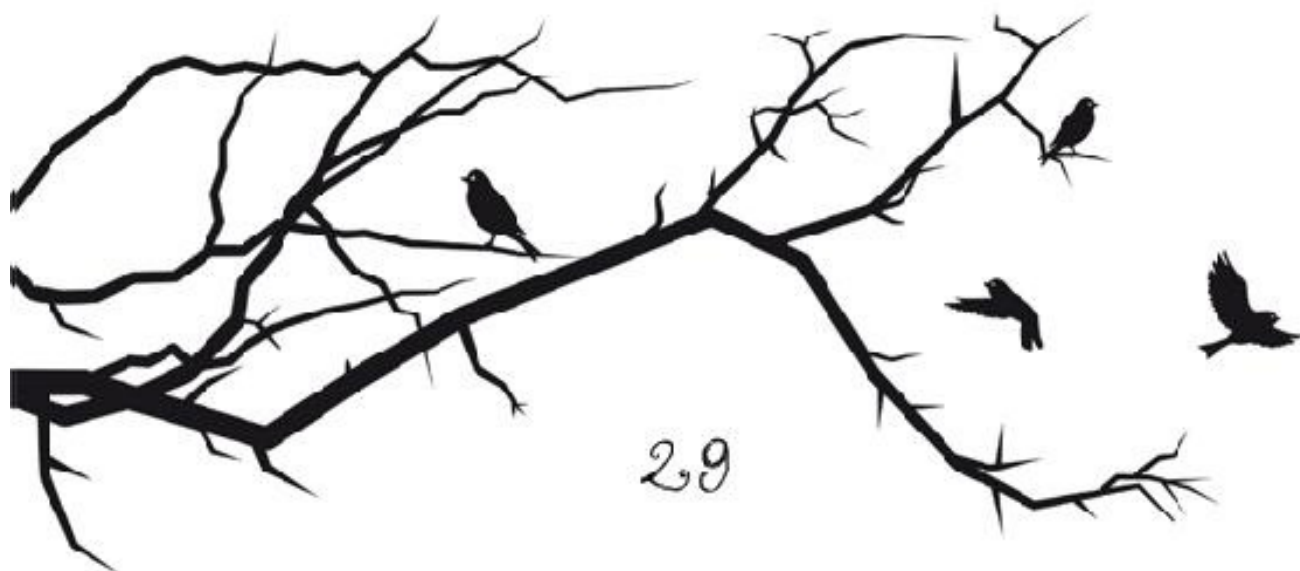
Según *lady* Rowena miraba a Serafina, la comisura de sus labios se curvó con un amago de sonrisa.

—Nadie, es verdad —dijo por fin.

Mientras estaban hablando, el ocaso se había ido adueñando de la arboleda, privando poco a poco al mundo de sus colores y dando vida a los detalles del bosque tal como Serafina los conocía.

—Ahora dinos lo que has averiguado, Serafina —propuso Braeden—. ¿Qué está pasando con los animales?

—Antes, háblame de Gidean —pidió Serafina—. ¿Cómo es posible que esté paseándose por ahí?



—Gidean todavía está débil, pero mejora muy deprisa —respondió Braeden a la pregunta de Serafina.

—Yo nunca había visto nada parecido —intervino Rowena.

—Qué buena noticia —dijo Serafina, aliviada, pero notó el desconcierto de su amigo.

—Cuando vi a Gidean tendido en el suelo entre toda esa sangre —explicó el chico—, pensé que estaba muerto, de verdad, o por lo menos a punto de morir. Tenía los huesos destrozados. Los ojos cerrados. Me arrodillé a su lado y me despedí. Posé las manos en su cuerpo, y estaba tan quieto, tan apagado... Pensé que era demasiado tarde, que ya no oía mis palabras, que ya me había dejado. Pero entonces noté que su corazón empezaba a latir. Y al cabo de un momento abrió los ojos y me miró con una emoción inmensa.

Serafina tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —reconoció Braeden.

Notando un escalofrío en la espalda, Serafina alzó la vista hacia los árboles en el preciso instante en que la lechuza desplegaba las alas y desaparecía en la oscuridad.

—¿Te acuerdas de la capa negra, Braeden, y todo lo que pasó...? —empezó Serafina—. Creo que ha vuelto a comenzar... No me refiero a la capa exactamente sino a algo parecido. He vuelto a ver al hombre de la barba. Es una especie de hechicero. Los montañeses lo llaman «el viejo del bosque». Los cherokees se refieren a él como «la oscuridad». Creo que ha enviado a Grathan a espiar a Biltmore. O puede que sea uno de sus demonios o su aprendiz. No estoy segura. Pero trabajan juntos. Tenemos que vigilar a Grathan y pensar bien cómo podemos derrotarlo.

Braeden asintió.

—Deberíamos averiguar en qué habitación se aloja e inspeccionarla cuando

sepamos que ha salido.

—¿Habláis del detective Grathan? —intervino *lady* Rowena—. Ocupa la habitación Van Dyck, del tercer piso.

Serafina y Braeden miraron a *lady* Rowena, sorprendidos de que supiera algo acerca del enemigo que ellos ignoraban.

—Le he oído decirle al servicio que pasaría fuera esta noche y no volvería hasta mañana —añadió Rowena.

Braeden sonrió, gratamente impresionado.

—Os podría ayudar mucho más si entendiera de qué estáis hablando —señaló Rowena.

—Si lo que dices es verdad, ya nos has ayudado —dijo Braeden.

—Un momento —dudó Serafina—. ¿Dices que pensaba pasar la noche fuera?

—Sí —respondió *lady* Rowena con seguridad.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Serafina—. ¿Cómo ha explicado a su ausencia? No hay nada excepto jardines y bosque en kilómetros a la redonda.

—Le ha dicho al servicio que acudiría a la ciudad en su carruaje —explicó la inglesa—. Pero he sabido que mentía, claro.

—¿Ah, sí? —preguntó Serafina con extrañeza—. ¿Y por qué?

—Por sus zapatos. Llevaba unas botas viejas, rotas y sucias de barro. Horribles, lo mires como lo mires. Nadie en su sano juicio se pondría algo tan espantoso para ir a la ciudad.

Serafina sonrió. Rowena le caía cada vez mejor.

—Cuéntanos en qué otras cosas te has fijado.

—Bueno, viste de pena; eso os lo puedo asegurar. Su abrigo está hecho un asco y no corresponde a la estación. Alguien debería decirle a ese hombre que estamos en 1899.

Serafina asintió. Se esperaba una crítica de moda, pero entonces *lady* Rowena prosiguió.

—Ayer, el muy asqueroso me siguió por la rosaleda. Seguramente pensó que no me había percatado de su presencia, pero una dama nota cuando la siguen, da igual si lo hace un caballero o un plebeyo como el señor Grathan. También vigila de cerca a Braeden. Y te ha estado buscando, Serafina. ¿Lo sabías? Hace dos días, durante la cena, me preguntó si yo pensaba que de verdad habías abandonado Biltmore. Evita al señor y a la señora Vanderbilt y también al señor King, pero acorrala a los criados a la primera de cambio para preguntarles por un tal señor Thorne y no sé qué de la estatua de un ángel que hay en el bosque. No sé qué tiene en la cabeza, pero cada noche, después de cenar, se lleva aparte a algún invitado y lo fríe a preguntas.

Serafina se quedó mirando a *lady* Rowena como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Tenía delante a una enciclopedia andante de los cotilleos e intrigas que se cocían en Biltmore.

—Bueno —prosiguió *lady* Rowena en respuesta a la sorpresa de Serafina—.

Pasar el día a solas es muy aburrido. De alguna forma tengo que divertirme, ¿no?

—¿Y qué me dices del señor Olmsted? —apuntó Serafina.

—¿Qué tiene que ver él con nada de esto? —preguntó Braeden.

—¿Tú qué has visto, Rowena? —insistió Serafina.

—Pulula por los jardines a última hora de la tarde. Después de la cena pasa horas y horas en la biblioteca mirando bocetos y fotografías, como si añorara los viejos tiempos. Cada mañana, a la hora del desayuno, el señor Vanderbilt le pregunta por dónde tiene previsto pasear ese día, y él responde que a ninguna parte, adonde lo lleve el viento. Pero miente, igual que el señor Grathan.

—¿Miente? —se extrañó Braeden.

—Oh, sí. Ya lo creo. Dice que pasea por gusto, pero cada día sale disparado en la misma dirección, como si le aguardara una importante misión en el bosque.

—Esta chica es un pozo de información —observó Braeden, divertido ante aquel nuevo giro de acontecimientos.

Serafina tomó buena nota de todo lo que les había contado Rowena. A continuación se concentró en el siguiente paso a seguir.

—Braeden, ¿te acuerdas de los cuatro sementales de los que te hablé?

El chico asintió.

—Fui a los establos a echarles un vistazo, pero ya no estaban. Los mozos de cuadra me dijeron que habían pasado aquí un par de días y luego se los habían llevado.

Serafina frunció el ceño.

—¿Podrías averiguar a quién pertenecían?

—Normalmente le preguntaría al señor Rinaldi, que en paz descansa. Pero podría mirar si anotó el nombre de los propietarios en su registro.

—Sí, hazlo, por favor —pidió Serafina—. Eso nos proporcionaría una pieza más del rompecabezas.

—¿Y yo? —preguntó *lady* Rowena—. Si Braeden tiene una misión, yo debería tener una también.

Serafina la observó. Le costaba creer que aquella fuera la misma Rowena que antes, pero de verdad parecía que quisiera ayudar y formar parte del grupo.

—Si hay que espiar a alguien, yo soy la más indicada —insistió Rowena—. ¿Qué quieres que averigüe?

Serafina no tenía demasiado claro hasta qué punto podía confiar en la muchacha inglesa, pero le propuso una tarea a modo de prueba.

—Quiero que consigas una lista de los invitados que hay ahora mismo en Biltmore y que investigues en qué habitación se aloja cada uno. Todas las habitaciones tienen nombre, así que intenta averiguarlos como hiciste con el dormitorio del señor Grathan. Y si llega alguien más, nos convendría estar enterados. También nos vendría bien saber de qué se habla durante la cena, sobre todo si el señor Grathan participa en la conversación.

—Tú tranquila —respondió Rowena—. Lo haré encantada. Esto es mucho más interesante que sentarse a tomar el té con un montón de vejestorios. ¿Usaremos santo y seña?

—¿Santo y qué? —preguntó Serafina, sin saber de qué le hablaba.

—Ya sabes, como los espías de verdad.

—No te entiendo —dijo Serafina.

—¿Nombres en clave entonces?

Muerto de risa, Braeden miró a Serafina y sonrió.

—Sí, ¿qué me dices de los nombres en clave, Serafina?

—Mirad —cortó Serafina—. Si alguno de los dos ve algo raro, como la llegada de un desconocido o una sombra inexplicable en el jardín, algo así, buscadme y decídmelo de inmediato.

—Hecho —asintió Braeden.

—Cuenta conmigo —añadió Rowena.

—Y, *lady* Rowena —prosiguió Serafina—, esto es importante. No le puedes contar a nadie lo que tramamos. A nadie. ¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Lo juras?

—Lo juro —dijo Rowena.

—Y esto va por los tres. Si en algún momento pasa algo que juzgamos una emergencia, hay que parar el reloj maestro para que los otros dos lo vean.

Braeden asintió, encantado con el plan.

—Por el amor de Dios, ¿y cómo lo vamos a hacer? —preguntó Rowena, perpleja.

—Hay un reloj muy grande en el patio de las cocheras —explicó Braeden—. Funciona con un tren de rodaje. Controla los otros catorce relojes de la casa para que todos marquen la hora oficial, igual que en las estaciones de tren de mi bisabuelo.

—¡Qué buena idea! ¡Así los criados no tienen excusa para llegar tarde! —exclamó *lady* Rowena.

Serafina sacudió la cabeza como dejándola por imposible.

—Bueno, ¿y cómo se para el reloj? —preguntó Rowena.

—En el tercer piso de la cochera hay un cuartito que alberga los mecanismos del reloj —explicó Braeden—. Tú baja la palanca y el reloj se parará. Pero procura no romper nada o el padre de Serafina se pondrá como una fiera.

—Por no hablar de tu tío —añadió Serafina—. Si alguien da la señal, nos reuniremos todos en el tejado de inmediato. Pero solo la usaremos en caso de extrema emergencia.

—¿En el tejado? —exclamó *lady* Rowena—. ¿Y cómo llegamos al tejado?

—Sube al cuarto piso, cruza el pasillo, coge el corredor de la izquierda y sal por la segunda ventana —le explicó Braeden como si fuera lo más fácil del mundo.

—Y recuerda, no pares el reloj a menos que se trate de una extrema emerge... —empezó a decir Serafina, pero antes de que pudiera terminar la frase oyó que alguien

se acercaba por el sendero en sombras. Se le erizó el vello de la nuca.

—¡Agachaos! —exclamó, a la vez que arrastraba a *lady* Rowena y a Braeden hacia los arbustos.

—¿Qué haces? —protestó *lady* Rowena—. No quiero que la falda se me enganche en algún pincho.

—¡*Chist!* —La hizo callar Serafina. Tiró de ella para que se agachara y le tapó la boca con la mano.

Serafina divisó la vacilante luz de un fanal proyectada en las hojas de los árboles circundantes. Oyó unos pasos también, el ruido de unas botas recias que avanzaban hacia ellos.

Una figura negra se aproximó por el sendero. Con el alma en vilo, Serafina vio un abrigo largo y gastado. A continuación atisbó el bastón en forma de espiral y las oscuras greñas. Se le aceleró el corazón. ¡Era él! ¡Grathan, la rata endemoniada! Rowena tenía razón. No iba camino del pueblo a pasar la noche. ¡Se encaminaba directo hacia ellos!

Recorría el sendero a toda prisa, con una determinación mortífera grabada en cada uno de sus ajados rasgos. Parecía como si hubiera descubierto algo. No iba a investigar, a interrogar o a espiar. Ya no. Ahora se disponía a matar. Aferraba el bastón como quien lleva en la mano un arma letal.

Serafina echó un vistazo a Braeden, que estaba agachado muy cerca del suelo, con los ojos fijos en el enemigo. *Lady* Rowena empezó a revolverse en el sitio de puro miedo y Serafina notó cómo su pecho subía y bajaba dentro del corsé, pero la sujetó con fuerza. Intentaba que todos guardaran silencio, pero a ella le faltaba el aliento también y empezó a respirar más deprisa según su cuerpo se preparaba para la inminente batalla. Tenía los músculos crispados, a punto de explotar.

Grathan estaba ahora a diez metros de ellos y se acercaba rápidamente. Serafina oía el roce de su ropa, el golpe de los pasos.

Seis metros...

De ser necesario, Serafina podría correr tan deprisa como para dejarlo atrás, pero Rowena no lo conseguiría con aquel vestido tan largo.

Tres metros...

Serafina decidió que si Grathan los veía a alguno de los tres, tendría que atacar de inmediato.

Ya lo tenían encima. Se agachó cuanto pudo, lista para abalanzarse sobre él.

Durante unos breves instantes, nada sucedió. Serafina pensó que pasaría de largo sin darse cuenta de que estaban allí, escondidos entre los arbustos, a pocos metros del sendero. Pero entonces una bestia aulló a lo lejos.

Sobresaltados, Braeden y Rowena abrieron los ojos como platos. Serafina los agarró del brazo para que siguieran donde estaban.

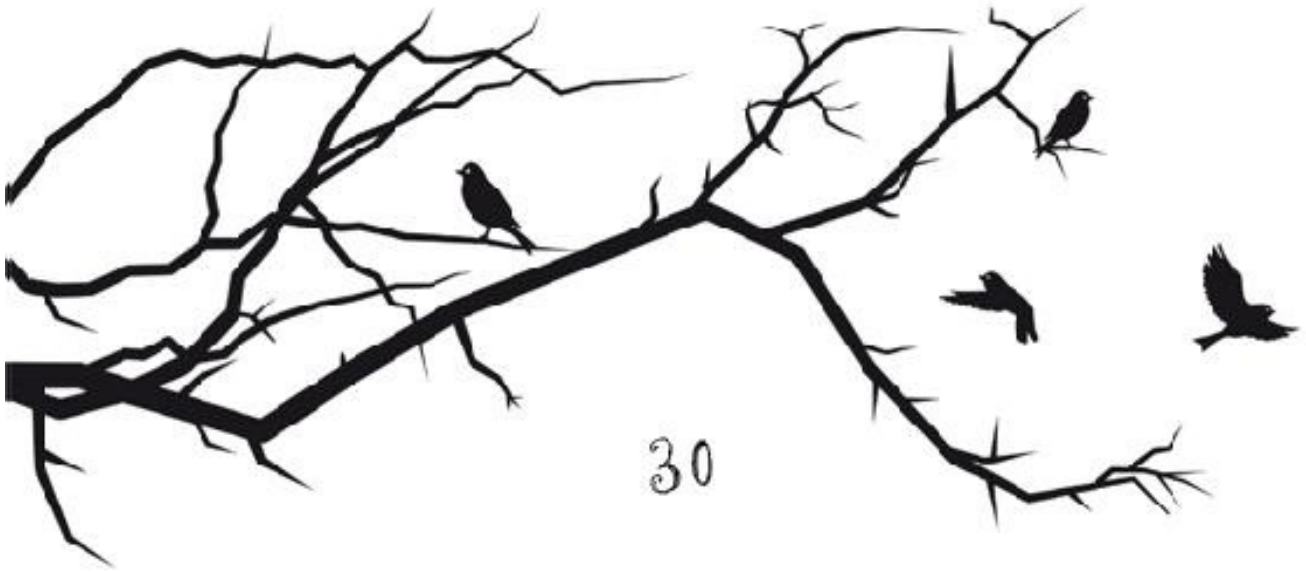
No.

Os.

Mováis.

Al oír el aullido, Grathan se detuvo de sopetón. Ahora Serafina únicamente oía el soplo de su respiración, tan solo veía la llama de su farolillo. Alzando la vista para atisbarlo entre los helechos, redujo su respiración al mínimo hasta lograr una inmovilidad absoluta. A su lado, sin embargo, sus compañeros se revolvían nerviosos. Incluso el roce de sus ropas hacía demasiado ruido.

Grathan oteó el camino en dirección al aullido. Las cicatrices de su rostro recordaban ahora los arañazos de algún animal salvaje. Cuando vio el brillo del fanal reflejado en los ojos del siniestro personaje, Serafina notó cómo el miedo se le enroscaba al cuerpo.



Serafina tenía los ojos clavados en Grathan, que seguía parado en el sendero. El hombre inclinó la cabeza a un lado como aguardando otro aullido. A continuación, pasados unos instantes, echó a andar por el camino aún con más urgencia si cabe.

Cuando Grathan dobló un recodo y se perdió de vista por fin, Serafina se quedó donde estaba. Notaba que Braeden y Rowena tenían prisa por moverse. No estaban tan habituados como ella a la inmovilidad absoluta, pero los obligó a seguir donde estaban, sujetándolos en el sitio un buen rato, hasta que tuvo la seguridad de que ya no corrían peligro.

Por fin miró a sus compañeros, se llevó un dedo a los labios y señaló Biltmore. Los tres echaron a correr sin intercambiar palabra.

Serafina podría haberlos adelantado con suma facilidad, pero se quedó en la retaguardia sin dejar de mirar a su espalda para asegurarse de que Grathan no volvía por donde había venido. Sabía que en algún momento, en un futuro cercano, tendría que enfrentarse a él, pero lo último que quería era plantarle cara ahora mismo, sin estar preparada, en la oscuridad del bosque y acompañada de los otros dos. Tenía que encontrar un modo de sacarle ventaja.

Cuando llegaron al margen exterior de los jardines, se alegró de ver las pálidas luces de Biltmore a lo lejos.

—¿Habéis visto eso? —presumió *lady* Rowena según se apresuraban hacia la puerta lateral de la mansión—. ¡Ha pasado por nuestro lado y no nos ha visto! —Se agachó y pasó las manos por delante de su rostro como un prestidigitador—. ¡Puedo hacerme invisible! ¡Me he sentido como un caco nocturno!

Serafina sonrió, pero Braeden parecía preocupado.

—¿Adónde iba? —preguntó—. ¿Qué hacía en el bosque?

—Ya te he dicho que ese hombre no es de fiar —dijo Rowena.

—Volvamos a casa. Deprisa —sugirió Serafina según cruzaban el césped.

—Esta noche celebramos una cena formal —comentó Braeden, como si leyera la mente de Serafina—, así que habrá mucho ajeteo en la casa.

—En cuanto todo se tranquilice, cuando la cena haya terminado y todo el mundo se vaya a dormir —decidió Serafina—, subiré al tercer piso e inspeccionaré la habitación de Grathan.

Serafina los hizo entrar por la puerta lateral. Escondidos en el hueco de la escalinata, observaron el vestíbulo.

Velas dispuestas sobre mesas y repisas aquí y allá iluminaban la casa con una luz tenue que otorgaba a los salones un ambiente casi sobrenatural. Reinaba un profundo silencio, quebrado tan solo por la suave música de violines y violonchelos que flotaba desde el salón de los banquetes. Era agradable ver a la familia Vanderbilt celebrando una fiesta en compañía de sus amigos. A Serafina le chiflaban los resplandecientes vestidos de las damas. La Nochebuena estaba al caer.

Una belleza recién entrada en la veintena, ataviada con un vestido de gala, bajó la escalinata cogida del brazo de un apuesto caballero. El joven iba de frac, con un corbatín blanco y guantes del mismo color. Serafina admiró los destellos que los botones de plata de su camisa y chaleco, a juego con el reloj de bolsillo, emitían a la luz de las velas. La joven que llevaba del brazo lucía un voluminoso vestido color plata con las mangas de casquillo, un ajustado corsé y una larga cola que susurraba al acariciar los peldaños según bajaba majestuosamente las escaleras. Se cubría las manos con delicados guantes de satén blanco y portaba un abanico plateado conjuntado con el vestido. Un rutilante collar de perlas le adornaba el cuello. Llevaba la oscura melena recogida en la coronilla con el peinado más sofisticado que Serafina había visto en su vida.

—¿Quién es? —preguntó *lady* Rowena, extasiada.

—Su excelencia Consuelo Vanderbilt, duquesa de Marlborough —respondió Braeden con voz queda—. Y su marido, Charles Richard John Spencer-Churchill, el noveno duque de Marlborough. Mis primos.

Serafina sonrió. No entendía cómo se las arreglaba Braeden para recordar esos nombres, pero la chica era guapísima. Le encantaba el gesto con que la duquesa Consuelo sostenía el abanico al caminar.

Sin aliento, Serafina observó cómo la joven pareja se deslizaba por el vestíbulo principal y rodeaba el jardín de invierno de camino al convite.

En el salón de los banquetes, los criados preparaban la mesa de doce metros de largo para la cena de las ocho en punto mientras todos los caballeros, enfundados en fracs negros con corbatines blancos, acompañaban a sus damas envueltas en sus largos vestidos de gala. El brillo que la luz de las velas arrancaba a las fuentes de plata y a las copas de cristal parecía cegador en comparación con la oscuridad que Serafina, Braeden y *lady* Rowena acababan de dejar atrás.

—Será mejor que subáis y os cambiéis para la cena —susurró Serafina a sus compañeros—. Cuando os vayáis a dormir esta noche, tened cuidado. Cerrad las

puertas. Mañana, conseguid la información de la que hemos hablado. Y mantened los ojos atentos a nuevas pistas.

—Entendido —dijo Braeden.

—Lo haremos —asintió *lady* Rowena.

Cuando la muchacha inglesa se despidió y se alejó por la escalinata, Serafina la observó involuntariamente asombrada. No era en absoluto el tipo de chica que ella esperaba.

—¿Qué vas a hacer ahora, Serafina? —le preguntó Braeden cuando *lady* Rowena se perdió de vista.

—Montaré guardia —respondió ella.

—Vigilaré contigo —se ofreció él.

Serafina lo miró.

—No hace falta, Braeden. Cena con tu familia y luego vete a la cama. Duerme un poco. Yo me conformo con estar en casa.

—No podía dormir mientras tú no estabas y desde luego no voy a dormir ahora que has vuelto —le aseguró él.

Serafina observó a su amigo, conmovida por el cariño que dejaban traslucir sus palabras.

—Gracias, Braeden —dijo—. A mí me pasó lo mismo. No me apetece nada volver a marcharme, créeme.

Sonriendo, Braeden propuso:

—Espérame aquí mientras le digo a mi tío que he vuelto.

—¿Y qué pasa con la cena? —preguntó Serafina, señalando a los deslumbrantes comensales que se reunían en el salón de los banquetes.

—¿Y qué pasa con la tuya? —replicó él, al tiempo que la invitaba a la reunión con un gesto de la mano—. Seguro que encontramos un vestido que te vaya bien.

Serafina esbozó una sonrisa incómoda según un miedo de otra índole le reptaba por dentro.

—Gracias —titubeó—, pero no estoy lista para eso.

Él asintió con ademán comprensivo.

—Y entonces ¿qué vas a cenar?

—Mi padre asará pollo en el fogón del sótano —respondió ella.

—A mí me parece bien, si a tu padre y a ti no os importa alimentar a otra boca —dijo él.

—Esto... sí... me parece... muy bien —balbuceó Serafina, sorprendida y un tanto asustada ante la idea de que Braeden cenara con su padre y con ella—. Pero ¿qué pasa con *lady* Rowena? ¿No te echará en falta en la mesa?

—Ah, puede que *lady* Rowena nos necesite en el bosque, pero no nos necesita en una fiesta. Allí estará en su ambiente y se las apañará de maravilla sin nosotros. Deja que le pida permiso a mi tío para saltarme la cena de esta noche y le mandaré un mensaje a Rowena, no vaya a pensar que me ha absorbido una capa negra o algo

parecido.

Serafina sonrió y, antes de que pudiera detenerlo, Braeden se alejó y cumplió su palabra al pie de la letra. Habló un momento con su tío y, para sorpresa de Serafina, volvió a su lado. No hubo discusión ni conflicto.

—Tú primero —la invitó el chico, sonriendo de oreja a oreja—. Me muero de hambre.

Cuando Serafina entró en el taller acompañada de Braeden, a su padre por poco le dio un patatús, pero se hizo cargo de la situación lo más deprisa que pudo. Levantó un banco y lo limpió para que Braeden se sentara. Le ofreció su navaja más afilada para que cortara el pollo. E incluso se las arregló para improvisar algo sorprendentemente parecido a una servilleta para el regazo. Serafina se limitó a sentarse, comerse el pollo y observar sonriendo la estampa que ofrecían aquellos dos compartiendo mesa y tratando de entablar conversación.

Braeden hablaba un inglés tan refinado, y el padre de Serafina, un dialecto montañés tan cerrado que de tanto en tanto la hija tenía que intervenir para que se entendieran mutuamente. Por primera vez en su vida, no solo tuvo la sensación de que *encajaba*, sino que se sentía el pegamento que mantenía unido el mundo.

Después de cenar, Serafina invitó a Braeden a lo que cualquier par de amigos norteamericanos haría después de compartir una buena cena, o eso imaginaba ella: cazar ratas.

—Mi padre me ha dicho que algún bicho ha estado royendo los cables —explicó Serafina.

—Pues vayamos a echar un vistazo —aprobó Braeden.

Mientras en el piso de arriba los últimos de aquellos pomposos invitados daban la noche por terminada y los criados recogían el salón de los banquetes, Serafina guiaba a Braeden por las dependencias traseras del sótano. Dentro de una hora más o menos, cuando todo el mundo durmiera, se colaría en el dormitorio que Grathan ocupaba en el tercer piso y lo inspeccionaría, pero hasta entonces la cacería los esperaba. Merodearon por los sombríos almacenes y pasillos de los antiguos dominios de Serafina, que tantos recuerdos le traían de su vida en el mundo de allá abajo.

Después de todo lo sucedido a lo largo de esas últimas semanas, pensaba que cazar unas roedoras de cables sería pan comido. Pero Braeden y ella buscaron y siguieron buscando sin encontrarlas. Según avanzaba la noche, la ausencia resultaba cada vez más extraña. Serafina empleó la vista, el oído y el olfato como hacía siempre, pero las ratas no aparecían por ninguna parte. Su padre decía que había roedores en la casa. Y ella era la jefa de la brigada antirratas. Siempre las sorprendía. Y sin embargo, por alguna razón, esa noche se le escapaban.

—¿Soy yo? —preguntó Braeden—. ¿Hago demasiado ruido?

—No, no creo que sea eso —opinó Serafina—. Estamos mirando en sus escondrijos favoritos. Si están por aquí, al menos deberíamos verlas.

—¿Y no andarán por arriba?

Serafina negó con la cabeza.

—Arriba no hay ratas. Nunca las dejo llegar tan lejos.

Frunció el ceño, sin saber qué hacer.

—Puede que tu padre se confundiera —apuntó Braeden.

—Es posible —concedió Serafina—. Pero me enseñó los cables y saltaba a la vista que estaban mordisqueados.

Al llegar la medianoche, Braeden y ella renunciaron a la caza y subieron a la planta principal. No quedaba nadie allí. Las luces estaban apagadas; las velas, extinguidas. Los criados se habían retirado a sus dormitorios, algunos arriba y otros abajo. Los músicos habían guardado sus instrumentos y se habían marchado a casa. La oscuridad y el silencio reinaban en el salón de los banquetes y en las demás estancias de la planta.

—Vamos —dijo Serafina, a la vez que pedía a Braeden por gestos que la siguiera por las sombras de la escalinata—. Inspeccionemos la habitación de Grathan.

Al llegar al segundo piso, se agacharon y miraron hacia arriba para asegurarse de que la escalera estuviera despejada. A continuación se encaminaron con sigilo a la siguiente planta.

Cuando alcanzaron el tercer piso se agazaparon de nuevo. Nada salvo la oscuridad los protegía cuando dejaron atrás la escalinata. En ese momento, Serafina se dio cuenta de que estaban en el mismo lugar exacto en el que Gideon y ella se habían precipitado por encima de la barandilla. Echó un vistazo al oscuro y desierto salón. La luz de la luna se filtraba por las ventanas iluminando la habitación con un misterioso fulgor plateado.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Oyó un susurro procedente del otro lado de la sala.

Cuando se volvió a mirar a Braeden, se percató por su expresión de que él también lo había oído.

Era un rumor tan leve que costaba distinguirlo. Serafina ahuecó las manos por detrás de las orejas para amplificar su percepción.

Y entonces lo oyó claramente.

Como un leve culebreo allí delante.

El correteo de unos pies minúsculos.

Tocó a Braeden en lugar de recurrir a la voz y, juntos, avanzaron pegados a la pared.

Cuando el ruido cesó, ellos se detuvieron también. Cuando se reanudó, siguieron andando.

Ahora Serafina oía la respiración de las ratas, el rumor de sus uñas contra el suelo, el roce de sus colas. Notó el consabido temblor en los dedos, la tensión en las piernas.

—Son las ratas —le susurró a Braeden.

Se deslizaron despacio y en silencio por el tenebroso salón hasta llegar al pasillo

que unía la torre norte con la sur. Cuando Serafina se asomó por un recodo, un terror negro estalló en su pecho. Allí, al final del pasillo, estaba el armario con la puerta secreta que llevaba al altillo, el mismo en el que había sufrido el ataque de los vencejos de chimenea.

¿Había ratas ahí dentro?

Avanzó pasito a pasito, prestando atención, tratando de descifrar la ubicación exacta de los roedores. Oyó lo que parecía el rechinar de dientes de un centenar de ratas.

Ahora estaba plantada en el punto exacto en que Gidean la había atacado la otra noche.

—Serafina —susurró Braeden con una voz empapada de terror mientras su temblorosa mano buscaba y luego palpaba el brazo de su amiga.

Y entonces Serafina lo vio. Prendida a la pared estaba la gran caja de madera que albergaba el sistema de alarma contra incendios. Los instrumentos de latón que contenía se transparentaban a través de la tapa de cristal. Llevaba años en el mismo sitio. Pero esa noche, apretujadas en el interior, había cientos de bolitas de pelo y escamosas colas. Sus hambrientos dienteillos chasqueaban como un millar de cucarachas. Las ratas estaban royendo los cables eléctricos.

Serafina observó las ratas horrorizada, demasiado impresionada para moverse. Braeden le agarró el brazo con más fuerza.

El sonido cesó de golpe.

Todas las ratas alargaron el cuello al mismo tiempo para mirarla.

Una particularmente grande y aterradora salió de la caja. A continuación la siguió una segunda. Las ratas, medio aleladas, se plantaron sobre las patas traseras y observaron a Serafina. Acto seguido echaron a andar hacia ella.

Serafina no se podía creer lo que estaba viendo. No era ella la que perseguía a las ratas, ¡los roedores la estaban dando caza!

En un arranque de rabia se abalanzó contra los bichos, aunque no sabía cómo los iba a atrapar a todos. Pero esos animales no se comportaban como roedores normales. No huían asustados al verla. Corrían hacia ella.

—¡Serafina! —susurró Braeden aterrado, mirando a un lado y a otro.

Cuando Serafina bajó la vista, descubrió aquello que había asustado al chico: cientos de arañas y ciempiés surgían de entre los frisos.

—¡Serafina! —gritó Braeden al tiempo que se sacudía las arañas de las piernas.

Serafina oyó un espantoso castañeteo, *cac, cac, cac*, seguido de un siseo prolongado y chirriante. Notó el soplo cálido de un aliento en la nuca. Se dio media vuelta aterrorizada, pero no vio nada más que el pasillo a oscuras.

—¡Braeden, corre! —gritó.

Serafina y Braeden salieron por piernas. Cruzaron el salón como flechas y bajaron por la escalinata principal. Serafina echó un vistazo por encima del hombro. Una movediza alfombra marrón formada por cientos de roedores inundaba la escalera a su

espalda. Parecía una cascada de ratas. Apuró el paso cuanto pudo, pero Braeden no corría ni de lejos tan deprisa como ella. Las ratas los iban a devorar vivos.

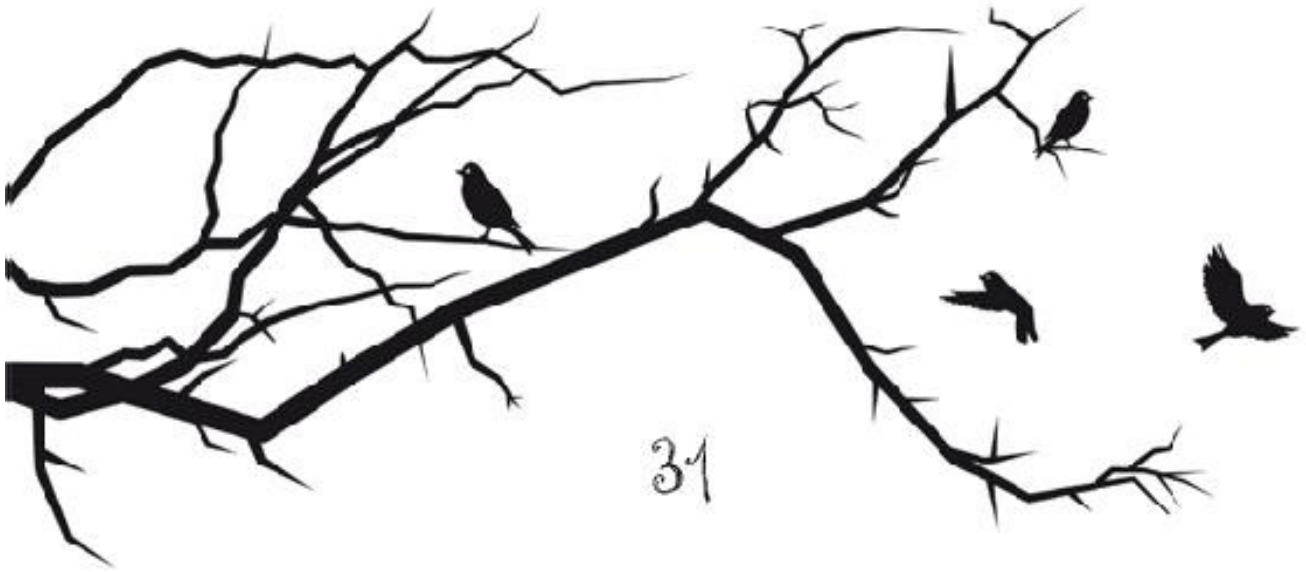
Justo cuando Serafina aminoraba la marcha para esperarlo, algo pasó por su lado como una centella.

—¡Venga, tortuga! —gritó Braeden, que ahora resbalaba a toda velocidad por la interminable y lisa barandilla de la escalera en espiral.

La ola de ratas se estrelló contra las pies de Serafina y empezó a trepar por sus piernas desnudas. Ella intentó quitárselas de encima, pero no lo consiguió; eran demasiadas. Se encaramó al pasamanos de un salto, se agarró y se deslizó por la barandilla detrás de Braeden.

Serafina se sintió igual que si se cayera por un precipicio. Las rapidísimas vueltas le provocaban una sensación de vértigo en la barriga. Braeden y ella resbalaron hacia abajo, más y más abajo por la espiral de la barandilla hasta llegar al siguiente rellano. Una vez allí echaron a correr, saltaron al siguiente tramo del pasamanos y se deslizaron por las curvas hasta la planta baja. Cuando llegaron al fondo, bajaron de un salto y volaron hacia el sótano.

Serafina ya sabía que no debía, pero al llegar al final de la escalera se volvió a mirar.



Las ratas habían desaparecido.

Aquellas criaturas horribles, infectas y enloquecidas la habían perseguido a lo largo de tres pisos y luego se habían esfumado sin más.

¿Se habían volatilizado por arte de magia o habían corrido a esconderse detrás de las paredes? ¿Debía atribuir su presencia a alguna clase de hechizo mágico?

Serafina gruñó con impotencia, enfadada por lo sucedido. ¡Ella era la jefa de la brigada antirratas! En teoría, no debería haber alimañas en Biltmore. Llevaba años asegurándose de ello. Y ahora, de golpe y porrazo, las más grandes y feroces que había visto jamás invadían la casa.

¿Y desde cuándo las arañas salían de las paredes para atacar? Los animales se comportaban como si quisieran alejarla del tercer piso a toda costa.

Jadeando, Braeden se sentó en el suelo, a su lado. De espaldas a la pared, hacía lo posible por recuperar el resuello.

—¡Menuda nohecita! —exclamó sacudiendo la cabeza—. Si llamas a esto «cazar ratas», no cuentes conmigo la próxima vez.

—Vamos —ordenó Serafina, posándole la mano en el hombro.

—¿Adónde? —quiso saber Braeden, que ya se estaba levantando.

—Arriba otra vez.

—¿Qué? —exclamó él, ahora sin moverse del sitio—. Por favor, dime que no hablas en serio.

—¿No quieres averiguar si siguen ahí? ¡Esto es la escalinata de Biltmore! ¿Cómo es posible que esté llena de ratas?

—Te lo prometo, esa curiosidad tuya te va a matar un día de estos, Serafina. Y a mí también, seguramente.

—Venga —insistió ella—. Tenemos que echar un vistazo.

Haciendo de tripas corazón, remontaron en silencio las escaleras del sótano hasta

la primera planta, salieron con sumo sigilo y alzaron la vista hacia las escaleras. No vieron ratas, arañas ni ciempiés. Ni el menor rastro. Todos los bichos habían desaparecido. La luz de la luna iluminaba la escalinata con un fulgor plateado, como si los invitaran a subir una vez más. Sin embargo, al observar el desierto camino de ascenso, cargado de malos presagios, y notar cómo se les erizaba el vello del cogote, decidieron que por nada del mundo volverían al tercer piso aquella noche. Si había un lugar en la Tierra donde no querían estar ahora mismo, era ese.

—No debería haber tantas ratas en la casa —susurró Braeden.

—No debería haber *ninguna* rata en la casa —exclamó Serafina con ferocidad a la vez que se frotaba la nuca—. Aquí huele a chamusquina, Braeden.

—A chamusquina no, a unos bichejos horribles de cuatro patas —apostilló Braeden—. Venga, busquemos un lugar seguro donde descansar.

Evitando la escalinata, subieron a la segunda planta por las escaleras traseras y entraron sigilosamente en el dormitorio de Braeden.

Gidean recibió a su dueño dando saltos de alegría y luego se acercó a Serafina agitando el muñón de la cola. Ella se arrodilló. Con los ojos cerrados, lo abrazó y le acarició la cabeza, y notó una sensación cálida en el corazón. Cuánto se alegraba de que Gidean, al parecer, no conservase recuerdos ni sentimientos confusos de la horrible batalla que habían librado la otra noche.

Mientras Braeden dormía en su cama, Serafina se acurrucó tan feliz junto a Gidean al cálido fulgor de la chimenea e intentó no tener pesadillas de ratas que no huían al verla.

Despertó unas horas más tarde, justo antes del amanecer. Había hecho las paces con Braeden y con su padre, e incluso con *lady* Rowena, pero después de todo lo que había sucedido últimamente —el accidente del jarrón Ming, la pelea con Gidean, el mordisco al lacayo, los gruñidos a los invitados y demás— no estaba segura de que todos los habitantes de la casa se alegraran de verla, así que optó por pasar desapercibida. Sin embargo, cierta persona sí inspiraba confianza a Serafina. Y tal vez recurrir a ella fuera la manera perfecta de colarse en la habitación del detective Grathan mientras él estaba ausente, sin correr peligro y sin que nadie la viera.

Subió deprisa y corriendo al cuarto piso por las escaleras traseras, recorrió el descansillo a hurtadillas y se coló en el tercer cuarto a la derecha.

—¡Ay, señorita, es usted! —exclamó Essie, sonriendo de la sorpresa. Recién enfundada en su uniforme de criada y casi a punto para comenzar la jornada, dejó el cepillo del pelo y se volvió hacia Serafina—. Me han contado lo que pasó. Estaba preocupadísima por usted. ¿Dónde se había metido?

—Me escapé a las montañas —respondió Serafina.

—Ay, señorita, qué ocurrencia —se horrorizó Essie—. La sierra es muy peligrosa para una niñita como usted. ¡Hay panteras ahí arriba!

Serafina sonrió.

—Las panteras fueron el menor de mis problemas.

—¿Qué me dice? ¿Qué ha pasado? —preguntó Essie, agarrándola del brazo.

—Nada, nada, estoy bien —le aseguró la otra. A continuación se apartó para mostrarle a la criada su lamentable aspecto—. Siento mucho haberte estropeado este vestido tan bonito, Essie.

—Ah, no se preocupe por eso, señorita —dijo Essie, y la atrajo hacia sí otra vez—. Venga, siéntese en la cama. Me parece a mí que algo le ronda la cabeza.

—¿Conoces al detective Grathan?

—Sí, lo he visto por la casa —asintió Essie—. Va por ahí preguntando a todo el mundo por el señor Vanderbilt y el señor Olmsted, y también por usted, el señorito Braeden y los perros.

—¿Ha preguntado por Gideon y Cedric?

—¡Ya lo creo que sí! Sobre todo por el perro del joven amo. Y le prometo una cosa, como que me llamo Essie, la casa entera está hasta las narices de ese hombre.

La noche anterior Serafina no tenía del todo claro si podía fiarse de *lady* Rowena, pero de momento lo que les había contado sobre el detective Grathan era cierto.

—¿Tú limpias el dormitorio del detective Grathan? —preguntó Serafina, planteando por fin el motivo de la visita.

Essie frunció el ceño.

—En teoría, Maggie y yo somos las encargadas de eso, pero de momento no hemos tenido ocasión.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre cierra la puerta con llave y nos ha dado órdenes estrictas de que nunca entremos en su habitación. Por lo que sabemos, podría tener un gato muerto ahí encerrado y no podríamos hacer nada al respecto.

—¿Un gato muerto? —preguntó Serafina, asustada.

—Solo es una forma de hablar —la tranquilizó Essie.

—¿Tienes una llave maestra o algo así?

—Oh, no, señorita, yo no tengo acceso a eso. Casi todos los invitados dejan sus puertas abiertas. No me hace falta. Pero la señora King dice que si un invitado desea intimidad, debemos respetarla.

Frustrada, Serafina negó con la cabeza. Por lo que parecía, había llegado otra vez a un punto muerto.

—¿Y a qué viene tanto interés en el detective Grathan? —se extrañó Essie.

—Me parece que no trama nada bueno, y quiero desenmascararlo —dijo Serafina, y era la pura verdad.

—Bueno, pues lleve cuidado —le advirtió Essie con gravedad—. A mí me da muy mala espina.

Serafina asintió. Recordando las ratas de la noche anterior, respondió:

—Haré lo que pueda.

Y entonces tuvo otra idea.

—¿En qué habitación se aloja el detective Grathan? —le preguntó a la criada,

pensando que no estaría de más cotejar la información proporcionada por Rowena.

—Bueno, a su llegada, la señora Vanderbilt nos pidió que lo alojáramos en el dormitorio Sheraton, que es una habitación muy bonita, pero al detective Grathan no le hizo ninguna gracia.

—¿Ah, no? ¿Y qué razón dio?

—Nadie entendió a qué venían tantos aspavientos, pero se puso tan pesado que al final se rindieron y le dieron la habitación que pedía. A ver, qué falta de educación, ir invitado a una casa y exigir una habitación en particular.

—¿Y qué dormitorio pidió?

—El Van Dyck, el dormitorio que está al final de las escaleras del tercer piso.

Era la habitación que había nombrado *lady* Rowena, así que el dato en sí mismo no ofrecía nueva información, pero al oír las palabras de Essie el corazón de Serafina se aceleró. *El dormitorio que está al final de las escaleras del tercer piso.* Allí habían aparecido las ratas la noche anterior, y en ese mismo lugar la había atacado Gidean y, antes de eso, los vencejos de la chimenea. Y entonces se acordó de que el señor Thorne y su capa negra se habían alojado en ese dormitorio también.

—Esta mañana, volviendo del baño —continuó Essie—, he oído a las otras chicas hablar del detective Grathan.

—¿Qué decían?

—Bueno, ya sabe que ayer por la noche no se presentó a cenar, lo que fue una desconsideración tremenda hacia el señor y la señora Vanderbilt. Volvió a las tantas, subió directamente a su dormitorio ensuciándolo todo de barro (que la pobre Betsy ha tenido que limpiar esta mañana antes de que la señora King lo viera) y llamó al servicio. Tuvo el descaro de pedir que le subieran la cena a su habitación. El cocinero se tuvo que levantar de la cama, abrir la cocina, calentarle una fuente y enviarle a un lacayo ahí arriba. Nadie se habría quejado ni nada si al menos hubiera dado las gracias, pero ni siquiera fue capaz de abrirle la puerta al pobre chico. Le gritó que dejara la bandeja en el suelo y se marchara.

Serafina escuchaba la información fascinada.

—Así pues, el detective Grathan ha vuelto a casa...

—Huy, sí, ya lo creo que ha vuelto, pero no me pondré a llorar si el señor Vanderbilt lo echa a patadas. Los demás invitados se muestran siempre amables y agradecidos, sobre todo en vacaciones, pero ese hombre es muy grosero y exigente.

—Gracias por la información, Essie —dijo Serafina a la vez que le estrechaba el brazo con afecto—. Eres una buena amiga. Te pagaré el vestido en cuanto pueda.

—Sé que lo hará, señorita —respondió Essie—. Tengo un ratito antes de marcharme. ¿Quiere que la peine? Parece como si le hubiera pasado un tren por encima.

Serafina sonrió y asintió agradecida.

—Sí, me encantaría.

—¿Qué peinado le gustaría? —preguntó Essie mientras se ponía de pie detrás de

Serafina y le sujetaba la melena con ambas manos.

—¿Has visto a Consuelo Vanderbilt, la duquesa de Marlborough? —propuso Serafina con expresión soñadora.

—¡Ay, señorita, tardaría una hora! —objetó Essie—. Tengo que ponerme a trabajar.

—Vale, pues con un rodete bastará —se conformó Serafina entre risas.

Después de hablar con la criada, Serafina se aventuró a las primeras plantas. De escondrijo en escondrijo, dedicó la mañana a observar las idas y venidas del ajetreado domicilio, pero no vio nada sospechoso ni fuera de lo normal. El detective Grathan no dio señales de vida. A las ratas se las había tragado la tierra. Serafina se preguntó si sus dos aliados habrían descubierto algo. Tenían que urdir un plan para derrotar a Grathan de una vez por todas. No podían seguir esquivándolo. Pero, de momento, ni siquiera habían conseguido entrar en su dormitorio. Cada vez que lo intentaban sucedía algo horrible. Serafina debía encontrar la manera de tenderle una trampa.

Por la tarde, salió al jardín para patrullar por los alrededores. Se preguntó si el viejo del bosque atacaría Biltmore en persona. ¿Por dónde llegaría y bajo qué forma se presentaría? ¿O lo haría el propio Grathan desde el interior de la casa?

Avistó al señor Vanderbilt y al señor Olmsted recorriendo juntos un sendero del jardín y corrió hacia ellos para escuchar su conversación.

—¿Ha echado un vistazo a la brigada que está sembrando junto al río? —le preguntó el señor Valderbilt a su amigo.

—Están haciendo muchos progresos —asintió el señor Olmsted—. El señor Schenck tiene buena mano para las plantas.

Serafina reconoció el nombre del guardabosques que habían contratado para ocuparse de las tierras de Biltmore.

—Ahora solo nos queda esperar unas cuantas décadas para poder disfrutar de un bosque maravilloso —dijo el señor Olmsted.

Los dos hombres soltaron unas risas, pero Serafina notó cierta seriedad en la expresión del arquitecto. La sonrisa no alcanzó las arruguitas que le rodeaban los ojos. El hombre le estaba ocultando algo al señor Vanderbilt, tal como *lady* Rowena había sugerido.

—Me conformo con que sigamos haciendo progresos —le dijo el señor Vanderbilt al arquitecto mientras los dos amigos paseaban juntos.

—No te preocupes, George. Así será —le aseguró el señor Olmsted—. Vamos a dejar Biltmore tan hermoso que nadie imaginará cómo era antes de que llegáramos. En un futuro no muy lejano, tu familia, tus invitados y tú disfrutaréis a placer de la belleza de la naturaleza.

—Te lo agradezco, Frederick —respondió el señor de la casa.

—Aprendí hace mucho tiempo —prosiguió el señor Olmsted— que tanto si siembras la más delicada rosa de té como un pimpollo de roble, plantar y cultivar requiere una paciencia inconmensurable.

—Yo no siempre la tengo —confesó el señor Vanderbilt.

—Ni yo tampoco —reconoció el anciano.

Serafina pensó que el señor Olmsted debería haber sonreído o reído por lo bajo al pronunciar esas palabras, pero no lo hizo. Pesaba sobre él una sombra inexplicable. Albergaba pensamientos que no estaba compartiendo con el señor Vanderbilt. Serafina se preguntó una vez más por qué el paisajista había regresado a Biltmore en ese momento en particular.

Según observaba y escuchaba a los dos hombres, Serafina pensó en su propia vida. Años atrás, veía a menudo a los dos amigos paseando y sembrando juntos, comentando qué especie de árbol crecería mejor en una zona en concreto, cómo llevar agua aquí o proteger un área del viento allá, igual que guardianes del bosque. Nunca antes se había parado a pensarlo, pero últimamente se daba cuenta de que todas las comodidades, los edificios y las máquinas que había a su alrededor no eran sino la materialización de un sueño. En un pasado no muy lejano, todos aquellos avances fueron las ideas y visiones de alguien. En la época en que se crio el abuelo del señor Vanderbilt, las personas tenían que caminar largas distancias o recorrerlas a caballo para desplazarse de aquí para allá, pero aquel hombre imaginó una red de trenes circulando por todo el continente. Y solo gracias a esos trenes pudo su nieto desplazarse de Nueva York a las tierras salvajes de Carolina del Norte. Y el nieto albergaba también sus propios sueños, y construyó una enorme casa en las montañas. El señor Edison imaginó una bombilla capaz de iluminar las noches más oscuras. Alguien más imaginó el ascensor, y la dinamo, y todos esos inventos con los que su padre trasteaba a diario. Pero, a diferencia de los hombres antiguos, el señor Olmsted había soñado con inmensos jardines y bosques infinitos. Pensando en retrospectiva, Serafina se preguntó si las montañas y los ríos, las nubes e incluso los seres humanos no serían un sueño de Dios de hacía un millón de años.

Y meditando todo eso, pensó involuntariamente en sí misma. *Visualiza lo que quieres ser y encontrarás la manera de hacerlo realidad*, le había dicho Waysa en la cueva de la cascada. Serafina ya sabía que ella nunca inventaría una máquina ni construiría un gran edificio, pero debía averiguar quién y qué quería ser. Debía visualizar su futuro y luego ir a por él.

Cuando volvió a colarse en la casa al anochecer, se acuclilló en el conducto del aire del segundo piso y se puso a pensar en lo que debía hacer. ¿Qué truco podía emplear para atrapar a Grathan? Había intentado entrar en su habitación a hurtadillas sin conseguirlo. Apenas si podía estar al tanto de sus movimientos. Pero algún punto flaco debía de tener.

Impaciente por urdir un plan, Serafina gateó por el conducto y echó un vistazo al dormitorio de Braeden, pero estaba vacío. Así que bajó a la biblioteca. Como de costumbre, entró por el respiradero que había cerca del techo. Y cuando se disponía a bajar por las estanterías al altillo de la biblioteca, Serafina oyó unos pasos que se acercaban. Buscó un escondrijo, se agachó y esperó a que alguien entrara en la sala.

Nadie apareció.

Serafina se quedó esperando, muerta de curiosidad. Estaba segura de haber oído algo. Tenía la impresión de que el recién llegado se había detenido al otro lado del umbral y no quería entrar. Cuanto más tiempo pasaba, más curiosidad sentía. ¿Se había equivocado?

Súbitamente apareció una figura en la habitación, pero no a través de la puerta, como cabía esperar. Alguien salió por detrás de la parte superior del enorme hogar de la sala. ¡Era *lady* Rowena! Debía de haber usado el pasadizo secreto que llevaba de la segunda planta de la casa al altillo de la biblioteca, comprendió Serafina.

Estuvo a punto de revelar su presencia, pero la muchacha inglesa se movía con tanto sigilo que decidió permanecer escondida y observarla.

Acompañada del revoloteo de su suntuoso vestido color fresa, Rowena bajó a toda prisa por la escalera de caracol, exquisitamente forjada, que llevaba a la planta baja de la biblioteca. Miró a un lado y a otro como para asegurarse de que estaba sola y luego salió corriendo hacia las molduras de castaño que forraban el lado izquierdo de la chimenea.

Serafina se deslizó a hurtadillas junto a la barandilla, pero, antes de que encontrara un buen puesto de observación, un chirrido metálico, como de algo que gira, llegó a sus oídos seguido de un clarísimo chasquido. A continuación se dejó oír el gemido de lo que parecía un gozne. Rowena debía de haber encontrado un pequeño compartimento secreto en la pared. Sonó un roce de papel y al momento el ruido de algo que se desliza.

Rowena se dejó ver otra vez, ahora cargada con un montón de rollos de papel. Los transportó a una mesa y los desplegó. Serafina no alcanzaba a distinguir lo que contenían los documentos de tan lejos, pero parecían planos arquitectónicos.

¿Qué buscaba Rowena? ¿Acaso estaba estudiando los planos de la casa para conocerla tan bien como Serafina y Braeden? ¿O había encontrado por fin la lista de invitados y ahora se proponía emparejarlos con los diversos aposentos, tal como Serafina le había pedido? No le parecía bien que Rowena anduviera fisgando por la biblioteca a escondidas, pero comprendió enseguida que ella misma estaba haciendo lo propio. Puede que Rowena tuviera alguna teoría sobre el detective Grathan y la estuviera investigando. Cuando Serafina le había pedido que los ayudara, no podía imaginar que se implicaría hasta tal punto. Por lo visto, le encantaba jugar a los espías. Serafina estaba deseando saber qué había descubierto.

En el instante en que se disponía a revelar su presencia a Rowena, Serafina oyó unos pasos que recorrían la galería de los tapices en dirección a la puerta principal de la biblioteca. Rowena se apresuró a guardar los planos en el compartimento secreto de la pared, se acomodó en un diván delante del fuego y fingió leer un libro.

Esa chica vale para esto, pensó Serafina, que la observaba con una sonrisa. A ella nunca se le había ocurrido ese truco. La vieja estrategia de «finge que todo va bien».

Un lacayo entró en la sala.

—Le ruego me disculpe, *milady* —dijo el lacayo acompañándose de una pequeña reverencia—. La cena se servirá a las ocho como de costumbre, pero tenga en cuenta que casi todos los relojes de la casa se han parado. Estamos informando a los invitados de que ya son las siete, por si quieren empezar a arreglarse para la cena. Gracias.

Serafina dio un respingo al oír las palabras del lacayo. ¡Los relojes se habían parado! Y *lady* Rowena estaba allí, en la biblioteca, de modo que tenía que ser Braeden el que había dado la alarma. ¡Estaba en apuros!

Rowena debió de llegar a la misma conclusión que ella, porque dejó plantado al lacayo y salió pitando.

Serafina abandonó su escondrijo al momento y corrió hacia el tejado.



Saltando por la ventana del cuarto piso, Serafina salió al tejado de la casa Biltmore. Una vez fuera, cruzó deprisa y corriendo la cubierta de cobre de la escalinata. Avanzó entre las pendientes de pizarra, las altas chimeneas, las puntiagudas torres y las gárgolas de piedra que componían el reino de la azotea. Molduras de cobre decoradas con motivos de hojas de encina, bellotas y las doradas iniciales de George Vanderbilt, que destellaban a la luz de la luna, cubrían las aristas del tejado.

Al llegar al borde, Serafina accedió a una vista panorámica de la acristalada cúpula del jardín invernadero, así como de los muchos patios y jardines que se extendían al fondo. Con las rutilantes estrellas en lo alto y las boscosas montañas dibujadas a lo lejos, el tejado le proporcionaba un panorama sobrecogedor de su mundo.

Oyó un tremendo jaleo a su espalda y dio media vuelta de un salto.

—¡Los relojes se han parado! —exclamó *lady* Rowena sin aliento. Enfundada en su elegante vestido, intentaba saltar al tejado por la ventana.

Serafina corrió a ayudarla. El vestido de *lady* Rowena, profusamente adornado con rosas de tafetán, era tan largo y engorroso que la chica se había enredado con él al trepar a la ventana. Juntas, intentaron echar la tela a un lado para que Rowena pudiera pasar sin pisar la floreada orilla de la falda ni romper nada.

—Ya casi está —gimió *lady* Rowena—. Un poco más.

Por fin, salió de la abertura como un corcho de botella y cayó al tejado.

—Aquí estoy —dijo, recomponiéndose como un soldado que se cuadra—. ¡Alguien ha parado el reloj!

—Yo lo he parado —anunció Braeden, que saltó la ventana ágilmente y aterrizó en el tejado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Serafina—. ¿Has visto algo?

—Gideon y Cedric han desaparecido —dijo Braeden a punto de echarse a llorar.

—¿Cómo que han desaparecido? —preguntó Serafina. Algunos perros

acostumbran a vagar por ahí, pero perder a un dóberman herido y a un enorme san bernardo le parecía casi imposible.

—Los hemos buscado por toda la casa, y por los terrenos. Cedric apenas si se separa de mi tío y Gideon nunca antes se había marchado, pero nadie encuentra a ninguno de los dos —informó Braeden, consternado.

Serafina meditó la información. Se encaminó al borde del tejado y miró hacia abajo, primero a los jardines, con sus abundantes estatuas y senderos, y luego hacia fuera, en dirección al bosque.

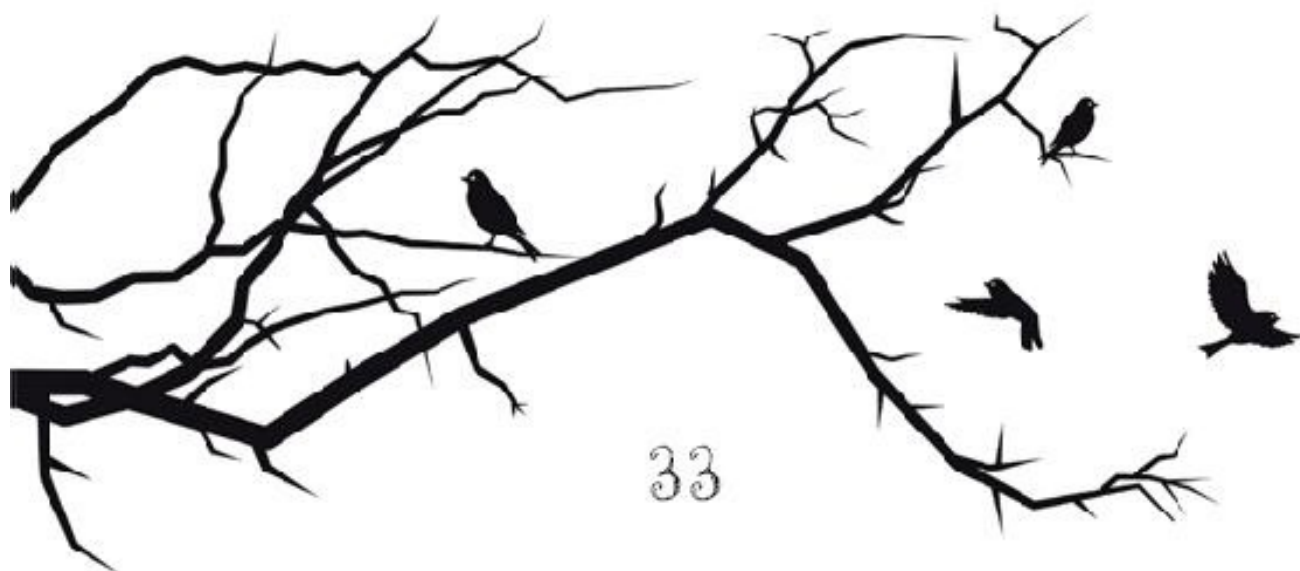
Se acordó de lo que había encontrado entre las tenebrosas sombras de los pinos la última vez que estuvo allí.

No quería recordarlo.

No quería que fuera verdad.

Pero el recuerdo afloraba a su mente sin que pudiera evitarlo.

—Puede que sepa dónde están... —dijo. Tenía el estómago revuelto. Si había un lugar en la Tierra que deseaba evitar, era ese.



—Gracias por reunirse con nosotros, señor —le dijo Serafina al señor Vanderbilt, que acababa de entrar en la biblioteca.

—Braeden me ha dicho que tenías algo importante que comunicarme en relación a la desaparición de los perros —declaró el señor Vanderbilt en tono grave. Serafina no supo adivinar si estaba enfadado con ella por lo sucedido la otra noche, cuando Gideon resultó herido, pero sin duda lo preocupaba enormemente la desaparición de Cedric.

—Serafina nos puede ayudar, tío —intervino Braeden—. Le confiaría mi vida, y la de Gideon, y la de Cedric también. Las cosas raras que están pasando en Biltmore, el ataque de Gideon a Serafina, la muerte del señor Rinaldi, la desaparición de los perros... Todo está relacionado.

—¿En qué sentido? —preguntó el señor de la casa.

—Señor Vanderbilt —empezó Serafina—, hablamos por primera vez hace pocas semanas, cuando desaparecieron los niños.

La expresión del señor Vanderbilt se tornó aún más sombría si cabe.

—Sí —dijo, con los ojos clavados en ella—. ¿Acaso nos enfrentamos a lo mismo que la otra vez?

—No, no exactamente —respondió Serafina—, pero usted se dio cuenta entonces de que podía confiar en mí.

—Sí, me acuerdo —asintió él, estudiándola con atención.

Serafina le sostuvo la mirada.

—Yo no quería hacerle daño a Gideon. Y tampoco creo que él tuviera intención de lastimarme. No estoy segura, pero me parece que sé dónde están los perros. En el bosque. Pero no quiero ir en su busca yo sola. Creo que deberíamos organizar una partida de caza, con hombres, caballos y perros, y yo les enseñaré el camino. Sea lo que sea lo que nos espera allí, lucharemos juntos esta vez.

El señor Vanderbilt la escudriñó un buen rato, atónito por lo que estaba oyendo. A juzgar por su expresión, se daba cuenta de lo asustada que estaba Serafina.

—¿Tan peligroso es...? —preguntó con voz baja, sopesando la situación.

Sin apartar la vista, Serafina asintió despacio.

El señor Vanderbilt meditó la información. Acto seguido, se volvió hacia Braeden.

—Tenemos que rescatar a los perros, tío —lo apremió el chico—. Y Serafina es la única que nos puede llevar hasta ellos.

—¿Y qué vamos a encontrar cuando lleguemos a ese lugar del que hablas? —quiso saber el señor Vanderbilt.

—No estoy segura —respondió ella—, pero creo que habrá animales enjaulados.

—Enjaulados —repitió él. La consternación ensombreció su semblante solo de imaginarlo—. ¿Y cuándo propones que partamos?

Serafina tragó saliva.

—Ahora mismo, señor —dijo, aunque el mero hecho de pronunciar esas palabras le revolvía las tripas.

—Fuera está oscuro como la boca del lobo —objetó él.

—No creo que haya tiempo que perder, señor. Si mis sospechas son ciertas, los perros corren un peligro terrible. Me parece que los van a matar, señor. Tenemos que ir esta misma noche. Y otra cosa: traiga consigo a sus hombres de máxima confianza nada más.

—Muchos hombres querrán ayudarnos —alegó el señor Vanderbilt—. Y si además hay algún crimen, el detective Grathan insistirá en acompañarnos.

Serafina hizo un mohín.

—Si alguien no debería venir, es él, señor. Creo que el señor Grathan podría representar un grave peligro para nosotros.

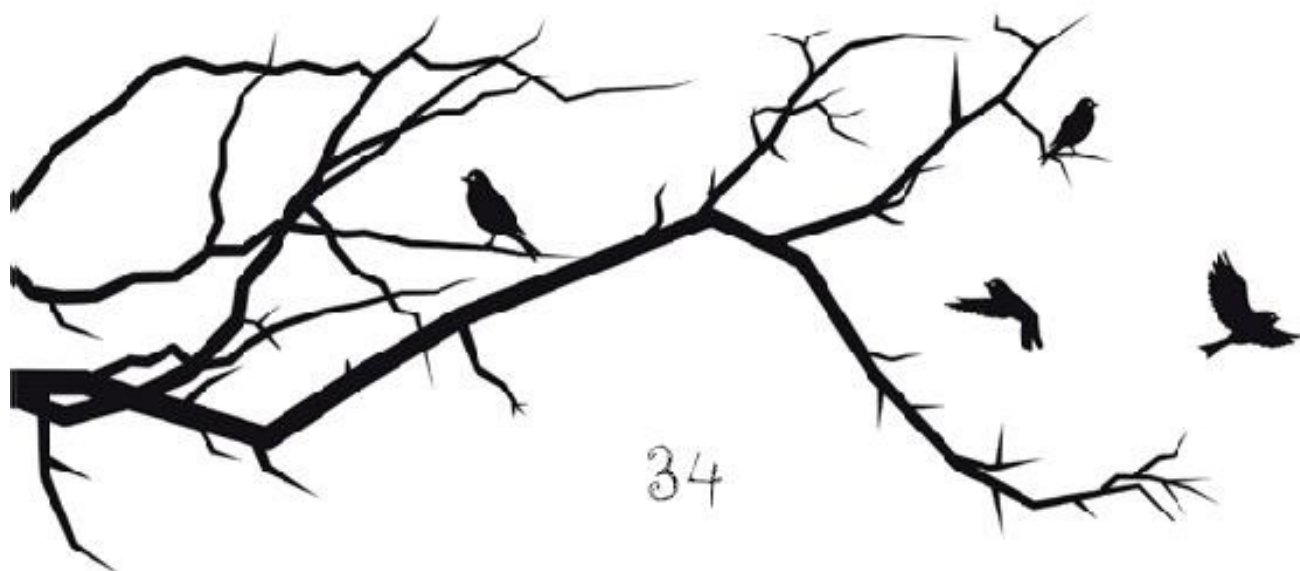
El señor Vanderbilt la observó largo y tendido con sus penetrantes ojos negros. A juzgar por su expresión, trataba de asimilar lo que le decía Serafina. Ella le sostuvo la mirada, esperando su respuesta.

—Lo entiendo —dijo él por fin, asintiendo despacio—. Se hará exactamente como tú sugieres.

Media hora más tarde, el señor Vanderbilt había reunido en el patio el equipo de rescate prometido, incluidos once hombres designados a dedo, que saldrían a caballo, y Serafina, que se desplazaría a pie junto con dos rastreadores y sus perros. Varios jinetes portaban antorchas, cuyas llamas restallaban y parpadeaban en la oscuridad. A Serafina le dio un vuelco el corazón cuando vio a Braeden entrar en el patio a lomos de su pura sangre, pero supo por la expresión obstinada del chico que no podría impedir que los acompañara. Y *lady* Rowena montaba a su lado, tan resuelta como él. Ya no cabalgaba al estilo amazona sino a horcajadas, como si hubiera decidido aparcar de momento esos aires de damisela que se gastaba. El frío le arrebolaba las mejillas. Llevaba un moderno abrigo de montar, pero la prenda era gruesa y oscura,

apropiada para la excursión. Se había recogido la melena y ahora la capucha del abrigo ocultaba su cabello rojizo. Llevaba las manos cubiertas por unos guantes de piel y había cogido una fusta, como muchos de los hombres. Daba el pego. A Serafina no le extrañó que Rowena hubiera insistido en acompañarlos; solo esperaba que no se arrepintiera cuando llegaran a su destino.

El señor Vanderbilt y el maestro de caza marcaron la salida y los caballos arrancaron al trote. La partida abandonó Biltmore justo después de la medianoche, bajo el fulgor moribundo de una luna turbia.



Mientras recorría el bosque rodeada de jinetes, Serafina se sentía como un general que conduce al ejército invasor al campo de batalla. Por desgracia, los ruidosos cascos, las crujientes sillas, las tintineantes bridas y los intranquilos hombres armaban tanto escándalo que le resultaba imposible oír nada más. Se separó de los demás y se internó en la arboleda para concentrarse en los susurros del bosque.

Era consciente de que no debía alejarse demasiado. Una niebla turbulenta rodaba por el suelo y flotaba entre las copas como olas de fantasmas que inundaran el bosque una detrás de otra, ahora bailando entre las rocas y los troncos de los árboles, luego envolviendo a los caballos y a los hombres.

Se volvió a mirar a Braeden, a Rowena y al señor Vanderbilt, que cabalgaban en los primeros puestos de la formación triangular. Serafina sabía que el señor de Biltmore siempre había amado la belleza de los paisajes naturales, pero no tenía alma de cazador, ni tampoco experiencia, y le había pedido a su maestro de caza que dirigiese a los jinetes y a los rastreadores en la batida. El maestro trotaba a la cabeza de los dos Vanderbilt y los demás jinetes. Era un hombre fornido y autoritario dotado de una voz ronca y un talante decidido, que parecía haber pasado buena parte de su vida a lomos de un caballo. Serafina era consciente de que el maestro de caza la observaba con atención, siguiendo la marcha que ella marcaba entre la maleza. Era la única que conocía el camino.

Los rastreadores, dos hombres de aspecto rudo enfundados en gruesos abrigo, viajaban a pie, como ella, sujetando una jauría de seis plott hound: perros grandes y flacos, negros o manchados, criados para cazar osos en aquellas montañas desde el siglo diecisiete.

Con todo, según guiaba al grupo cuesta arriba hacia el pinar con las jaulas, los rastreadores andaban cada vez más desconcertados. Los perros avanzaban con el hocico pegado al suelo pero parecían confusos. No paraban de ladrar, de corretear y

de husmear por todas partes. En lugar de escoger un rastro, empezaron a gruñir.

—¡Tranquilicen a los perros! —les espetó el maestro de caza a los rastreadores.

—Jesse se comporta como si hubiera olido el rastro de un puma —alegó uno de los rastreadores al tiempo que señalaba hacia los perros atados—. Bax parece haber olido un oso. Y el viejo Roamer gruñe como si hubiera algo allá arriba que no ha olido nunca en la vida.

El maestro de caza lanzó una ojeada a Serafina.

Por fin habían llegado al pinar, pero los árboles crecían tan juntos y las ramas eran tan bajas que no podrían seguir a caballo. Y Serafina entendía lo bastante de caza como para saber que al maestro no le haría ninguna gracia pedir a sus jinetes que abandonaran sus monturas. Antes rodearía el pinar que internarse en él a pie, pero Serafina estaba segura de que las jaulas se encontraban entre los pinos.

—Es justo allí, entre esos árboles —dijo, señalando con la mano.

Carecía de autoridad para indicarle al hombre cómo organizar la batida, pero tenía que compartir con él lo que sabía. Le lanzó una mirada fugaz al señor Vanderbilt, que refrenaba a su caballo junto al maestro de caza.

Sin embargo, antes de que el cazador diera la orden de desmontar, un coro de extraños aullidos estalló entre los árboles. Era una mezcla de gritos, gemidos y gañidos que ponía los pelos de punta. No parecían aullidos de galgos, ni de lobos, sino de algún otro animal. A lomos de sus caballos, que corcoveaban y entrechocaban, los hombres miraron a su alrededor con unos ojos como platos.

Pares y más pares de refulgentes ojos emergieron de la oscuridad, un mínimo de cincuenta moviéndose aquí y allá.

Ahora los perros gruñían y ladraban, deseosos de entrar en batalla.

—¡Agárrense bien, muchachos! —gritó el maestro de caza, que intentaba poner orden a una situación cada vez más complicada—. ¡Manténganse sobre la silla!

Un animal parecido a un lobo surgió de la oscuridad entre dentelladas y gruñidos para atacar a la montura del maestro. El aterrado caballo se encabritó, todo cabriolas y relinchos.

—¡Retrocedan! —gritó el maestro de caza cuando más seres lobunos se abalanzaron sobre ellos asestando dentelladas a las patas de los caballos y saltando sobre los jinetes para derribarlos.

Serafina entró en pánico. Esos animales no eran perros ni lobos. Eran coyotes, una enorme manada atraída a esas montañas por una fuerza sobrenatural. Los coyotes no frecuentaban esos bosques, por cuanto los lobos eran sus mayores enemigos.

Serafina corrió aterrada hacia sus camaradas, entre caballos que coceaban, coyotes que gruñían y hombres que gritaban. Sin saber ni por dónde iba, acabó en mitad del caos. Sorteaba, se agachaba y saltaba a la carrera para esquivar las feroces embestidas de los coyotes.

La manada de fieras salvajes la emprendió con los rastreadores pese a la furibunda defensa de los plott hounds, pero había demasiados coyotes como para que

los perros se los quitaran de encima.

Braeden y el señor Vanderbilt eran jinetes expertos y muy conscientes del peligro, así que ninguno de los dos cayó cuando comenzó la emboscada. Pero el caballo del señor Vanderbilt corcoveaba, se revolvía y se sacudía de un lado a otro estampando a su jinete contra las ramas de los árboles y casi arrancándolo de la silla. Hasta los caballos parecían haberse rebelado contra ellos.

—¡Retroceded! —gritó el maestro de caza a la vez que golpeaba el hocico de un coyote con su antorcha.

—¡Braeden, venga! —aulló Rowena entre gritos de retirada mientras trataba de dominar a su frenético caballo.

—¡Tenemos que continuar! —rugió Braeden, decidido a toda costa a ayudar a Cedric y a Gideon. Finalmente, sin embargo, tuvo que retroceder con los demás.

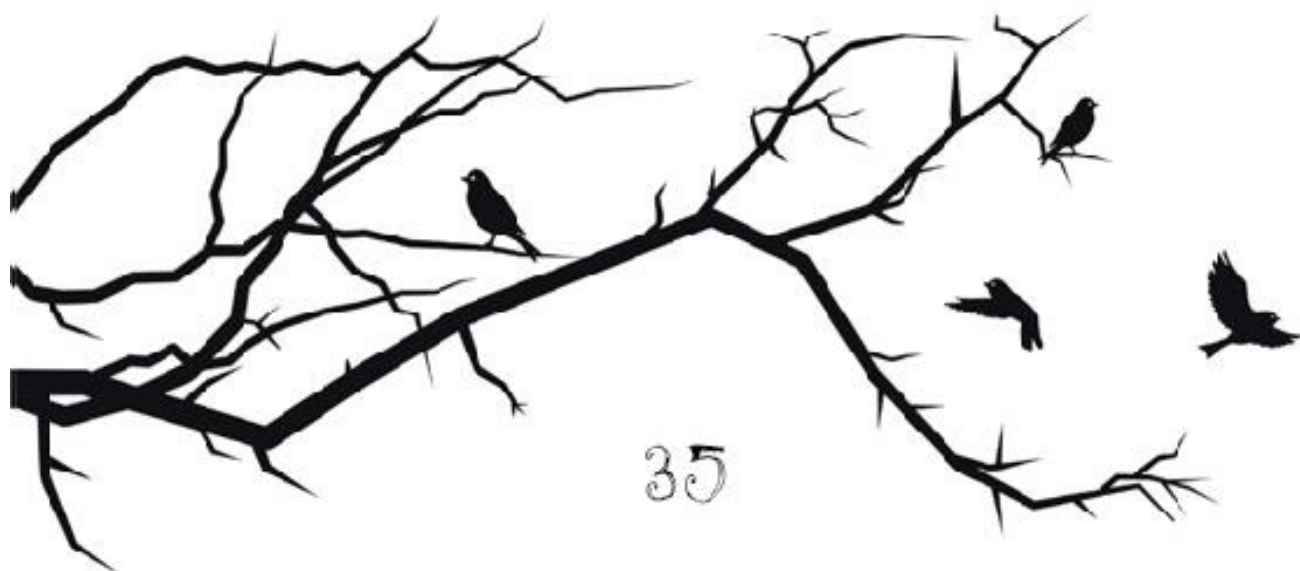
Muchos de los caídos escaparon corriendo a pie, aterrados. Aquellos que seguían montados obligaron a sus caballos a dar media vuelta y salieron al galope. Pero los coyotes los perseguían mordiendo patas y flancos e intentando acorralar a los caballos, menos ágiles, entre la densa maleza.

Mientras la partida de caza huía en desbandada hacia Biltmore, Serafina se agazapaba junto a la base de un árbol. No sabía qué hacer. Estaba en un oscuro y silencioso recodo del bosque, completamente sola. Desde allí, observaba y escuchaba el caos, que iba retrocediendo hacia el manto de niebla. Un súbito desaliento la recorrió por dentro. No podía enfrentarse ella sola a toda una manada de coyotes. No podía aplacar los ánimos de esos caballos aterrados ni tranquilizar a los atribulados jinetes. Se le hizo un nudo en la garganta según veía a Braeden, a Rowena y al señor Vanderbilt perderse en la lejanía. Quería seguirlos, con toda su alma. La idea de quedarse atrás en ese paraje maldito la aterraba.

Sin embargo, no se movió.

Un pensamiento oscuro y pavoroso se instaló en su mente. Si quería salvar a Gideon y a Cedric, tendría que seguir a solas, esconderse y arrastrarse bajo las oscuras ramas de los pegajosos pinos mientras los hombres libraban batalla con los coyotes en la lejanía. Su única esperanza radicaba en colarse sin ser vista en la siniestra guarida de su enemigo.

Mientras urdía su plan mentalmente, advirtió que algo avanzaba despacio hacia ella. Al principio creyó oír el roce de cuatro patas contra la tierra, pero al poco comprendió que no la acechaba un coyote ni un lebre. Las dos patas delanteras caminaban con suavidad, sigilosas; las dos traseras se arrastraban con dificultad, más torpes y pesadas. No eran cuatro patas, sino dos manos y dos rodillas.



La cabeza de Braeden asomó entre la maleza.

—¡Ay, Braeden, no deberías haber vuelto! —lo regañó Serafina—. ¿Qué haces aquí?

—Me he caído del caballo —explicó Braeden con aire de inocencia.

—Mentiroso —lo acusó Serafina—. ¡Tú nunca te caes del caballo!

—¡Pero si los coyotes me estaban atacando!

Serafina negó con la cabeza.

—No, de eso nada. Te he visto, Braeden. ¡No te has caído del caballo!

—Vale —admitió él por fin—. Me he quedado rezagado, pero mi caballo estaba demasiado asustado como para volver. No he podido convencerlo de que se acercara, pero no quería dejarte aquí sola, así que he desmontado y lo he dejado marchar con los demás. No le pasará nada.

—¡No es el caballo lo que me preocupa! —objetó Serafina, inquieta—. Deberías haberte quedado con el grupo.

—No quería dejarte sola en la oscuridad, y menos en este sitio tan siniestro.

—Me muevo a mis anchas en la oscuridad —alegó ella—, pero tú no.

Braeden señaló el pinar con la mano.

—Es posible que yo no pueda ver en la oscuridad como tú, Serafina, pero si nuestros perros están ahí, tengo que ayudarlos.

—¿Y qué ha sido de *lady* Rowena y de tu tío? ¿Están a salvo?

—Sí. Se han quedado con el resto de la partida.

—Y tú deberías haber hecho lo mismo.

Serafina le clavó los ojos, enojada ante la tozudez de su amigo. Braeden no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Por otro lado, sabía que no conseguiría convencerlo de que se marchara.

—Vale —accedió por fin, y reptó hacia él—. Entraremos juntos, pero no te

se pares de mí y no hagas el menor ruido.

Al amparo de las ramas más bajas, los dos amigos se arrastraron hacia el pinar. Una resina negra y pegajosa, que brotaba como sangre negra de la corteza, cubría los troncos, las ramas e incluso la propia tierra. La savia lo impregnaba todo de un tufo apestoso, dulzón y desagradable. Las copas de los árboles oscurecían la luna y las estrellas tiñendo la zona inferior del bosque de un negro turbio. Ni siquiera Serafina veía más allá de su nariz.

Alargaba los brazos según avanzaba para no estamparse contra ramas muertas que colgaban aquí y allá, pero cada vez que sus dedos palpaban algo en la oscuridad, la pringosa resina se le pegaba a las yemas y le iba cubriendo las manos de un moco viscoso. Ahora las manos y los pies se le pegaban a la tierra, que restallaba y soplabla a medida que ella avanzaba.

Serafina sabía que Braeden se desplazaba a ciegas, así que llevó la mano de su amigo a su propio hombro.

—Cógete a mí —le susurró.

Notaba el temblor de la mano de Braeden en la piel. Debía de ser infinitamente aterrador gatear por aquel horrible paraje en la más absoluta oscuridad.

Según se arrastraban de árbol en árbol por el terreno negro y viscoso, Serafina arrugó la nariz para no respirar el tufo. Al principio lo atribuyó a la pútrida resina, pero pronto se dio cuenta de que estaba notando el pestazo de excrementos animales. Y entonces el hedor empeoró infinitamente.

Un hirviente borboteo se dejó oír allí delante. Serafina atisbó el tembloroso fulgor anaranjado de una fogata a lo lejos.

—¿Qué es eso? —susurró Braeden en tono inquieto. El resplandor de la hoguera le había devuelto parte de la visión.

—Es allí adonde nos dirigimos —respondió Serafina.

Mientras se arrastraban hacia el vaporoso resplandor del fuego, la mano de Serafina aterrizó involuntariamente en una superficie fría, plana y limosa que al principio tomó por una roca. Cuando bajó la vista, tardó unos instantes en darse cuenta de que se había equivocado. Era una lápida tendida en el suelo, tan antigua que las letras y los números se habían borrado y no quedaba nada de ella salvo la piedra lisa.

Delante de la losa, en la zona de la tierra que cubre el cuerpo, había una antigua jaula contra saqueadores, un armazón de gruesos hierros entrecruzados clavado en la tierra, más o menos del tamaño de un ataúd. Serafina no sabía si el objeto de esas jaulas era dejar fuera a los ladrones de cadáveres o impedir que los muertos salieran, pero alguien las estaba usando para un fin aún más pavoroso si cabe. Habían instalado una puerta en un extremo. Dentro, una corza y dos moteados cervatillos alzaban la vista hacia ellos, tan apretujados que ni siquiera se podían poner de pie.

Mirando a derecha y a izquierda, Serafina descubrió que había muchas más tumbas y jaulas de hierro, cientos y cientos hasta donde se perdía la vista. Las había

visto la otra vez que estuvo allí, pero no se dio cuenta entonces de que las hubieran construido a partir de los arcones de muertos que cubrían las tumbas de un antiguo camposanto. Todo un cementerio se extendía bajo el frondoso pinar. Debió de quedar abandonado hacía mucho tiempo, y el bosque había crecido encima. Serafina miró a su alrededor. Las prisiones albergaban todo tipo de animales. En una jaula cercana un visón correteaba de un lado a otro, buscando desesperadamente una salida. La jaula contigua a Braeden contenía a un viejo amigo suyo: un pequeño zorro rojo, acurrucado y temblando de miedo, que miraba al chico con ojos suplicantes.

—¡Tenemos que soltarlos! —exclamó Braeden con voz temblorosa.

—Espera —susurró ella.

La presencia de todos esos animales encerrados indicaba que el enemigo andaba cerca. Tenían el tiempo justo para hacer aquello que los había llevado allí. Según reptaban entre las jaulas hacia la hoguera, pasaron junto a una comadreja y una familia de mapaches. Serafina notaba el pulso en las sienes y le temblaban las piernas. Miró a su alrededor, escrutando las cajas. En alguna parte, entre la movediza niebla, atrapados en jaulas bajo las lánguidas y viscosas ramas de los pinos, Gidean y Cedric yacían impotentes.

De improviso, la mano de Braeden estrujó el hombro de Serafina con tanta fuerza que le dolió. Serafina contuvo el aliento al ver una figura que caminaba a lo lejos. Era el hombre del bosque, con su barba gris, sus botas y su abrigo largo y raído. Avanzaba a paso enérgico y decidido, concentrado en su trabajo. Añadía leña al fuego y, cada vez que lo hacía, saltaba un remolino de chispas. Las llamas siseaban y crepitaban al contacto con la resina. Y entonces Serafina descubrió el origen del horrible tufo: el hombre hervía algo en el caldero de hierro colado que descansaba sobre la fogata.

Los músculos de Serafina se tensaron y vibraron. Quería marcharse corriendo. Pero entonces oyó un castañeteo, *cac, cac, cac*, y luego el horrible chirrido de siempre cuando una lechuza llegó volando. Serafina empujó a Braeden contra el suelo, aterrada de los agudos ojos de la lechuza, que pasó por su lado entre las ramas de los pinos antes de acercarse al fuego y al barbudo. La lechuza soltó una ramita a los pies del hombre y se alejó aleteando.

En respuesta al gesto de la lechuza, el hombre de la barba levantó la barbilla y lanzó un grito espeluznante, esa especie de repiqueteo seguido de un siseo grave y fatuo. Serafina comprendió entonces que la lechuza era algo más que un pariente o un sirviente a las órdenes del hombre. Aquel siseo contenía una alianza, un amor siniestro.

—¡Todo esto será pasto de las llamas! —le gritó el barbudo al ave blanca. Serafina le veía el rostro desde donde estaba, curtido y marchito. Jamás en toda su vida había visto a una persona poseída por un odio y una locura tan destructivos.

Braeden temblaba a su lado, casi sin aliento y pálido como un fantasma. Ella lo aferró con fuerza para infundirle valor.

El hombre se agachó y recogió la ramita que la lechuza había dejado caer. Serafina pensó que la iba a echar al fuego junto con las demás, pero se encogió asustada cuando la imagen tembló y el palo se tornó largo y grueso como un bastón. Era el báculo de poder del que le había hablado Waysa, un objeto negruzco, acabado en punta y retorcido como si llevara una serpiente enrollada o una rama enroscada a lo largo. Ahora el bastón parecía poseído por una energía demoníaca, ansiosa y palpitante, igual que si presintiera que estaba a punto de tornarse aún más poderoso si cabe.

A los pies del hombre yacía una pila de pellejos, negros, marrones y blancos, los restos de los animales que había empleado en la preparación de su espantoso brebaje. Serafina no podía imaginar qué clase de fechoría se traía entre manos. En ese momento, el hombre enarboló el bastón maligno antes de hundirlo en la olla una y otra vez con el fin de empapararlo de ese líquido viscoso, denso, al tiempo que murmuraba palabras que Serafina no entendía.

A continuación extrajo el chorreante báculo de la pútrida mezcla y se acercó a una de las jaulas cercanas. Serafina aguzó la vista y descubrió horrorizada el animal que albergaba. ¡Era Gidean! Hundido sobre las patas traseras, el perro enseñaba los dientes con rabia pero miraba aterrado al hombre que se acercaba a la jaula. El viejo apuntó el armazón con el báculo y la trampilla de la jaula se abrió. Temblando de pies a cabeza, Gidean salió a rastras de su prisión para acercarse al hechicero. *¡Muérdele, Gidean!*, quiso gritar Serafina. *¡Muérdele y sal corriendo!* Pero Gidean no podía. El hombre estaba usando el bastón maligno para controlarlo.

La mano de Serafina aún se desplazaba en el aire para taponarle la boca a Braeden cuando descubrió que era demasiado tarde. Al ver a Gidean sometido al control del bastón, Braeden soltó un gemido de angustia. El barbudo volvió la cabeza de golpe y clavó la mirada en el chico. Sus ojos de plata fulguraron en la noche.

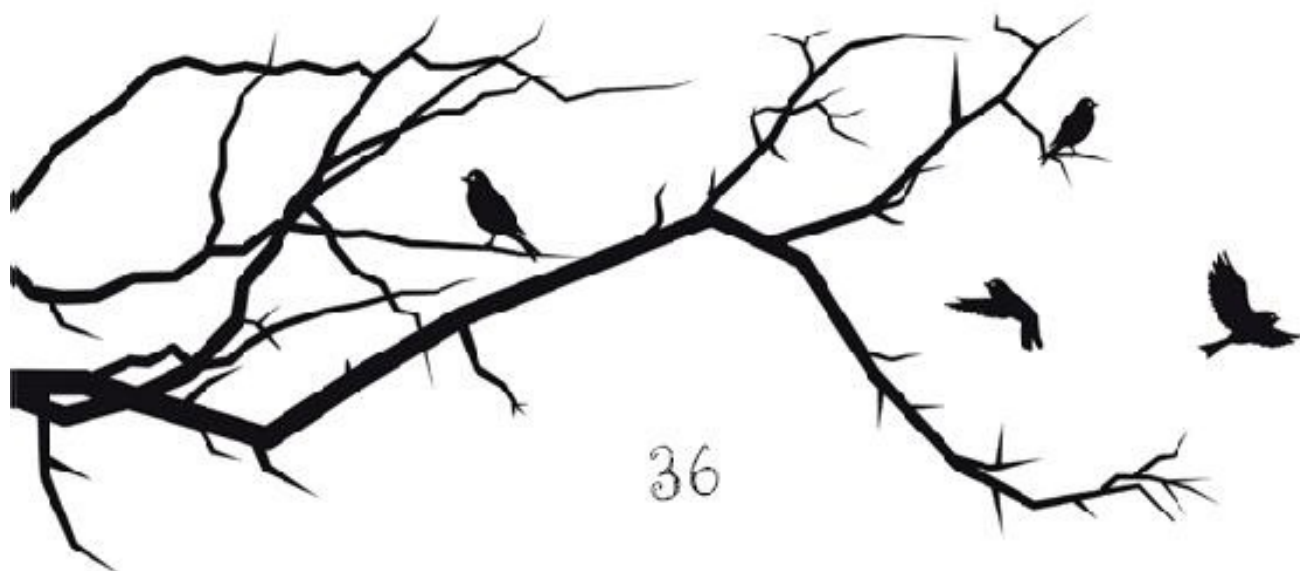
Serafina pasó al ataque. Se abalanzó contra el hombre, consciente de que si quería escapar tenía que derribarlo antes de que él levantase la mano para embrujarla.

El hechicero, sin embargo, se llevó la mano a los labios y sopló sobre su palma abierta.

El aliento de la muerte atravesó a Serafina. Su cuerpo se enfrió. Perdió las fuerzas. Y se desplomó en el suelo.

Braeden cayó junto a ella.

Tendida en el suelo sin poder respirar, con el corazón parado y la cara inerte en la tierra, Serafina clavaba una mirada vidriosa ante sí. Tendido a pocos centímetros de ella, con los ojos abiertos de par en par, fijos e inmóviles, Braeden la observaba aterrado. Serafina no podía volver la cabeza, pero vio, a pesar de todo, proyectada en los troncos de los árboles sumidos en tinieblas, la titilante sombra del barbudo avanzando hacia ellos.



Muy despacio, Serafina se dio cuenta de que estaba despierta, pero no podía abrir los ojos y tampoco mover el cuerpo. Sentía el frío de la tierra en la piel, el fresco del aire que entraba y salía a duras penas de sus pulmones y, sin embargo, no lograba emitir el menor sonido.

Serafina aspiraba el tufo de la tierra empapada de resina y de la alfombra de hojas muertas de pino sobre las que descansaba su cara. La boca le sabía a tierra.

Estaba tendida de lado con el brazo derecho por encima de la cabeza, el izquierdo debajo del cuerpo, doblado en un ángulo antinatural, y las piernas pegadas al pecho. Notaba el cosquilleo de la húmeda y viscosa brea en la piel desnuda de cara, brazos y piernas, pero no podía despegarse de ella.

No oía nada salvo el leve y desolado susurro del viento entre los árboles.

¿Es así como voy a morir?, pensó. Y a continuación se dijo que seguramente sí. Tenía la sensación de que la oscuridad se la estaba tragando.

—¡Serafina! —le susurró alguien con urgencia, como pidiéndole que no se diera por vencida. La voz no tenía cuerpo, ni cara. No era la de Braeden ni tampoco la de su padre. Y poco después ya no estaba segura de haberla oído siquiera.

Serafina perdió la consciencia otra vez y de nuevo la recuperó. Pasó el tiempo. ¿Cuánto? No lo sabía. Unos segundos tal vez, o unos minutos, o unas horas.

Por fin consiguió abrir los ojos, pero seguía sin poder levantar la cabeza. Veía principalmente la tierra renegrida y, por encima, un enrejado de barras de hierro atornilladas, protegido con malla metálica, y a través de la jaula otra más que albergaba uno de los cisnes blancos que había avistado en el lago de Biltmore unas noches atrás.

—¡Serafina! —volvieron a llamarla.

El sonido procedía del otro lado del cisne.

Despacio, consiguió levantar la cabeza.

Le partió el corazón ver a un muchacho de piel oscura con el cabello largo y enmarañado en la jaula contigua. Parecía tan menudo y tan débil allí encerrado que le costó reconocerlo, pero los ojos castaños que le devolvían la mirada revelaban un alma feroz e intacta, como los de una fiera enjaulada.

—¡Sé valiente, Serafina! —le pidió el chico con la voz rota de la emoción.

—Waysa... —intentó decir Serafina, pero apenas oyó su propia voz, seca y cascada. Cuando intentó incorporarse, su cabeza chocó con las barras de hierro que la encerraban. El hombre de la barba la había apresado sobre la jaula de una tumba, igual que a los demás animales.

Alargando el cuello y atisbando entre las barras, observó el exterior. Vio al hechicero trabajando en su campamento, a poca distancia. El miedo arrancó un respingo a su cuerpo, pero la jaula la retuvo donde estaba. No podía escapar. El crepitante fuego brillaba con cambiante luz anaranjada, las chispas se arremolinaban sobre las llamas y los jirones de humo flotaban entre las tortuosas ramas de los árboles.

El hombre caminaba alrededor del fuego mientras lo alimentaba despacio y removía el contenido del caldero de hierro. Retazos de imágenes inconexas inundaron la mente de Serafina cuando empezó a recordar lo que había visto hasta entonces: la lechuga, el bastón, los lebreles, el carruaje, los caballos, las ratas, los coyotes. ¿Qué significaba todo eso? El hombre hundía el bastón maligno en el mejunje una y otra vez para empapararlo de un terrible poder.

—¿Qué te ha pasado, Waysa? —le susurró—. ¿Cómo has acabado aquí?

—Tenía que salvar a los cachorros —respondió él con un tono de voz grave.

Serafina imaginó que, cuando el hombre de la barba los había atacado, Waysa le había plantado cara en lugar de huir para concederles a su madre y a los cachorros la milésima de segundo que necesitaban para salir corriendo.

Una ola de emoción feroz le infundió una pizca de fuerza. Intentó darse la vuelta.

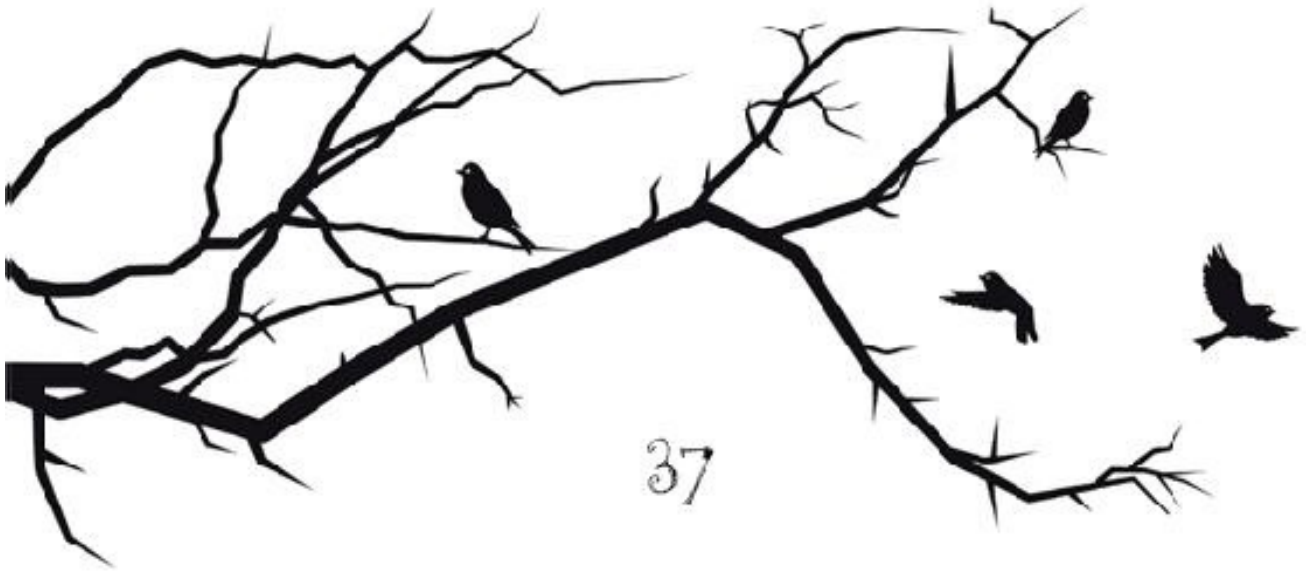
Los ojos de un lobo la observaban entre las barras de una jaula cercana. Se trataba de su antiguo compañero, el mismo que había avistado en la sierra. A pesar de sus valerosos esfuerzos por conducir a su jauría a la seguridad de las tierras altas, no había logrado sacarlos del bosque. Viendo la expresión del lobo, que la miraba por detrás de su encierro, se le cayó el alma a los pies. Serafina no podía hacer nada por él, ni el lobo por ella.

Le aliviaba y le partía el corazón al mismo tiempo saber que Braeden yacía en la jaula contigua, tendido de bruces bajo los barrotes de hierro. Parecía el cadáver de un niño que hubiera salido a rastras de la tumba, pero no hubiera llegado muy lejos al toparse con el horrible armazón. Su cuerpo parecía totalmente inerte, tenía la piel pálida y pegajosa, pero yacía con los ojos abiertos, mirando ante sí con expresión de perplejidad.

—Soy yo, Braeden —le susurró para ayudarlo a volver en sí. Serafina estaba segura de que seguía vivo, pero el conjuro del hechicero le había afectado

enormemente—. ¡Despierta! ¡Soy yo! ¡Soy Serafina!

Pese a todo, mientras trataba de despertarlo, se preguntaba qué iban a hacer. ¿Qué pasaría a continuación? Estaban rodeados de animales enjaulados. Ellos mismos se habían convertido en animales enjaulados. Las barras de hierro y la malla metálica que cubría los huecos del armazón eran demasiado fuertes como para que Serafina las rompiera. Empujó la jaula y la zarandeó. La pateó y la embistió con el hombro. Pero no le sirvió de nada. No podía salir.



Serafina intentó cavar por debajo de las agujas de pino. Excavó hasta que le sangraron los dedos, pero no le sirvió de nada. La jaula de hierro se hundía profundamente en la tierra. Y si ahondaba lo suficiente, no encontraría nada salvo maderas podridas, huesos y cadáveres.

Las barras de hierro de los almacenes estaban tan juntas como para impedir que un adulto pudiera traspasarlas. No obstante, el hombre de la barba había protegido con malla de alambre muchas de las jaulas, incluida la de Serafina, para impedir que los animales se colaran entre los barrotes y se escaparan.

—He intentado romper el alambre —explicó Waysa mientras ella examinaba la malla de su jaula. Serafina pateó la protección con todas sus fuerzas. La malla apenas se movió, pero Serafina advirtió que se doblaba con la presión de las patadas y tuvo una idea.

Se pegó a la parte inferior de la jaula. La malla consistía en una serie de rombos por los que apenas cabían varios dedos. Serafina agarró uno de los hilos de alambre con dos dedos y lo dobló. A continuación lo dobló hacia el otro lado. Siguió haciendo lo mismo, una y otra vez. Y otra. Y otra más.

—¿Qué haces? —susurró Waysa.

Serafina no respondió. Siguió plegando aquel mismo hilo de alambre adelante y atrás, adelante y atrás. Se estaba arañando los dedos y le dolían las manos. Pero notó por fin que el metal se calentaba. Continuó doblando y doblando, lo más deprisa que pudo. ¡Y el alambre se partió! ¡Había roto la malla!

Se le escapó una sonrisa cuando vio que Waysa la miraba boquiabierto. Acababa de romper el metal con las manos. Serafina tenía magia en los dedos.

La emprendió al momento con el siguiente alambre, doblando, doblando, doblando hasta que se partió.

—¡Gracias, papá! —susurró para sí a la vez que empezaba a doblar el siguiente

hilo. Trabajando cada vez con un segmento, retiró poco a poco un fragmento de la malla que estaba pegada al suelo, allí donde los huecos entre las barras eran más anchos. Intentó colarse por la abertura pero aún no era lo bastante grande. Serafina no cabía.

—¡Agáchate, Serafina! —le advirtió Waysa en susurros.

Petrificada, Serafina se pegó al suelo como un animal asustado según oía el castañeteo, *cac, cac, cac*, y el rugido chirriante de la lechuza. El pájaro sobrevoló las cabezas de los prisioneros de camino al campamento. El hombre lanzó el báculo al cielo que, con un temblor, mudó en un palo. La lechuza lo atrapó al vuelo con las garras y desapareció entre los árboles.

Serafina no entendía el sentido de todo aquello, pero estaba más decidida que nunca a escapar. Hundió la cara en el suelo y empujó la cabeza contra la apertura. Apuntalando los pies contra el otro extremo de la jaula, usó la fuerza de las piernas y el tronco para introducir la cabeza en el hueco. Era tan estrecho que las orejas se le rasguñaron y sangraron. Movié el cuello, dobló el hombro, que le flotaba libre de la clavícula, y serpenteó hacia fuera. Una vez que hubo sacado la cabeza, el hombro y un brazo al exterior, buscó algo a lo que asirse para poder extraer el resto del cuerpo ayudándose con la mano, pero no encontró nada que agarrar, nada con lo que estirar. Clavó las uñas en la tierra y eso tampoco sirvió. Ahora estaba atascada, encajada en el hueco. No podía moverse hacia delante ni hacia atrás.

Cuando miró por ahí buscando una rama, una roca o algo que aferrar, vio a Braeden en la jaula contigua trabajando furiosamente para doblar los hilos de alambre igual que había hecho Serafina.

—¡Aguanta, Serafina! —le susurró, pero ella sabía que no serviría de nada. El cuerpo de Braeden era más grande que el suyo. Aunque rompiera la malla, no cabría entre las barras.

Nada funcionaba. Presa del pánico que le provocaba saberse atrapada, Serafina empezó a perder el resuello. El corazón le latía desbocado. Intentó mantener la calma, pero su respiración se aceleraba por momentos. Dirigió la vista hacia la fogata que ardía a lo lejos. ¿De cuánto tiempo disponían antes de que el barbudo acudiera a buscarlos?

Por fin, Braeden consiguió abrir un pequeño hueco en la malla de su jaula. Tal como Serafina sospechaba, el cuerpo del chico no pasaba por la estrecha apertura que quedaba entre las dos barras. Pese a todo, Braeden pasó la mano por el orificio y alargó el brazo hacia ella. Al principio Serafina no entendió qué se proponía, pero luego lo captó. Sacó el cuerpo cuanto pudo y estiró el brazo hacia su amigo. Empujó y empujó con los dedos extendidos. Alargándose entre las jaulas, las manos de ambos se encontraron por fin a mitad de camino.

—¡Te tengo! —dijo Braeden cuando agarró la mano de Serafina. A continuación, estiró con fuerza.

Ahora, con la ayuda de Braeden por un lado y el impulso de sus propias piernas

por el otro, Serafina pudo hacer palanca. Consiguió sacar todo el cuerpo por la abertura y salió a rastras. ¡Lo había conseguido! ¡Había escapado!

Gateó deprisa y corriendo a la jaula de Braeden e intentó abrir el pestillo desde fuera.

—¡Que viene! —susurró Waysa con frenesí.

Serafina oyó los pasos del hombre entre la maleza. Se dirigía hacia ellos.

Abrió por fin la jaula de Braeden y lo ayudó a salir.

—¡Libera a los perros! —le susurró.

A continuación corrió a la caja de Waysa y descorrió el pestillo.

El hombre de la barba llegaría en cuestión de segundos.

Mientras Waysa reptaba al exterior de la jaula, Serafina se volvió a mirar. Gidean y Cedric yacían acostados sobre las patas, observando con emoción cómo Braeden abría sus jaulas. Serafina empleó los últimos segundos en liberar al lobo también. Su joven amigo la miró con una expresión de gratitud infinita. Tras eso, Serafina echó a correr, consciente de que el barbudo estaba al llegar.

Agachados bajo las ramas de los pinos, Serafina, Braeden y los demás corrieron lejos de las jaulas.

A su espalda, el lobo abandonó su encierro y se abalanzó entre gruñidos contra el hombre de la barba. Serafina no sabía cuál sería el resultado de la batalla, pero al menos el lobo tendría una oportunidad.

Los tres chicos y los dos perros huyeron al amparo de los pinos. Waysa encabezaba la marcha, adelantándose de tanto en tanto para asegurarse de que no hubiera peligro. Serafina no se lo explicaba, pero Gidean parecía haber recuperado en parte su antigua energía y velocidad. Cedric era un perro muy pesado y poco acostumbrado a correr largas distancias. Pese a todo, estaba decidido a dar la talla. Serafina corría junto a Braeden para asegurarse de que no se quedara atrás. Por fin escaparon de los pinos renegridos y entraron en el bosque de robles, pero no aminoraron la marcha. El miedo les daba alas. Corrieron a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Sin embargo, a mitad de camino, Braeden se derrumbó, demasiado cansado para continuar. Serafina lo dejó descansar unos segundos, pero pronto lo obligó a ponerse de pie otra vez.

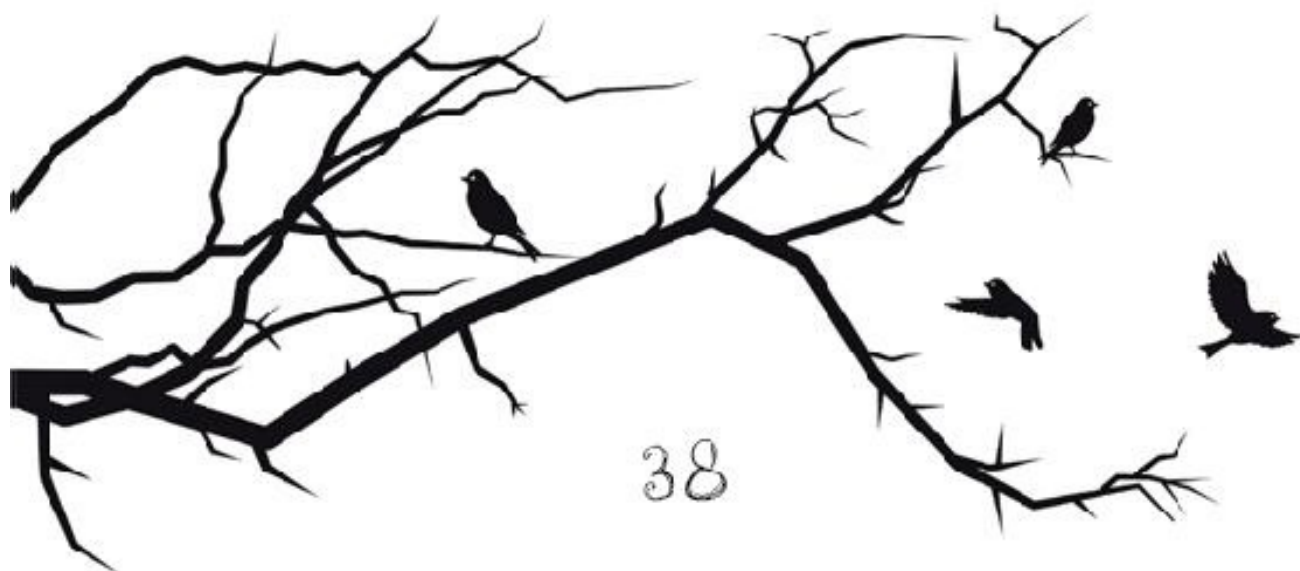
—¡Levanta, Braeden! —lo apremió—. ¡Tenemos que llegar a casa!

Corrieron un rato más, pero al cabo Braeden se desplomó agotado. Demasiado exhausto como para continuar, no se rindió ni les pidió a los demás que lo esperaran. Llamó a Cedric.

—Necesito que me ayudes, amigo mío —dijo a la vez que montaba a lomos del san bernardo y se agarraba a su pelo.

—¡Venga, Cedric! ¡Venga, chico! ¡Vamos! —le gritaba Serafina al perro, y juntos salieron disparados otra vez. Fruto de un largo linaje de perros de rescate, Cedric entendió a la perfección lo que se le pedía. Ahora avanzaba con velocidad y

determinación renovados, llevando consigo a su joven amo.



Corrieron entre nogales y abetos, a través de alisos y olmos. Cruzaron prados y monte bajo, arroyos y barrancos, impulsados por el terror más oscuro que habían conocido en su vida.

Cuando atisbaron las tenues luces de Biltmore al romper el alba, Serafina intuyó que habían escapado del horror. Aminoró el paso y miró a Waysa. Caminaron codo con codo, respirando pesadamente.

—Tengo que volver a Biltmore —dijo Serafina.

Waysa asintió.

—Iré a buscar a tu madre y a los cachorros para asegurarme de que están a salvo. —La retuvo un instante con la mano y la miró con una nueva determinación en el semblante—. Tenías razón. No se puede escapar de esta guerra. Me reuniré contigo más tarde. Sé valiente, Serafina.

—Sé valiente, Waysa —respondió ella a la vez que se abrazaban rápidamente. Waysa se sumergió en la maleza y desapareció.

Braeden, que había presenciado la despedida, observó:

—Conociste a ese chico en el bosque, ¿no?

—Sí. Se ha unido a mi madre y a los cachorros. Se llama Waysa.

—Me recuerda a ti —observó Braeden con voz débil y cansada, pero también empapada de una dulzura que Serafina no esperaba.

—A mí también —asintió ella.

—¿No quieres marcharte con él? —le preguntó Braeden en tono inseguro. Miró hacia la casa, que se erguía a lo lejos—. Los perros y yo podemos llegar solos a Biltmore desde aquí.

—No —le aseguró Serafina—. Quiero volver a casa contigo.

Braeden asintió y siguieron andando juntos hacia su hogar, flanqueados por los dos perros.

—Mira —señaló Serafina al ver a una chica galopando por el enorme parterre de césped que se extendía ante la casa. Plantada sobre los estribos e inclinada sobre la silla, la amazona se desplazaba a velocidad de vértigo. Una larga melena pelirroja flotaba tras ella. ¡Era *lady* Rowena!

A lomos de su caballo, Rowena entró en el patio de las caballerizas.

Cuando Serafina, Braeden y los dos perros llegaron al poco a ese mismo patio, encontraron a un grupo de unos treinta hombres preparándose para partir, algunos a pie y otros a caballo.

—¡A sus monturas! —gritó el señor Vanderbilt desde su cabalgadura—. Volvemos a salir.

Serafina y Braeden echaron un vistazo al desaliñado pelotón. Buena parte de los hombres que habían participado en la primera expedición estaban allí, heridos y agotados. Llevaban toda la noche lidiando con los coyotes en el bosque. Los caballos se habían llevado la peor parte y los rastreadores habían perdido a todos los plott hounds menos a uno. El maestro de caza, infinitamente perturbado, había desmontado de su aterrado y sudoroso caballo y ahora estaba sentado en el suelo, demasiado impresionado por los recientes acontecimientos como para levantarse siquiera. Pero casi todos los hombres habían cambiado de montura y otros nuevos se habían unido a la misión.

Vieron a Rowena junto al señor Vanderbilt, a lomos de un caballo fresco y lista para partir. Llevaba el pelo suelto, arañazos en la cara y parecía agotada pero decidida, pese a todo, a colaborar en la búsqueda.

—¡Venga, deprisa! —gritaba Rowena a los demás según guiaba a su caballo de un lado a otro—. ¡Tenemos que ir a buscarlos!

El padre de Serafina, varios mozos de cuadra y una docena de criados se habían unido a la expedición.

Cuando el señor Vanderbilt dio media vuelta a lomos de su caballo, vio a Braeden, a Serafina y a los perros caminando hacia él.

—Gracias a Dios —exclamó. Desmontó, soltó las riendas y estrechó al exhausto Braeden entre sus brazos.

—Serafina —exclamó el padre de la niña, aliviado. Se acercó a ella a toda prisa y la envolvió en un abrazo.

—Estoy perfectamente, papá —lo tranquilizó ella—. No me han hecho daño.

Mientras Serafina le devolvía el abrazo a su padre, vio cómo Rowena desmontaba para estrechar a Braeden entre sus brazos, palpablemente aliviada de que siguiera vivo. Los demás hombres propinaban palmaditas al joven amo y le daban la bienvenida.

El señor Vanderbilt se arrodilló para rascar el cogote de Cedric.

—Cuánto me alegro de verte, chico —le dijo mientras lo acariciaba. A continuación, el hombre alzó la vista para mirar a Serafina.

—Lo lamento, señor —se disculpó ella con voz temblorosa, temiendo que le

reprochara que los hubiera conducido a semejante desastre. Según su padre se volvía a mirar al señor Vanderbilt, Serafina añadió—: No podía imaginar que iba a pasar algo así.

—Ninguno de nosotros ha visto nunca nada parecido —asintió él. No estaba enfadado. Su tono de voz reflejaba que compartían un mismo objetivo. Formaban un equipo. Estaban juntos en eso.

—¿Es posible que los coyotes estuvieran infectados de rabia? —preguntó el padre de Serafina.

—Ruego a Dios que no —dijo el veterinario, que había oído la conversación mientras examinaba los cortes de la pata de un caballo—. Si es rabia, todos los hombres, caballos y perros que han sufrido mordiscos esta noche morirán en pocos días, y no podremos hacer nada para salvarlos.

—A mí no me ha parecido rabia —opinó el señor Vanderbilt, haciendo un gesto de negación—. Debía de haber unos cincuenta coyotes, y había voluntad en la expresión de sus ojos.

El maestro de caza sacudió la cabeza.

—Esos animales estaban poseídos —musitó con ojos vidriosos. Todavía no podía dar crédito a lo que había visto.

—Tenemos que volver, tío —intervino Braeden.

—¿Volver? —preguntó el señor Vanderbilt, sorprendido.

—Hay un montón de animales allí que necesitan nuestra ayuda.

El señor Vanderbilt negó con un gesto.

—Lo siento, Braeden. No vamos a regresar ahora mismo. No podemos correr ese riesgo. La gente está agotada. Necesitamos descansar y volver a organizarnos.

—Ha sido horrible, tío —le aseguró Braeden, y a continuación describió al barbudo y a los animales enjaulados—. Serafina nos ha ayudado a escapar a los perros y a mí, y luego hemos venido corriendo.

Cuando el señor Vanderbilt se volvió hacia Serafina, ella vio gratitud en su semblante. Pero la guerra no había terminado.

—Tenemos que encontrar a Grathan, señor —dijo—. Está involucrado en esto.

—Desconfié de él desde el principio —confesó el señor Vanderbilt—. Se presentó como agente de la ley, así que no me pareció oportuno interferir en su investigación, pero contraté a un detective privado para que comprobara sus credenciales.

—¿Y qué averiguaste? —quiso saber Braeden.

—El señor Grathan no viene de parte de ninguna ciudad ni organismo oficial. Es un farsante.

—¿Y qué vamos a hacer, tío? —preguntó el chico.

—He pedido a la policía de Asheville que acuda cuanto antes. Lo van a detener.

—¿Pero dónde está Grathan ahora mismo? —se extrañó Serafina.

—Lo hemos estado buscando. No se encuentra en la casa —explicó el señor Vanderbilt—, pero es posible que siga en la finca.

—Creo que Grathan es más peligroso de lo que parece, señor —observó Serafina—. Y me temo que la policía acudirá a caballo o en coche y se encontrará con los mismos obstáculos que nosotros.

El señor Vanderbilt asintió.

—Varios hombres armados están buscando a Grathan por los terrenos. Cuando llegue la policía, si acaso llega, volveremos a esa zona a liberar a los animales. Hasta entonces, quiero que todos os quedéis en casa y llevéis mucho cuidado.

Mientras los hombres seguían hablando, Serafina, Braeden y Rowena se apiñaron debajo del pórtico, en la entrada de carruajes que llevaba directamente a la casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rowena con voz temblorosa.

—Estamos bien —le aseguró Braeden—. Hemos recuperado a los perros. Eso es lo que importa.

—Estaba preocupadísima por vosotros —dijo la inglesa, mirándolos a los dos. Serafina comprendió que el peligro y la muerte borran las diferencias de clase. Súbitamente, todos eran iguales y luchaban juntos para defender sus vidas y las de sus seres queridos. Había percibido esa misma actitud en el señor Vanderbilt, en su padre, en el maestro de caza, en los rastreadores y en los jinetes. Ninguno había vacilado en afrontar peligros espeluznantes por defenderlos a ella y a Braeden. Y ahora percibía ese gesto en *lady* Rowena también.

—Gracias por ayudarnos, Rowena —dijo Braeden.

—Cuando mi padre me envió a Biltmore, me dijo que haría amigos —expresó *lady* Rowena al mismo tiempo que los miraba con una sonrisa lánguida—. Creo que tenía razón.

—Desde luego que sí —respondió Braeden—. ¿Tu padre acudirá pronto a Biltmore? —preguntó a continuación.

—Creo que llegará antes de lo que todos esperábamos —asintió Rowena—. Vendrá a pasar la Navidad.

Serafina creyó notar algo raro en la expresión de Rowena cuando lo dijo. ¿Era tristeza? ¿Inquietud? No supo descifrarlo.

—¿Tienes ganas de verle? —le preguntó.

—A decir verdad —confesó Rowena—, mi padre todavía me considera una niña pequeña y boba.

—Seguro que no —objetó Braeden.

Rowena negó con la cabeza.

—No, te aseguro que sí. Me temo que mi padre nunca me ha tenido en gran consideración. Pero muy pronto, de una forma o de otra, tendrá que empezar a respetarme.

—Si supiera lo valiente que fuiste ayer por la noche, estaría muy orgulloso de ti —intentó animarla Serafina.

Con todo, mientras estaban allí charlando, Rowena parecía al borde del colapso. El cansancio le estaba pasando factura a la pobre chica. Braeden le ofreció apoyo con

la mano.

—Si me disculpáis —dijo Rowena por fin, aceptando el brazo de Braeden y cerrando los ojos un instante como si se fuera a desmayar—. Estoy muy cansada. Subiré a mi habitación a tomar un baño y a cambiarme de ropa.

Braeden asintió.

—Descansa. Nosotros haremos lo mismo. Mi tío y sus hombres se ocuparán de todo ahora.

Cuando acudieron dos criadas para ayudar a la desaliñada *lady* Rowena a regresar a la mansión medio a rastras, Serafina la oyó murmurar con tono de perplejidad:

—Oh, cielos, me parece que me he ensuciado el vestido.

Estaba al borde del delirio de puro agotamiento.

Serafina permaneció junto a Braeden. Al ver al señor Vanderbilt charlando con su padre y los demás, supo que estaban tomando cartas en el asunto, pero no podía sacudirse de encima la impresión de que con eso no bastaba, de que a todo el mundo, incluida ella misma, se le estaba escapando algo. Experimentaba la misma sensación que si estuvieran haciendo un rompecabezas y creyeran estar a punto de terminarlo, pero quedara una caja entera de piezas cuya existencia desconocían.

Observó cómo los mozos de cuadra limpiaban la sangre de los adoquines y las criadas fregaban el barro de los peldaños que llevaban a la casa.

—Vamos —le dijo Serafina a Braeden, y los dos amigos echaron a andar junto a la fachada de la casa—. Tenemos que meditar a fondo lo que hemos visto.

—Quienquiera que fuera ese hombre, estaba como una cabra —observó Braeden.

—Sí, parecía como si le guardara rencor a alguien o tuviera una deuda de sangre.

—Dijo que todo esto sería pasto de las llamas —recordó el chico.

Serafina volvió a oír mentalmente las escalofriantes palabras.

—¿De qué crees tú que estaba hablando? —preguntó Braeden.

—No estoy segura —respondió Serafina.

—¿Piensas que se refería a Biltmore? —siguió indagando Braeden.

Cuando llegaron a la entrada principal de la casa, Serafina echó un vistazo al arco de piedra grabada que cruzaba el dintel. Mostraba a un hombre con barba, de aspecto extraño, que blandía una lanza o algún tipo de bastón.

—No sé. Es posible, desde luego. ¿La familia Vanderbilt tiene algún enemigo? —preguntó—. ¿Qué me dices de tu tío? ¿Alguien lo odia o querría hacerle daño?

—No, no lo creo —dudó Braeden—. Es un buen hombre.

—Ya lo sé —convino Serafina—, pero a lo mejor sucedió algo en el pasado que desconocemos. ¿Qué sabemos de su vida en Nueva York antes de que viniera? ¿O de todos esos viajes que hacía a Europa y al resto del mundo? ¿Y si se vino a vivir aquí, a estas montañas aisladas de Carolina del Norte, por alguna razón?

—¿Piensas que es posible que estuviera huyendo de algo?

—O de alguien. No lo sé —reconoció Serafina.

—Ven —propuso Braeden, arrastrándola al interior de la casa—. Tengo una idea.

Los dos amigos estaban cansados, sucios y hambrientos, pero demasiado inmersos en su investigación como para descansar. Serafina siguió a Braeden por la galería hasta la biblioteca.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Serafina cuando entraron, sin entender en qué los podía ayudar la colección de libros del señor Vanderbilt.

—Mi tío guarda aquí los documentos de sus viajes —explicó Braeden a la vez que se acercaba a uno de los armarios—. A lo mejor encontramos algo.

Serafina se acercó a Braeden para ayudarlo. Pero seguía sin estar segura de lo que debía buscar.

Encontró un juego de diarios encuadernados en cuero negro, titulados: *Mis lecturas. G. W. V.* Hojeando las páginas, Serafina descubrió que el señor Vanderbilt había anotado el título y el autor de cada libro que había leído desde 1875, cuando tenía doce años. Había ido añadiendo miles de entradas con el paso de los años, en francés, en inglés y en otras lenguas.

Braeden halló pruebas de los abundantes viajes de su tío por los Estados Unidos y el extranjero. Había estado en Inglaterra, Francia, Italia, China, Japón y muchos otros países. Y Serafina adivinó que las obras de arte, esculturas y antigüedades de la casa procedían de todos esos viajes. De hecho, hacía poco había destruido una. Cualquiera de esos objetos podía estar encantado o maldito de algún modo que involucrase una deuda de sangre contra el señor Vanderbilt.

Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más persistía en su mente una idea en particular. El hombre que vio en el camino aquella primera noche no le había parecido neoyorquino, ni siquiera forastero o extranjero. Tenía el rostro surcado de las profundas arrugas que graban los vientos de las montañas, la barba desaliñada y gris recordaba sobremanera a las de los ancianos de por allí y en su manera de hablar se adivinaba la cadencia de los montañeses. Serafina no podía estar segura a partir de sus breves y aterradores encuentros, pero el instinto le decía que el hombre era oriundo de los Apalaches.

Recordó las inquietantes palabras que le había gritado a la lechuza: «Todo esto será pasto de las llamas».

—Echemos un vistazo a los documentos de la casa Biltmore —propuso.

—¿Nos olvidamos de los viajes de momento?

—Sí, centrémonos en Biltmore —insistió Serafina, ahora más segura.

—Esos están por aquí —indicó Braeden, y le mostró otro grupo de cajas.

Hurgando entre los papeles, costaba imaginar que fueran a encontrar allí alguna respuesta, pero cuando Braeden abrió una caja de borrosas fotografías, Serafina se acercó a mirarlas con interés.

La primera instantánea que examinó mostraba una vasta extensión de bosque talado, vacío de todo salvo de tocones y hierbajos. En la foto aparecía una cuadra de veinte o treinta mulas, un par de carretas rebosantes de troncos y un buen número de vagabundos armados con hachas. Costaba reconocerla, pero, a juzgar por las

montañas que asomaban al fondo, la loma de la fotografía era la misma en la que ahora se erguía Biltmore. La explanada aparecía despejada, desnuda. No se veían jardines, ni bosques, solo tierra herida y desierta. Ese era el aspecto de Biltmore años atrás, cuando el señor Vanderbilt había comprado la finca.

La fotografía siguiente mostraba a cientos de mamposteros, albañiles, carpinteros y otros artesanos construyendo los pisos inferiores del caserón. Había hombres y mujeres, blancos y negros, y un buen número de montañeses. Serafina notó una sensación cálida en el corazón cuando vio a su padre en una de las fotografías, trabajando en un sistema de grúa a motor entre muchos otros hombres. La imagen le arrancó una sonrisa, porque mentalmente siempre había imaginado a su padre trabajando a solas, construyendo Biltmore casi sin ayuda, por cuanto siempre lo había visto trabajando en solitario. Ahora comprendía hasta qué punto se había equivocado. Su padre no fue sino uno de los miles de hombres que trabajaron a lo largo de seis años para construir la mansión. Era asombroso observar cómo las andamiadas paredes de Biltmore se alzaban prácticamente de la nada fotografía tras fotografía.

Al cabo de un rato, mientras hojeaba los documentos de Biltmore buscando las pistas que necesitaba, Serafina echó una ojeada a Braeden. Agotado, el chico se había dormido en una de las butacas. Serafina lo dejó descansar, pero siguió buscando.

—Me muero de hambre —declaró Braeden cuando despertó. Los dos niños acudieron rápidamente a la cocina en busca de algo para comer. Pero nada más terminar, en cuanto se hubieron lavado, se pusieron manos a la obra de nuevo.

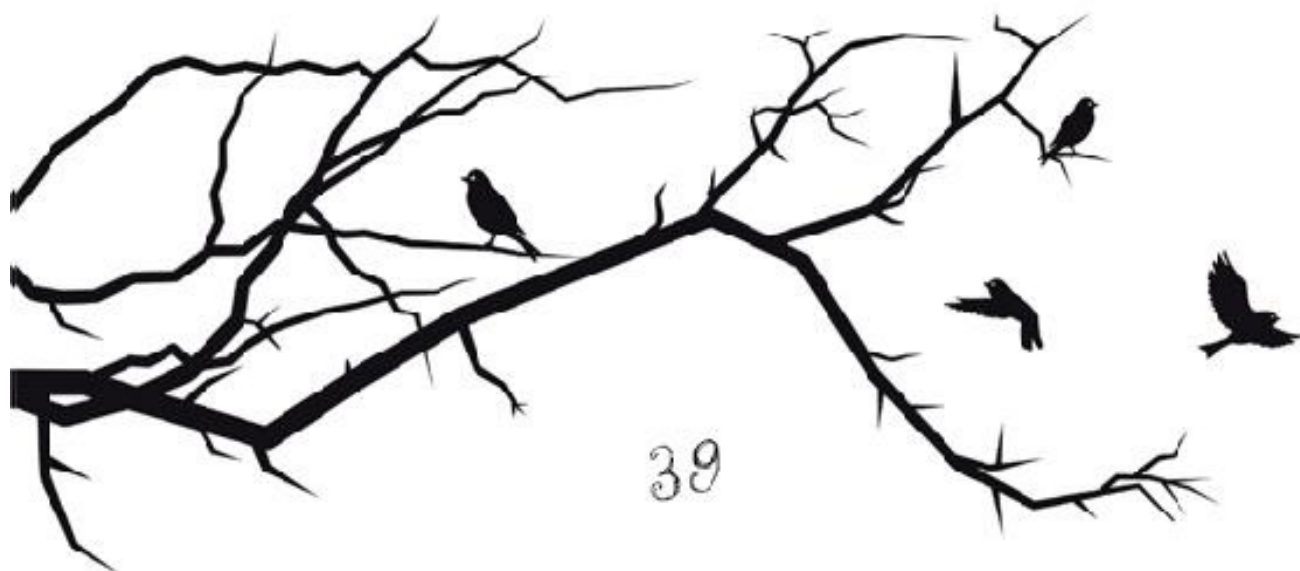
Por la tarde, según revisaba otra caja más, Braeden le tendió una fotografía a Serafina.

—Mira esta.

La imagen atrajo la mirada de la niña. Mostraba a muchos hombres y andamios de madera, igual que las demás. Al fondo, se alzaban las obras de Biltmore. Serafina ni siquiera tenía muy claro qué pretendía retratar el fotógrafo, aparte de la obra en sí misma. Unos cuantos hombres aparecían trabajando, otros charlando, unos miraban a la cámara y otros no. Cuando se fijó mejor en la fotografía, una de las figuras le llamó la atención. La imagen era tan pequeña que apenas si distinguía los rasgos, pero tenía la cara surcada de arrugas y llevaba una barba larga y gris. No se cubría con un abrigo largo ni portaba un bastón, pero miraba directamente a la cámara y sus ojos parecían dos puntitos de plata. Era su enemigo en persona: el hombre del bosque. Se trataba de él. Serafina estaba segura. Y eso significaba que no se enfrentaban a un espectro del bosque ni a una horripilante pesadilla, sino con una persona de carne y hueso. Cuando menos, lo fue años atrás.

—Braeden, fíjate en esto —dijo Serafina al tiempo que le enseñaba la fotografía—. Tenemos que averiguar quién es este hombre.

—En ese caso, hay que hablar con el señor Olmsted —propuso Braeden.



Mientras Braeden acompañaba al señor Olmsted a la biblioteca, Serafina observaba al anciano de la barba gris y la calva incipiente con atención.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó el arquitecto cuando entró en la sala apoyado en su bastón—. Parece ser que anoche abundaron los problemas, sobre todo para vosotros dos.

Un tanto sobresaltado al descubrir que el señor Olmsted estaba al corriente de lo que se cocía, Braeden miró de reojo a Serafina, que estaba plantada junto al enorme globo terráqueo.

Serafina negó con un movimiento de la cabeza casi imperceptible. *No le cuentes nada. Pregúntale por la foto y ya está.*

—Señor —empezó Braeden—, puesto que acudieron tantos hombres a trabajar a sus órdenes durante la construcción de Biltmore, nos preguntábamos si podría echarnos una mano con unas fotografías que hemos encontrado.

—Lo puedo intentar, señorito Braeden —respondió el anciano al tiempo que se acomodaba en un sofá, delante del fuego—. Este parece un sitio agradable y calentito.

—Resulta que hemos encontrado esta fotografía que...

—¿Qué os parece si nos tomamos una buena taza de té antes de empezar? —interrumpió el señor Olmsted, aparentemente sin reparar en que Braeden ya había empezado a hablar.

—Pues... —titubeó Braeden, que volvió a mirar a Serafina—. Claro, cómo no —accedió. Se acercó a la pared y pulsó el timbre para llamar a la despensa.

—Mientras esperamos que nos traigan el té, a lo mejor podríamos echar un vistazo a esta fotografía —propuso Serafina echando mano de la foto que sostenía Braeden y acercándosela al señor Olmsted.

—Pues claro que sí, Serafina —repuso el paisajista.

Serafina se sobresaltó al oír que la llamaba por su nombre. Ni siquiera pensaba que conociera su existencia. Sin embargo, el hombre la invitó a sentarse a su lado propinando unos golpecitos al almohadón. Sorprendida, Serafina se acomodó en el sofá y le puso la fotografía en las manos.

—Ah, es muy antigua... —comentó el señor Olmsted a la vez que observaba la imagen con interés. Le temblaban las manos mientras la sostenía.

—¿Reconoce a este hombre de aquí? —preguntó Serafina, señalando al anciano de la barba.

—¿Ha llamado, señor? —los interrumpió el lacayo mientras entraba en la biblioteca enfundado en su librea blanca y negra.

—Al señor Olmsted le gustaría tomar una taza de té, por favor —pidió Braeden.

—Enseguida, señor —respondió el lacayo, y se marchó.

Serafina observaba cómo el señor Olmsted estudiaba el rostro de la fotografía. Al principio, su expresión mostraba una curiosidad moderada, como si recordara los buenos tiempos en que diseñó los jardines, esculpió la tierra y supervisó a las brigadas que plantaron miles y miles de árboles, arbustos y flores. Pero luego su expresión cambió. Entornó los ojos y se acercó la fotografía a la cara.

—Puede que esto le sirva de ayuda, señor —ofreció Braeden al tiempo que le tendía la lupa que había cogido de una mesa cercana.

—Ah, sí, gracias, señorito Braeden —dijo el señor Olmsted antes de devolver la atención a la fotografía—. Sí, recuerdo a este tipo —declaró por fin.

—¿Quién era? —preguntó Serafina.

El anciano se quedó sumido en sus pensamientos unos instantes, como buscando la mejor manera de responder a la pregunta.

—Bueno, os voy a contar una historia sobre una parcela que no estaba muy lejos de aquí —empezó—. Hace años, George Vanderbilt emprendió un viaje por todo el país con su madre. En aquel entonces era un joven de veintiséis años. Un día salió a montar por las montañas y detuvo al caballo en lo alto de una colina. Le agradaron las vistas que se oteaban desde allí. Pensó que, algún día, le gustaría construir una casa en aquel enclave. Le pidió a su abogado que averiguara si sería posible comprar la finca. Al descubrir que pedían un precio muy bajo y que el propietario estaba deseando vender, dio instrucciones a su abogado de que adquiriera esa tierra y los alrededores. Cuando se hubo asegurado la compra de miles y miles de hectáreas, George me invitó a la zona y me llevó a la cima de esa misma colina. Me dijo: «Mira, te he pedido que vinieras para pedirte que eches un vistazo a estas tierras y me digas si he metido la pata».

El señor Olmsted sonrió al recordar las palabras de su amigo.

—¿Y qué le dijo? —quiso saber Braeden—. ¿Había metido la pata?

—Bueno, le dije la pura verdad. Las vistas eran bonitas, pero la tierra había sido tan explotada por recolectores y agricultores de subsistencia durante años y años que el suelo estaba empobrecido, los bosques eran paupérrimos y la falta de árboles y de

maleza había acelerado la erosión de la sierra. Los habitantes de la zona la habían ocupado ilegalmente. Las tierras no les pertenecían pero habían talado los árboles para construir sus cabañas, calentarse y, sobre todo, para vender la madera. Los vi transportar carros enteros de troncos de nogales a la ciudad con el fin de ofrecer la madera al mejor postor. Veréis, en aquel entonces la madera se usaba prácticamente como moneda de cambio, y los hombres como esos se la apropiaban hasta acabar con los bosques y luego la emprendían con la siguiente montaña. Habían cortado e incendiado casi todas las zonas boscosas de por aquí.

—¿Incendiado? —preguntó Braeden, horrorizado.

El señor Olmsted asintió.

—Cuando agotaban los árboles, plantaban pastos para alimentar al ganado y a los cerdos. El cerezo autóctono, el tulípero, el nogal negro, la acacia y el abedul que tanto necesitan estas montañas habían desaparecido. El maíz, el grano y el tabaco que plantaban año tras año habían agotado la tierra. Era algo relativamente frecuente en los estados algodoneros después de la guerra. Buena parte de las tierras fueron salvajemente explotadas y acabaron en un estado lamentable.

—Así pues, mi tío cometió un terrible error, tal y como se temía —observó Braeden, estupefacto—. ¿Abandonó esas tierras y encontró la finca de Biltmore, con sus preciosos árboles?

El señor Olmsted esbozó una leve pero maliciosa sonrisa por debajo del bigote, como si las palabras del chico lo hubieran complacido.

—No exactamente. Le dije a tu tío que la colina en la que planeaba construir la casa poseía en efecto unas vistas preciosas y que las tierras de los alrededores tenían potencial. Le expliqué que, mediante un cultivo extensivo, podríamos restaurar el entorno natural que se había perdido. Haría falta tiempo y dinero, miles y miles de siembras y tiempo para que crecieran las plantas. Jamás se había intentado algo parecido a una escala tan grande, pero, si lo conseguíamos, convertiríamos esta tierra en un ejemplo de reforestación para el sur y, sin duda, para toda Norteamérica. Demostraríamos cómo conservar y recuperar los bosques en lugar de talarlos.

—Un momento —lo interrumpió Braeden—. ¿Me está diciendo que esa finca de la que habla era Biltmore?

El señor Olmsted sonrió.

—Ahora mismo te encuentras en el lugar exacto en que tu tío, a lomos de su caballo, admiró las vistas desde la montaña y decidió construir una casa.

—Pero estos árboles tan bonitos y los jardines... —empezó Braeden.

—Los plantamos —respondió el paisajista sin más.

Serafina escuchaba fascinada al señor Olmsted. A diferencia de Braeden, que llevaba poco tiempo en la finca, ella se había criado allí con su padre, así que conocía la historia, pero aun así le encantaba escucharla. Le asombraba pensar que el arquitecto paisajista hubiera ideado un proyecto a una escala tan inmensa, incluidas las montañas y toda la comarca. Ella tenía la sensación de que se pasaba la vida

buscando cómo sobrevivir a los cinco minutos siguientes. No le cabía en la cabeza que alguien fuera capaz de visualizar el futuro con décadas de antelación.

Sin embargo, sus pensamientos pronto retornaron al siniestro asunto que tenían entre manos.

—Pero ¿quién es el hombre de la fotografía, señor Olmsted? —preguntó.

—Ah, sí —dijo el señor Olmsted, recuperando la seriedad—. Esa es la segunda parte de la historia. Aquel mismo año, cuando dimos comienzo a los trabajos de reforestación, descubrimos que la tala indiscriminada y la venta de madera no eran fruto del azar. No eran obra de unos vagabundos cualesquiera que pasaban por allí. Un rufián llamado Uriah manejaba el cotarro. No tenía más derecho a explotar esta tierra que ningún otro invasor, pero era un embaucador, un estafador. Hacía favores a las personas para obtener poder sobre ellas. Prestaba dinero en condiciones abusivas. Casi todos los ocupantes de la zona le debían una cosa u otra y los que no le debían nada lo temían, por cuanto todo aquel que le plantaba cara acababa mal. Para cuando llegamos nosotros, él tenía la sartén por el mango. Creo que debía de ser un antiguo esclavista o algo parecido, porque se le notaba que disfrutaba ejerciendo control sobre los demás. Parecía obsesionado con controlarlo todo.

—Pero mi tío había comprado la tierra —objetó Braeden, confuso.

—Así es, la había comprado. Más de cincuenta mil hectáreas que abarcaban cuatro condados. Se la había comprado legalmente a sus legítimos propietarios, pero a esos saqueadores del bosque les traía sin cuidado a quién perteneciera la sierra, al igual que a Uriah. Llevaban años y años talando los árboles y no pensaban detenerse. Para Uriah, aquellos eran sus dominios y solo suyos.

Sus dominios y solo suyos, pensó Serafina.

—Ninguno de nosotros se dio cuenta, cuando iniciamos la reforestación de la tierra y la construcción de la casa, de que nos las tendríamos que ver con ese tal Uriah. A pesar del poder que había ejercido sobre los ocupantes ilegales a lo largo de los años, saltaba a la vista que los mejores años de Uriah habían pasado a la historia. Debió de resultar herido en la guerra o sufrido una grave enfermedad que lo había debilitado. No estaba en plena forma. Cuando intentó negociar con nosotros parecía desesperado, decidido a aferrarse al imperio de corrupción que había creado en esta zona como a un clavo ardiendo. No podíamos entender por qué no renunciaba a sus pretensiones y se marchaba. Parecía como si su vida dependiera de ello. En cualquier caso, no era de los que se rinden fácilmente. Se enfrentó a nosotros con todas sus armas.

—¿Y qué hizo mi tío? —quiso saber Braeden.

—Bueno, no podíamos permitir que un hombre como Uriah se acercase a tu tío, claro está. Pero el señor McNamee, el comisario de la finca, tuvo que enfrentarse más de una vez a aquel desgraciado, al igual que el señor Hunt, el arquitecto de la casa, y yo mismo. Una discusión tras otra. Empezamos a dar de lado a Uriah para tratar directamente con los ocupantes ilegales. Les ofrecimos empleos y tierras que trabajar.

Necesitábamos ayuda y ellos aceptaron nuestra oferta de buena gana. Muchos se instalaron en cabañas dentro de la propiedad o fundaron hogares en el pueblo. Pero Uriah nos odiaba, nos desafiaba constantemente, nos decía lo que podíamos y no podíamos hacer, qué límites podíamos traspasar y cuáles no, como si la tierra le perteneciera. Nosotros estábamos en nuestro derecho de actuar como lo hacíamos, tanto moral como legalmente, así que habríamos podido mandarlo a paseo sin más, pero yo siempre procuré tratarlo bien. Nunca confié en él, pero intuía que el personaje era mucho más siniestro de lo que parecía a simple vista y me resistía a declararle una guerra sin cuartel. No hay nada más peligroso que un hombre desesperado. Sin embargo, el señor Hunt no compartía mis inquietudes respecto a Uriah y lo trató con el respeto que merecía. Es decir, ninguno. Y Uriah se la juró al señor Hunt.

—¿Y Uriah no conocía al señor Vanderbilt? —preguntó Serafina, extrañada.

—No, personalmente, no, pero sin duda sabía quién era. Uriah odiaba a George Vanderbilt más que a nadie porque lo consideraba el culpable de su desgracia.

—¡Pero si mi tío no tenía la culpa de nada! —se indignó Braeden.

—No, claro que no —convino el señor Olmsted—, pero Uriah no lo veía así.

Serafina y Braeden guardaron silencio cuando el lacayo entró en la sala portando un delicado juego de porcelana en una bandeja de plata y procedió a servirle al señor Olmsted su té. Despacio, una a una, fue dejando sobre la mesa las piezas exquisitamente decoradas y marcadas con el monograma de Biltmore: un platito, una taza, una tetera, un azucarero, una cucharilla y una jarrita con crema. A continuación sirvió el té caliente con parsimonia mientras todos esperaban en silencio. Tardó siglos en acabar. Cuando el lacayo se marchó por fin, Serafina retomó la conversación donde la habían dejado.

—¿Y qué fue de Uriah, al final? —preguntó.

El señor Olmsted tomó un sorbo de té. Sonó un tintineo cuando devolvió la taza al plato.

—Bueno, tiró demasiado del hilo y acabamos perdiendo la paciencia. Me temo que discutimos a gritos. Por fin, el señor McNamee ordenó a sus guardias, más de treinta jinetes armados, que lo esposaran y se lo llevaran por la fuerza.

—¿Y qué hicieron con él? —se interesó Braeden.

—Lo metieron en un tren y lo trasladaron a la costa. Creo que mencionaron algo de meterlo en un barco con rumbo a tierras extranjeras. En cualquier caso, nos alegramos de perderlo de vista.

—Uriah debió de enfadarse muchísimo —observó Serafina.

—Hablar de enfado no basta para describir el estado de enajenación en el que se hallaba. No repetiré las barbaridades que nos chilló, pero nos maldijo para toda la eternidad y juró que regresaría para matarnos a todos. «¡Aunque tarde cien años», gritó, «volveré y quemaré la casa hasta los cimientos!».

—Un momento —dijo Serafina—. ¿Dijo eso en realidad, con esas palabras

exactas?

Tenía un nudo en la garganta, porque ya conocía la respuesta. Se lo imaginaba perfectamente vociferando esas palabras. De hecho, estaba casi segura de habérselas oído.

Inspiró con fuerza. Por fin conocía la identidad de su enemigo. Ese hombre, Uriah, era un mutante y un brujo como Waysa había afirmado, familiar de la lechuza de cara blanca, hechicero de artes oscuras cuyo poder estaba ligado a esas tierras. Era el viejo del bosque del que hablaban las leyendas que los montañeses contaban delante del fuego al anochecer. Era el embaucador y el amo de los asesinos de árboles que había visto el señor Olmsted. Y era el enemigo contra el que su madre, su padre y otros *catamounts* habían luchado años atrás, el mismo al que habían dejado al límite de sus fuerzas. En la época de la construcción de Biltmore, Uriah ya no podía recurrir a sus malas artes. Pero cuando lo enviaron a la otra punta del mundo, se dedicó a fortalecerse, a buscar nuevos poderes oscuros que esgrimir, a convertir su dolor y su odio en una magia todavía más siniestra que antes si cabe; todo ello con la intención de regresar algún día a esas montañas, quemar Biltmore hasta los cimientos y recuperar sus tenebrosos dominios.

Serafina recordaba que, cuando se puso la capa negra, esta la había engañado, había intentado convencerla de que había sido creada para el bien, pero no era verdad. Uriah había arrastrado al señor Thorne a su red de mentiras y lo había enviado a Biltmore para reunir almas, para acumular poder. Y ahora Uriah estaba utilizando el bastón maligno para dominar a los animales. Uriah se proponía apoderarse de las personas, de los animales, de la tierra, y utilizaría sus demonios y sus artilugios para conseguirlo. Quería controlarlo todo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Braeden, tocándole el brazo.

Serafina parpadeó, empujó a un lado esos pensamientos y lo miró.

—Sí, estoy bien. Lo siento, continúa.

—Señor Olmsted —preguntó Braeden—. ¿Sería posible incendiar Biltmore?

—Yo no soy el arquitecto, pero te puedo decir lo que sé.

—Discúlpeme, señor Olmsted —lo interrumpió Serafina cuando una idea asaltó su pensamiento—. ¿Qué fue del señor Hunt?

—Cuando las obras de Biltmore estaban en la recta final, pocos meses antes de ver terminada la mayor obra de su vida, nuestro amigo el señor Hunt falleció, para nuestro pesar.

—¿Murió? —Se horrorizó Braeden.

—Sí, me temo que sí. El espantoso giro de los acontecimientos nos dejó a todos atónitos y devastados.

—¿Cómo murió? —quiso saber Serafina.

—Al principio se resfrió, luego empezó a toser y más tarde sufrió un horrible ataque de gota. Los médicos no lo supieron con seguridad, pero, finalmente, parece ser que murió de un fallo cardíaco.

—¿Un resfriado? —preguntó Braeden, estupefacto—. ¿Todo empezó con un resfriado?

La noticia suscitó un nuevo temor en Serafina. Nadie muere de un resfriado. ¿Sería ese el problema de la señora Vanderbilt? ¿Sería víctima de esa misma enfermedad? ¿Acaso Uriah le había echado mal de ojo a la dueña de Biltmore?

—Estaba a punto de hablarnos sobre las probabilidades de que se produzca un incendio —azuzó Braeden al señor Olmsted.

—Como podréis imaginar, al señor Hunt le preocupaba la posibilidad de que Biltmore se incendiase y, siendo como era un hombre sumamente astuto, incorporó diversas medidas de protección contra el fuego. En primer lugar, construyó toda la estructura con vigas de acero y usó ladrillos y piedra para las paredes en lugar de madera. En segundo lugar, la casa está dividida en seis secciones aisladas, de tal modo que, en el caso de que se declarara un incendio, no llegaría a propagarse. Y en tercer lugar, hay detectores de humo por toda la casa; todos conectados mediante un sistema de alarma eléctrico.

Cuando el señor Olmsted pronunció esas palabras, Serafina y Braeden se miraron consternados. *Las ratas...*

—No conozco los detalles, por supuesto —prosiguió el señor Olmsted—. Lo mío es sembrar árboles, no la ingeniería eléctrica, pero recuerdo que usó tecnología punta.

—Pero ¿y si alguien incendiara la casa adrede? —señaló Serafina.

El señor Olmsted negó con la cabeza.

—Podrían intentarlo, pero gracias al señor Hunt dudo mucho que lo consiguieran. Para empezar tendrían que inutilizar la alarma contra incendios y luego deberían conocer los detalles internos de las seis secciones de la casa para saber dónde, exactamente, iniciar el fuego.

—¿Y Uriah pudo enterarse de todo eso mientras se construía la casa? —preguntó Braeden.

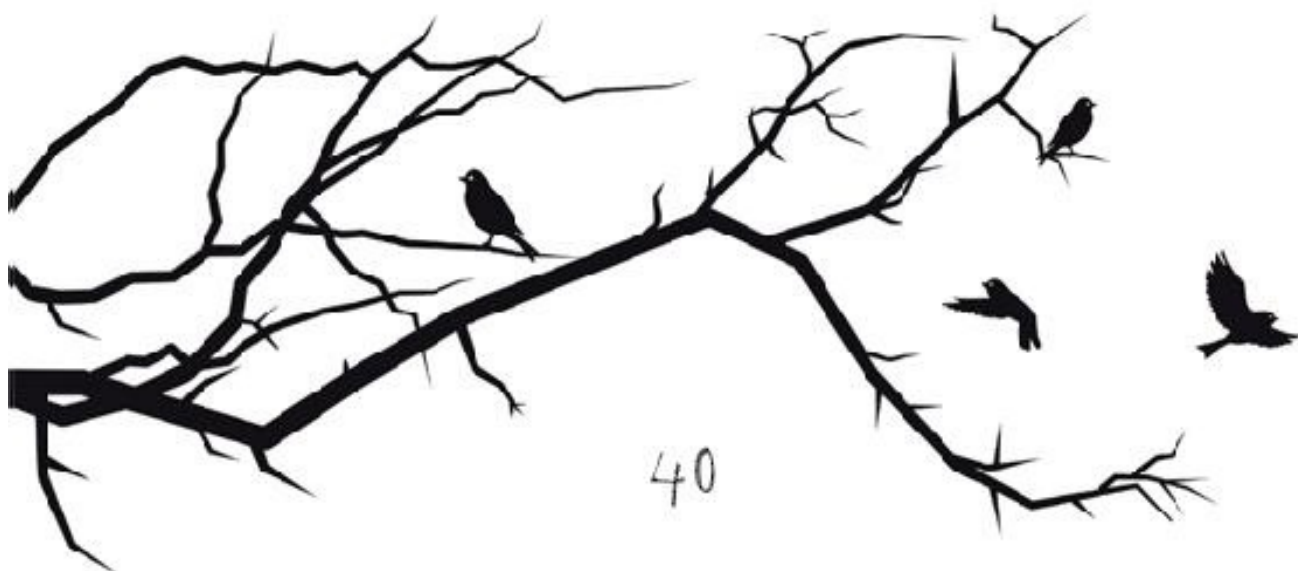
—No, no, él no tenía acceso a esa información.

—¿Y sería posible averiguarlo? —insistió el chico.

—Pues... supongo que sí. Los detalles de la obra aparecen en los planos del señor Hunt.

—¿Y dónde están? —quiso saber Serafina.

—No os preocupéis —los tranquilizó el señor Olmsted—. Nadie puede acceder a ellos. Están a buen recaudo. Ocultos bajo llave en esta misma habitación.



Cuando el señor Olmsted abandonó la biblioteca, Braeden miró a Serafina.

—¿Qué vamos a hacer?

—En primer lugar, tienes que contarle a tu tío lo que hemos descubierto. Yo le pediré a mi padre que se asegure de que la alarma contra incendios funciona correctamente. Pero, antes de eso, ¿te acuerdas de la noche en que nos atacó la horda de ratas?

—Cuando nos disponíamos a inspeccionar el dormitorio de Grathan.

—Pero las ratas nos lo impidieron —apostilló Serafina—. Y entonces desaparecieron los perros. No sé dónde se ha metido Grathan, pero me voy a colar en su habitación y voy a inspeccionarla.

—Ten cuidado —aconsejó Braeden, asintiendo. Miró el sol del ocaso por la ventana—. Después de hablar con mi tío, buscaré a Rowena también. Se estará preguntando dónde nos hemos metido.

—*Lady Rowena* fue muy valiente ayer por la noche —asintió Serafina—. Ve a buscarla. Nos reuniremos en la galería trasera dentro de media hora.

—Vale —aprobó Braeden.

Según subía al tercer piso por las escaleras traseras, Serafina meditaba lo que acababan de descubrir. Estaba claro que Uriah había invocado el bastón maligno para que lo ayudara a destruir Biltmore y a los Vanderbilt. Pero, tal como Waysa afirmaba, Uriah no daba la cara. No era él quien esgrimía el bastón. Había enviado a Grathan, su aprendiz y espía. Al llegar al pasillo que conducía a la habitación Van Dyck, Serafina se detuvo e inspiró hondo. Había intentado entrar en aquel dormitorio en varias ocasiones sin conseguirlo, pero esta vez lo lograría.

Avanzó por el pasillo con sumo sigilo y pegó la oreja a la puerta para comprobar si había movimiento en el interior. Al no escuchar nada, empujó la manija despacio. La puerta estaba cerrada con llave. Serafina habría dado algo por tener la llave

maestra de la señora King, pero no la tenía.

Se apresuró a desandar el camino, se coló en un conducto de calefacción y se deslizó por detrás de la pared. Tardó un rato en encontrar el camino a través de los conductos, pero por fin dio con la reja de latón que estaba buscando y entró en la habitación del señor Grathan.

Tenía la sensación de estar penetrando en la guarida del dragón. Sin embargo, fue a parar a una cámara decorada con elegancia: papel pintado con motivos estilo damasco dorado en las paredes, suelo de parqué, alfombra persa, una pequeña chimenea y muebles de castaño. Decoraban las paredes impresiones de Van Dyck, colgadas de largos alambres de acero. A Serafina le extrañó no hallar nada siniestro ni llamativo en aquella habitación. *Supongo que no hay ningún gato muerto*, pensó, recordando la expresión que había usado Essie.

Por otro lado, el dormitorio no estaba vacío. Había una camisa usada y unos pantalones arrugados en una silla, tirados de cualquier manera. Tres maletas de cuero descansaban en el suelo. A Serafina le sudaban las palmas de las manos solo de pensarlo, pero el señor Grathan podía volver en cualquier momento.

Inspeccionó la habitación lo más deprisa que pudo. Buscaba zapatos o prendas de ropa manchados de resina o sucios de tizón. Le cruzó por la mente la idea de que tal vez encontrase incriminadores recipientes llenos de la inflamable savia de pino. Suponía que si Uriah y Grathan escogieron aquel pinar en concreto no sería únicamente para esconderse, sino también porque les facilitaba su plan de destruir Biltmore. Su padre le contó en cierta ocasión que no había nada más virulento que un incendio forestal atravesando un pinar, que los troncos de los árboles estallaban literalmente cuando la resina se calentaba. Sería un modo ideal de provocar un incendio doméstico, aun si la casa estaba diseñada para impedirlos.

Al no encontrar lo que estaba buscando, abrió una maleta de cuero y hurgó por el interior. Nada excepto prendas de ropa. Levantó la tapa de la segunda maleta. Lo mismo. Tras revisar la tercera, se rindió. Miró a su alrededor, frustrada.

Aquí no hay nada...

A juzgar por lo que había encontrado, el señor Grathan era un hombre normal y corriente. Frunció los labios e inspiró por la nariz, mosqueada.

No es lógico...

¿Dónde estaban las cerillas y los recipientes de resina? ¿Dónde estaban los libros con ilustraciones de pentagramas, las runas y los sortilegios? Grathan se había esmerado mucho en impedir la entrada a su dormitorio. ¿Por qué? ¿Qué pretendía? ¿Proteger su estúpido cepillo de dientes?

Tiene que haber algo...

Volviendo sobre sus pasos, revisó las maletas por segunda vez. En esta ocasión fue más concienzuda a la hora de buscar costuras raras o detalles extraños. Y lo encontró. Una de las maletas tenía un pequeño compartimento secreto en el forro.

Vaya, qué interesante...

En el interior encontró recortes de periódico —algunos muy gastados, que se remontaban a varios años atrás, otros más recientes—, pero todos contenían artículos que hablaban de encantamientos, extrañas desapariciones y asesinatos truculentos. Muchas de las personas y ciudades que se citaban en los artículos estaban subrayados.

¿Qué está tramando, señor Grathan?

Junto con los recortes, Serafina encontró un mapa viejo y muy manoseado de los Estados Unidos. Todas y cada una de las localidades mencionadas en los distintos artículos aparecían redondeadas con un círculo y también marcadas con lo que parecía una pequeña «x». Cuando se fijó bien, Serafina se dio cuenta de que no eran letras en realidad, sino pequeñas cruces. Y reparó en un detalle aún más inquietante si cabe: en algunas de las localidades aparecía más de una.

Al principio Serafina pensó que el señor Grathan debía de ser el clásico chiflado obsesionado con los sucesos ocultos o paranormales, una de esas personas que los van siguiendo por todo el país. Pero luego comprendió que a lo mejor no se limitaba a seguirlos. Puede que él los provocase.

Allá donde va, muere alguien.

Se le aceleró el corazón. Volvió a hojear los recortes para comprobar la fecha de cada uno. El titular del más reciente rezaba: *La misteriosa desaparición de Montgomery Thorne.*

Así pues, era cierto que Grathan estaba en Biltmore para investigar la desaparición del señor Thorne, pero no por cuenta de la policía. ¿Qué buscaba?

Además del señor Thorne, tres personas más aparecían mencionadas en el artículo, los moradores oficiales de la casa Biltmore: George, Edith y Braeden Vanderbilt.

Esto no me gusta nada...

Casi todos los círculos del mapa estaban medio borrados y desvaídos, pero uno destacaba sobre todos los demás: el círculo que indicaba la ubicación de la casa Biltmore. Y no incluía ninguna cruz.

Después de viajar por todo el país, ha venido a parar aquí...

Según se devanaba los sesos, Serafina echó una ojeada a la habitación.

Qué vacío está el dormitorio, qué pocas pistas. Pero tiene que haber algo...

Se levantó y se dio media vuelta.

¿Cómo ver lo que no se percibe a simple vista?

Notó una leve decoloración en el suelo, delante de una de las butacas tapizadas que había en la habitación. Serafina se agachó a cuatro patas y acercó la nariz a aquella zona de la alfombra.

Es polvo de zapatos... Suciedad... El señor Grathan se ha sentado en esta silla...

Se desplazó hacia arriba a la par que olisqueaba el brazo de la butaca. Al principio no notó nada más que el olor de la tela. Y luego captó algo más, un olorcillo tenue pero muy característico.

Conozco este olor...

Se trataba del tufillo de una piedra granulosa. Y Serafina distinguió también un matiz metálico. Había olido algo parecido anteriormente, estaba segura. Veía la imagen en su mente, pero no recordaba el nombre del objeto. Era una piedra pequeña, rectangular, lisa y de color gris.

¡Es una piedra de agua! Así la llama papá.

Había visto a su padre usando la piedra de agua en el taller para afilar hojas de acero. Dejaba los brillantes filos cortantes como cuchillas.

Serafina tragó saliva.

Empezó a respirar muy deprisa, como si le faltara el resuello. Intentó pensar con la cabeza.

Uriah envió a Grathan a Biltmore. Pero Grathan no es solamente un espía... ¡Es un asesino!

Miró a su alrededor sin pretenderlo, pero ya había inspeccionado la habitación. No había armas allí.

¿Cómo se las arregla para llevar un arma de un lado a otro sin que nadie se dé cuenta?

Y, lo que es más importante, ¿a quién se propone asesinar?

Essie y Rowena le habían dicho que Grathan no paraba de hacer preguntas sobre el señor Thorne, Gidean y Braeden, recordó Serafina. Uno ya estaba muerto. El otro era un perro.

Solo queda un nombre...

Al oír un rumor detrás de la puerta, se escondió a toda prisa debajo de la cama.

Aguardó y escuchó, respirando a toda velocidad.

Y entonces oyó unos ruidos amortiguados.

Había jaleo en el pasillo, voces altas, un ambiente de alarma.

A Serafina le dio un vuelco el corazón. Olisqueó el aire buscando el tufo del humo, pero no notó nada.

Salió a toda prisa de su escondrijo y se acercó a la puerta. Cuando oyó la voz de Essie, abrió.

—¡Ay, señorita, es usted! —exclamó la criada, sorprendida—. ¿Qué hacía ahí dentro?

—¿Hay un incendio? —preguntó Serafina—. ¿Qué pasa?

—La estábamos buscando, señorita —dijo Essie.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Alguien le ha dicho al señor Braeden que la habían visto malherida en el bosque. El señorito Braeden se ha puesto como loco y nos ha enviado a buscarla aquí arriba mientras él miraba por fuera.

—¿Herida? —repitió Serafina, perpleja—. No estoy herida. ¿Quién le ha dicho eso?

De súbito, Serafina se acordó de la noche que había cazado la rata cambalachera.

Cada vez que el animal intentaba escapar, Serafina lo volvía a atrapar por instinto. Cuando cayó de la escalinata, el instinto la ayudó a caer de pie. El instinto es una fuerza útil y poderosa, pero también se puede usar en tu contra. Serafina lo sabía porque ella misma lo había empleado con ese fin. Hacía unas pocas semanas había recorrido los pasillos de Biltmore ataviada con un elegante vestido rojo, como si fuera una víctima indefensa. Había utilizado el instinto del señor Thorne contra sí mismo y lo había arrastrado a la muerte.

Y ahora la habían utilizado a ella.

Alguien controlaba la situación y no era Serafina.

Si todos pensaban que había desaparecido y temían que estuviera herida, ¿quién sería la primera persona de todo Biltmore que reaccionaría? ¿Quién saltaría a lomos de su caballo y se internaría a ciegas en la oscuridad de la noche, a solas, para salvarla?

Se imaginó a sí misma recorriendo los jardines y descubriendo el cuerpo sin vida de Braeden tendido en el suelo, herido de muerte por un hombre armado con un cuchillo afilado.

Agarró a Essie del brazo.

—Voy a salir a buscar a Braeden y a traerlo de vuelta. Tienes que hacer una cosa muy importante. Baja lo más deprisa que puedas y reúne a mi padre, al señor Olmsted y al señor Vanderbilt. Tienes que decirles que miren los planos de la casa y averigüen qué puntos son más vulnerables al fuego. Que los examinen y comprueben si alguien ha untado resina u otro material inflamable en las paredes o en el suelo. Deberían poner vigilancia en esas zonas. Asegurarse de que nadie les prenda fuego.

—Lo haré. ¡Lo haré enseguida! —prometió Essie.

Serafina rozó a Essie una vez más antes de salir disparada. Ahora le daba igual que la vieran o la oyeran. Corría como una flecha por la casa, escaleras abajo, con los pulmones ardiendo.

Mientras se apresuraba por el vestíbulo principal, oyó los cascos del caballo de Braeden, que cruzaba el patio delantero. Serafina cruzó la puerta a todo correr justo cuando Braeden se alejaba al galope. Montaba echado hacia delante sobre el caballo, con una prisa frenética. Serafina nunca lo había visto galopar tan deprisa. Pero allá iba, directamente a la oscuridad que se extendía más allá de los jardines.

—¡Braeden! —gritó Serafina al chico que se alejaba—. ¡Vuelve! ¡Estoy aquí! ¡Estoy viva!

Braeden no la oyó.

Serafina corrió tras él. Según se internaba en la noche, oyó el aullido de un lebre, alto y escalofriante, procedente de los árboles cercanos. El miedo inundó su mente. Parecía como si un perro guardián apostado en el bosque hubiera visto a Braeden y estuviera llamando a sus sanguinarios hermanos para que se reunieran con él.

A continuación escuchó un largo aullido salpicado de gañidos y ladridos, la llamada de un solo coyote. La lastimera respuesta de otros cien se elevó a lo largo y

ancho de los terrenos de Biltmore.

Un pensamiento horrible asaltó a Serafina. Tantos engaños y ardidés no procedían tan solo de la voluntad de dar con la capa negra e incendiar Biltmore. Querían a Braeden. A Braeden muy especialmente. Y muy pronto lo tendrían entre sus garras.

Oyó otro rumor a lo lejos. Conocía demasiado bien el fantasmal traqueteo: los cascos de cuatro caballos y el golpeteo de un carruaje en la carretera que llevaba a la mansión.

El enemigo se dirigía a Biltmore. Todos iban hacia allí.

Y entonces avistó un movimiento ante ella, en el margen de los jardines. Serafina contuvo una exclamación. Una silueta negra se agazapaba entre las sombras, encorvada bajo su abrigo largo y oscuro. Era Grathan. Blandía su bastón como si fuera un arma.

—¡Braeden! —gritó Serafina cuando el chico y su caballo desaparecieron en las profundidades de los inmensos jardines de Biltmore, pero él estaba ya demasiado lejos para oírlo.

Según se internaba sigilosamente en los terrenos, Grathan agarró el bastón con las dos manos y extrajo una daga larga y afilada, parecida a una espada. Ahí estaba. El arma que tanto se había esmerado en ocultar por fin había aparecido. Los bordes recién afilados de la hoja destellaron a la luz de la luna con un fulgor poderoso. Esgrimiendo el arma ante sí, Grathan siguió a Braeden por la senda de los jardines. ¡Se proponía asesinarlo!

Serafina corrió con más ganas. Cuando por fin llegó a la senda, avistó algo por el rabillo del ojo: una lechuza de cara blanca planeaba por el patio, a ras de suelo, y luego desaparecía entre los árboles del jardín.

A Serafina se le cayó el alma a los pies.

Grathan, los lebreles, los coyotes, los sementales, la lechuza... Todos se estaban reuniendo.

La trampa estaba tendida. Y Braeden y ella eran los ratones.



Serafina se apresuraba por la misma senda que habían tomado Braeden y Grathan, pero al doblar un recodo se topó con un obstáculo inesperado.

El falso inspector estaba parado en mitad del camino. De espaldas a ella, observaba con atención el camino que se extendía ante él. Fuera lo que fuese lo que veía, no se atrevía a seguir.

—No te muevas —ordenó con voz temblorosa cuando se volvió a mirarla.

Serafina no entendió a qué venía aquello hasta que vio una cascabel de los bosques enroscada en el camino, delante de él. Era una serpiente imponente, de casi metro y medio de largo, parda con figuras claras. La horrible cabeza triangular se alzaba ante Grathan, los ojos amarillos lo miraban con atención, la lengua se agitaba rápidamente.

Qué raro. ¿Por qué la había avisado?

—No te muevas, Serafina —repitió Grathan cuando la serpiente empezó a agitar el cascabel.

Y entonces Serafina advirtió que la serpiente no estaba sola. Las había a montones, reptando por el camino y por la hierba circundante. Uno de los desagradables ofidios estaba enroscado a pocos centímetros de sus piernas desnudas y movía la cabeza adelante y atrás como si calculara el ángulo del ataque.

Grathan asió el bastón con una mano, la daga con la otra.

A continuación intentó retroceder, pero, tal y como movía las piernas, la cascabel que tenía más cerca lo atacó, rápida como un látigo, tan deprisa que Serafina apenas si la vio. Dos marcas sanguinolentas asomaron a su piel. Tratando de evitar el aterrador mordisco, Grathan había saltado hacia atrás, pero cayó fuera del camino, justo encima de otra serpiente, que se precipitó hacia él con las mandíbulas por delante y le clavó los venenosos colmillos en la pantorrilla. Mientras Grathan gritaba e intentaba quitársela de encima, una tercera serpiente le asestó un mordisco en el

muslo. El hombre aulló de dolor y dio un traspié hacia atrás, perdiendo su daga al tropezar. Todas las serpientes se abalanzaron sobre él para morderle la cara, la garganta, el pecho. Los colmillos inundaron de veneno su torrente sanguíneo. Los brazos, las piernas, el cuerpo entero de Grathan temblaban violentamente. Serafina no sabía si enfrentarse a las víboras o echar a correr. No podía hacer nada salvo quedarse allí plantada, observando la escena horrorizada.

Grathan yacía ahora despatarrado, boca arriba, cubierto de serpientes que reptaban y se enroscaban. Su cara estaba negra e hinchada por el efecto del veneno, pero tenía los ojos abiertos. Miró a Serafina.

—Ella... no... es... lo que... parece —farfulló con una voz débil y ronca, prácticamente incapaz de hablar.

—¿Qué? —preguntó Serafina, aturullada—. ¡No entiendo nada!

—¡Corre! —resolló él.

—¡Dígame de qué está hablando! —sollozó. Quería acercarse a Grathan para oír lo que intentaba decirle, pero debía poner distancia con las serpientes. Sabía que corría peligro y sin embargo deseaba saber más—. ¿Quién es usted? ¿De qué está hablando? —le preguntó.

El hombre, sin embargo, cerró los ojos. Había pasado a mejor vida. Grathan acababa de morir ante sus propios ojos.

Serafina retrocedió un paso y luego otro más, horrorizada ante lo que acababa de presenciar.

Había considerado a Grathan su enemigo mortal, el segundo viajero del carruaje, espía y asesino por cuenta de Uriah. Pero súbitamente la embargaba un extraño sentimiento de culpa. Tenía la sensación de que las cosas no deberían haber sucedido así. Miró al pobre hombre tendido en el suelo. ¿Tanto se había equivocado al juzgarlo? Grathan, al final, había intentado ayudarla, advertirla de algo.

El plateado broche de la capa negra yacía en la palma inerte del hombre. Serafina pensó en recuperarlo, pero las serpientes reptaban por el brazo de Grathan.

Por más que le horrorizara lo que acababa de ver, Serafina intentó felicitarse, decirse que las víboras habían puesto fin a la vida de su enemigo. ¡Todo había terminado! El villano había muerto.

Pese a todo, negó con la cabeza y gruñó. En los jardines de Biltmore no había serpientes de cascabel. Las víboras no cazan en grupo ni atacan a las personas en la senda de un jardín. Un poder sobrenatural las había llevado allí. Y si Grathan formaba parte del grupo de los malvados, las serpientes deberían haberlo obedecido, no asesinado. Serafina no había resuelto el rompecabezas. ¡Todavía faltaban piezas!

En ese momento, oyó un *cac, cac, cac* a su espalda, seguido de un siseo chirriante, no el cascabeleo de una serpiente, sino el castañeteo de una lechuza. Notó el soplo cálido de un aliento en la nuca.

—Pensaba que me había deshecho de ti —dijo una voz por detrás de Serafina.



Serafina dio media vuelta de un salto, preparada para defenderse.

Pero solo vio a *lady* Rowena, a pocos pasos de ella. Lo primero que pensó Serafina fue que sus sentidos debían de haberla engañado. Rowena se quedó allí plantada, con una ramita en la mano, como para defenderse con ella. Serafina estaba a punto de preguntarle qué hacía allí cuando Rowena siguió hablando.

—Ya veo... La negra está aquí —observó con retintín. Al oír esas palabras, Serafina lanzó una involuntaria ojeada al broche de plata, que seguía en la mano muerta de Grathan.

Siguiendo la trayectoria de su mirada, Rowena abrió unos ojos como platos. A continuación sonrió.

—Oh, gracias. Lo habíamos perdido.

Rowena se encaminó al cadáver de Grathan tan tranquila, indiferente, al parecer, al hecho de que estuviera allí muerto y además cubierto de serpientes. Pasó entre los ofidios, que se deslizaron, levantaron la cabeza y la observaron con sus penetrantes ojos amarillos, pero no agitaron el cascabel ni la mordieron. La joven se agachó y recogió el broche de plata.

—Te libraré de esta responsabilidad —le dijo a la cara muerta e hinchada de Grathan.

Cuando Rowena habló, Serafina se dio cuenta de que su voz sonaba distinta. El afectado acento inglés había mudado en un tono indiferente y burlón, como si se hubiera cansado de fingir.

—Me temo que el detective Grathan había deducido demasiado —dijo Rowena— y estaba peligrosamente cerca de contarle a Vanderbilt sus teorías. Supongo que el pobrecillo se consideraba una especie de cazador de demonios, un defensor del bien. El muy necio pensó que me podría matar con una daga.

Un aullido, fuerte y repentino, surgió del bosque. Era el grito de llamada de un

lebre, y sonó tan cerca que Serafina dio media vuelta. Pero Rowena hizo caso omiso.

Cuando Serafina se volvió otra vez hacia la chica, el palito que llevaba en la mano se había transformado en un báculo de madera nudoso y retorcido. Serafina recordó la fusta de montar de *lady* Rowena, el alfiler de madera que usaba para recogerse el cabello, la sombrilla de la terraza sur y su bordón de excursiones. *Hace juego con mi vestido*, había insistido con ese tono esnob que se gastaba. Cada vez que Serafina la veía, Rowena llevaba un modelito distinto pero siempre acompañado de un objeto largo y de madera.

Serafina comprendía ahora que el señor Grathan no acechaba en el jardín para asesinar a Braeden con su daga, sino para matar a Rowena. No era el inspector de policía que fingía ser, sino un ocultista, un buscador de lo extraño y peculiar. Y lo había encontrado.

—Ahí y ahí —dijo Rowena a la par que señalaba con el báculo dos puntos del sendero, y las serpientes se deslizaron al lugar indicado.

Por fin, Rowena se volvió a mirar a Serafina.

—Sí, pensaba que me había deshecho de ti.

—¿Y cuándo, exactamente? —preguntó Serafina, que intentaba ser valiente a pesar del miedo y la confusión que la embargaban.

—Cuando el perro y tú caísteis por encima de la barandilla.

—Desbaraté tus planes, supongo —replicó Serafina con los ojos fijos en Rowena.

—No di saltos de alegría, créeme.

—En realidad parecías asustada.

—Ya te gustaría —refunfuñó Rowena—. Me llevé una sorpresa, nada más. Eres más dura de pelar de lo que parece. Pero debería haberlo supuesto, conociendo a los de tu especie.

Mientras hablaban, Serafina echó un involuntario vistazo a la casa para asegurarse de que no hubiera señales de humo o de llamas, pero se arrepintió al momento.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó la otra—. Es demasiado tarde, ¿sabes? El incendio ha comenzado. No puedes hacer nada por detenerlo. Tu preciosa casa va a arder. Te dije que antes o después conseguiría que mi padre estuviera orgulloso de mí.

Serafina intentó salir corriendo, pero no pudo mover los pies. Miró al suelo y se quedó estupefacta al ver cómo la hiedra le rodeaba rápidamente los tobillos y las piernas.

Antes de que pudiera arrancarse las plantas, oyó los cascos de un único caballo que se acercaba al galope por el camino.

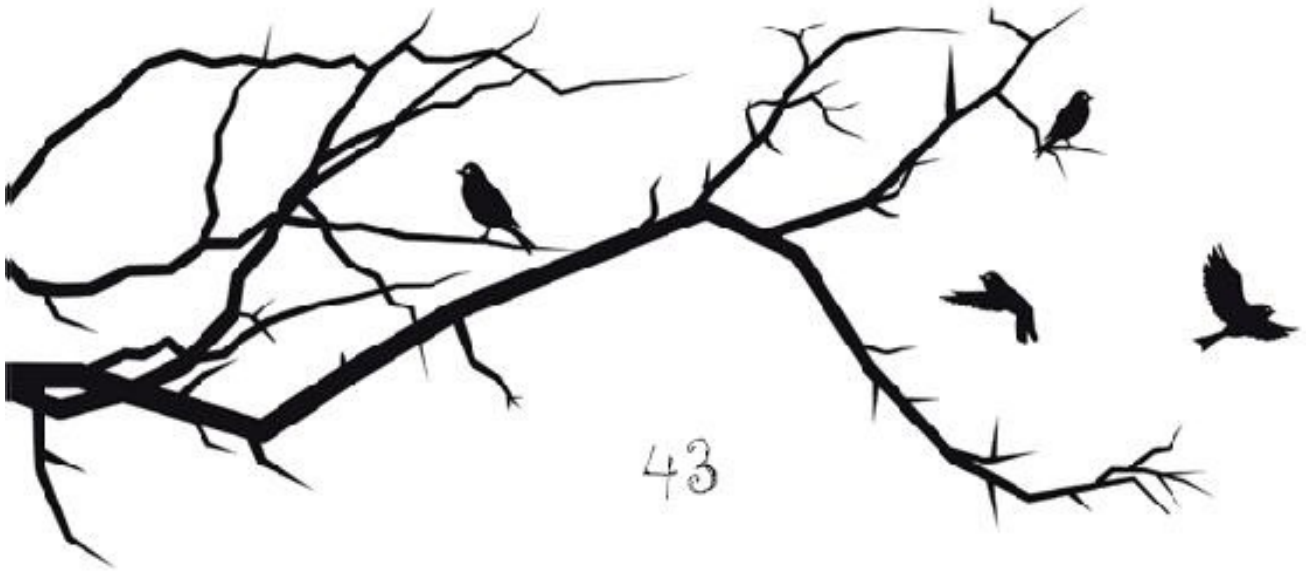
La imagen de esa estatua de bronce que representaba a un caballo encabritado ante una serpiente cruzó rauda su pensamiento.

Rowena se volvió hacia el origen del sonido.

Braeden dobló un recodo a lomos de su caballo.

—Serafina, te he estado buscando por todo...

—¡Braeden, corre! —le gritó Serafina a voz en cuello al mismo tiempo que Rowena levantaba el bastón maligno.



Rápidas como flechas, las serpientes hundieron las mandíbulas en las patas del caballo. Encabritado, con los ojos desorbitados y relinchando de miedo, golpeaba con las manos y sacudía la cabeza. Braeden cayó del caballo y, con un horrible crujido, se estrelló contra el suelo.

Serafina intentó saltar en defensa de Braeden, pero los tentáculos de hiedra le ataban los pies al suelo y cayó de bruces todo lo larga que era.

Según arrancaba la hiedra con frenesí, una serpiente se irguió en sus narices, siseando y agitando el cascabel, preparada para atacarla. Serafina le asestó un golpe tan raudó que la víbora ni siquiera lo vio venir. Las serpientes de cascabel son rápidas, pero ella lo era más. Y cuando un segundo ofidio fue a clavarle los colmillos, Serafina saltó en el aire para esquivarlo, cayó encima de él y le machacó el cráneo.

Sin embargo, la hiedra intentaba apresarla al mismo ritmo que Serafina acababa con las serpientes. Según arrancaba los tallos, alzó la vista hacia los densos penachos de humo que se elevaban desde las paredes de la casa. ¡Biltmore estaba ardiendo!

Entretanto, Braeden se retorció para esquivar los cascos del caballo encabritado. El animal hacía algo más que reaccionar a las serpientes. De improviso, quería matar a su amo. La tierra temblaba cada vez que estampaba en ella sus enormes cascos negros mientras Braeden rodaba por aquí y por allá, escapando por los pelos de ser aplastado. Un pisotón y Braeden moriría. Serafina no podía hacer nada para salvarlo.

En ese momento, un puma oscuro y esbelto surgió de la oscuridad de un salto y derribó al caballo. Los dos animales mudaron en una violenta riña de bestias salvajes que gruñían enzarzadas. Waysa había llegado. El *catamount* no era demasiado grande comparado con el enorme caballo, pero luchaba con la velocidad y la potencia de un león, desplazándose tan deprisa que, por momentos, apenas si parecía una pincelada parda.

Los cuatro lebreles acudieron corriendo a la batalla. Rowena apuntó con el bastón

maligno a Braeden, que intentaba ponerse de pie. Al instante los perros se abalanzaron sobre él y lo derribaron. Indiferentes a sus gritos, lo aferraron con los dientes y lo arrastraron por el suelo.

Serafina gruñía y bufaba de pura impotencia a la par que se arrancaba la hiedra de las piernas. La llegada de Waysa le había infundido una nueva esperanza. En cuanto se liberó, corrió hacia Braeden, agarró a uno de los perros por las patas traseras y lo apartó a tirones. Cuando el furibundo perro se dio media vuelta para clavarle los colmillos, Serafina esquivó el ataque y le arreó en la cabeza.

—¡Coge el bastón! —le gritó a Braeden, pero el chico estaba en el suelo, pateando y gritando, luchando por su vida. Un perro le sujetaba la mano derecha. Otro, la muñeca izquierda. Y un tercero le agarraba la pierna. No se limitaban a morderlo ni intentaban matarlo; se lo estaban llevando a rastras. Serafina sabía que Braeden apenas si había visto a Rowena y mucho menos comprendía lo que estaba pasando. Ni siquiera ella, que lo había presenciado todo desde el principio, entendía nada. Las serpientes no mordían a Braeden y los perros no le desgarraban la garganta, aunque unas y otros lo tenían a tiro. Se lo llevaban.

Solo cuando oyó el horrible traqueteo de los cuatro caballos en el patio de Biltmore, empezó Serafina a atar cabos. Los lebreles, el bastón maligno, los sementales y el carruaje. Uriah y Rowena querían a Serafina muerta y lejos de su camino. ¡Pero a Braeden lo querían vivo!

Waysa llegó corriendo entre los arbustos para abalanzarse contra Rowena. Todavía en posesión del bastón, la joven señaló a dos de los perros, que al momento le cortaron el paso al puma. El *catamount* y los dos lebreles se enzarzaron en una feroz batalla de agudos colmillos y afiladas garras.

Rowena blandió el báculo hacia el bosque y gritó algo que Serafina no entendió. Adivinando que requería la ayuda de algún otro animal, corrió hacia ella. Si quería vencer a esa chica, Serafina tendría que arrebatarse el bastón.

Un enorme oso apareció entre los árboles. Serafina contuvo el aliento, incapaz de creer lo que estaba viendo. En circunstancias normales, los osos negros son los animales más tranquilos y menos agresivos del bosque. No concebía cómo iba a defenderse de una furiosa bestia de más de doscientos kilos.

El oso se abalanzó contra ella con las enormes fauces por delante. Serafina esquivó el primer ataque, pero el animal se dio media vuelta con una agilidad sorprendente y la embistió una vez más buscándola con las gigantescas zarpas y los salvajes dientes entre rugidos de rabia. Serafina se zafó de su abrazo otra vez. Ni siquiera ella se podía creer lo deprisa que se movía cuando su vida dependía de ello. Sabía que si el oso la pillaba, estaba perdida. Burlaba al oso como podía, corriendo por aquí y por allá, sorteándolo y pasándole por debajo, tan cerca de la bestia que notaba el tufo de su pelaje. Y aunque los zarpazos no dieran en el blanco, Serafina veía las estrellas cada vez que el corpachón del oso la rozaba.

Y mientras ella pateaba y gritaba, mientras empujaba y esquivaba al oso, los

perros arrastraban el cuerpo de Braeden hacia el carruaje, donde los cuatro sementales negros esperaban las órdenes de Rowena. Serafina no entendía a qué venía todo eso, pero sabía que debía ayudar a su amigo o nunca más volvería a verlo. Por desgracia, no podía salvarlo. Ni siquiera era capaz de salvarse a sí misma.

Tras arrastrar al inconsciente Braeden hasta el coche negro, Rowena y la jauría de lebreles desaparecieron en el interior. Los sementales se encabitaron entre aterradores relinchos, como azuzados por el pinchazo de una espuela. El vapor surgía a borbotones de sus bocas y ollares. Partieron por fin al galope, arrastrando el carruaje tras de sí. Y, a lo lejos, grandes nubarrones de humo oscurecían el cielo.

Serafina correteaba y rodaba, saltaba y esquivaba los manotazos del oso y sus fieras dentelladas, pero no podía escapar.

Atisbó de reojo a Waysa, que aún luchaba con los perros. Rowena podía controlar muchas cosas, pero no podía controlarlo a él. El alma de Waysa seguía siendo medio humana, lo que hacía de los *catamounts* unos enemigos particularmente peligrosos para Rowena y su maléfico bastón.

El oso embistió otra vez. Serafina lo esquivó e intentó salir corriendo. Cuando la bestia dio media vuelta y se tiró contra ella para asestarle un zarpazo, Serafina saltó a un terraplén. Los osos son mucho más veloces que las personas, así que no podía dejarlo atrás. Trepan a los árboles a gran velocidad, así que tampoco podía recurrir a eso. Fingirse muerta no le serviría de nada. Tampoco tenía la fuerza ni las garras necesarias para lastimarlo, ningún arma con la que luchar. Serafina tan solo contaba con su agilidad mental. Se coló entre los matorros, pensando que la escarpada pendiente y la densa vegetación le ofrecían una posibilidad de escapar. Pero nada de eso impidió que el oso remontara la cuesta y aplastara los matorrales como si nada, rugiendo y manoteando según se acercaba.



Serafina sabía que el oso le llevaba ventaja prácticamente en todo, pero entonces tuvo una idea. Había unas cuantas cosas que podía hacer mejor que un oso.

Dio media vuelta y salió disparada. Tal como imaginaba, el animal se plantó a cuatro patas para perseguirla. Serafina era consciente de que la bestia no tardaría nada en llegar a su altura y atacarla por detrás. La arrastraría por el suelo y la vapulearía con dientes y garras hasta matarla. Notaba el impacto de las patas contra el suelo y el bramido del aliento a su espalda. Aterrorizada, echó un vistazo por encima del hombro sin aminorar la marcha. Ahí estaba, cargando contra ella a toda velocidad, los fuertes músculos visibles bajo el pesado manto de piel. La respiración de Serafina, breve, frenética, había mudado en un resuello explosivo. Corría como alma que lleva el diablo, pero el oso la atraparía en un abrir y cerrar de ojos.

Por fin alcanzó su objetivo y saltó. *Dios bendiga al señor Olmsted*, pensó mientras surcaba el aire. Aterrizó en las losas del cuadrado jardín italiano, grande y formal, que se hundía bajo el nivel de la tierra y estaba rodeado por un muro de tres metros y medio de alto.

En cuanto llegó al suelo, Serafina dio media vuelta y miró hacia arriba. El oso no se detuvo. Alcanzó el desnivel a la carrera y saltó al jardín italiano detrás de ella, decidido a capturarla y a matarla. Y en el preciso instante en que el corpachón caía en las losas con un golpe que hizo temblar la tierra, Serafina se apartó. De inmediato el oso trató de alcanzarla con un poderoso zarpazo y luego se abalanzó hacia ella entre furibundas dentelladas. Serafina se encaramó a toda prisa a la estatua marmórea y blanca de una diosa griega, que se erguía junto al muro del jardín, trepó a la cabeza y dio un salto.

—No es un jardín italiano, señor Olmsted —exclamó según aterrizaba en lo alto del muro, aferrada con pies y manos—. ¡Es un foso de osos!

El animal rugió y se precipitó a seguirla, pero cuando intentó escalar la estatua,

sus descontroladas patas y su enorme peso rompieron la piedra en pedazos y la bestia se pegó un trompazo. El oso se puso de pie, miró a Serafina y volvió a rugir. Sin embargo, no podía trepar al muro ni brincar al borde. Los osos son capaces de saltar a un jardín vallado, pero luego no pueden salir.

Serafina lo había conseguido. Había escapado.

Correteó por borde del muro y desapareció entre los arbustos antes de que el oso encontrara la salida del otro lado. Dejando el jardín italiano a su espalda, se apresuró entre las matas y llegó a la carretera. Pero estaba desierta. El carruaje había partido hacía rato. Serafina llevaba sumida en el desconcierto desde el momento en que Rowena había aparecido. ¿Quién era? ¿Y dónde estaba Uriah?

Oteó los tejados de Biltmore a lo lejos y le dio un vuelco el corazón de puro miedo. El humo negro y la niebla se arremolinaban en lo alto de la colina, enturbiando las vistas de la casa. Las torres y los tejados parecían envueltos en el conjuro de un hechicero. ¡Los fuegos de Rowena se habían propagado! Serafina sintió el impulso de correr a la casa para alertarla, pero no podía. Tendría que confiar en Essie y acudir en ayuda de Braeden.

Haciendo de tripas corazón, echó a correr por la carretera en la dirección que había tomado el carruaje. Con todo, sabía que no lo conseguiría. Los sementales que arrastraban el coche eran rapidísimos. Jamás los alcanzaría. Los cascos repiqueteaban cada vez más lejos.

Una vez más, precisaba mucha más velocidad de la que sus torpes pies le ofrecían. Mientras volaba por la carretera y el miedo acuciante al oso empezaba a remitir, se reprochó a sí misma el haber sido tan tonta como para no darse cuenta de que Rowena no era quien fingía ser. Serafina estaba furiosa consigo misma. Qué tonta era. Qué débil. Qué lenta. Le pesaban los pies, igual que cuando corres en sueños.

Y, sin embargo, debía encontrar la manera de salvar a Braeden, como fuera.

¡Quiero ser rápida!, pensó con impotencia sin dejar de correr. *¡Quiero ser fuerte!*
¡Quiero ser fiera!

Las palabras de Waysa acudieron a su mente. *En el momento en que visualices lo que quieres ser, encontrarás la manera de conseguirlo.*

Se había visualizado a sí misma transformada en puma, igual que su madre, muchas, muchísimas veces, y nunca le había servido de nada, pero según se precipitaba desesperadamente por la carretera para alcanzar el carruaje que transportaba a su amigo, una serie de recuerdos acudieron en tropel a su mente.

Recordó a Uriah diciendo: *¡Encuentra a la negra!*, al mismo tiempo que le ofrecía a un lebrél un trozo de tela para que la olfateara.

Recordó los mechones negros que Essie le había arrancado del cabello.

Corriendo como una flecha en pos del coche, notaba el golpe del suelo contra los pies y el ardor en los pulmones.

Recordó haber visto el reflejo de sus ojos amarillos en el espejo.

Recordó a Rowena diciendo: *La negra está aquí*, y luego volviendo los ojos al

objeto que Grathan tenía en la mano después de que Serafina lo mirase.

La embargó una intensa emoción. Tenía que correr, correr y seguir corriendo, dirigir toda la angustia y el dolor que sentía a los músculos de su cuerpo, llevarlos a su pecho, inundar el aire de sus pulmones con el sentimiento, filtrarlo a la sangre que circulaba por sus venas y mezclarlo con la potencia de sus piernas.

Llevaba todo ese tiempo tratando de visualizar a su madre, pero ahora comprendía que se había equivocado. No era a su madre a quien debía imaginar.

Serafina notó cómo su velocidad se duplicaba y luego se triplicaba, cómo sus músculos adquirirían una energía desconocida. Abandonó la carretera de un brinco y siguió avanzando bosque a través. Saltó un barranco y aceleró al otro lado.

Al llegar a un recodo de la carretera, vio el coche a lo lejos, arrastrado por los furibundos sementales, cuyas patas se abultaban y se abultaban según los cascos repicaban por la carretera. Las herraduras de acero lanzaban chispas en los cascos.

Los estaba alcanzando. Se oyó lanzar un gruñido. Notó el tamaño y la forma de sus colmillos. Sintió las garras que arañaban la tierra. El bramido de sus pulmones al respirar.

Y si bien corría como una exhalación, sus ojos y sus oídos lo percibían todo, detrás, delante y a los lados.

Vio manchas pardas y grises que se acercaban a ella por diestro y siniestro. Avanzaban deprisa. Colas largas. El destello de muchos colmillos. Montones de coyotes se precipitaron hacia ella y le mordieron los costados.

Serafina tenía ganas de dar media vuelta y luchar, pero sabía que si lo hacía perdería el carruaje. Perdería a Braeden. Así que se apresuró aún más, surcando el bosque como una flecha. Dos coyotes se tiraron contra ella y le hundieron los dientes en los flancos. A continuación un tercero le mordió una pata sin soltarla. Serafina trastabilló, pero al momento recuperó el equilibrio y siguió avanzando. Y entonces otro coyote la atenazó.

De súbito, un rayo dorado apareció a su lado y varios animales salieron rodando, gimiendo de dolor y de miedo, muchos de ellos sangrando en la caída. La madre de Serafina brincaba a su lado, abriéndose paso a la fuerza, despejándole el camino. ¡Su madre había vuelto! La leona saltó sobre el coyote que estaba más cerca, le hundió las zarpas y lo arrastró consigo dando vueltas de campana entre rugidos y dentelladas. Serafina siguió corriendo, abriendo paso, cobrando velocidad ahora. Su madre reapareció y derribó a otro animal y luego a otro. Pronto las dos se apresuraban juntas, ya sin hallar resistencia, dos *catamounts* como dos flechas que dejaban a los coyotes muy atrás.

Cuando el carruaje cruzaba un puente de piedra, Serafina saltó a lomos de los caballos y les hundió las garras según ellos se ponían de manos para oponer resistencia. Doblaron los cuellos embridados e intentaron defenderse con sus demoledores dientes, pero sus armas no eran nada comparadas con los colmillos de sable y las afiladas garras de Serafina. Los caballos, aterrados, ya no sabían por

dónde iban. El carruaje se desvió de la carretera y cayó dando tumbos por un terraplén, Serafina y los caballos seguían enzarzados mientras tanto, hasta que el coche se estrelló al fondo del barranco.

Para transformarte en algo, antes tienes que visualizarlo.

Y Serafina lo había visualizado por fin.

¡Buscad a la negra!, les había gritado Uriah a sus perros. Pero no se refería a la capa negra, por más que la estuviera buscando.

Hablaba de Serafina.

Sabía que intentaría desbaratar sus planes.

Según saltaba a lomos de los caballos y caía dando tumbos por el barranco, Serafina comprendió que su padre no era un puma.

Era una pantera negra.

Como ella.

Serafina encajó las piezas mentalmente. Sus padres se habían enfrentado a Uriah doce años atrás. Conocido como «el negro», su padre había sido el cabecilla de los guerreros del bosque que habían estado a punto de derrotar a Uriah y cuyos descendientes cayeron en desgracia.

Pero ahora su hija, la nueva pantera negra, se había encontrado a sí misma. Y Serafina era su nombre.



Serafina salió a zarpazos del desastre. Se plantó en una roca de un salto y miró el coche destrozado, buscando a Braeden con desesperación.

Con un alivio infinito, lo vio salir a rastras de entre los restos, machacado y aturdido pero todavía vivo. Cuando miró a Serafina, abrió unos ojos enormes, sorprendido. Por un momento pareció asustado pero al momento se hizo la luz en su semblante y sonrió. Había reconocido a Serafina.

Pese a todo, no se entretuvo en charlar ni se acercó a ella. Al momento rebuscó entre los restos y sacó de entre ellos el bastón maligno.

—Braeden, dámelo... —pidió Rowena con una voz empapada de furia contenida según trepaba por los tablones rotos del coche—. No quiero que nos peleemos —dijo—. Somos amigos, tal como me dijiste. Únete a mí y todo esto habrá terminado.

Braeden aferró el bastón por ambos extremos y se lo estampó contra la rodilla, pero la vara no se dobló ni se rompió.

—No eres lo bastante fuerte para destruirlo —señaló Rowena. Avanzó un paso hacia el chico y tendió la mano despacio—. Tú dame el bastón, Braeden, y formaremos un equipo. Te enseñaré a usarlo. Uniremos tus poderes a los míos y seremos los amos de estas montañas. Nadie podrá detenernos, ni siquiera los *catamounts*.

Braeden la miró en silencio.

—Ese no es tu sitio, Braeden. Lo sabes —prosiguió Rowena—. ¿No has notado el impulso del que te hablo? Llegaste a estas montañas hace dos años y desde entonces no has dejado de buscar, pero no encontrarás el hogar que ansías en Biltmore. —Los labios de Rowena dibujaron una sonrisa despectiva—. Allí no hay nada salvo seres humanos.

Por fin, Braeden se dio media vuelta. Serafina pensó al principio que se disponía a alejarse sin más.

—Braeden, te lo advierto por última vez —lo amenazó Rowena, ahora alzando la voz.

De súbito, Braeden se detuvo. Serafina creyó que se volvería otra vez hacia la chica. Pero tomó impulso con el brazo y lanzó el bastón al cielo.

Rowena frunció el ceño, como si estuviera enfadada y perpleja al mismo tiempo.

—Sabes que volverá a caer —le dijo en tono condescendiente.

Braeden se limitó a sonreír antes de lanzar un largo silbido.

—No necesariamente —replicó.

En ese momento, algo bajó en picado del negro firmamento.

—¿Qué es eso? —le espetó ella, sorprendida—. ¿Qué haces?

—Es una amiga mía —contestó Braeden—. Sin alambres.

El halcón peregrino volaba lejos, pero se ladeó y cambió de rumbo. Alargó las patas y atrapó el bastón maligno en el aire con las garras. A continuación, con cuatro aleteos, Kess volvió a ascender. Parecía flotar por el cielo hacia la luna, prácticamente sin esfuerzo.

—¡Llama a ese pájaro ahora mismo, Braeden! —gritó Rowena—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí, me parece que sí —respondió Braeden a la vez que asentía con un gesto cuando despegó la vista del halcón para volverse hacia Rowena—. Quiero que te quede muy claro: jamás me uniré a ti, Rowena.

—Pues desearás haberlo hecho —le escupió ella.

Sin embargo, según el bastón se perdía a lo lejos en las garras del halcón, dos perros aparecieron despacio entre los árboles. El poder del maléfico objeto ya no controlaba sus corazones. La pareja de lebreles acechaba ahora a Rowena, gruñendo y mostrando los dientes, las cabezas gachas, los ojos proyectando amenaza.

—No —ordenó ella, que se volvió a mirarlos titubeante y adelantó las manos desnudas hacia ellos—. ¡No! ¡Deteneos! ¡Largo!

Pero los perros no se marcharon. No se detuvieron.

—¡Sois libres! ¡Marchaos! —les gritó.

Por propia voluntad, las bestias prosiguieron su avance hacia ella. Eran libres, desde luego que sí.

Los perros saltaron sobre Rowena, cuya voz mudó en chillidos. Se retorció y luchó. Uno le mordió la pierna. El otro le clavó los dientes en el costado. Serafina se unió a la batalla para ayudar a los animales a reducirla. Pero en aquel preciso instante el aire y el ruido se nublaron y Rowena desapareció entre los dos.

Una lechuza blanca salió disparada hacia el cielo. Serafina se echó hacia atrás, sorprendida y desconcertada por el extraño giro de los acontecimientos.

Se acordó súbitamente de la primera noche que vio a Uriah en el bosque. Había supuesto que la lechuza era su espíritu familiar, sus ojos y oídos en la naturaleza, ¡pero se trataba de Rowena! Aquella misma noche le había pasado el bastón que ayudaba a su poseedor a transformarse.

Y ahora Rowena volaba directamente hacia el halcón peregrino.

A Serafina le extrañó que Kess no remontara hacia el cielo ni volara tan deprisa como suelen volar los halcones. Planeaba lentamente y a ras de suelo, siguiendo el curso del río French Broad, al borde de los escarpados precipicios. ¿Le pesaba demasiado el bastón o tenía algún plan en mente?

Y entonces Serafina vio algo que le heló la sangre en las venas. El hombre de la barba gris, enfundado en el abrigo largo y raído, apareció entre los árboles de una colina rocosa que despuntaba a lo lejos. Serafina distinguió su silueta negra a la luz de la luna. Notó cómo se le erizaban los pelos del pescuezo y se le cortaba el aliento. Era Uriah. Había acudido por fin. El hechicero miró al halcón peregrino cargado con su bastón y a la lechuza blanca a su zaga, persiguiéndolo de cerca.

De golpe y porrazo, Serafina ató cabos.

Echó a correr por el bosque lo más deprisa que pudo, hacia los precipicios que discurrían junto al río. Sabía perfectamente qué haría Uriah a continuación y dónde debía estar ella cuando eso sucediese.

Waysa le había contado que Uriah aprendió las artes oscuras en sus viajes por el viejo mundo. Y recordaba haber pensado, oyendo cómo Uriah llamaba a la lechuza unas noches atrás, que el grito no solo hablaba de la palpable alianza, sino también de un amor siniestro. Y ahora acababa de ver a Rowena transformarse en lechuza, igual que Uriah. Rowena era algo más que un demonio enviado a Biltmore para averiguar los puntos débiles de la mansión. Era algo más que el aprendiz del brujo y el portador del bastón maligno. Rowena era su hija.



Serafina corría cuesta arriba por el bosque, directa hacia el rocoso barranco de treinta metros de altura en cuya cima se encontraba Uriah. Con los ojos fijos en el esquivo hechicero, su negra silueta surcaba invisible la noche. Tal como había previsto, el hombre desapareció con un súbito temblor del aire para reaparecer al momento transformado en lechuza. Uriah voló hacia los pájaros. Con ese instinto contaba Serafina, con el impulso natural del hombre de luchar junto a su hija y recuperar el bastón robado. Serafina sabía que no podía vencer a Uriah si este conservaba la forma humana y contaba con las manos para maldecirla, pero según el hechicero seguía el curso del río sobre el escarpado borde de los precipicios en pos del halcón, ella corría como nunca había corrido con sus ojos amarillos fijos en el vuelo de Uriah. Forzando al máximo sus poderosas patas, ganaba terreno a marchas forzadas. Al ver el borde del precipicio ante ella, salvó los metros restantes con un último esfuerzo. Y entonces saltó.

Escogió el momento perfecto. Planeó diez metros más allá del borde del barranco. Mientras surcaba el aire, echó las patas hacia atrás y luego las estiró con un poderoso avance que alcanzó a Uriah en pleno vuelo. Las letales zarpas lo desgarraron. Las plumas estallaron en todas direcciones. La lechuza, destrozada, surcó el aire dando vueltas de campana por la fuerza del impacto.

Serafina lo había conseguido.

Había vencido al hombre del bosque.

Había matado a su enemigo.

Un sentimiento de alivio y felicidad inundó su pecho, pero al momento la euforia del salto dio paso a una sensación distinta. La caída libre. Serafina se precipitaba en picado hacia el fondo del barranco, ganando velocidad por momentos. Según doblaba el espinazo para enderezar el cuerpo, atisbó a Braeden a lo lejos, que llegaba sin aliento al borde del precipicio y miraba ante sí aterrado al descubrir que Serafina

había saltado.

Serafina seguía cayendo. Treinta metros eran demasiados como para que nadie, ni siquiera ella, sobreviviera, tanto si aterrizaba de pie como si no. Tan solo le quedaba una esperanza: haber brincado lo bastante lejos.

El agua estalló a su alrededor. Serafina notó el tremendo impacto y cómo el río la engullía. Su enorme corpachón negro se hundió en las oscuras profundidades. La fuerza de los rápidos la arrastró al instante.

Recordando lo que tenía que hacer, empezó a patalear a toda prisa. Emergió a la superficie entre una explosión de burbujas, inspiró profundamente, se sacudió el agua de los bigotes y pataleó con seguridad hacia la orilla, usando la cola a modo de timón.

Avistó el cuerpo blanco y ensangrentado de Uriah flotando río abajo. Le entraron ganas de asestarle una dentellada, de machacarlo, de asegurarse de que estaba muerto, muerto y remuerto, pero los rápidos reclamaron a la lechuza antes de que pudiera atraparla. Serafina tendría que conformarse con el daño que ya le había causado.

Sorteó los rápidos a nado y trepó a una roca de la orilla. Waysa, encarnado en puma, acudió brincando por la ribera para reunirse con ella. Saltaba a la vista que estaba encantado consigo mismo, a juzgar por sus airosos movimientos, que parecían decir: *Sabía que mis clases de natación te salvarían la vida algún día.*

Los dos *catamounts* remontaron juntos el camino que llevaba a lo alto del precipicio, donde Braeden los estaba esperando. El chico sonrió aliviado al ver a su amiga, pero señaló al cielo.

Ella miró a lo lejos. Rowena, todavía encarnada en lechuza, atacaba al halcón peregrino con las garras, asestándole golpe tras golpe. Serafina no sabía si Rowena había visto morir a su padre, pero se estaba ensañando con Kess.

En circunstancias normales, los halcones esconden las garras para resistir un ataque, pero Kess, que sujetaba el bastón, debía dejarlas donde estaban, así que soportaba las embestidas y seguía volando lo mejor que podía. Y Rowena, incansable, le arreaba una y otra vez. Finalmente, la lechuza asió el bastón de poder con las garras e intentó arrancárselo al halcón. Las dos aves de presa se enredaron entre sí, gritando y arañándose con rabia aun mientras caían dando vueltas de campana. Y entonces, de sopetón, el halcón remontó el vuelo nuevamente, agitando las alas con fuerza y arrastrando bastón y lechuza tras de sí.

—¿Qué hace Kess? —preguntó Braeden con los ojos fijos en el cielo.

Haciendo caso omiso de las afiladas garras de la lechuza, de su hiriente pico y de sus turbulentas alas, Kess volaba cada vez más arriba.

Los dos pájaros ascendieron tanto que se perdieron de vista. Ni siquiera Serafina los veía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Braeden, estupefacto—. ¿Adónde han ido?

Serafina no podía responder.

Oía la lucha de las dos aves en el cielo. Los siseos y los chirridos de la lechuza, el gañido del halcón peregrino y luego, de sopetón, se hizo el silencio.

Sin dejar de mirar al firmamento, Serafina aguantó la respiración. Un ave reapareció por fin. Volaba sola, sujetando el bastón retorcido con las garras. Se le cayó el alma a los pies cuando descubrió que se trataba de la lechuza. Era Rowena. Serafina dejó los ojos clavados en el cielo, pero Kess no aparecía. Por lo visto, el halcón había perdido la batalla.

Ahora la lechuza volaba hacia ellos. Serafina se preguntó asustada qué pasaría a continuación. Si Rowena recuperaba la forma humana, usaría el bastón para reanudar la batalla y lanzaría a sabe Dios qué animales contra Serafina y sus aliados. Y estaba claro que Rowena era hija de su padre. Puede que Uriah la menospreciase, pero la joven Rowena se había convertido en una poderosa hechicera por sus propios méritos.

—¿Qué pasa? —preguntó Braeden, que miraba a un lado y a otro, presa de la angustia y el desconcierto—. ¿Ha muerto Kess? ¿La ha matado Rowena?

Seguramente, pensó Serafina. Sin embargo, en ese instante divisó un puntito en el cielo, a cientos de metros de las copas más altas. Era Kess, volando majestuosamente a una altura que ninguna lechuza alcanzaría jamás. Serafina se preguntó qué hacía ahí arriba. Y entonces Kess recogió el cuerpo y se precipitó en picado hacia abajo.



Serafina observaba cómo Kess cortaba el cielo hacia la desprevenida Rowena. Con las alas pegadas al cuerpo, el halcón descendía como una bala, a una velocidad que no se podía comparar con nada que hubiera visto nunca Serafina.

—¡Allá va! —jadeó Braeden en el último instante, justo cuando Kess se precipitaba sobre Rowena con las garras por delante.

El halcón golpeó a la lechuza con tanta fuerza que el pájaro estalló entre un revuelo de plumas. Serafina notó la fuerza del golpe en el pecho, igual que si dos piedras hubieran chocado en el aire. A continuación, Kess viró a toda velocidad y desgarró nuevamente a Rowena. La nube de plumas blancas se arremolinó en el cielo. La abatida lechuza giraba inerte sobre sí misma según se precipitaba hacia la tierra.

En el instante del ataque, la lechuza había soltado el bastón, que cayó dando vueltas y más vueltas a lo largo de unos treinta metros antes de que el halcón se zambullera en el aire para atraparlo al vuelo.

El cuerpo de la lechuza descendió como un peso muerto hasta desaparecer en los árboles del otro lado del río. A juzgar por lo que Serafina acababa de ver, Rowena debería estar muerta, pero miró y aguardó por si la lechuza remontaba el vuelo otra vez. No lo hizo.

—¡Mira! —exclamó Braeden, señalando el cielo.

Era Kess. El halcón surcaba el aire hacia ellos. Se acercaba con un vuelo bajo y tranquilo. Serafina alcanzaba a distinguir el antifaz negro y el poderoso pecho blanco surcado de barras oscuras. La sangre del enemigo la había salpicado, pero Kess parecía sana y fuerte. Los saludó al pasar con un alegre gañido, todavía cargada con el bastón maléfico.

Kess dejó atrás el borde del precipicio y sobrevoló el río. Con cuatro sacudidas de sus puntiagudas alas, se elevó en el cielo.

Braeden le devolvió un silbido victorioso. Al principio Serafina pensó que la

estaba llamando para que le devolviera el bastón, pero luego comprendió que se equivocaba. El chico se estaba despidiendo.

—Adiós, Kess —dijo Braeden con voz queda. Su sueño de que Kess sobrevolara el mundo de nuevo se había hecho realidad—. Buen viaje, amiga mía.

Serafina observó cómo el halcón surcaba el cielo sobre el ancho valle del río y luego ascendía más allá del bosque, hacia los picos de las montañas que despuntaban a lo lejos. Kess aleteó, torció la cola y, al cabo de un momento, desapareció planeando sobre el monte Pisgah, a treinta kilómetros de distancia.

A diferencia de las nocturnas lechuzas y de los halcones diurnos, Kess volaba y cazaba tanto de día como de noche. Era un peregrino, el gran nómada del cielo. Podía volar adonde quisiera en cualquier momento.

Esa noche seguiría las rocosas crestas de las montañas meridionales y el centelleo de las estrellas para poner rumbo al sur, retomando así su largo viaje hasta las selvas peruanas. Por el camino, dejaría caer el bastón maligno en un volcán en erupción o lo usaría para construir un nido en algún acantilado rodeado de nubes andinas. Pero sea lo que sea lo que decidiera hacer con él, el bastón había desaparecido.

—Al principio no entendía por qué Kess volaba a ras del agua siguiendo el curso del río —comentó Braeden—. Pero luego me he acordado de que a veces los halcones peregrinos cazan en pareja, cooperando mutuamente para abatir a su presa. Debía de saber que tú la ayudarías, Serafina.

Serafina inspiró profundamente y notó cómo el asombro y la esperanza inundaban su corazón.

Levantó la cabeza y olisqueó el aire. El tufillo del humo no había llegado al bosque. Y cuando miró el caserón que se erguía a lo lejos, tampoco vio el resplandor de las llamas elevarse desde los muros. Essie debía de haber avisado al señor Vanderbilt y a los demás con tiempo suficiente para que apagaran los fuegos antes de que la casa sufriera daños demasiado graves. ¡Essie lo había conseguido! Biltmore estaba a salvo.

La pesadilla había terminado.

Serafina y sus aliados habían ganado.

Sus enemigos habían muerto.

La madre de Serafina surgió de entre la maleza, ensangrentada y cojeando a consecuencia de la batalla con los coyotes. Pero los había vencido. Los había expulsado del territorio que antes le perteneciera. La leona llevaba a la revoltosa hermana de Serafina sujeta por el pescuezo, mientras que el chico caminaba a su lado. Los dos cachorros estaban sucios, apelmazados y manchados de sangre, pero respiraban vida por los cuatro costados.

Aliviada y agotada a partes iguales, Serafina acomodó su negro cuerpo, largo y esbelto, sobre la hierba y se tendió por fin a descansar. Su madre dejó en el suelo a la joven puma y se acercó a ella. Según se aproximaba, Serafina percibió amor y admiración en su mirada. La leona le frotó el cuerpo y ronroneó de orgullo y

felicidad. Serafina lo había conseguido. Finalmente se había convertido en todo una *catamount* de los bigotes a las zarpas. Waysa se sentó a su lado, manoteándola en plan de broma, igual que si le dijera: *¡Sabía que podías hacerlo!* Los *catamounts* formaban una familia. Y estaban allí para quedarse.

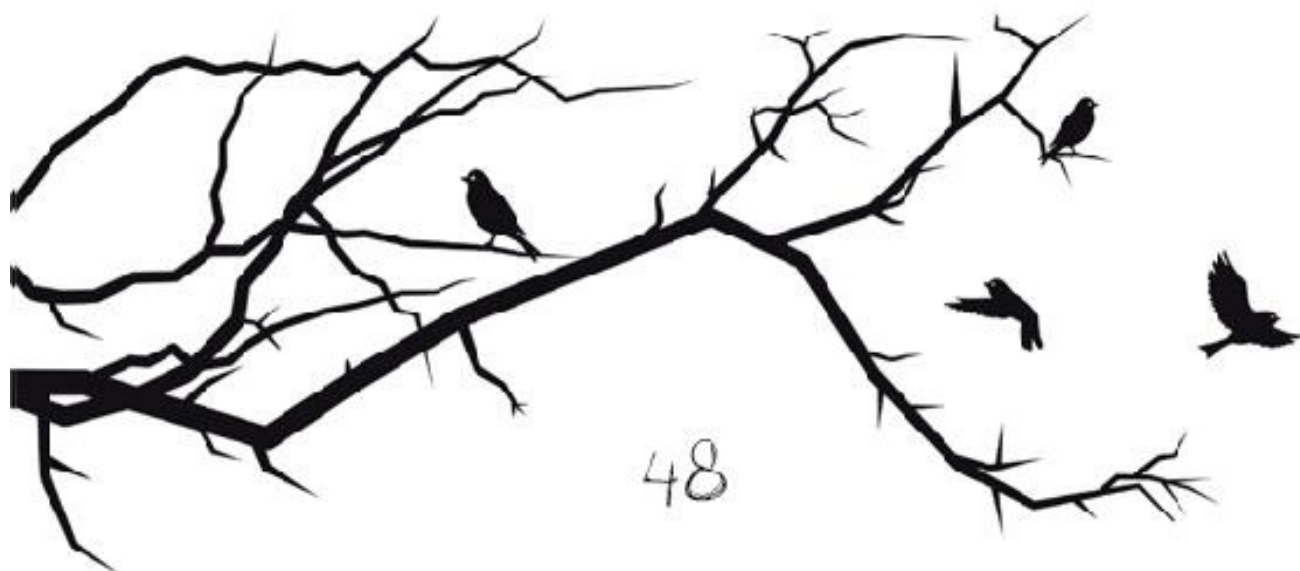
Serafina echó un vistazo a su alrededor, a los árboles, al poderoso río, a los restos del carruaje, e intentó asimilar todo lo sucedido. Recordó hasta qué punto sus limitaciones la habían enojado, hasta qué punto se había sentido frustrada por lo que podía y no podía hacer en aquel momento concreto de su vida. Ahora comprendía que la vida no consiste únicamente en ser quien eres, sino en saber quién puedes llegar a ser.

Miró a Braeden. El chico sonrió y se tumbó en el suelo con ella y los demás *catamounts*. Se sentía a gusto entre ellos, eso saltaba a la vista, entre sus amigos y parientes de corazón.

Por fin, Braeden apoyó la espalda contra el largo cuerpo de la pantera. Se enjugó la sangre del corte que llevaba en la boca y luego cerró los ojos. Inclinando la cabeza hacia atrás, la recostó contra el espeso pelaje negro de su amiga.

—No sé tú, Serafina —comentó con una sonrisa—, pero yo creo que esto se nos da mejor cada día.

Ella no podía sonreírle a su vez, pero una cálida y poderosa alegría la recorrió por dentro. Agitó la cola y dirigió la vista hacia Biltmore y las montañas distantes. Lo había logrado. Había visualizado lo que quería ser. Y en eso se había convertido.



Al día siguiente, cuando Serafina despertó en el taller encarnada en una niña y salió a recorrer los terrenos, experimentó una revelación delante de las montañas. Había tenido que recorrer las tinieblas de la noche más oscura para aprender a amar el resplandor del sol naciente.

Esa misma mañana, el señor Vanderbilt y Braeden reunieron a casi cien hombres procedentes de los establos, las granjas y los campos, y salieron a buscar las jaulas. Serafina y su padre los acompañaron.

La expedición de hombres y caballos no encontró obstáculos por el camino.

Cuando llegaron al pinar, el señor Vanderbilt y los demás jinetes desmontaron y se internaron a pie.

Los animales seguían allí, enjaulados, pero el campamento estaba abandonado y la hoguera, apagada. Nada quedaba allí salvo cenizas grises. Serafina escudriñó el bosque casi automáticamente, por si veía algún indicio de que Uriah hubiera sobrevivido a la batalla del día anterior, pero no vio nada. Por lo que parecía, había muerto de verdad.

Braeden se arrodilló delante de una de las jaulas, abrió la puerta y ayudó al zorro rojo a salir. Al reconocer al muchacho, el raposo se le acercó de inmediato y se encaramó a su regazo. Braeden tomó al animalillo entre sus brazos y lo consoló con largas caricias.

—Todo va bien —le dijo mientras lo acunaba. Al cabo de un momento, recuperadas las fuerzas en cuerpo y alma, el zorro trotó hacia el bosque.

Braeden se encaminó a la siguiente jaula y liberó a un castor de su encierro. Según abría las jaulas, algunos animales salían corriendo hacia el bosque. Otros, en cambio, precisaban sus cuidados. Él se arrodillaba con ellos y los abrazaba hasta que estaban lo bastante recuperados como para ponerse en marcha. Liberó mapaches y linceos, nutrias y ciervos, cisnes y gansos, lobos y comadrejaos.

Serafina no cabía en sí de alegría al ver a aquellos animales alejarse corriendo, libres y fuertes.

—Sé valiente —les decía en susurros.

Mientras Braeden liberaba a los animales uno a uno, el padre de Serafina y los demás trabajadores del equipo usaban palancas, cinceles y martillos para desmontar y destruir las jaulas de tal modo que nunca jamás pudieran volver a usarse.

Al finalizar la jornada, según regresaban a Biltmore entre los robles y los castaños, los olmos y los abetos, Serafina pensó que tanto el aspecto como el ambiente del bosque habían cambiado.

Las ardillas voladoras correteaban arriba y abajo por las ramas y planeaban de árbol en árbol. Las nutrias jugaban en los arroyos.

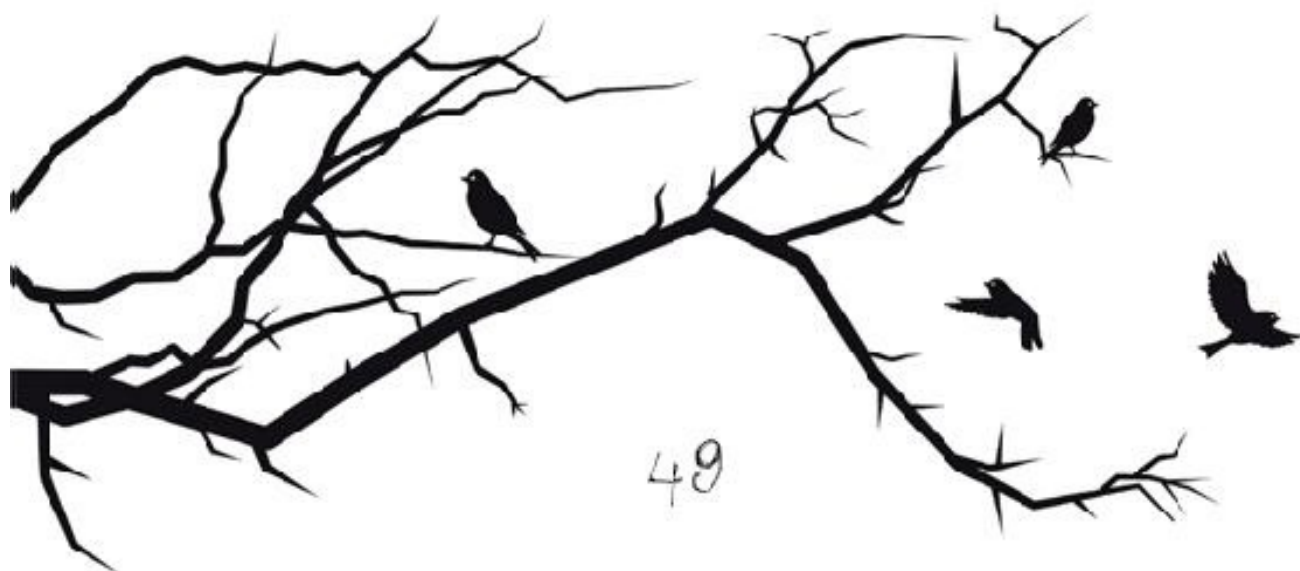
—¡Mira ahí arriba, Serafina! —dijo Braeden a la vez que le posaba la mano en el brazo, emocionado.

Serafina levantó los ojos y vio cientos de pájaros, ríos y ríos de aves que surcaban el firmamento azul claro. Había bandadas de gansos volando en formaciones en V y largas filas de patos, y nubes de ruidosos ampelis, cardenales y arrendajos.

—¿No te parece fantástico, Serafina? —le preguntó Braeden en un tono empapado de asombro—. Me alegro muchísimo de que lo estés viendo conmigo porque jamás encontraría las palabras para describirlo. ¿Pensaste alguna vez que llegarías a presenciar algo así en toda tu vida?

Serafina se detuvo junto a Braeden para mirar los pájaros y sonrió.

—Así, no —reconoció.



Serafina estaba sentada en una silla dorada tapizada de damasco rojo, delante de un tocador con espejo de estilo francés en la habitación Luis XVI de la segunda planta. La luz entraba a raudales en el hermoso dormitorio ovalado de curvadas paredes blancas, cortinas rojas y tarima color oro viejo. Plantada detrás de ella, Essie le cepillaba la sedosa melena negra.

—No sé qué le ha pasado a su pelo, señorita, pero está precioso —comentó Essie entre pasada y pasada.

—Gracias —le dijo Serafina con los ojos fijos en el espejo. Cualquier traza de castaño había desaparecido. Solo quedaba cabello negro. Y ya no estaba enmarañado ni exhibía tonos distintos, igual que las manchas de un cachorro. Ahora lucía una melena lisa, brillante y completamente negra.

Los hombros y el cuello de Serafina, limpios y desnudos, mostraban las cicatrices del pasado, el corte dentado que le recorría el cuello de cuando destruyó la capa negra, los mordiscos de los lebreles en los brazos y en los hombros y la nueva herida que había sufrido luchando con Rowena y sus animales: una línea que le cruzaba el pómulo justo por debajo del ojo. Las cicatrices no le preocupaban. Eran las marcas de guerras que había librado y ganado.

Con todo, seguía preocupada por algo.

—¿Cómo está la señora Vanderbilt? —preguntó.

—Ha estado pachucha unos días, pero ahora se ha animado. Nadie lo esperaba este año, pero ya sabe que le gusta hacer obsequios a los hijos de los trabajadores. Las otras chicas y yo hemos ido de acá para allá buscando toda clase de regalos. La señora y yo nos hemos pasado toda la mañana envolviéndolos y colocándolos debajo del árbol.

—Debes de tener muchas ganas de que llegue esta noche —dijo Serafina, sonriendo. Se alegraba de saber que la señora Vanderbilt se encontraba un poquito

mejor.

—Ay, sí, señorita. Pero después de todo el jaleo de ayer por la noche, espero que hoy no tengamos más sustos o el viejo san Nicolás echará un vistazo al tejado de Biltmore y se largará volando.

—Gracias por lo que hiciste, Essie —expresó Serafina—. Salvaste la vida de muchas personas y también la casa.

—Debería haber visto la expresión del señor Vanderbilt cuando le di su recado. ¡Nunca lo he visto moverse tan deprisa! Mandó llamar a su padre y a todos los habitantes de la casa, incluidos a los invitados, las criadas y los cocineros. Recorrimos el sótano, las cocinas, las despensas y los establos y, tal como usted sospechaba, había resina y queroseno ardiendo. Alguien había encendido varios fuegos. ¡Pasé muchísimo miedo! Su padre afirmó que habían cortado los cables de las alarmas contra incendios, así que tocó las alarmas él mismo. Luego sacó las mangueras y fue para verlo. ¡Menudo aguacero! El señor Vanderbilt montó cadenas humanas con cubos de agua. Todo el mundo colaboró y apagamos los fuegos en un pispás. ¡Pero podría haber sido un desastre!

Serafina sonrió al escuchar el relato de Essie.

—Tienes razón —asintió—. Podría haberlo sido. Pero al final no pasó nada. Tú nos salvaste.

—No fui yo. Fuimos todos. Toda la casa trabajando en equipo.

Serafina asintió.

—¿Y qué me dice de usted, señorita? —preguntó Essie—. Ayer por la noche pasaron cosas muy raras.

—¿Cosas muy raras?

—Sí, los gatos maullaban, los coyotes aullaban y los caballos corrían como locos. Ruidos, gritos en la noche y un follón de mil demonios. Alguien tiró un carruaje del puente al río. Se rompió en mil cachitos.

—¿En serio? —exclamó Serafina.

—Me han contado que el señor Vanderbilt hizo averiguaciones sobre ese hombre tan raro, el señor Grathan. Resulta que es un personaje siniestro que va por todo el país investigando historias de fantasmas y vete a saber qué más. Un charlatán de tomo y lomo. Maggie y yo pensamos que la inglesa y él intentaron escapar juntos en el coche, eso es lo que creemos. Nadie les ha visto el pelo a ninguno de los dos desde la noche de ayer, y me juego algo a que no vuelven a aparecer por aquí.

—Me juego algo a que tienes razón —respondió Serafina.

No obstante, en el fondo de su corazón, sentía una pizca de lástima por el pobre señor Grathan. Recordó las cicatrices que cruzaban su cara. No eran tan distintas a las de Serafina. Sencillamente tenía más. El señor Grathan se dedicaba a cazar demonios, igual que ella. Pero el demonio le había tomado la delantera esta vez. Serafina comprendió que había juzgado mal tanto al señor Grathan como a Rowena, de maneras distintas, en parte por el aspecto y la manera de vestir de cada cual, y se juró

ser más cuidadosa la próxima vez.

—¿Quiere que le diga una cosa? —dijo Essie, que se acercó a Serafina y adoptó un tono conspiratorio—. No se lo va a creer, pero Maggie dice que ayer por la noche miró por la ventana y vio una pantera negra.

—¿Y tú la crees?

—Pues claro. Yo también vi una, hace años.

—¿Ah, sí? —preguntó Serafina, sorprendida.

—Debía de tener cinco o seis años en aquel entonces, pero me acuerdo como si hubiera sucedido ayer mismo. Guardo pocos recuerdos tan claros como aquel. Iba caminando por la carretera con mis padres adoptivos y una enorme pantera negra cruzó el camino por delante de nosotros. Se detuvo, volvió la cabeza y nos miró a los ojos. Tenía los ojos amarillos, los más bonitos que se pueda imaginar. Pero a mí me entró el canguelo. Pensaba que la pantera nos iba a devorar y seguramente lo habría hecho de no haber sido por mi padre. Yo quería echar a correr y no parar hasta llegar a Madison, pero mi padre me agarró por el hombro para que no me moviera y clavó los ojos en la pantera. El animal nos aguantó la mirada con una expresión tan inteligente como si tuviera más conocimiento que usted y que yo. Y luego se dio media vuelta y prosiguió su camino. Mi padre me dijo que hay muy pocos animales así y que solo se ven de vez en cuando. Así pues, si Maggie vio una ayer por la noche, supongo que las panteras negras vuelven a andar por aquí. No me gustaría encontrarme con ella, pero me encantaría verla.

Mientras Essie narraba su historia, las lágrimas corrían por las mejillas de Serafina, que acabó sollozando a viva voz. Essie había visto a su padre.

—Ay, señorita, perdone —se lamentó Essie—. ¿Qué he dicho? ¡No quería asustarla! La pantera no nos hará ningún daño. Es usted una persona muy sensible, ¿no?

Serafina miró a Essie a través del espejo, negó con la cabeza y se enjugó los ojos.

—No estoy asustada —dijo.

—Pues no se preocupe tampoco por el jaleo de anoche. Estoy segura de que no fue nada. Mi padre diría que solo era el viejo del bosque haciendo de las suyas otra vez, nada importante.

Serafina sonrió, asintió y se sonó la nariz con un pañuelo de seda que había sobre la mesa.

—Ea, usted tranquila. Le voy a hacer un peinado la mar de bonito para esta noche —prometió Essie. Plantada detrás de Serafina, puso manos a la obra—. Tenemos tiempo de sobra. ¿Quiere que le haga un recogido tan elegante como el que llevaba Consuelo Vanderbilt el otro día? Es la última moda.

Serafina sonrió solo de imaginarlo, pero al final dijo:

—En realidad, tengo una idea mejor.

Y le explicó a Essie lo que quería.

A Serafina le gustaba charlar con Essie y pasar el rato en su compañía. La

presencia de la muchacha la tranquilizaba por razones que no sabría definir. Se sentía a gusto con ella. Pero la expresión de Essie cambió de repente, quizás al recordar los inexplicables sucesos y los ruidos extraños que había oído la noche anterior.

—¿Usted cree en espíritus y apariciones, señorita? —le preguntó la criada.

—Yo creo en todo —respondió Serafina muy seria, recordando las cosas que había visto.

—Yo también —confesó Essie mientras cepillaba la melena de Serafina.

—Essie, ¿te acuerdas de que hace unos días, cuando nos conocimos, me dijiste que tu objetivo era convertirte en doncella de las invitadas de la señora Vanderbilt? —le recordó Serafina.

—Sí, es verdad —asintió Essie—. ¿Pero sabe lo que pienso ahora?

—¿Qué piensas? —preguntó Serafina.

—En noches especiales como esta, al menos, pienso que soy su doncella en realidad, señorita.

—Supongo que sí —convino Serafina, sonriendo. Levantó los brazos y tomó las manos de Essie entre las suyas—. Pero ¿sabes lo que me gustaría aún más, Essie? Me gustaría que fueras mi amiga.

—Ay, venga —protestó Essie—. Como sigamos así, me va a hacer llorar.

De improviso, unos nudillos golpearon la puerta con suavidad.

—¿Quién será? —se quejó Essie a la vez que se acercaba a la entrada—. ¿Es que no pueden dejar en paz a dos chicas que...?

Cuando abrió la puerta y vio al joven amo al otro lado, enmudeció de sopetón.

Serafina se levantó y se acercó a Braeden mientras Essie, estupefacta, retrocedía al interior de la habitación.

Braeden sostenía dos enormes cajas blancas adornadas con sendos lazos.

—¿Qué es esto? —preguntó Serafina, mirando las cajas. El chico permaneció plantado donde estaba, sonriendo.

—Un regalo de Navidad para cada una —explicó Braeden, y le tendió la primera—. Ábrelo.

—¿De verdad? —preguntó Serafina.

No esperó a oír la respuesta. En el interior de la caja encontró un precioso vestido de fiesta, de satén color crema, adecuado para una noche de invierno.

—Es precioso, Braeden —dijo Serafina—. Gracias.

—Essie, tú también —sugirió Braeden a la vez que le tenía la segunda caja—. En pago por el vestido que Serafina te estropeó.

—¡Ay, madre, pero mira esto! —exclamó la criada sonriente según abría la caja y admiraba la prenda que contenía.

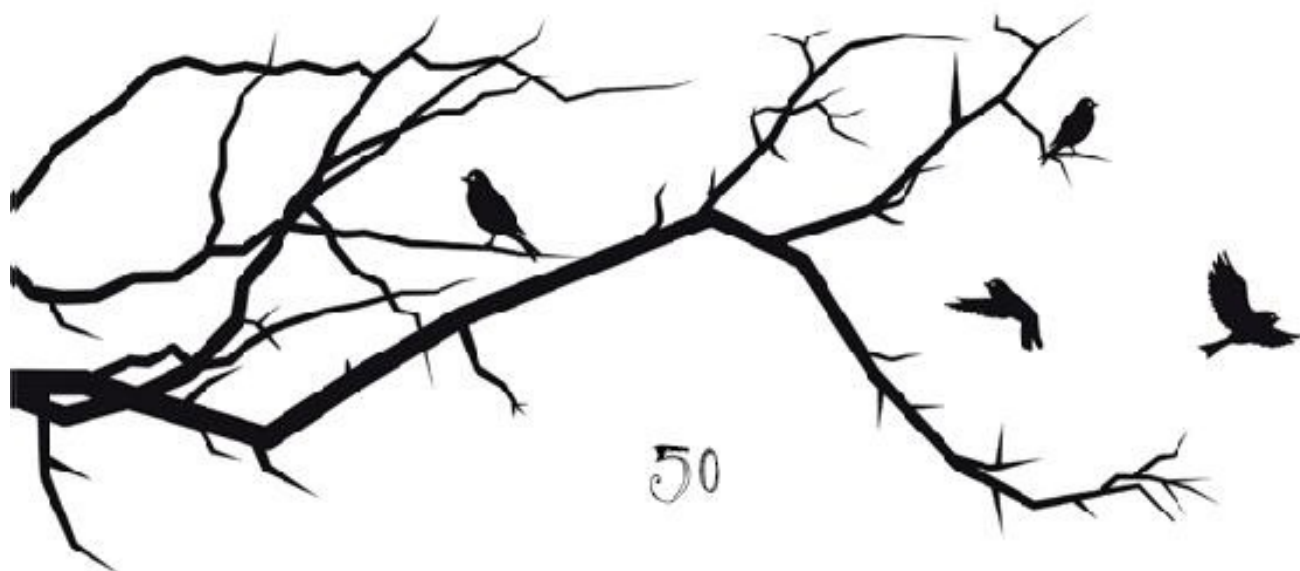
—Los dos son maravillosos —observó Serafina, mirando a Essie.

Braeden se acercó a las chicas y adoptó un tono jocosamente conspiratorio.

—Mira, entre el vestido que te he regalado yo, el que te dio mi tía y el de Essie, ya van tres, Serafina. A lo mejor podrías ser un poquitín más cuidadosa esta vez y

esperar un poco a estropearlo.

—Lo intentaré —sonrió Serafina, y abrazó a Braeden mientras Essie, por su parte, se enjugaba lágrimas de felicidad.



Cuando los dos amigos recorrían la casa de camino a la fiesta de Navidad, Braeden desvió a Serafina por una serie de pasillos hasta llegar al salón de fumar. Se trataba de un suntuoso escondrijo, con butacas de terciopelo azul oscuro, exquisito papel pintado azul en las paredes y estantes repletos de libros encuadernados en piel con adornos dorados, donde los caballeros se retiraban después de cenar para fumar y charlar en privado. En aquel momento, la sala estaba desierta, pero Serafina presintió que Braeden la había llevado allí con un propósito en mente.

—Quiero enseñarte algo que creo que te va a interesar —le dijo. La cogió del brazo y la arrastró al interior de la estancia—. Uno de los guardabosques encontró algo en los terrenos. No sabía qué hacer con ello, así que se lo llevó al taxidermista.

Serafina entró en la habitación mirando a ambos lados. Sobre la repisa de la chimenea de mármol tallado, encima de una peana, descansaba un animal disecado. Había otros animales conservados en la casa, de manera que su presencia en sí misma no tenía nada de particular. Pero no se trataba de un faisán ni de un urogallo. Era una lechuza blanca cuyas afiladas garras sujetaban con avidez un tortuoso palo. Tenía las alas desplegadas, igual que si estuviera asustada, y una expresión de intensa perplejidad en el rostro.

—Ah —dijo Serafina según contemplaba la lechuza. No estaba segura de si estaba viendo un macho o una hembra, ni siquiera sabía distinguir uno de otra, pero llegó a la conclusión de que aquel pájaro se parecía a la que fuera su amiga y enemiga después. Saludó a la lechuza con una reverencia lenta y solemne—. Buenas noches, Rowena. Disculpa, cuánto lo lamento..., *lady* Rowena.

—Verás —continuó Braeden—, mi tía Edith nos ha pedido que la tratemos como a una más de la familia.

Serafina sonrió y miró a la lechuza otra vez.

—Rowena, aquí en Biltmore siempre tendrás un hogar.

Estaba contenta de haber derrotado a Rowena con ayuda de Braeden y sus aliados, pero también era verdad que, en cierto sentido, el padre de Rowena había envilecido el corazón de la chica con la misma malevolencia con que el bastón había envilecido las mentes de los pobres animales. Serafina se preguntó casi sin pretenderlo qué habría pasado si Rowena hubiera superado la necesidad de impresionar a su padre, si hubiera hecho caso omiso del deseo de venganza paterno y se hubiera dedicado a otra cosa.

Tras observar a la lechuza un momento, Serafina le preguntó a Braeden:

—¿El guardabosques encontró solo una?

—Me temo que sí —respondió el chico—. Pero le pedí que reuniera a unos cuantos hombres, volviera a salir y siguiera buscando, por el bosque y a orillas del río, por si acaso.

—Bien —asintió Serafina—. Me sentiría mucho más tranquila si hubiera dos lechuzas en la repisa y no solo una.

Tras abandonar la sala, Serafina y Braeden se encaminaron al salón de los banquetes.

Antes de entrar, Braeden se detuvo en el umbral y miró a Serafina.

Ella contempló el suave fulgor de las velas que iluminaban la fiesta de Navidad en la opulenta estancia. Hermosas damas ataviadas con vestidos de noche y apuestos caballeros enfundados en chaquetas negras departían en el salón, hablando y riendo contentos, sosteniendo largas copas de cristal. Además de la gente elegante, estaba allí casi todo el servicio de la casa, ahora emanando una dicha relajada y casi irreconocibles con sus mejores ropas de calle. Las formalidades del trabajo se habían dejado a un lado con ocasión de esa velada tan especial.

Buena parte de la chiquillería rondaba cerca del árbol de Navidad, esperando nerviosos el momento de abrir los regalos. Serafina recordó cómo, siendo una niña, se acurrucaba en profundidades del sótano y escuchaba en la oscuridad el bullicio de la fiesta navideña que se celebraba arriba soñando con ver las caritas sonrientes de los niños, ser una más. Y allí estaba esta noche, su primera Navidad en la planta principal. Por más familiarizada que estuviera con todo, y por muy ajeno y extraño que se le antojase también, esa era la comunidad a la que pertenecía. Ese era su hogar. Esa era su gente, su familia, tanto cercana como lejana.

Plantada en el umbral de la puerta junto a Braeden, Serafina atisbó el reflejo de ambos en los espejos de la pared. Se quedó fascinada ante la imagen. Braeden llevaba la chaqueta negra, la corbata blanca y los guantes blancos que el protocolo exigía a un chico de su edad en esa estación. Le habían curado arañazos y cardenales, y se había peinado con esmero. Su rostro irradiaba felicidad y en sus ojos castaños titilaban las luces del salón.

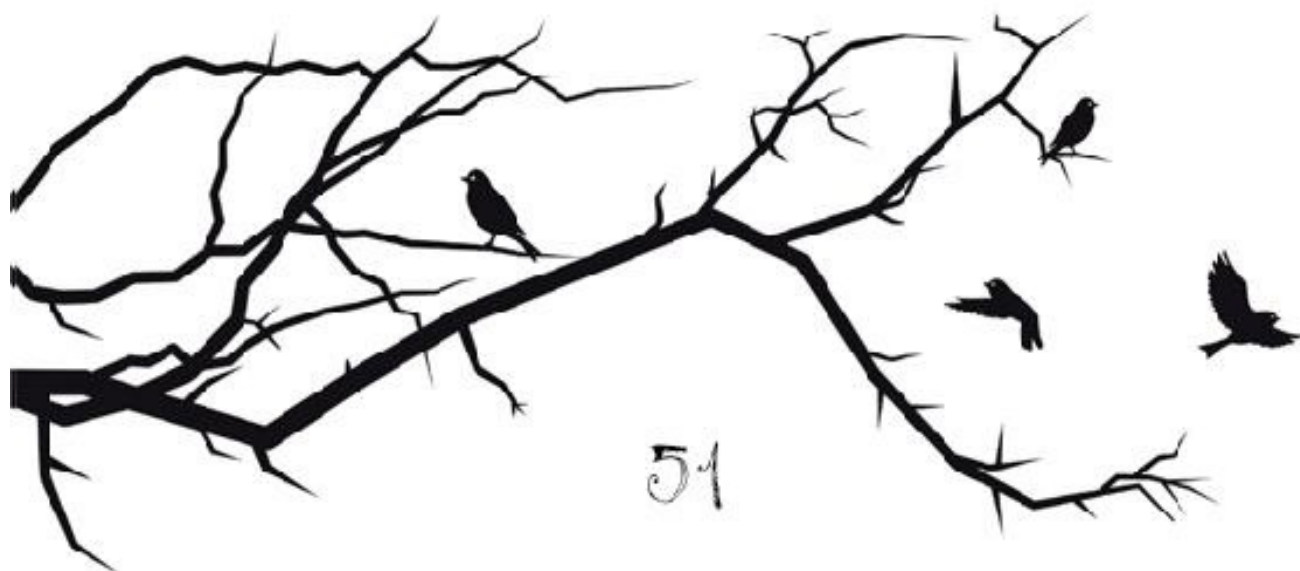
Serafina llevaba el precioso vestido de satén color crema con adornos dorados que Braeden le había regalado, con su magnífico corpiño de perlas engastadas y brocado trenzado, y su larga cola en cascada. Como era costumbre entre las jóvenes

de su edad, lucía guantes largos de satén, a juego con el vestido, y unos zapatos brillantes adornaban sus pies. Sin embargo, a diferencia de las otras muchachas que pululaban por el salón, todas las cuales llevaban el cabello rizado y recogido en sofisticados peinados, Serafina había decidido dejarse la sedosa melena, negra como el carbón, lisa y suelta sobre los hombros, en contraste con sus ojos amarillos de pantera.

Algunas noches atrás, Braeden la había invitado a participar en una cena formal y Serafina había rehusado alegando que no estaba lista. Ahora, su amigo le planteó la pregunta otra vez.

—¿Lista para entrar? —le dijo con voz queda.

—Sí —respondió Serafina, y juntos entraron en el salón.



Serafina había pasado todas las navidades de su vida en la oscuridad del sótano. Cuando echó a andar por la suntuosa estancia, admiró la suave luz de cientos de velas, que bañaban los semblantes de los invitados y sus sonrisas en un fulgor dorado. Los vestidos de las damas, con sus bordados de tonos plata, parecían centellear a la luz del árbol de Navidad. Todo el mobiliario de la habitación estaba decorado con acebo, muérdago y flores de Pascua. Los calcetines pendían de las repisas de los alegres hogares.

Usando una carreta y un tiro de caballos belgas, una cuadrilla de leñadores había introducido el enorme abeto de Fraser, de más de diez metros de alto, por la puerta principal de Biltmore. A continuación, otro equipo, incluido el padre de Serafina, había reunido fuerzas para levantar el gigantesco árbol en el salón de los banquetes con ayuda de cuerdas, palancas y poleas. Una vez allí, criados e invitados por igual habían dedicado varios días a decorarlo con cintas de terciopelo, bolas brillantes y fastuosos adornos, hasta conseguir que su brillo abarcara toda la habitación. Ahora el árbol albergaba los regalos navideños para los hijos de todos los trabajadores de la finca: muñecas y pelotas, trompas y carrillones, trenes y bicicletas, arpas y tambores, carritos, navajas de bolsillo y toda clase de juguetes.

Serafina y Braeden se acercaron al árbol de Navidad y se quedaron allí mirando. Observaron con una sonrisa cómo el señor Vanderbilt hacía callar a todo el mundo y pedía atención.

—Buenas noches a todos, buenas noches. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —corearon los presentes.

—Como todos sabéis —prosiguió el señor Vanderbilt—, aquí, en Biltmore, nos enorgullecemos de contar con los últimos avances científicos y tecnológicos. Y hoy, la Nochebuena de 1899, me gustaría presentaros el que bien podría ser el invento más importante del nuevo siglo que está a punto de comenzar.

Con una expresión traviesa en los ojos, llamó a un grupo de sonrientes criadas, incluida Essie, que se acercaron cargadas con cestas llenas de bastones de caramelo y los repartieron entre los presentes, tanto niños como adultos. Sin embargo, no eran los típicos caramelos blancos que todos conocían. Estos estaban decorados con una llamativa espiral roja que arrancó aplausos y risas de emoción entre la concurrencia.

Según la noche fue avanzando, los criados sirvieron toda clase de manjares: jamón y pavo asado relleno, arándanos y mucho más..., todo de cosecha propia. De postre tomaron pudín de ciruela y repostería, helado de las vaquerías de la finca y tarta de manzanas de los huertos.

Pronto, el señor Vanderbilt convenció al señor Olmsted de que reuniera a los niños junto a la chimenea y les leyera un poema que comenzaba: «Era la víspera de Navidad...».

Serafina y Braeden se unieron a los demás niños y escucharon el poema embelesados.

A Serafina le encantó la parte que decía: «y de la cocina al salón no se oía un solo ruido, ni siquiera un ratón». Había sentido eso mismo a menudo mientras pululaba por Biltmore en plena noche. Y le chifló el verso que rezaba: «la luna dormía en la nieve recién caída...». El autor del poema finalmente había hallado el modo de captar la belleza de la noche con palabras diurnas.

A mitad de la historia, alzó la vista y sorprendió a su padre mirándola. Recordó cómo el hombre la había encontrado en el bosque siendo ella recién nacida. Lo único que su padre le pedía a la vida era tener una familia, que Serafina fuera su hija, y esta noche lo inundaba una felicidad y un alivio desconocidos.

Serafina se levantó y se acercó a él.

—Menos mal que no han servido ensalada, papá —le dijo.

—Y nada de tenedores raros, gracias a Dios —respondió él con un guiño, y la abrazó.

Instantes después, Serafina oyó que el señor Vanderbilt, el señor Olmsted y el jefe de los guardabosques, el señor Schenk, se reunían en torno al fuego para hablar de la Escuela Biltmore de Silvicultura que planeaban fundar. El padre de Serafina le había dicho que sería la primera escuela de los Estados Unidos de América dedicada a impartir las ciencias de la reforestación y la gestión de bosques. Por lo que parecía, los hombres de Biltmore estaban haciendo grandes planes para el futuro.

—Muchas gracias, Frederick —le dijo el señor Vanderbilt al señor Olmsted en un tono empapado de cariño—. Qué maravilloso regalo de Navidad ha sido acompañarte esta mañana al claro de los Ocupantes y ver lo que has estado haciendo. ¡Debo reconocer que eres único guardando secretos! No tenía ni idea de que tú y tus brigadas hubierais progresado tanto. ¡Has repoblado todo el claro! ¡Es maravilloso!

—De nada, George —respondió el señor Olmsted. Una gran sonrisa se extendía en el centro de su barba gris. El aire furtivo que Serafina había notado en los ojos del señor Olmsted unos días atrás se debía a la sorpresa de Navidad que le estaba

preparando a su viejo amigo.

Y viendo el sonriente semblante del hombre, comprendió que la expresión adusta que había acompañado al señor Olmsted desde su llegada no guardaba relación con un plan nefasto, sino con la consciencia de un anciano de que no le quedaba mucho tiempo para terminar su trabajo. Estaba decidido a cumplir la promesa que le había hecho al señor Vanderbilt de construirle una finca y un bosque que dejase boquiabiertas a las generaciones venideras. El gesto que Serafina había advertido en las arruguitas de sus ojos y de sus labios procedía de la aceptación de que seguramente esa sería su última estancia en su paraje favorito, que esas serían sus últimas Navidades en Biltmore y uno de sus últimos años en el mundo que tanto amaba.

Según Serafina se alejaba de los hombres que charlaban junto a la chimenea, la señora Vanderbilt se acercó a ella y, con una sonrisa, le tendió un pequeño paquete adornado con un lazo rojo.

—Has olvidado abrir tu regalo, Serafina —señaló la dueña de la casa con dulzura.

—¿Para mí? —se extrañó Serafina.

Rompió el papel de envolver y destapó una cajita de madera. En el interior, encontró una miniatura de porcelana, primorosamente pintada, que representaba un hermoso jaguar manchado. Una de las figuras de Biltmore, nada menos.

—Gracias, señora Vanderbilt —dijo Serafina. Alzando la vista hacia la mujer, se enjugó una lágrima en el rabillo del ojo—. La cuidaré como un tesoro.

—Es mi manera de darte las gracias por todo lo que has hecho, nada más —explicó la señora Vanderbilt.

Confiado en que la señora de la casa no se molestase, Serafina le preguntó:

—¿Se encuentra mejor, señora Vanderbilt?

—No tienes que preocuparte por mí —le aseguró ella, posándole una mano en el hombro con suavidad—. Me voy a poner bien.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, Serafina notó que se estaba guardando algo.

Cuando terminó la fiesta, Serafina se quedó mirando el árbol de Navidad junto a Braeden. Notaba que todo iba de maravilla entre los dos.

—Feliz Navidad, Braeden —le deseó.

—Feliz Navidad a ti también, Serafina —respondió Braeden—. Me alegro de que por fin estemos en casa.

Al cabo de unos segundos, la curiosidad fue más fuerte que Serafina y le hizo la pregunta que le venía rondando la cabeza.

—Eso que les hiciste a Gidean y a Kess... —empezó diciendo—. ¿Lo habías hecho otras veces?

—Toda la vida he amado los animales —explicó él—, pero... no sé... Cuando era niño, encontré un sabanero con una patita rota. Le di de comer y lo cuidé y, pasados unos días, se le curó la pata y el pájaro se marchó volando. No me llamó la atención... Pero cuando ayudé al halcón peregrino y luego a Gidean, empecé a darme

cuenta de que... de que a lo mejor tengo un don especial. El ala de Kess no debería haberse curado.

—Pero se curó —señaló Serafina, que lo miraba con atención—. Tengo que preguntarte otra cosa, Braeden. ¿Crees que podría funcionar con las personas también?

—No estoy seguro —reconoció él.

Ella guardó silencio y por fin formuló la pregunta que pretendía hacerle en realidad.

—¿Crees que podrías ayudar a tu tía Edith?

—No creo que lo suyo sea nada que yo pueda curar —respondió Braeden.

—Ya entiendo —dijo Serafina con pesar, agachando la cabeza.

Y entonces Braeden sonrió.

—Mi tío acaba de decirme que la tía Edith no está enferma. Está embarazada.

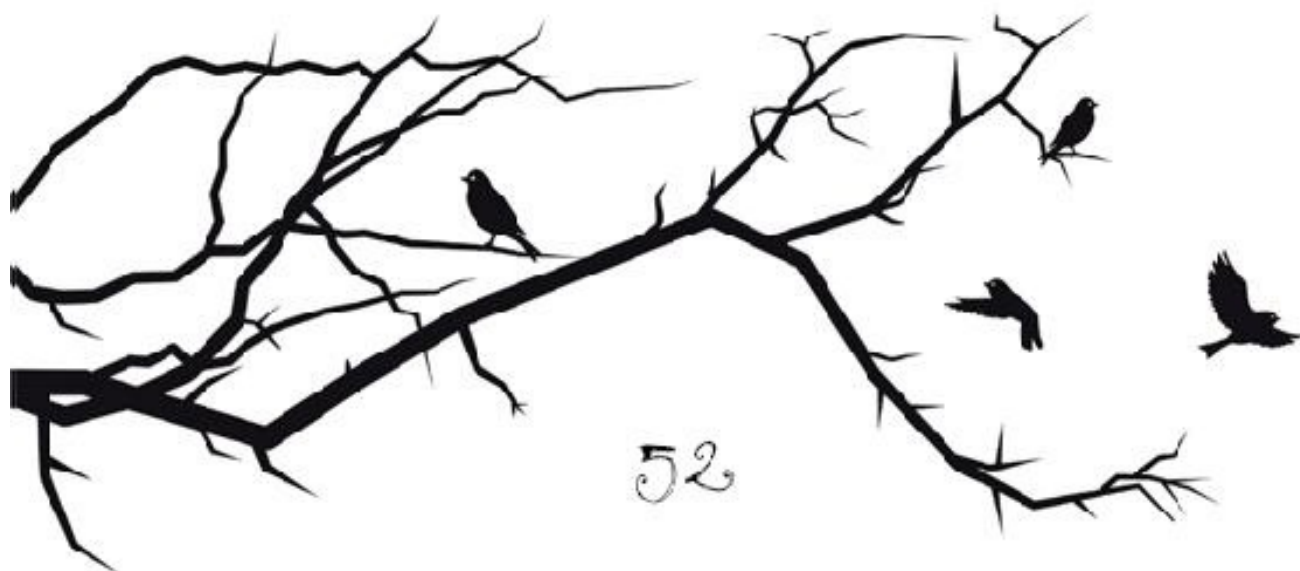
Serafina lo miró sorprendida. Una ola de asombro y alivio la recorrió de pies a cabeza. La señora Vanderbilt se iba a poner bien; mejor que bien. ¡Iba a tener un niño! Qué noticia tan maravillosa.

Sin embargo, aún sonriendo, Serafina se dio cuenta de que Braeden seguía pensando en su pregunta anterior, acerca de lo sucedido con Rowena, Gidean y el halcón.

—Sinceramente —confesó Braeden—, no acabo de entender qué clase de poder poseo.

Serafina sonrió.

—Ninguno de nosotros lo entiende.



Tendida en el balcón delantero de la habitación Luis XV de la casa Biltmore, Serafina agitaba la cola y miraba hacia la explanada de césped que se extendía allá abajo. La luna se alzaba en el cielo y proyectaba su luz plateada sobre las copas de los árboles a lo lejos. Nadie podía verla, por cuanto era más negra que la misma noche. Las gentes diurnas estaban en la casa, profundamente dormidas en sus camas.

Las siluetas de los lobos se recortaban contra la luz de la luna en una colina distante. Habían regresado. Y en primavera los pájaros cantores retornarían también, igual que habían hecho durante millones de años. El hechizo negro del bosque se había roto. El bastón maligno había desaparecido.

Una mariposa luna pasó revoloteando, verde y preciosa, con sus delicadas colas surcando el aire tras ella. La mariposa dejó atrás el balcón para dirigirse a los jardines. El año estaba demasiado avanzado para que una mariposa luna anduviera volando por ahí, pero los animales estaban volviendo a casa.

Ahí detrás, a espaldas de Serafina, dormían la señora Vanderbilt y el niño que llevaba dentro. Serafina percibía su calma y los latidos de sus corazones. No sabía por qué la señora había optado por pasar la noche en el cuarto que tenían pensado destinar al recién nacido. Tal vez ella y su pequeño no pudieran esperar a que llegara el día del encuentro.

Serafina pasó la vista de la explanada a las colinas, buscando alguna sombra extraña entre la niebla o una silueta entre los árboles, tal vez el silencioso vuelo de una lechuza.

Aguzó la vista y prestó oídos. Era el centinela negro de la noche.

No sabía cuándo, ni qué forma adoptarían, pero estaba segura de que antes o después nuevos demonios acudirían a Biltmore.

Juró mantener los ojos bien abiertos.

Juró estar preparada.

Pues la noche era su reino y solo suyo.

Apenas unos días atrás, Serafina había creído que debía decidir entre ser una criatura de la noche o del día, *catamount* o humana, salvaje o doméstica. Pero no tenía que elegir. Podía ser lo que quisiera. Igual que el halcón peregrino, que vuela de noche y de día, sería aquello que se le antojase. La JBAR y la guardiana. La niña humana y la pantera. Serafina era todo eso y mucho más.

Sin embargo, cuando una paz oscura y deliciosa empezaba a filtrarse por fin en su alma, atisbó una figura envuelta en una capa negra que se desplazaba entre los árboles allá a lo lejos. No distinguía los rasgos de la figura, ni siquiera estaba segura de que fuera del todo humana, pero en cualquier caso se detuvo, se volvió y la miró con unos ojos fulgurantes.

El corazón de Serafina se aceleró en su poderoso pecho según iba observando la figura con atención. Los músculos se le abultaron en el cuerpo y el aire entró a raudales en sus pulmones.

Plantándose a cuatro patas, echó un vistazo a su espalda para asegurarse de que la señora Vanderbilt siguiera a salvo en su habitación.

Y cuando Serafina se volvió a mirar a la figura del bosque una vez más, descubrió que había desaparecido.



Si te atrae la idea de ver y experimentar el mundo de Serafina en el mundo real, te invito a ti y a tu familia a visitar la Casa Biltmore, una maravillosa mansión que se aloja entre las boscosas montañas de Asheville, en Carolina del Norte.

Esta historia es ficticia, pero me he esforzado por describir la casa y otros detalles históricos con el máximo rigor. Cuando visites Biltmore, verás el jardín de invierno bañado por el sol, la espléndida escalinata, la espectacular biblioteca del señor Vanderbilt y muchas otras estancias que aparecen en el libro. Te pasearás por la finca igual que Serafina, Braeden y *lady* Rowena. Si acudes en Navidad, te maravillarás ante el enorme abeto que se yergue en el salón de los banquetes. Y si sabes en cuál de las 250 habitaciones de Biltmore mirar, tal vez encuentres cierta lechuza sobre la repisa de la chimenea.

Te aseguro también, por propia experiencia, que los siniestros altillos, las puertas ocultas y los pasadizos secretos descritos en el libro existen en realidad. No suelen mostrarlos a los visitantes (son secretos, al fin y al cabo), pero puede que descubras más de uno.

A lo largo de la historia me he tomado alguna que otra licencia artística por cuestiones de ritmo (supongo que no querías leer una enciclopedia), pero he intentado ser fiel, a grandes rasgos, al ambiente y al aspecto de la casa.

Si te gusta la naturaleza, deberías explorar los bosques y las montañas que se extienden por los alrededores de Asheville. Podrías aventurarte por el parque Craggy hasta la montaña más alta del este de los Estados Unidos, igual que hizo Serafina en su viaje. Verás las mismas cascadas y te bañarás en los mismos ríos que ella.

Muchos de los personajes descritos en esta historia existieron realmente, incluidos George y Edith Vanderbilt; el ama de llaves, Emily Rand King, y

Frederick Law Olmsted, el padre del paisajismo en Norteamérica. Incluso Cedric, el san bernardo, existió en realidad.

Mi intención al describir al señor Olmsted tal como aparece en la historia, incluidas las escenas en las que lo vemos plantando árboles, era la de captar la visión que los llevó a él y al señor Vanderbilt a reforestar y proteger los bosques de los alrededores de Biltmore, que acabarían por convertirse en la cuna de la conservación forestal estadounidense. La conversación que mantienen los dos hombres está inspirada en las cartas personales del señor Olmsted. Sin embargo, he recurrido a la licencia artística para llevarlo de vuelta a Biltmore en 1899, pocos años después de su jubilación. De haber tenido más páginas, me habría gustado describir también los papeles que tuvieron Gifford Pinchot, Carl Schenck y otros más. Años después, tras la inesperada muerte de George Vanderbilt, su esposa, Edith, consumó su visión vendiendo buena parte de sus bosques al Gobierno para que fueran declarados «espacio natural protegido». La zona se convirtió en lo que actualmente se conoce como el Bosque Nacional Pisgah, uno de los primeros y más hermosos parques nacionales de los Estados Unidos.

Cada vez que contemplo la sobrecogedora belleza de la Casa Biltmore y sus alrededores, no puedo sino maravillarme ante el poder que la inspiración y la voluntad otorgan a los seres humanos cuando se emplean para el bien.

ROBERT BEATTY

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, os quiero agradecer a vosotros, los lectores, que hayáis difundido la existencia de *Serafina y la capa negra*. Si se me ha concedido la oportunidad de seguir escribiendo la historia de Serafina, ha sido gracias a vuestro apoyo.

Agradezco de corazón a Laura Schreiber y a Emily Meehan, mis editoras de Disney Hyperion, su perspicacia narrativa y su compromiso con la saga de Serafina. Y gracias al resto del maravilloso equipo de Disney Hyperion en Nueva York y Los Ángeles.

Gracias a los alumnos del primer ciclo de secundaria y a los profesores de Carolina Day School, a las damas del LLL Book Club y a todos mis «prelectores».

También me gustaría agradecer su ayuda a los editores independientes por sus valiosísimas sugerencias: Jodie Renner, Sam Severn, Jenny Bowman, Kira Freed, Sheila Trask, Dianne Purdie, John Harten y Misty Stiles.

Gracias a la doctora Bridget Anderson, experta en el dialecto de las montañas sureñas en el cambio de siglo. Habida cuenta de que suelo fijarme en los modismos que usa la gente en los distintos países, agradezco su ayuda a la hora de rendir tributo a la tradición oral del sur.

Gracias al equipo de Serafina en Asheville, incluidos Scott Fowler y Lydia Carrington, de Brucemont Communications, a Robin McCollough por difundir la novela y a todos los habitantes de Asheville que han contribuido al éxito de este libro.

Gracias a Deborah Sloan y a M. J. Rose por ayudarme a correr la voz. Y gracias a mi agente, Bill Contardi, y a mi representante en el extranjero, Marianne Merola, de la agencia literaria neoyorquina Brant & Hochman. Y gracias a Egmont UK y al resto de editores extranjeros.

También me gustaría dar las gracias a los amables y atentos trabajadores del Barnes & Noble de Asheville y de toda la zona del sureste, a Malaprop's Bookstore y a las librerías de todo el país que han creído en mí, me han apoyado y me han recibido con los brazos abiertos. Y gracias a todos los profesores y bibliotecarios de los Estados Unidos que han trabajado *Serafina y la capa negra* en sus aulas y que se esfuerzan a diario para despertar el interés de los niños en los libros.

Gracias a mis amigos Dini Pickering, Chase Pickering y Ryan Cecil, descendientes de George Vanderbilt de cuarta y quinta generación. Ha sido un honor para mí contar con vuestro apoyo y aliento. Y gracias a todos los trabajadores y directivos de Biltmore Company, sobre todo a Ellen Rickman, Tim Rosebrock y Kathleen Mosher.

Por último, me gustaría dar las gracias mi familia, incluidos mis dos hermanos y los Jankowski, pero sobre todo a mi esposa y a mis tres hijas, que no solo me han inspirado este relato, sino que han contribuido a su creación, desarrollo y materialización. En palabras de W. H. Auden, sois «mi semana de trabajo y mi

descanso dominical, mi mediodía, mi medianoche, mi charla y mi canción».